

NIKY MOLIVIATIS

*Tenías
que ser
Tú*

Primera parte
de la serie
Hamilton



Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2017, **NM** NIKY **MOLIVIATIS**

© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Daniel García P.

Portada

Vasco Lopes

Gabriela Franco

Ilustraciones:

Gabriela Franco

Maquetación

María Alejandra Domínguez

Revisión

Jesús Espínola

Primera edición: Septiembre de 2017

ISBN: 978-84-17142-27-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).



TENÍAS QUE SER TÚ



Nova Casa Editorial

Para ti,
que no tienes miedo de seguir tus sueños.
Y a mis padres,
que nunca dejaron que mis sueños se escaparan.

Agradecimientos

Los sueños son una parte esencial de este libro, ya que la historia surgió a través de un sueño, uno que me persiguió por noches hasta que fue escrito.

Quiero agradecer a Nova Casa Editorial, a Joan, a Daniel y a todo el equipo que hizo posible que *TENÍAS QUE SER TÚ* se hiciera una realidad para todos.

A mis padres, a mis hermanos y familia por el apoyo incondicional que me dan siempre sin pensarlo.

A mi *team* de siempre, Gaby Franco, Luz Meza, Pilar Rivera, Andrea Dnss y a cada una de las Dushys por ser unas personas increíbles que no me dejan en ningún momento. A cada uno de los lectores de Wattpad, sin ustedes *TQST* no estaría hoy en sus manos.

Y para ti, Paul Williams, que me enseñaste que el amor puede existir fuera de las páginas de los libros.

ÍNDICE

Destino

William

La familia Hamilton

Abbi

Solo es un juego

William

Delta

Abbi

William

La luz al final del túnel

Abbi

Una reputación que cuidar

William

¿Protocolo?

Abbi

William

Segundos

Abbi

Grandes cambios

William

Solo un beso

Abbi

La casa del árbol

William

Tears

Abbi

La gran pelea

Abbi

William

Un nuevo comienzo

Abbi

William

Nuestras reglas

Abbi

William

Todo pinta bien

Abbi

Momento incómodo

Abbi

Respira. Respira

William

Abbi

El primer atardecer

Abbi

William

Problème

Abbi

William

Un nouveau Changement

Abbi

William

El chico malo

Abbi

Luchando

Abbi

William

El gran viaje

Abbi

William

Múnich

Abbi

William

El gran error

Abbi

William

Grecia

William

Abbi

¿Nieve?

William

ΜΥΣΤΙΚΟ

Abbi

William

¿Qué está mal, doctor?

Abbi

William

Quistaki Hamilton

William

De regreso a casa

Abbi

William

Una mortal

William

Abbi

William

El último adiós

Abbi

William

Agapi

Abbi

William
Abbi

Epílogo
Abbi

25 años después...
Holly Hamilton

Destino

William

En la élite en Londres se conoce como «mantener el linaje real», yo le llamo «Mierda real». Como parte de la cultura de nuestra vida, estoy destinado a casarme con la chica que mis padres elijan. No tengo opción de ser yo quien dicte las reglas de mi destino, al parecer ya están escritas desde antes de mi nacimiento. En una de las reuniones que tuve con mi padre, me contó que tenían a cinco posibles esposas, mi hermano ya tenía a su chica y al cumplir los veintiuno anunciarían con quien sería mi destino.

Solo deseaba que no fuera fea, o difícil de manejar. Mi hermano había tenido suerte, una pequeña diosa. Jane, la esposa de mi hermano mayor, Paul, era modelo de ropa interior. Sin mencionar que su estatus en la élite era alto. Papá decía que la mía tenía un nivel mucho más alto que la de mi hermano, no necesitábamos subir de nivel, pero sí mantener el linaje. Es por eso por lo que la negociación les llevó años.

Mi familia pertenecía a un linaje de años y herencias de la corona real. Mi tatarabuelo había sido marqués de Westmister y después de ser fiel a la Corona, la reina Victoria, que en paz descansa, le dio el título de duque. Algo que no es normal en el linaje, ya que la posición de duque era solo para los hijos de los reyes.

De igual manera, nosotros velábamos porque el linaje siempre estuviera limpio y cumplíamos a cabalidad con nuestro deber a la Corona para rendir un buen homenaje al título que teníamos. Por eso era importante que la dama con la que me casara fuera digna de ser reconocida como duquesa, ya que algún día Paul o yo, asumiríamos el puesto de duque de Westmister.

Estaba asustado, no iba a mentir. No quería pasar el resto de mi vida con una persona que no me amara, o quizá no soportara. Blake, mi amigo de la infancia, ya conocía a su futura esposa. Ninguno de los dos se quería, por lo que pasaban acostándose con medio Londres sin ningún problema.

—Es mutuo acuerdo —decía Blake—, nos acostamos con otras personas y tenemos la oportunidad de tener nuestros ratos de intimidad. Es como tener una amiga con derecho.

Quizá si no amaba a mi futura esposa, quizá podía ser eso. Una simple amiga con derecho. Había pasado obsesionado con la idea de qué mujer me tocaría, me conocía a casi todas las de la élite. No tenía que casarme hasta después de los veinticinco, por lo que aún me quedaban cuatro largos años. Por el momento la prioridad eran mis estudios y conocer a esta chica misteriosa.

¿Me pregunto cómo será?

—Bueno, hijo, esta noche será la noche —dijo papá frotándome el hombro. Estábamos desayunando en el gran comedor con mis padres y Paul tenía una sonrisa de oreja a oreja. El muy idiota sabía que estaba nervioso hasta la mierda. Le entrecerré la mirada. Si papá y mamá no estuvieran presentes le sacarí el dedo de en medio, pero ese no sería un comportamiento digno de élite.

—¡Es emocionante! —mamá se limpió una lágrima—. Te va a encantar, tienen mucho en común. Además, es hermosa, le falta un poco de arreglo, pero nada que no sea posible.

Levanté la ceja, ¿arreglo? Mierda, para que mamá diga algo como eso no era nada bueno. Suspirando negué con la cabeza. Por favor, que no sea ninguna de las gemelas Aldridge. Esas cosas sí eran feas. Con sus coletas rubias y faldas de niñas. Crucé los dedos. No podían ser ellas. Esperaba que fuera alguna del grupo de las ligas mayores, así les llamábamos a las chicas AAA, esas que eran las mejores. En cuerpo físico. Pensé en Ameli, mi primera y única novia. Siempre soñé con casarme con ella. Era perfecta. La dejé porque regresó a su país. Francia. De no haber sido así, ahora tendríamos un gran problema porque hubiera querido que fuera de la élite.

—¿A qué hora es la cena? —pregunté recordando la cita con Lulu.

—Siete y no llegues tarde. La última vez, tú y Paul llegaron media hora tarde William, es una falta de respeto hacer eso.

—No, mamá, para nada. No llegaré tarde —le guiñé un ojo a mi hermano. Claro que iba a llegar tarde, era mi último día de libertad. Pensaba aprovecharlo al máximo.

—¿Vas a ir con Lui al centro comercial? —levanté la vista viendo a Paul.
¿Acaso leyó mis mensajes?

—Sí. Quiero una camisa nueva para hoy —mentí. En realidad, saldría a tomar un café con una chica de élite que sabía no era mi *agapi*. Su familia estaba metida en política, pero no tenían ningún linaje.

Comí a toda velocidad y subí a cambiarme. Tenía que esperar a mi mejor amigo, Lui. Su familia también mantenía un linaje bastante alto, una de sus abuelas del tiempo de Carlos II se casó con uno de los sobrinos de la reina y adquirieron el título. El punto es que ahora eran duques de York Set.

Media hora tarde y un late de por medio, finalmente, mi amigo se hizo presente. Tenía una gabardina Dior color negro, un suéter azul cielo y manejaba su deportivo como si dominara el lugar.

—¿Vas a acostarte con Lulu? —preguntó Lui.

—No creo, no quiero acostarme aún con nadie, le estoy dando un poco de tiempo...

—¿Tiempo? ¡Mierda, Will! A este paso vas a llegar virgen al matrimonio y eso sí que sería jodido.

Puse lo ojos en blanco antes de subir al deportivo. No era un secreto que aún seguía siendo virgen, no quería acostarme con cualquiera. Me estaba reservando y quizá era el único estúpido a los veintiún años que lo era.

Llegamos al centro comercial, donde nos juntaríamos con varios del grupo. No todos pertenecían exactamente a la nobleza, pero sí a la élite. La élite inglesa estaba conformada por personas de la nobleza, familias con mucho poder y familias que pertenecían a la política.

Vi a Ashley, la mayor de las hermanas Sheperd. Tenía un par de años de no verlas. Las dos chicas se habían ido a vivir a Estados Unidos a sacar sus estudios básicos. Ashley había regresado directo a comprometerse con Connor Lowell, uno de los mejores amigos de Paul. Ella ya tenía veintidós y Connor veintitrés, estaban en el límite de edad. Decía que la mujer era toda una diva. Con su cabello rubio hasta la cintura. Tenía grandes tetas y unos ojos azules tirando a celeste. Muy parecidos a los míos. Era toda una chica mala, el alma de la fiesta. Estaba en todo.

Por otro lado, estaba Abigail, era bastante... apartada. Recuerdo que cuando éramos pequeños nos gustaba molestarla demasiado. Ella tenía algo

que me obligaba a ser cruel y luego pedirle perdón porque me sentía mal. Aun así, recuerdo gritarle al oído y tirarle jugo en sus cosas.

Ella sí había desaparecido por completo. No tenía redes sociales, no se comunicó con nadie en cinco años y se volvió a saber de ella, por lo que tenía desde los dieciséis de no verla. Sentí algo raro en el estómago, quizá el desayuno me había caído mal.

—Lo veo y no lo creo —dijo Ashley acercándose contoneando las caderas. Definitivamente era toda una preciosura.

—Ash —asentí con la cabeza besando su mejilla. Giré la cabeza para ver a la chica de lentes que iba a su lado. Quizá era la chica que la ayudaba con las bolsas. Tenía cabello negro, recogido en una cola de caballo. Lentes bastante grandes y vestía algo hípster. ¿Quién diablos se pone esa ropa? Fruncí el ceño viendo a la chica. Necesitaba con urgencia un corte de pelo.

—¿Recuerdas a mi hermana? —preguntó empujando a la chica. Esta se encogió de hombros dando una sonrisa fingida. ¿Esa era su hermana? Definitivamente, no había cambiado nada en estos años. ¿Qué diablos?

—No, no la recordaba —señalé un salón de belleza que estaba a tres locales. Quizá si tiraba la sugerencia la tomara en el aire—. ¿Van al salón? ¿Corte de cabello?

—Sí, tenemos una cena hoy y la niña tiene que pasar por unas transformaciones. Esto nos va a llevar todo el día —su hermana la observó de pies a cabeza. La chica de lentes solo se encogió de hombros ruborizándose. Tenía algo tierno en ese rubor.

—Bueno, si es transformación, ve que le corten el cabello y se ponga algo de maquillaje —dijo Lui señalando sus pecas—. Hay que ocultar todas esas. Además, la ropa, ¿no es algo grande para ti?

Claro, Lui aún recordaba lo cruel que éramos con ella. Intenté reprimir una sonrisa. Realmente tenía que mejorar su imagen, si algún día la emparentaban con alguien, sentiría lástima por él, al igual que las gemelas.

Sabía que Abbi tenía una ternura interna que pocos veían, que, mejor dicho, nadie la veía. Pero siempre ocultó su belleza debajo de algo muy feo.

—Eres un idiota —dijo la hermana de Ashley. Se veía enojada, al parecer este tiempo que ha pasado le había dado más carácter. Eso me gustó.

—¡Abbi! Compórtate. Igual sabes que tienen razón, hay que hacer algo con tu aspecto.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, no sabía si por el enojo o por lo crueles que habíamos sido con ella. Sin decir nada se dio media vuelta desapareciendo dentro del salón de belleza. Ash se encogió de hombros hablando un rato más con nosotros. La muy zorra estaba provocándome a una cita secreta. Donde no la viera Connor. Pensé que ellos se eran fiel. Bueno, al parecer me equivoqué.

Finalmente, nos libramos de Ashley cuando apareció Lulu y Josy. Le tomé la mano a Lulu susurrando un «estás preciosa, bebe», sabía lo que provocaba en su interior. Definitivamente, iba a disfrutarme esta tarde antes de la cena. No quería ni pensar en todo este asunto de la boda preparada. Aún tenía tiempo para salir con chicas antes de tener que casarme. Se supone que solo daríamos paso al anuncio de la futura relación.

—De ese modo tendrán tiempo para conocerse —decía papá.

—Y enamorarse —concordaba mamá molesta.

Bueno, pues yo no iba a pasar tiempo conociendo a quien sea que me tocara, para eso tendría toda la vida. Ahora me concentraría en vivir mi vida antes de ese gran paso. Besé los labios de Lulu sintiéndome poderoso. Iba a disfrutármela como nunca.



por **SIEMPRE**
y para **SIEMPRE**

La familia Hamilton

Abbi

Me miré al espejo observando las exigencias de mi hermana. Tenía puesto un vestido color crema, pegado al cuerpo marcando mis curvas. Era demasiado corto para mi gusto, pero según Ash, me vería estupenda. Los tacones también eran otro nivel, demasiado altos. Si me rompía la cara sería el fin del linaje real, o como sea que le llamen. Mi hermana creía que era una sorpresa quién sería mi futuro esposo. Ella no lo sabía, pero yo sí.

Sabía quién era. No podía creerlo cuando escuché a mi padre hablar con el señor Hamilton. Me negaba a pensar que mi papá era capaz de emparentarme con un chico que durante toda mi época estudiantil en The Royal Academy, no hizo más que molestarme, jalarme el pelo y escupir en mis cosas. Lo odiaba y odiaba que fuera él.

William Hamilton, había matado mis ilusiones de pequeña, era cruel, era muy cruel. Lo peor de todo, lo amaba desde el primer jalón de pelo en segundo grado. Había aprendido a crecer con esos subidos. Me convirtieron en la mujer que era ahora, fuerte.

Observé mi imagen una vez más. El cabello me caía en ondas recogido en media cola. Me negué a pintármelo. Mucho hice cortando las puntas y aflojando el moño que usaba de costumbre. Me quité las gafas que usaba más por costumbre que por necesidad. Tenía las cejas depiladas al igual que todas las piernas y brazos. No era una modelo de revista como todas en la élite. Solo era yo. Recordé lo que mi amiga Mary me dijo antes de que me separaran de su lado en Estados Unidos. «La libertad de elegir tu futuro está en tus manos, solo tienes que demostrarles lo que eres capaz de ser», iba a volverme en lo que William quería y luego lo haría sufrir como nunca. Le enseñaría lo doloroso que era estar enamorado de alguien que no te deseaba, de alguien que no te quería.

—Abigail —me llamó mi madre. Era la hora. Esto sería una tortura.

Bajé con toda la elegancia que pude para aparentar que todo estaba bien. No les iba a admitir que me estaba cagando del miedo. Mamá jamás aceptaría que esto pasara, que arruinara todo por mi resentimiento que guardaba dentro. Connor, el novio de mi hermana estaba en la planta baja sosteniendo la mano de mi hermana. Al parecer, el sí sabía que sería William, su mejor amigo era Paul, el hermano de Will. Me retorcí las manos viendo cómo me observaba de pies a cabeza. Él era una mierda con mi hermana, los dos se querían y odiaban al mismo tiempo. Mi hermana se dedicaba a complacerlo y lucir lo mejor posible para que él la aceptara. Sin embargo, le seguía siendo infiel ante los ojos de mi hermana. Ella siempre lo perdonaba con la excusa de «Cuando nos casemos será diferente», tengo una noticia para todos aquellos que creen que las personas cambian.

¡Nunca lo hacen!

¿Qué tan difícil puede ser aceptar que la persona nunca cambia?

Lo vi soltar un soplando exagerado, sabía que mi hermana se había esforzado en dejarme lo mejor posible, pero... Bueno, no funcionó como todos esperaban. No quería que el cambio fuera inmediato. William tenía que creer que no era nada de lo que él esperaba y de pronto ¡BAM! Sería la modelo que todos en la élite soñaban con tener. Era un plan absurdo, lo sé... De todas formas, solo tengo veinte años. No soy tan madura como mis padres o el mundo quieren que sea. Me falta un largo camino que recorrer antes de eso.

—Deja de verme de ese modo —le saqué el dedo de en medio.

—A tu hombre le va a dar un ataque, tienes buen cuerpo, pero —negó con la cabeza— pudiste ponerte algo mejor para esta noche, ¿no crees?

—¿No te gusta? —mi hermana parecía decepcionada—. Se ve... bien.

—Si bien como una buena prostituta —levanté mis piernas—, ¿puedo ponerme mi vestido? —realmente no quería llevar esta cosa tan corta. Mamá asintió con la cabeza al tiempo que salía corriendo a colocarme el vestido que sabía era el indicado. Momentos después bajé con un vestido color crema —igual al otro—, solo que encima del vestido corto, tenía una capa brillante de tela transparente que llegaba al suelo. No quería mostrar mis piernas, no aún.

Connor levantó las cejas y sonrió. Sabía que esto era mucho mejor que el diminuto vestido de mi hermana. Dándole una señal de «te lo dije» salí de la habitación para caminar al automóvil.

Estaba asustada hasta la muerte. Este sería el principio de una nueva vida que no quería vivir.

Llegamos a la mansión de los Hamilton, después que nuestro chofer se identificara en la entrada. Recorrimos los jardines de la mansión, eran absurdamente grandes. Imagino que de día tienen que ser hermosos. No recuerdo mucho de la mansión Hamilton, era muy pequeña cuando veníamos a jugar. Bueno, mi hermana jugaba con todos los chicos y yo me escondía de ellos para que no jalaran mi pelo o me pegaran algún chicle masticado.

—¡William! —gritó mi hermana dando pequeños aplausos—. ¡Tu *agapi* es William! —repetí en mi cabeza «agapi», el modo en que llamábamos a este arreglo. Venía del griego, significaba amor. Lo único que todos nosotros no sentíamos era amor. ¿Quién podía sentirlo cuando te obligaban a amar?

—Sí —susurré—, William.

Entramos saludando a los Hamilton, con la cortesía que mis padres me habían enseñado. La madre de William, Janette Hamilton, no dejaba de alagar mi vestido, mi peinado, incluso mis uñas falsas. Ya veremos qué opina el día que estas cosas plásticas se caigan y las uñas queden horribles. Me las observé un minuto. Ya quisiera tener estas uñas eternamente, pero sabía que solo cegarían las mías reales.

—Mi pequeño no tarda en venir a casa, está en... —la madre divagó unos momentos decidiendo qué decirnos. Sabía que tenía una cita con la chica rubia, los vi besándose en el centro comercial. Una parte de mí lo había odiado, la otra, me alentaba a seguir con este absurdo plan.

—Tiene una cita, lo sé. Lo vimos hace unas... ¡Ouch! —grité al sentir el pellizco de mi hermana. Era una maldita dulce. Le di un empujón antes de encarar a mi futura suegra.

—Ese cabrón salió con Lulu —su hermano Paul soltó una carcajada junto a Connor.

—¡Dios mío! ¿Acaso no te enseñó modales? —preguntó Janette—. Discúlpate, querido.

En ese instante escuchamos un rechinado de llantas. Me puse tensa, sabía que era William intentando llegar a tiempo, todas las miradas se fijaron en la puerta de entrada. No quería ni siquiera imaginarlo con la misma ropa que

hace unas horas. Ni siquiera le daría tiempo de cambiarse para estar «presentable». Qué típico de él.

Entró corriendo quedándose estático en la puerta. La madre sacó el aire muy despacio, seguro se estaba conteniendo de pegar gritos. Lo primero que distinguí fueron sus ojos azul cielo observando todo el salón. Estaba confundido y a la vez nervioso. Finalmente, me ubicó parada junto a su madre. Le sostuve la mirada viendo cómo abría la boca. Inhaló profundo, cambió la mirada a mi hermana, a mi padre, a mi madre, a Connor, a su familia antes de regresar a mí. Negó con la cabeza.

—Tiene que ser una broma, ¿ella? —me señaló. Me mordí el labio conteniendo las ganas de llorar. Ya sabía que sería así, pero no esperé que doliera tanto.

—Tampoco estoy muy contenta —susurré con la voz entrecortada. No puedo llorar, no frente a él.

—No —dijo negando otra vez—. No puede ser ella, yo no... Amm, papá, no puedes. No ella.

—Hijo, compórtate, no es el momento ni el...

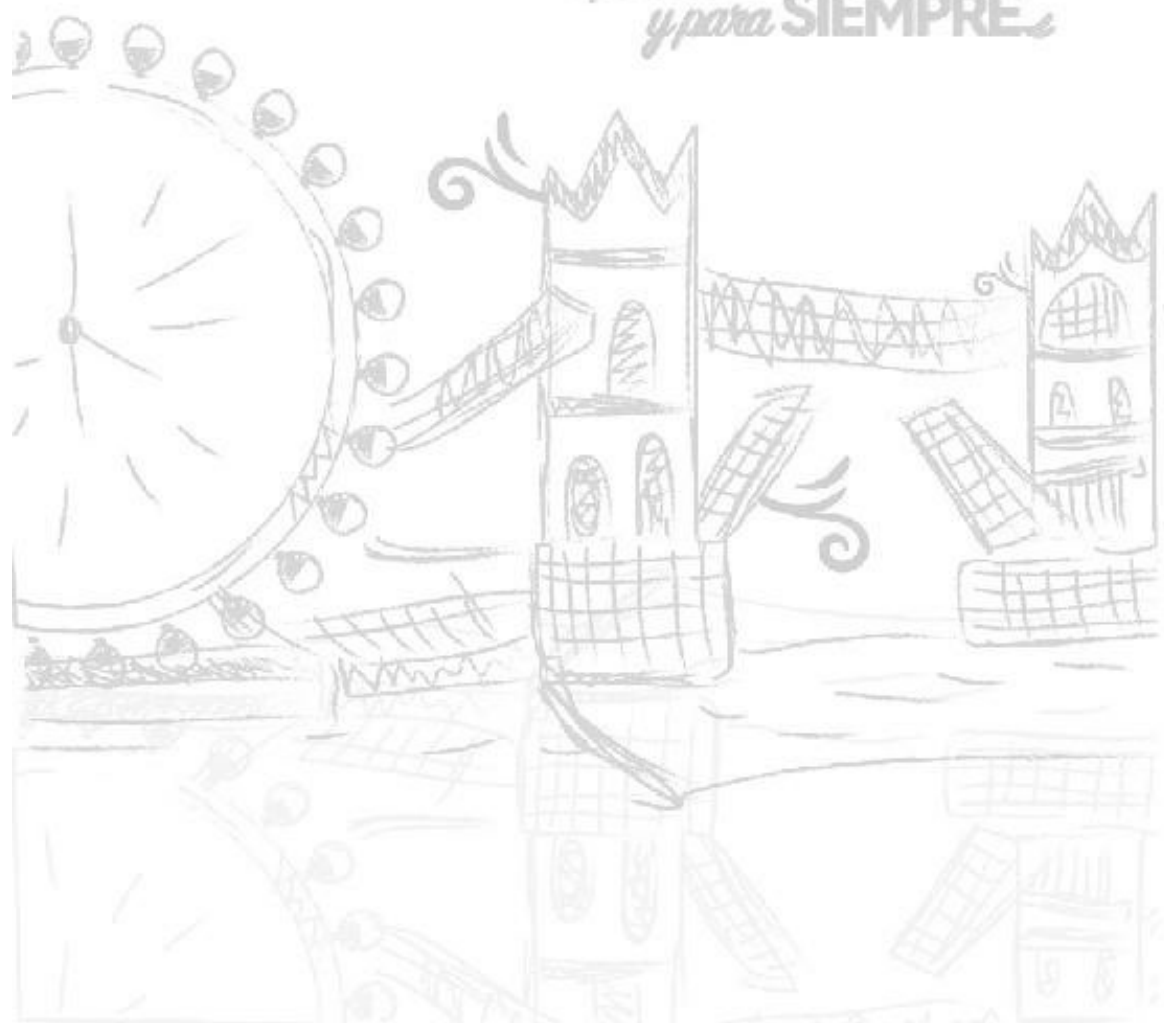
—Déjelo estar —interrumpí dándoles una sonrisa—. ¿Cenaremos o solo nos presentaremos? De cualquier modo, debo ir al baño. Con permiso.

Les lancé una última sonrisa esperando a que la chica con la bandeja me indicara dónde estaba el baño. Cerré la puerta derrumbándome como una tonta. Sabía que iba a ser así, ¿entonces por qué dolía tanto? Estaba acostumbrada a ser rechazada por la gente, incluso por mi hermana.

¿Por qué me dolía?

Debería de ser fuerte, me preparé para ser fuerte. Sabía que me veía hermosa, trabajé con la psicóloga del instituto por cinco años para no dejarme vencer por mi mala autoestima. De verdad que las cosas no iban a salir ni un poco como las planeé. Jamás serían de ese modo.

por SIEMPRE
y *para* SIEMPRE



Solo es un juego

William

No podía concentrarme. Estábamos sentados en la mesa, disfrutando de una cena increíble. Mamá había pedido que prepararan de todo. La típica comida inglesa. Estaba sentado a la par de Abigail. Su aroma dulce era totalmente embriagador, parecido al algodón de azúcar. Incluso sentí la necesidad de enterrar mi cara en ese cuello e inhalar ese aroma. La mujer era linda, no una modelo, pero sí linda. Me había sentido muy mal al momento de reaccionar que sería ella. Pensé como el crío que era cuando la conocí, siempre negando lo que yo sabía muy en el fondo. Ella era diferente.

Quise entablar más de una vez conversación con ella, pero parecía evitarme. Desviando la mirada, riendo más de lo necesario y cambiando de tema cada vez que intentaba interferir. La mujer era imposible. Algo me gustaba y me gustaba mucho. Era atractiva, incluso sin los lentes sus ojos eran de un gris claro. Resaltaban con su cabello negro y su piel blanca. Era... bonita. Recordé a la chica que había visto horas atrás en el salón de belleza. No era ni la sombra de lo que vi.

Vi su plato de comida, casi ni lo había tocado. ¿Qué pasa si tiene trastornos alimenticios? Más valía que no, yo apreciaba una mujer con buen apetito. Era amante de la comida y no deseaba pasar mi vida con alguien que le corriera a ese placer.

—¿Te gustó la comida? —pregunté observando esos ojos color tormenta. Eran... increíbles.

—Sí, gracias —sin otra palabra, me ignoró regresando a la conversación que mantenía con mi madre. Me di cuenta de que no habló ni con Connor ni con Paul. Incluso su hermana estaba excluida del radar. Era extraño.

Intenté varias veces lograr la conversación que quería mantener con ella, pero esas mismas veces me mandó a la mierda. Tomé la copa de vino tomándomela de un sorbo. Ya no estaba de humor para seguir con esto. Si no quería hablarme, pues bien. Tampoco le iba a rogar su atención. Peor si

siempre sería la misma cosa, no quería pasar pegado con una mujer que creía hacerse la interesante mientras me ignoraba.

¡Qué patético!

—¿Cómo te fue con Lulu? —preguntó Connor acercándose a mi oído. Por suerte lo tenía a él en la silla continua.

—Esa chica es insaciable. No dejaba de besarme. Estoy seguro de que quería pasar a la...

—¿Quieres decir que no lo hiciste? ¡Mierda, hermano! ¿Piensas que tu primera vez va a ser con ella? —señaló de mala manera a Abbi. No creía que mi primera vez fuera a ser con ella. De seguro todo el resto de mi vida pasaríamos haciéndolo por costumbre y necesidad, no por amor. También tendría mis amantes como la mayoría, y quizá ella también. No quería que la primera y esta temporada fuera con Abigail. La observé soltar un suspiro. Esperaba que no estuviera escuchando.

—No pienso hacerlo, no aún. Tampoco con ella —puse los ojos en blanco—. No me llama la atención y lo sabes.

—Lo lamento tanto, hermano, de verdad que lo hago. Ha de ser... extraño, lo único peor que ella serían las gemelas. Dicen que le gustan los cómics y que casi no sale.

Fruncí el ceño. Esto realmente iba a ser muy malo. ¿Qué dirían mis amigos en una semana que esta porquería se anunciara? No quería que estuvieran criticándome por quedarme con una de las menos populares entre la élite. No iba a decir fea, pero ser rechazada era peor. Observé a su hermana. ¿Cómo es que ella era todo lo que su hermana no era?

—¿Puedo preguntarte algo? —me sorprendió escuchar la voz de Abbi. Me di la vuelta con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Por qué diablos le estoy sonriendo?

—La que sea —involuntariamente mi vista bajó a su escote. No pude evitar fantasear un poco con meter la cara ahí. Eran enormes.

—Primero sube la vista, no me gusta que me mires el pecho mientras te hablo —levanté la vista sintiendo cómo me sonrojaba—. Ahora sí, señor rubor. ¿Crees que podemos hablar en algún lugar privado? Creo que necesitamos aclarar ciertas cosas antes de que sigamos con esta porquería.

Sorprendido ante su palabra poco femenina, sonreí más. Definitivamente, debajo de esa piel, había un carácter imposible de domar. Esto sería casi un reto. Volví a sonreírle emocionado.

—Sí, podemos. Después del postre, ¿te parece? Quiero que pruebes el pastel de Nutella que hace Clementina, la cocinera. Es excelente. No quiero que falte en nuestra casa.

—¿Nuestra casa? —preguntó sonriendo. Finalmente, lo había logrado. ¡Estaba sonriendo!

—Se supone que esta cena es para celebrar una futura vida juntos. ¿Me equivoco?

Negó con la cabeza antes de tomar su vaso de agua. La muy puritana se había negado a beber vino porque era aún menor de edad. ¿Quién lo diría? Encogiéndose de hombros se acercó mucho más. Mis muslos se contrajeron, mi piel se puso de gallina y mi parte masculina reaccionó al sentir su aliento rozar mi oído cuando susurró.

—No es una celebración cuando se está de luto por una decisión.

Me eché a reír. Realmente era graciosa. Captando la mirada de todos seguí riendo. La vi tapar su boca ocultando la risita que escapaba de sus labios. Un perfecto sonido gutural. Por un impulso. Tomé su mano que ocultaba su boca y la bajé para dejar que riera libremente como yo lo estaba haciendo, sus labios parecían seda, las pequeñas arrugas en sus ojos eran delicadas. Nuestras miradas se cruzaron y sentí una opresión en el estómago, dejamos de reír sintiendo que nuestra respiración se aceleraba. Tenía muchas ganas de morder su labio inferior. Algo en ella me estaba volviendo loco. Lo cual era demasiado raro.

—Y después dicen que no va a funcionar —dijo el señor Sheperd. Los dos bajamos la mirada, sintiendo cómo se calentaba mi cara, esto era vergonzoso. Connor se aclaró la garganta conteniendo la risa que le estaba saliendo involuntariamente. Seguro se quiere burlar de mí. Me negué a verlo.

Regresando la vista a la mesa, intenté ignorarla por el bien de la humanidad. La risita estúpida que había soltado me había calentado todo el cuerpo. Sexi o no, la deseaba en mi cama, desnuda y eso era mucho más de lo que nunca había imaginado de nadie. Esto no podía estar pasando. La chica a la que había molestado toda mi vida, sería mi futura esposa. Me sentía atraído

por ella cuando ni siquiera era tan bonita como el resto. Esto era todo un problema existencial.

Recuerdo una vez que la molesté tanto que la hice enfadar de tal manera que rompió mi suéter de lana favorito. Para más joder la existencia, lo tiró al lodo y lo dejó frente a mi casillero. La odié por eso, pero también me sentí orgulloso porque por primera vez había demostrado ser fuerte.

—¿Hablamos en mi habitación? —pregunté con la esperanza de volver a escuchar su risa.

—Como quieras —dijo con indiferencia. Mi celular sonó al tiempo que tomaba un trago de vino tinto. Algo no estaba bien en esto. Ahora volvía a ignorarme.

Ame: Cariño, siento que te extraño. Quisiera poder regresar a Londres para estar juntos.

El mensaje de Ameli me llegó de sorpresa. ¿Por qué estaba escribiéndome justo en este momento? Olvidé por completo la existencia de Abigail, y me concentré en responder a la mujer que me volvía loco.

Yo: En una cena familiar, pastel de Nutella. Mmmm, delicioso.

Ame: Vas a engordar, cariño, no comas esas cosas. Además, no es nada rico. A tu cocinera le falta un poco de toque francés.

Francesa insípida. No me gustaba que juzgara la comida de Clementina. Era una gran señora con un gran corazón. Tomé el tenedor para enterrarlo en el pastel justo cuando ponían el pedazo de Abbi enfrente de ella.

—Que lo disfrutes —susurré dándole un mordisco. Esta cosa era como bocado de los dioses.

—Mmmmm —susurró cuando probó el manjar de masa esponjada con *frosting* de Nutella con Nutella—. Esta cosa definitivamente estará en nuestra casa.

Me quedé de piedra al igual que ella. Era tan extraño referirse como «nuestra casa» cuando ni siquiera nos conocíamos lo suficiente. Me pregunto si a todos les pasó esto, eso de andar diciendo nuestro en todas partes. Ignorándola una vez más, escribí otro mensaje.

Yo: Una parte de mí te extraña.

No la extrañaba por completo. No cuando decía algo malo de la comida.

Ame: Lo sé, soy demasiado irresistible para no hacerlo.

Puse los ojos en blanco. Esta mujer era una arrogante. Lo peor del caso, así me gustaba. Lamentaba tanto que fuéramos de dos mundos distintos, entre élites de países no se mezclaban. Suspiré observando una vez más a Abbi, curioso, pero una parte de mí quería conocerla y la otra alejarla.

Entramos a mi habitación mientras todo el resto de la familia seguía abajo, tomando el té de medianoche. No teníamos mucho tiempo. En media hora, Abigail se iría a su casa y me dejaría solo en la tranquilidad de mi habitación para pensar en todo esto. Ameli insistió en venir a verme, de seguro le contaron que estaba a punto de comprometerme y eso le rompía el corazón al igual que a mí. No quería que supiera del compromiso, aunque de seguro ella también estaría a unos meses de conseguir a su maldito francés.

Los celos se apoderaron de mi sistema sintiendo la opresión en mi pecho. Que alguien más la besara del modo que yo lo solía hacer, me mataba. Me senté en la orilla de mi cama observando a la chica de cabello negro y ojos grises. Realmente era bonita. Estaba oculta en todo el aspecto de «no me arreglo, porque no quiero», pero era bonita. Intenté pensar en la chica regordeta que iba a la academia con nosotros. Nos burlábamos de ella por ser tan diferente de los demás. Sin mencionar que intentaba captar mi atención todo el tiempo y en lugar de dedicarle una sonrisa jalaba su cabello o la hacía quedar en ridículo. Realmente era una muy mala persona.

—Así que... tú y yo —murmuré observándola de pie en la puerta. No se animaba a entrar. Le hice un gesto para que se acercara y sin pensarlo lo hizo. Se acercó jugando con sus manos de manera nerviosa—. No muerdo, lo prometo, siéntate.

—Pero sí jalas el pelo. No quiero volver a pasar por eso. Una vez incluso me arrancaste un mechón. Dolió mucho.

Me quedé como la piedra. Mierda, ya había olvidado esa vez. La chica lloró tanto que pensé que me expulsarían de la academia. Le lancé una sonrisa tímida. No quería que recordara esas cosas, definitivamente tenía que cambiar mi imagen ante ella, no era muy buena. De pequeños teníamos conversaciones buenas, unas que duraban horas. Claro, cuando el resto no nos observaba. Me parecía tierna en cierto punto. Como si quisiera protegerla. Ahora que lo pienso, la quería cuidar de mí mismo. Éramos malos, muy malos con ella.

El estómago se me encogió. Esto parecía un mal karma que debía pagar. La mujer a la que molesté toda mi infancia estaba a punto de comprometerse conmigo. No sabía de quién era la mala suerte, ¿de ella o mía? Le sonreí, definitivamente ella era la suertuda por tenerme.

—Lo siento. De todo corazón. Ahora, ¿de qué querías hablar?

Abbi se sentó en la silla frente al escritorio. *Se ve tan bien en este lugar. Encaja perfectamente en mi habitación.* Quitó la idea de mi cabeza. Ameli era la ideal, la que me robaba los suspiros y los sueños. Pensamos en pasar nuestra vida juntos, planeamos que ella se viniera a vivir a Londres, dejaría su grado de élite francesa y yo me revelaría ante mis padres. De ese modo podríamos estar juntos. Eternamente juntos. Vi a Abbi suspirar. Ella quizá sí había soñado una vida junto a mí, lo notaba en su mirada perdida. ¿Lo peor? Yo estaba comenzando a verla también.

—Sabemos que no nos queremos y no somos lo que esperamos, ¿verdad?

—Correcto —respondí sabiendo que no era del todo cierto. Algo en ella me llamaba demasiado. La sentía demasiado... sensual. Tenía algo diferente que me gustaba.

—Bueno, de modo que vamos a actuar como que todo está bien y nos acoplaremos. No quiere decir que seamos pareja y no podamos salir con otras personas, ¿correcto?

Me estaba ofreciendo seguir con nuestras vidas. ¿Pero qué diablos esta chica? Normalmente, pedían fidelidad y no me hagas quedar mal ante la gente. ¿Por qué me pide que la deje libre?

—¿Qué? —fue lo único que salió de mi boca—. ¿Vas a estar con otros hombres?

—Sí, tengo una vida que vivir antes de que seas mi esposo y quiero vivirla tranquila. Seguiré las normas de conocerte, asistir a las fiestas como pareja y de salir a nuestras citas. Pero no voy a serte fiel, no ahora y sé que tú tampoco lo serás por lo que esta es mi propuesta.

La miré con la boca abierta, tres mil veces ¿QUÉ? Está admitiendo que no me va a ser fiel, esto es tan, extraño de verdad. Las mujeres quieren fidelidad y nosotros prometemos dárselas con los dedos cruzados. Las engañamos bajo de agua. Además, no quiero que mi chica ande de suelta con otros. No me gustaría, no quería. ¡Mierda! No quería verla con nadie más.

De verdad quiero que Abbi sea mía y de nadie más. ¿Por qué me hace esto?

—Yo no soy lo que tú quieres y tú no eres lo que yo quiero —no soy lo que ella quiere. Pero qué diablos. ¿Qué le pasa a esta mujer? Yo soy lo que todas quieren—. Por lo que vamos a ser amigos, yo te contaré mis cosas, tú las tuyas y si te ligas con alguien más, espero me lo cuentes tú y no que me llegue como un chisme. Es parte del trato.

—Está bien —pero que mentira, no estaba bien. Dentro de la élite era uno de los más cotizados y más deseados. Como era posible que ella, la que sería mi esposa, no me desee. No me quería. Esto se estaba volviendo un reto personal.

—De acuerdo —sonrió algo decepcionada. ¿Qué pensaba que iba a hacer? Salir corriendo y rogarle que me fuera fiel, no, no lo haría. Le sonreí tomándole la barbilla en un momento de debilidad. La observé a los ojos y susurré muy cerca de sus labios.

—Tenemos un trato, pequeña.

Sin más que decir, la besé. Un beso sencillo, solo roce de bocas. Eran como la seda más suave. Me separé para ver cómo le costaba respirar, lo sabía porque me pasaba lo mismo. Sentía todos los músculos contraídos de deseo, lujuria. Cosa más fea. Me aparté regresando a mi cama. Esto era demasiado que asimilar. Tenía que seguir con el juego, debía continuar.

—Por un minuto pensé que debía pasar por la fea experiencia de serte fiel —me crucé de piernas—. Hay una chica que me vuelve loco y quiero...

—¡Guau! Mucha información —Abbi se tapó los oídos bastante molesta. Sí, señorita, así se juega. ¿Querías jugar? ¡Pues tráelo!

—¿Qué? ¿No se supone que somos amigos? —me crucé de brazos—. Los amigos se cuentan todo, ¿no es así? Seremos confidentes. Es una excelente idea, pequeña, confidentes hasta la muerte.

La vi oprimir los labios. Claro que no estaba de acuerdo, una parte de mí sabía que lo hacía por lo idiota que había sido toda la vida. Ella me deseaba, me quería. Podía verlo en sus ojos. Lo peor, yo también me sentía tentado por ella.

—Sí, excelente, amigos.

Después de intercambiar teléfonos, la vi salir de mi habitación. Esto había sido pan comido. Sonreí viendo el techo. Esto iba a ser una aventura muy

loca y muy bonita. Tenía planes de hacerla sentir celosa hasta la locura. Sabía que no sería fácil, porque ella intentaría lo mismo. La diferencia, es que no la amaba y me negaría a amarla. No corría ningún riesgo de salir lastimado. Ninguno en absoluto.

por **SIEMPRE**
y para **SIEMPRE**



Delta

Abbi

La semana pasó más rápido de lo que pensaba, mis días en el gimnasio y los esfuerzos de mi hermana para volverme una delta, eran molestos hasta cierto punto. Sabía que podía arreglarme y me inspiraba hacerlo cuando sabía que vería a William. Pero cuanto más me recalaban que necesitaba un cambio de imagen, más me enojaba hacerlo. Tenía un alma rebelde y ese no era un secreto, nunca lo fue.

Mi hermana se comportaba como si quisiera matarme la mitad del tiempo, supongo que era porque yo estaba con William y ella no. Connor era de lo mejor que la élite tenía, pero William siempre fue su amor platónico y lo entendía, el mío también lo era... hasta ahora.

William mandó unos cuantos mensajes durante la semana, mensajes dulces de «Que tengas un lindo día», otros como «Otra vez lluvia. ¿Te gusta la lluvia?» y otros que alteraron mis nervios como «Fiesta en casa de Mark, hay unas mujeres para chuparse los dedos. Ven, te presentaré a un par de amigos». Odié esos mensajes, me enojaron como nunca. No los respondí, no tenía nada que decirle.

Mi hermana asistiría a la fiesta, pero yo no, no iba a torturarme con ir a verlo con otra mujer. Además, estaba en plan de cambiar mi aspecto. Sin la ayuda de mi hermana, yo sabía lo que quería ver en el espejo, ella no. Dejé que pasara una semana sin noticias mías, solo en momentos de debilidad cuando respondí uno que otro mensaje de texto. Fríos como la mierda, diría Mary, mi mejor amiga.

Tomé mi celular observando mi fotografía con mi amiga estadounidense. Realmente la extrañaba. En Estados Unidos era yo, nadie más que yo. No una chica de élite con la finalidad de conservar un maldito tipo de linaje. En esta secta «importante» si era necesario te casaban con tu hermano, eran tan destrabados como eso.

Me conecté a Skype y llamé a Mary, ella me entendería. Necesitaba de ella.

—¿Cómo vas, cariño? —dijo tan entusiasta como siempre. Tenía puesto su traje de baño. De seguro seguía de vacaciones en la playa.

—Todo está mal Mary, ni siquiera le intereso en lo más mínimo —me quejé—. Se tomó literal lo de tener otras parejas. Incluso ahora me cree su confidente, como si quisiera saber con cuántas se acuesta en el día.

—Pero te besó —dijo con una sonrisa pícaro. Me llevé la mano a los labios recordando esos segundos donde tomó mi cara. Sus labios eran tan suaves y húmedos, tan perfectos. Traían varios recuerdos de un sueño que nunca olvidé.

—Sí, bueno. Eso no dice nada. Ahí anda tirando besos a todas las chicas que se le ponen enfrente. Quiero irme a casa, odio este lugar —me estaba quejando demasiado. Podía sentirlo en todo mi cuerpo. Me encogí de hombros.

—¿Pelo? —preguntó, negué con la cabeza. No iba a pintarlo—. ¿Piel? —le mostré los productos de limpieza facial y cremas hidratantes—. ¿Ropa? —esta parte sí le alegraría. Señalé mi armario antes de responder.

—Lo cambié todo, un estilo muy a la moda inglesa, pantalones cortos con medias rotas, gabardinas largas, botines de tacón alto, botas, blusas pegadas y flojas. Todo a la medida. También un grupo amplio de vaqueros, vestidos flojos y elegantes. No tengo que quejarme de ropa en una buena temporada.

—Genial, que le den. Serás lo que todos deseen. Ya practicamos cómo seducir hombres y ya practicamos tus reacciones de indiferencia. Te irá bien. El plan va a funcionar. Lo vas a tener —movió las manos en un gesto exagerado— comiendo de tu mano en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí, me gustaría decir que tienes razón. Pero no lo sé. ¿Qué tengo que hacer primero?

—Lo primero, encerrada en el puto cuarto no vas a lograr nada. Debes salir y enseñarle tu parte sexi. Seducirlo, volverlo loco. ¿Recuerdas cómo lo hiciste con Mauri? Bueno, pues es lo mismo.

—¡Mauri es gay! —le grité frustrada.

Recordaba ese día como si hubiera sido hace dos semanas, lo cual realmente había sido hace dos semanas. En cuanto me enteré que mi *agapi* sería William y al terminar el ciclo escolar tenía que venirme porque el señor perfecto estaba cumpliendo sus veintiún años.

—Exacto, es gay. Aun así, lograste calentarlo lo suficiente para ponérsela dura, eso debe significar algo.

—Sí, claro. Puede que no sea completamente gay —fruncí el ceño pensando en nuestro amigo. No había modo de decir lo contrario era un gay de primera—. Quisiera que estuvieras aquí.

No sé por qué presentía que iba a parar con el corazón roto, más de lo que nunca pensé. Sentándome de manera exagerada en la silla frente a la computadora, cambiamos de tema con Mary, hablando de los distintos chicos que la hacían suspirar. Mi amiga era una loca estadounidense que atraía como magneto a los hombres malos. Siempre le resultaban con trastadas y locuras. Celosos compulsivos e incluso locos por el sexo. No sé cómo lograba manejar todo eso. Yo apenas si podía con uno, ella operaba con tres.

Cuando terminamos de hablar con Mary. Me quedé tumbada pensando en la cena oficial de mañana. Nos presentarían como pareja ante la sociedad. ¡Pero que estupidez! No quería ser presentada ante nadie, menos con William — señor beso a todas— frente a la élite. Sería como el príncipe y la rana. No me sentía bonita, no aún. Quizá nunca me sentiría completamente linda. Me faltaba un largo camino que recorrer, heridas viejas que sanar y más terapia de la que pensé. Mi teléfono sonó con el pitito habitual. No quería ni siquiera verlo, debe de ser William.

No, era mi hermana.

Ash: Tenemos fiesta hoy, más te vale que estés lista a las 8:30. Vestido café con escote. XoXo.

Puse los ojos en blanco. Mi hermana se debatía todo el tiempo en ponerme mierdas destapadas. Entendía que a los hombres les gustara ver piel, pero yo no me sentía cómoda con eso. Descartando la sugerencia de mi hermana, sabía que no iba a salir de esta. Caminé al guardarropa buscando uno de los vestidos nuevos. Quizá podía empezar a aplicar mi plan. Ash no mencionó nada acerca de William, pero estaba segura de que iría.

Ignorando el hecho de que estaba preparada para llamar la atención, me maquillé como había aprendido en la academia a la que fuimos con Mary, me arreglé el cabello con esas ondulaciones que tanto me gustaban y, por último, me tallé el vestido negro, de escote en corazón, cintura alta y la espalda destapada. Me sentía segura de que nada se movería por el tipo de vestido. Acomodé el pequeño cinturón color rosa pálido, me calcé los botines negros

con rosa y coloqué el saco largo encima para ocultar lo que había debajo. Era elegante, sexi, sin pasarse a lo vulgar como lo que mi hermana quería ponerme.

Mi hermana abrió mucho los ojos cuando me vio bajar, Connor negó con la cabeza, sorprendido. Claro que les sorprendía, ahora sí parecía del nivel de la élite.

—William está surgiendo efecto —susurró Connor—. Pareces una gatita a punto de atacar.

—Te debiste poner el vestido café —puse los ojos en blanco.

Claro que no. ¡Parecía puta! Quise gritarle.

Muchas veces sentía como si mi hermana me quisiera hacer quedar mal, como si de verdad no le importara hacer de hermana mayor. Me quedé viéndola vestida con elegancia sexi. Vestido corto, apretada en la parte baja, pero con caída como blusa. Era un estilo bastante bonito. Jamás pensé en usarlo, pero en ella era todo un modelo. Ella jamás se vestía con las cosas que me daba, era demasiado extraño. Sin enseñarles el pequeño bebe que llevaba debajo de la gabardina, salimos a la cálida noche en Londres. Amaba este lugar como una loca. Temblando por la excitación, me preparé para lo inesperado. Esta noche me traería muchas buenas cosas.

William

¡Santa eternidad! Estos traguitos iban a ponerme borracho en poco. Tenía tanto de no tomar como hoy. Mañana sería el anuncio de mi compromiso con Abbi y estaba muerto del miedo. ¿Qué dirían todos? No es como si Abbi fuera muy popular, pero todos conocían a Ash y su *hermanita*. No era la más agraciada de la familia Sheperd. Tomé el celular tentado por manarle un mensaje a Ameli. Era una tierna escribiéndome todos los días para decirme cuánto me amaba. Quizá debería de hablar con papá y explicarle la situación, no quiero comprometerme con una mujer que no amaba o que quizá nunca llegara a amar. Punto, se acabó. Me iré a Francia. El pensamiento de enfrentarme a papá era una locura, jamás lo haría. Ese hombre daba miedo.

—¿Abigail Sheperd? —Lui soltó una carcajada—. ¿La desalineada Abbi? Por Dios, hermano, siento tanta lástima por ti. Esa mujer es... Bueno, es... diferente.

—¿Diferente o fea? —preguntó Mark conteniendo la risa. Esto se estaba poniendo feo. David tomó su teléfono enseñando una fotografía de Abbi junto a Ash. Como era costumbre, la mayor de las Sheperd era todo un poema. Toda curvas y cabello rubio bien arreglado. A su lado, la chica de cabello negro recogido en un moño alto, lentes gruesos y ropa de vagabunda se paraba de brazos cruzados. Los tres soltaron una carcajada mientras yo continuaba observándola.

Realmente no era mi tipo de chica. ¿Qué iba a hacer? ¿Quién en su sano juicio usa esa ropa? Era horrible. Sentándome frente a la barra, tomé otro chupito. No estaba de humor para intentar defender a mi futura *agapi*. No quería, realmente no quería estar con ella.

Recordé el trato que teníamos y me di cuenta de que a ella no le importaba que tuviéramos otras parejas. Realmente era muy lindo de su parte proponerlo de ese modo. De seguro me tomaré sus palabras literales. Necesitaba disfrutar de esta vida de soltero antes de tener que dar el siguiente paso, realmente no quería ser un chico infiel, no quería ser como el resto de nosotros. Paul no era infiel, lo cual me daba la pauta que quizá eran los valores que mamá nos había enseñado. Claro que era mucho mayor que nosotros. Se había casado hace dos años y vivía de maravilla con Jane. Quizá algún día lograra eso. Necesitaba lograrlo.

—Puedes componerla. ¿Lo sabes verdad? —preguntó Lui observando las fotos en Facebook de Ash—. Exígele que se arregle y que use ropa de su talla. Baby Dolls y quizá unos pantalones tallados para marcar su trasero.

—Sí, claro. Voy a llevarla de compras. ¿Después qué? Lo más seguro me saca la madre.

—Lo único bueno que le veo a tu chica, es que te dejó andar de soltero. ¿Cuántas mujeres te dejan ligar con otras?

Solté una carcajada. Ella lo estaba haciendo porque quería tener sus propios ligues. Expliqué una vez más la plática con Abbi en mi habitación. Los alpha eran unos idiotas. No podían tomarse nada en serio. En cuanto terminé, Lui ya estaba haciendo alguna broma pesada y Mark imitaba a Abbi. Entre risas

logré pedir una botella de agua. Tenía que calmar un poco mi sed de alcohol. Bebiéndome toda la botella de agua, escuché a Mark suspirar.

—Van a hartarse una puñada de su propia mierda. Miren quien viene entrando y se ve... increíble.

Con un gesto de asco, me di la vuelta para ver a Ash con Connor. Iban de la mano como era costumbre. Era muy bonita, con su cabello rubio y sus ojos azul claro. Aún no entendía cómo es que nunca lograba hacer clic con Connor, algo me decía que se querían, pero no se amaban. Era más que obvio. Detrás de ellos venía entrando una chica completamente atractiva, con su cabello negro, su chaqueta larga y su... ¿Abbi? Vi para todos lados asegurándome de que todos la estuvieran viendo. ¿Lo estaba imaginando? Lo más seguro. Abbi no era atractiva y la mujer que tenía frente a mí era todo, irradiaba sensualidad.

—¿Te cambiaron de mujer? —Lui frunció el ceño—. Creo que sí te la cambiaron, esta está para comérmela, ¿puedo? —preguntó inocentemente.

—Ni se te ocurra —no podía quitarle el ojo de encima.

Dejando a todos mis amigos atrás me acerqué *caminando* rápido. Paul diría que iba corriendo. Me paré cerca de Abbi sin hablar, no me había visto. Ash hablaba muy entusiasta con un grupo de chicas. Más conocidas como la élite delta. Las delta, como los alpha, eran el grupo de chicas de sangre real. Abigail y Ashley Sheperd estaban casi en la cima, al igual que mi familia que ocupaba el primer lugar en el listado debajo de la reina. Su gran majestad era increíble. Una señora muy agradable. ¡Gran vida a la reina!

Estaba a punto de hablarle a Abbi cuando escuché lo único que no he querido escuchar.

—Algún candidato para hoy, mi hermana necesita liarse con alguno muy caliente.

Abbi soltó una carcajada antes de empezar a escanear el salón. No quería verla ahí de caliente con otro, no quería verla con nadie más que no fuera yo. Punto, fin del caso. Armándome de valor. La tomé de la mano dando un jalón fuera de su círculo. Abbi soltó un grito ahogado. La había asustado.

Abrió los ojos como un búho antes de sonreír. Una sonrisa dulce y tierna. La tomé de la barbilla observando cómo había resaltado sus ojos grises, los labios eran de un rojo cereza. Estaba preciosa. Busqué debajo de todo eso a la

chica sencilla que tanto me gustaba. A pesar del maquillaje y accesorios, estaba allí. Mi chica estaba allí. Conteniendo las ganas de besarla susurré.

—Hola, pequeña.

—Hola, pequeño —se burló de regreso. Estaba sonriendo de oreja a oreja. Le complacía verme. Podía verlo en sus ojos.

Escuché los susurros de las delta, morían de la curiosidad. Además, no sería hasta mañana que todos se enteraran. No iba a admitirlo, pero aún estaba mareado por culpa del alcohol. Esta noche sería todo un caos.

Abbi me sonrió antes de indicarme que tenía calor, me ofrecí voluntario para acompañarla dentro y dejar su saco con uno de los sirvientes. Necesitaba estar más tiempo con ella. Sorprendentemente, aceptó mi propuesta. Caminamos dentro de la casa abandonando a todas las personas a nuestro alrededor. Intenté tomarle la mano, pero me frené justo antes de hacerlo. Ante las personas, ella seguía siendo solo Abbi; ante mis ojos, mi futura esposa.

—No sabía que vendrías —dije abriendo la puerta para que ella entrara. Abbi se encogió de hombros antes de agregar.

—No me dieron muchas opciones. Tenía planes de quedarme en casa escuchando a los Darling Buds, pero no funcionó.

—¿Te gustan los Darling Buds? —estaba impresionado. Era de mis grupos favoritos. Definitivamente teníamos una cosa en común.

—Sí —se ruborizó—, sé que no son tan conocidos, pero... Bueno, me gustan mucho.

Señalé sus mejillas conteniendo la sonrisa que se formaba en mi rostro.

—Parece que te hubieras quedado bajo el sol. ¿Te hago sentir incómoda?

—¿Incómoda?

—Sí, veo cómo te pones. Como si te calentara solo el escuchar mi voz.

Se llevó las manos a las mejillas, su color aumentó y supe que estaba muy apenada. Me encogí de hombros ignorándola. Tenía que seguirle el juego. Esto era parte del plan. La iba a atraer a mis encantos. No podía creer que fuera la única que no se sentía hipnotizada por mi forma de ser. Estaba acostumbrado a que las chicas fueran fáciles.

¿Por qué mi futura esposa me pedía que la dejara libre por un tiempo? Era tan confuso.

La vi dejar el bolso y retirarse la chaqueta. Me quedé con la boca abierta al ver el vestido negro, con el pequeño cinturón rosa. Le llegaba a la mitad del muslo, tenía un escote en forma de corazón y unos botines altos de muerte. Las piernas se le veían largas y demasiado marcadas. Algo que jamás pude verle con el vestido largo. Me quedé como la piedra. ¿Dónde estaba la chica desalineada? Creo que la prefería a ella que a esta mujer que me ponía bastante caliente.

Podía ver que le costaba caminar con esos tacones, eso no impidió que quisiera meter la mano debajo del vestido, buscarle las bragas y quitárselas de un tirón. Quería poseerla en todos los sentidos posibles. Estaba hipnotizado y el alcohol no ayudaba para nada. Mi cuerpo estaba reaccionando de una manera que no podría ocultar si seguía con esos pensamientos. Necesitaba un trago.

Una hora después, estaba sentado al final de la barra, tragándome de cerveza y tequila. Abbi se había perdido en la plática con Lui y le coqueteaba descaradamente. El muy idiota sabía que mañana anunciaríamos a mi *agapi*. ¿Por qué intentaba quitármela? Hace no más de dos horas estaba sintiendo lástima por mí, porque no era atractiva.

Pues que se trague sus palabras, aquí estaba la prueba de que mi chica no estaba tan mal como creíamos.

Lessa, una chica de la élite, se acercó contoneando sus caderas. El vestido azul pavo que cargaba puesto le daba un aire fantástico. Su cabello rubio estaba recogido de medio lado y sus ojos cafés eran todo lo que podía ver, aunque en realidad veía cuatro ojos en lugar de dos.

—Lessi, creo que eres un alienígena, tienes cuatro enormes ojos —dije señalando con cuatro dedos.

—Y yo creo que eres un borracho, así de simple. ¿Qué te ha pasado? Nunca te excedes.

No, nunca lo hacía. Tampoco me portaba como un cursi enamorado y ahora mi corazón respondía de una manera tan rara al ver a Abbi. Le expliqué que mañana era mi fiesta de compromiso, claro que ya lo sabía porque toda la maldita élite estaba invitada. No había escapatoria. Lo único bueno es que sabrían que Abbi estaba reservada para mí. Giré la cabeza para verla de cerca. En estos momentos parecía una traidora. La manera en que sobaba el brazo de Lui era tan... ¡Mierda! Voy a volverme loco.

Tenía que traer su atención, tenía que lograr que me observara. Tomé la mano de la chica de cuatro ojos y comencé a hablar de la manera en que siempre lo había hecho. Era trampa. A Lessa ya la había besado antes, no sería nada difícil. Empecé a seducirla con la mente en Abbi, al cabo de unos minutos, Abbi ya no existía. Tenía la mano en la pierna de Lessa, le susurraba al oído cosas bonitas y le besaba el cuello con determinación, escuchando cómo reía. Era... increíble.

—Podríamos ir adentro —dijo Lessa retorciéndose ante mis insistentes besos—. Dicen que eres increíble en la cama.

¿Qué? Cómo es que alguien iba a saber cómo era yo en la cama. Nunca nadie había tenido ese placer. Me aparté unos segundos para ver su cara contraída por la excitación. Incluso yo tenía mi parte hecha una piedra. Podía probar un par de juegos, no llegar a última base, pero sí... la tomé de la mano sin pensar dispuesto a entrar a la casa y encontrar una habitación, cuando me encuentro a Lui dándole un beso a Abbi que tenía los ojos puestos en mí. La ira se apoderó en segundos de mi persona. Solté la mano de Lessa caminando a donde estaban los dos y arrebaté de un tirón a Lui. Este desorientado maldijo en lo alto.

—¿Pero qué diablos, Will?

—¿Qué diablos? ¡Vete a la mierda! —señalé a Abbi—. Esa es mi mujer.

—Bueno, pues me estoy tirando el lote con tu mujer porque ella no quiere contigo. Eres un idiota.

Me giré para ver a Abbi abrir los ojos como platos. Estaba sorprendida por mi arrebato, pero yo estaba tres veces más cabreado que nunca en mi vida. Señalé a Lui sin apartar la vista de ella. Mis manos temblaban, estaba incontrolable. Incluso quería calmar mi corazón, pero no tenía el control de mi vida. El alcohol era una mierda.

—¿Qué diablos Abbi? ¿Por qué con él?

Se encogió de hombros de forma indiferente antes de agregar.

—Tiene buen cuerpo.

Sentí como si me hubiera metido una patada en el culo. ¿Buen cuerpo? Lui no tenía buen cuerpo. Era un idiota que se acostaba con todo mundo, no iba a permitir que toda la maldita élite hablara de ella, menos cuando estaba a punto de comprometerse conmigo. Mañana saldrá la noticia a la luz pública.

Seguro saldría en todos los periódicos de Londres. Negué con la cabeza, esto no estaba bien.

—¿Por qué es que no me deseas, Abbi? —mis palabras salieron suaves, como si le rogara su atención.

—¿Por qué es que no me deseas tú? —preguntó de regreso. Eso no era justo. Ella era la que me había mandado a la mierda, no yo.

Cerré los ojos un instante pensando en cómo estaba de excitada con Lui. Ella quería vivir su vida y aquí estaba yo impidiéndoselo. No podía venir y admitirle que no es que la quisiera, solo me ponía mucho. Mi cuerpo reaccionaba al de ella.

—No importa —tomé la mano de Lessa—. Tengo cosas mejores que hacer que discutir contigo.

Con paso decidido, Lessa soltó una risita estúpida que de seguro puso a Abbi como la mierda de enojada, Lessa era una arpía cuando quería serlo y esa sonrisa lo decía todo. No me importó, por extraño que pareciera, nada importaba.

Me gustaría decir que los besos de Lessa me hicieron olvidar todo, pero nada me haría olvidar lo que estaba empezando a sentir.



por **SIEMPRE**
y para **SIEMPRE**

La luz al final del túnel

Abbi

Estaba acostada en mi cama, observando el techo. Perdida en mis pensamientos. Menuda estupidez, yo le había propuesto ser abiertos y estar con otras personas, mi idea no era verlo a él con otra, la idea era que él sintiera celos hasta cierto punto. El pequeño *show* que montó horas atrás era la prueba que había funcionado. Duró menos de cinco minutos. Luego se fue con Lessa, la odiaba. Toda la vida tuvimos ciertos roces por distintas cosas, la mayoría era porque mi maestra me prefería a mí que a las demás. ¿Cómo iba a preferirlas si todas eran unas perras malhumoradas desde pequeñas?

Me gustaría tener algún amigo o amiga con la cual acurrucarme en la cama y gritar de enojo. Pero estaba sola, completamente sola, todos mis amigos estaban en Estados Unidos, ese lugar donde nadie tenía ni una puta idea de quién era yo.

Me vi en el espejo, imaginando que no estaba rota en muchos sentidos. Estaba frente al espejo del baño, aún con el vestido con el que intenté seducir a William, sé que funcionó, no había duda, pero... ¿por qué se fue con Lessa?

Apliqué jabón, exfoliante y tónico. Me sequé con delicadeza como era mi rutina y apliqué la crema de dormir. Tirándome a mi cama, abracé un peluche viejo, uno que tenía de niña. No podía correr con mamá y decirle que no quería hacer esto, que, por favor, no me obligara a estar con alguien a quien no le interesaba. Pero jamás accederían. Tenía que seguir órdenes. Y en los planes del mundo, no estaba ser feliz. Mi destino era estar con alguien que jamás me amaría.

Desde pequeña crecí con la mentalidad que debía ser lo que mis padres dictaran para mí. Sabía incluso que estudiaría Economía, una carrera que odiaba por los números. Lo bueno es que esa se podía mezclar con abogacía que era más mi tipo.

Cerré los ojos intentando soñar en que mi vida era mejor de lo que creía, un lugar donde era aceptada y amada.



Me desperté por los gritos de mi hermana. Corría por toda mi habitación abriendo las cortinas, quitándome las sábanas. Me puse la almohada en la cara para tapar la locura que gritaba Ash. No quería levantarme. Me negaba a hacerlo. Este día sería el peor de mi vida.

—Despierta y brilla, pequeña —me jaló de los pies—. Es hora que la oruga se vuelva mariposa. Vamos a transformarte. La masajista llega en una hora y debemos desayunar. ¡Dios! Estoy tan emocionada.

—Tú te emocionas con todo —volví a tomar la almohada tapándome una vez más.

—No me digas que sigues molesta con el pequeño William. Will es grandioso, tú lo provocaste, es tu culpa que él reaccionara de ese modo. ¿Cómo querías que se portara? Andabas de zorra con Lui.

Cerré los ojos unos minutos. Lui, recordé que me besaba el cuello. Solo quería llamar la atención de William, no pretendía otra cosa. No lo llegué a besar en los labios, aún guardaba el sabor del beso de Will. Negué con la cabeza sintiendo el nudo en el estómago. Él se había pasado babeando a la chica, le besaba el cuello, tomaba su pierna con desesperación, le metía la lengua hasta la garganta, lo cual no era nada bueno. Eso había dolido, pero yo sola me lo busqué, en eso tenía razón Ash.

Mamá apareció por la puerta. Me tomó en sus brazos sollozando de alegría. ¿Por qué todo el mundo anda más emocionado que yo? Dándole pequeños golpecitos en la espalda la dejé que se emocionara con mi hermana. Cuando reaccionó que venía a decirme algo, se separó anunciando lo inesperado.

—Un chico está abajo, dice que quiere hablar con...

—¿William? —pregunté sintiendo mi corazón latir a mil.

—No, cariño, es el hijo de los Montgomery...

—¿Lui? —mi respiración dejó de funcionar. Supongo que a mi hermana le pasó lo mismo, dejó de saltar como loca por toda la habitación. Me puse la bata corriendo y en menos de lo que esperaba bajé con la esperanza de que trajera algún mensaje de Will, después de todo, eran mejores amigos.

Lo encontré en la entrada con unos vaqueros ajustados, una camisa Polo azul y las manos metidas dentro de las bolsas. Parecía nervioso o indeciso, no sabría decir cuál de las dos. Acercándome a él dejé que viera mi cara de «me

acabo de levantar y qué», no me había visto siquiera al espejo, pero ¿qué importaba? Ya creían que era fea de todos modos.

—¿Tienes un minuto? No quise despertarte.

—No me despertaste, ya estaba despierta —mentí descaradamente. Mi aspecto no era de «me levanté hace horas», definitivamente, estaba mintiendo.

Esperaba que fuera un caballero y no lo mencionara, pero... Bueno, siempre fue un gran idiota por lo que esperaba algún mal comentario de su parte.

—Sí, claro, y yo me voy a casar con la reina de Inglaterra. Por favor, Abbi, los dos sabemos que te levantaste corriendo. No te pasaste ni siquiera un...

—Okey, okey. Ya entendimos. Ahora, ¿qué quieres?

Lo vi suspirar como si se debatiera qué estaba haciendo en mi entrada. Se balanceaba adelante y atrás con desesperación, veía a todos lados y balbuceaba. De pronto, la empleada de la casa abrió de nuevo la puerta dejando pasar a un señor cargando unas flores enormes, anunciando que venían de la residencia Hamilton. No específicamente de él, pero sí de su familia. El estómago me dio una vuelta al leer la nota.

«Querida Abigail Sheperd:

Hoy empieza una nueva etapa, una nueva alianza, una que nos permitirá unir dos familias que estuvieron destinadas desde hace muchos años. Finalmente, William y tú dan el paso. Estamos seguros de que serás la mejor compañera para William.

Con cariño,

Familia Hamilton».

—Son buenas personas, ¿lo sabes verdad? —señaló la nota.

Apunté a la puerta que estaba cerca de la entrada. Lo llevé a la sala de paso para que pudiéramos hablar lejos de las flores. Me distraían de manera perfecta. Sus colores cálidos, el aroma, el volumen... Todo era una distracción.

—¿Entonces? —pregunté. Estaba empezando a desesperarme.

—No debí besarte, Will estaba muy molesto conmigo, demasiado molesto —negó con la cabeza—. Nunca lo vi de ese modo.

—Él se lo buscó —dije encogiéndome de hombros.

—¿Buscó? Suena como si todo esto fuera por venganza. Me sentía mal porque pensé que yo te había utilizado, pero viéndolo de ese modo, tú me has utilizado a mí.

—Quizá —ah, mierda. Ahora sí me sentía mal. Jugándome la mano en el regazo intenté no aparentar nervios. Era el mejor amigo de Will, no podía confesarle mi plan sin que él le fuera a contar todo. Estaba nerviosa, viendo cómo saldría de esta—. No me quiere, no le intereso.

—Eso no lo sabes, incluso estoy seguro de que él no sabe qué sentir. Te acaba de conocer, mujer, dale tiempo. Sé que te gusta, se te ve en los ojos.

—Dime inmadura, pero... estoy intentando agradecerle o al menos ser lo que él espera que sea —suspiré, sintiendo un vacío interno. No sabía cómo ser fuerte, nunca lo fui.

—Y eso es...

—Tener una chica bonita que valga la pena enseñar al mundo, de la que no se avergüence. Por eso lo dejo estar con más chicas, no le exijo que me sea fiel.

—¿Crees que él va a quererte por dejarlo estar con chicas?

—Al menos lograré que no me odie por no ser la chica de sus sueños.

Lui se acercó tomándome en sus brazos, me abrazó con fuerza como si fuera una vieja amiga. De lo que sabía de este hombre era mucho. Era el más loco de todos los Alpha, aún no estaba comprometido, sus padres decidieron aplazar el tiempo por alguna razón desconocida. Se pasaba a todas las chicas delta como no delta. Lo observé pasarse la mano por su cabello rubio cenizo, un tono más claro que William. Recordé cómo mis manos se entrelazaban jalándolo, exigente a mi cuello.

Él era atractivo y con una actitud rara y diferente, aún —ahora— estaba siendo lo contrario.

—Ya entiendo —dijo levantándose la barbilla—. ¿Quieres ponerlo celoso para que sepa que existes? —no pude articular palabra, pero asentí con la cabeza—. Ya veo. Abs, no sé si eso funcione, primero tienes que gustarle mucho para que sienta celos, pero si quieres... puedo ayudarte.

Levanté la vista de inmediato, ¿estaba dispuesto a ayudarme? ¿Cómo? Le hablaría a William acerca de mí, le preguntaría qué pensaba, le diría que habíamos hecho más... Las preguntas se acumulaban en mi cabeza como

rayo. Esto tenía que tener una explicación. Por qué iba a querer ayudarme, era su mejor amigo.

—Te juzgué mal y eso me hace sentir fatal, ¿está bien? Quizá sí tenga corazón después de todo. Por eso voy a ayudarte.

Quería comentarle que yo también lo juzgué mal, pero me lo aguanté. Prefería su ayuda que el mano a mano por pensar cosas no ciertas. Le pedí que continuara. La curiosidad era más grande que yo.

—Este es el trato —se aclaró la garganta—, voy a ser tu cómplice, por así decirlo. Para ayudar a que Will muestre interés en ti, con la condición de que le aclaremos todo algún día. Pienso que Will merece una chica increíble, no pensé que pudieras ser tú, pero... Bueno, qué diablos. Ayer me demostraste que eres capaz de llevar las cosas a otro nivel por él —se frotó las manos—. Vamos a hacerlo.

Con una sonrisa en el rostro, me tiré a sus brazos abrazándolo como nunca. No podía creerlo, estaba accediendo a jugar este juego con más profundidad. ¡Vaya! William tendría que caer a mis pies en algún momento. Despidiéndome de Lui, después del desayuno. Esperé al masajista que me quitaría toda esta tensión. Esta noche quizá no sería la peor, aún quedaba una luz de esperanza. Una que estaba al final del túnel.

Una reputación que cuidar

William

Mamá no dejaba de hablar en el desayuno de lo increíble que sería esta noche. Ni siquiera podía pensar en eso, mi cabeza estaba pesada, la boca me sabía a centavo y yo... Bueno, no estaba en mi mejor estado. Según Mark, seguía en estado de ebriedad; según Paul, eran los efectos de tener goma moral por lo que le hice a Abbi.

¿Qué goma moral voy a tener? Abbi estaba muy ocupada con mi mejor amigo. Por favor, ese hombre se pasaría a su madre si no fuera algo tan anormal y enfermo. Tomé un trago de jugo, realmente mi estómago estaba resentido por el exceso de alcohol. Frotándome las muñecas bajo la mesa, contuve las ganas de vomitar todo el lugar. Sería asqueroso si lo hacía. Además, mi madre se daría cuenta de que estaba con una resaca de campeonato y eso no sería nada bueno.

Me levanté de la mesa sin tocar el desayuno, di la absurda excusa de estar demasiado nervioso. Mamá se la tragó toda, papá no tanto. Él entendía esta situación, según los malos rumores dicen que nunca estuvo enamorado de mamá. Su verdadero amor vivía en otra casa con otra familia, también de la élite. Nunca supe quién era la mujer causante de sus suspiros, tampoco quería saberlo. Sería asqueroso, es mi padre con alguna otra mujer que estamos hablando.

A mitad del camino las arcadas se hicieron presente, corrí al baño a descargar lo poco que tenía en el estómago. La verdad eso era demasiado para mi sistema. Cuando me giré para ponerme de pie, Paul estaba en la puerta con cara de asco. ¿Qué diablos hace aquí si no quiere ver cómo vomito?

—¡Asqueroso! —dijo frunciendo el ceño.

—Se le llama vomitar. ¿Qué esperabas? ¿Perlas?

—Jamás, te tragaste medio bar ayer por la noche y entre tu borrachera lo único que decías era «Abbi me traiciona y eso es una mierda», o lo mejor «Ameli me ama. ¿Por qué no puedo quedarme con ella? Abbi no me quiere».

—¿Tienes algún punto con esta conversación? Porque estoy muriendo por saberlo —me limpié la boca jalando de la cadena. Salí a mi habitación y me senté en la cama esperando que mi hermano contara su punto de vista. No quería que me recordara mi momento de alcoholismo total.

—Te gusta la desalineada Abbi —dijo cruzándose de brazos. Sonaba horrible cuando lo decía de ese modo, ayer demostró no ser nada de lo que rumoraban. Era... bonita, no perfecta, pero sí bonita.

—No me gusta —dije negándome a admitirlo. ¿Qué podía decirles? Sí, Abbi me ha llamado la atención desde pequeños, por eso mantenía conversaciones en secreto con ella. No era estúpido.

Nunca le confesé a nadie que ella era amable y bastante linda si le dabas la oportunidad. Era extraña, no solo por su forma de vestir sino con su obsesión por los cómics, sin mencionar que se emocionaba como loca con juegos comunes como el fútbol americano o el *soccer*. Eso la hacía especial, mientras todas las niñas jugaban a las muñecas ella estaba intentando encajar con nosotros. Incluso llegamos a pensar que sería lesbiana. Por eso la rechazábamos, porque no era algo que se acoplara en nuestro mundo. Cuando anunciaron que se irían una temporada a Washington por asuntos políticos, mi corazón sufrió una pérdida secreta. Perdí a una amiga, una a la que jamás pude decirle que lo era.

Ahora estábamos en esta extraña situación donde íbamos a casarnos y ella seguía creyendo que la odiaba. Tiempo después conocí a Ameli, estudiante de intercambio en The Royal Academy. Fue mi primera novia, mi primer amor. Seguía siendo una parte importante en mi vida. Duramos nueve meses del año que vivo en Londres, en realidad nunca terminamos solo nos distanciamos. Una distancia extraña, ya que la extrañaba, pero al mismo tiempo, no me sentía desconsolado.

—Hasta que no admitas que tienes algo con esa chica seguirán en la misma mierda. Ella te quiere, se le nota en los ojos. Pero tú, tú intentas cagarla en todos los sentidos posibles. Tu escena de celos lo dice todo.

—No eran celos —mentí—. Voy a casarme con ella y Lui tiene muy mala reputación, no quiero que hablen de ella. Eso es todo.

—¿Te preocupa la reputación de Lui, pero no la de Lessa? Por favor. No seas patético.

—Yo no tengo mala reputación. ¿Por qué iba a preocuparme por Lessa?

Mi hermano soltó un soplido negando con la cabeza. Sabía que iba a venir una gran discusión.

—No eres tú el de la mala reputación, Lessa se ha acostado con todos los alpha, incluyéndome. Tú eres diferente al resto de nosotros porque «te reservas para la indicada». A pesar de que ya corrió el rumor que lo has hecho con la hermana de tu prometida.

Me quedé como la piedra, ¿rumor? ¿Ash? ¿Cuándo? Que no me enteré en qué momento perdí la virginidad. Esto era otro nivel. Negué con la cabeza.

—¿Yo me acosté con Ash? ¿Cuándo?

—Según rumores, antes de su compromiso con Connor. Al parecer ella se lo confesó en una pelea que tuvieron.

—Jamás me he acostado con ella —pero qué diablos las mujeres. ¿Por qué querían hacerse la reputación tan mierda? En lugar de estar limpias y darse a respetar, les gustaba andar de zorras contando cosas que nunca pasaron—. ¡Vaya! Al parecer perdí mi virginidad y ni me di por enterado —intenté bromear un poco con la situación. Tenía que quitarme la necesidad de salir corriendo y enfrentarme a esa perra. ¿Quién se cree que es? Ni siquiera lo hice con Ameli que pasé nueve meses con ella, en la etapa de las hormonas alborotadas.

—Bueno, al parecer perdiste tu virginidad con tu cuñada. Ahora, alístate e intenta arreglar las cosas con Abbi. No lo demuestra, pero seguramente le duele.

Sin más que decir, mi hermano salió de la habitación dejándome con más preguntas que antes. Me recosté en la cama. Tenía que definir mis sentimientos antes de que se salieran de control, ya estaban medio perdidos, tirados en la basura. Realmente no quería comprometerme cuando todo lo que hay dentro de mí está volando por los aires. Tomé mi celular para ver viejas fotografías. Incluso mi fondo de pantalla era con ella, Ameli. Este momento en el que la perdí, mi corazón se partió en varios fragmentos. Ninguno dijo nada, la tomé de la cara, besando sus labios con ternura. Ella estaba a segundos de irse y ninguno habló, no había palabras de despedida

para perder a un gran amor. Después de una semana volvimos a hablar. Ninguno mencionó la pérdida, o la tristeza, lo cual era muy bueno. No quería pensar en eso. Seis meses después, aquí estoy, listo para comprometerme.

Yo: Paso importante hoy en mi vida. Quisiera decir que algún día voy a caminar al altar contigo a mi lado, pero bueno, dudo que ese sea el destino. Te quiero, mi Ame.

Tardó casi una eternidad en responder. Pero, finalmente, lo hizo.

Ame: Besos, bebe. XoXo.

Me quedé viendo el mensaje. La verdad no era la respuesta que esperaba. Fruncí el ceño y arrojé el teléfono contra la almohada. No me quería comprometer con alguien a la que no veía o no conocía exactamente. Sabía que mi destino estaba en manos de mis padres y saber que ahora era el momento que tanto esperé durante veintiún años era un poco abrumador.

Me metí a la ducha, dejando que el agua se encargara de las malas vibras. Necesitaba un nuevo comienzo. El mensaje de Ameli me dejaba claro que le valía madre. Era hora de tomar mi destino en mis manos y aceptarlo.

Estaba meganervioso por lo que podía llegar a pasar. Me había imaginado este día unas trescientas veces en total. Toda la gente felicitándome por mi compromiso, abrazando a mi *agapi*, regalándonos joyas carísimas y conviviendo un poco con la reina.

Según la tradición, la semana antes del compromiso era para pasar tiempo entre los comprometidos, conocerse un poco y dictar algunas reglas acerca del compromiso, cosas legales de familias. Pero en nuestro caso la pasamos evitándonos y viendo a otras personas, en su caso, Lui, y en el mío, Lessa. Eso no era para nada bueno, estábamos tomando una actitud como si nos importara poco nuestra relación. ¿Qué diablos estábamos haciendo?

Reteniendo la respiración, me armé de valor y bajé las escaleras de la mansión Hamilton, mi casa. Como era de esperarse, me recibieron con aplausos y gritos de felicidad. Saludé como el protocolo mandaba. Me quedé parado mientras el vocero real anunciaba mi nombre. Viendo al frente observé la mirada de todos mis amigos, amigos de la familia, compañeros políticos, embajadores, la familia real y por supuesto, toda la maldita élite esperaba a que de esas escaleras bajara la que sería mi futura esposa.

Todas las personas estaban con grandes vestidos, trajes elegantes, joyas que podrían alimentar un país entero. La música de violines sonaba a lo lejos y el ambiente olía a una mezcla de vainilla y cereza. Mis manos temblaban. Las personas sabían quién era el caballero que iba a comprometerse, siempre la celebración era en casa de él, pero ella siempre era un secreto. La sociedad se debía enterar hasta ese momento. ¿Me debía importar lo que las personas pensarán? En estos momentos no me importaba absolutamente nada. Solo en ella, por alguna extraña razón, en Abbi era lo único que podía pensar.

Cuando las trompetas sonaron anunciando la llegada de Abbi, giré para verla. Tradicionalmente, todos vestían de blanco, solo los prometidos usaban rojo. Mi traje era negro, incluso la camisa era negra, solo la corbata era roja. Mi color no era el rojo y no haría lo que muchos hacían, de usar traje rojo. Me vería bastante ridículo.

Abigail estaba en la primera escalera, su respiración era fuerte y evidentemente estaba nerviosa. Lo único que podía ver yo era lo guapa que estaba. Usaba un vestido rojo sin tirantes, de cadera baja y falda floja. No fue hasta que bajó el primer escalón que vi cómo el vestido se abría revelando su larga pierna. Un sensual movimiento que despertó todas mis hormonas. Su cabello negro estaba recogido con ciertos mechones cayendo libres de él, como si estuvieran fuera de su lugar sin realmente estarlo.

Ella dejó de ser bonita para mí, pasó a ser preciosa en un abrir y cerrar de ojos. Mi corazón empezó a palpar tan fuerte que incluso dolía. Según el maldito protocolo, debía esperar a mi prometida en el encuentro de las escaleras para terminar de bajar juntos las pocas que quedaban, pero por alguna extraña razón salí corriendo a su encuentro, como si mi maldito cuerpo tuviera un imán con ella. Quería abrazarla y besarla. Pedirle perdón. ¿Qué lógica tiene eso?

—Abbi —dije con la respiración entrecortada, ¿pero que estoy haciendo? Es como si no pensara.

—Estás rompiendo todo el maldito protocolo —dijo con una sonrisa en los labios.

—No podía esperar, te ves... —perfecta, increíble, dulce, apetitosa. Quisiera pasar mi boca por todo tu cuello, lamerte cada esquina de tu cuerpo, tocarte, desnudarte y... No dije nada de eso, me quité esos pensamientos para

responder— bien. Además, sé que no eres tan fina para usar tacones, quizá te caigas y te rompas el cuello. De ese modo arruinarías un día perfecto.

—Eres un idiota —dijo conteniendo la risa—. ¿Vamos a bajar o dejaremos a todos con cara de sorprendidos? —tomó mi mano para que la ayudara a descender por las escaleras. La atraje a mi cuerpo dejando que toda mi mente quedara en blanco. Le planté un beso en los labios y la ayudé a bajar. Definitivamente, había perdido toda conciencia de la vida. Tenía la vista por encima de la cabeza de todos, no me animaba a ver a nadie. De seguro me estarán viendo con la boca abierta. Era Abbi de la que estábamos hablando, nadie se lo imaginaba.

Los primeros abrazos de felicitaciones fueron de parte de la familia real. Cuando Lui se acercó a nosotros pensé que sería a mí al que felicitaría, pero en lugar de eso, abrazo a Abbi como si su vida dependiera de ello y susurró lo bastante alto para que escuchara.

—¿Por qué no te conocí antes? —¿qué? Le estaba tirando la onda a mi futura mujer, pero qué cretino.

—Lo sé —susurró Abbi cerrando los ojos—. Por primera vez encuentro a alguien que me quiere y menuda sorpresa, tengo que comprometerme con alguien que... —su voz se quedó en silencio total en cuanto la jalé de la mano. No quería escucharlo. No la quería, era muy pronto para quererla, por otra parte, mi interior estaba empezando a sentirse atraído por ella y eso no iba a negarlo.

—Gusto de verte a ti también —le hice mala cara a mi mejor amigo para que supiera que lo había escuchado. ¿Qué le pasa? Nosotros teníamos límites de chicas, él no se metía con las mías y yo no me metía con las de él. Son leyes de mejores amigos y él estaba rompiendo toda esa mierda.

—Hay que ir al gran salón —susurró Abbi viendo a Lui—. ¿Vienes?

Lui negó sin apartar la vista de ella. Su mirada recorría su cuerpo de una manera que me daban ganas de vomitar de nuevo. Esto no puede estar pasando, entiendo que no acepto que me gusta, menos voy a estar difundándolo como si fuera medio de comunicación, pero... ¿qué diablos hace Lui? Él era el que más la molestaba.

Tomando a Abbi de la mano la guie a la mesa del comedor, donde todo estaba decorado con tulipanes blancos, amarillos y ciertos toques en verde. Esas flores eran las favoritas de Abbi, sus padres escogieron la decoración a

juego con lo que a ella le gustaba. Me sorprendió no ver jugadores de fútbol o estampitas en las mesas. Me reí ante la absurda imagen. Pero sí que era estúpido. La reina se sentó a mi izquierda, en la cabecera de la mesa manteniendo el protocolo, Abbi a mi derecha. Aunque sabía que Lui tenía que estar lejos, observé cómo se sentaba en la otra punta de la gran mesa rectangular. Ahora sí podía relajarme. No entendía qué diablos con ellos.

—Abbi, lo siento —dije sin poder verla a los ojos. No pensaba disculparme, esta sensación de que todo ayer había sido un error estaba en mi pecho.

—¿Sentir que? —respondió dándole la sonrisa más falsa que había visto a una de las damas de enfrente.

—Lo de ayer estuvo...

—¿Mal? —soltó una risita—. Sin pena, no pasó nada en realidad.

—¿No? —fruncí el ceño.

—Solamente los dos tuvimos una muy buena noche con nuestras parejas del momento. Eso es todo. No hay nada que disculpar.

Devolviéndole la sonrisa me giré para platicar con todos menos con ella. En realidad, me dolía todo lo que estaba diciendo. ¿Pretendía que doliera? Bueno, pues felicidades. No dolía como debería de doler si estuviera enamorado, pero se formaba un vacío inexplicable en mi interior. A los segundos lo identifiqué. Era soledad.

La cena estaba caminando con toda normalidad, la entrada de caviar había estado bastante buena. Abbi ni lo tocó, supongo que debe de estar muy nerviosa para comer. Pasaron el plato fuerte, que en lo personal es de mis favoritos. Filet miñón, con ensalada de papa. Esperando a que la reina diera el primer bocado para que luego el resto de nosotros pudiera probar el manjar que de seguro sería esta comida. Abbi tomó el primer tenedor y el primer cuchillo que encontró. No eran los correctos por lo que le detuve las manos antes de que cometiera el error, ¿acaso no le habían dado clases de etiqueta? ¡Por Dios! Casi toma el tenedor de la ensalada.

—Ese no es el correcto, Abbi —dije entregándole el adecuado—. Es este, y el cuchillo es el de filo grueso. ¿Qué acaso no te dieron clases de etiqueta?

—Puede que sí, pero las olvidé, además, ¿por qué ponen un tenedor de entrada si no vamos a comer nada con él?

—Protocolo —puse los ojos en blanco—. Ya tranquila, yo te iré ayudando. Pensé que estarías a la altura de todo esto. Tu familia es tan...

—¿Puedes callarte? Quizá no soy como mi familia. Ahora, si no te molesta. Quiero seguir comiendo y deja de meterte en mi forma de comer.

Arrebatando su mano de la mía, se concentró en su comida como lo había dicho. Me giré nervioso para observar a la reina, para bien de la humanidad, no había escuchado nuestro pequeño arrebató. Continuamos comiendo sin ningún percance. Tampoco nos dirigíamos la palabra, respondíamos por separado a la reina y hablamos con los invitados que estaban cerca. El protocolo dicta que no puedes gritar en la mesa, no cuando se está comiendo por lo que el silencio de ambos fue lo que dominó la noche.

Lo que me molestaba como el demonio, eran las miradas de Lui y Abbi. Se pasaron toda la noche intercambiando miradas calientes y de deseo. Conocía a Lui, sabía cómo era y eso era lo que más me enojaba de esto.

—¿Vas a estar viendo a Lui? —pregunté intentando que dijera que no.

—Sí —respondió con indiferencia—. Nos gustamos.

—¿Se gustan? Por Dios, Abbi, él no quiere contigo, no quiere con nadie. Lui jamás estaría con alguien como tú. Sin mencionar que estás comprometida conmigo —estaba molesto, muy molesto. No podía creer esta mierda. Lui era un gran jugador de mujeres. No podía permitirme que Abbi saliera lastimada y a mí me tocara aguantar los llantos y el mal humor.

—Pues te equivocas, no soy... tan fea para no gustarle a nadie —sus ojos reflejaron dolor y me di cuenta de que no había dicho las cosas como debí—. Además, William, hicimos un trato, si no pregúntale a Lessa, vendrá más tarde a la fiesta informal.

Poniéndose de pie y una vez más, rompiendo el protocolo, salió corriendo del salón. Vi cómo Lui se ponía de pie, pero no podía permitirlo. No iba a consolarla él cuando era yo el que debía estar a su lado. Sin excusarme, esta vez fui yo el que rompió el protocolo corriendo detrás de ella. Esta mujer iba a acabar con mi persona, sin mencionar mis modales.

¿Protocolo?

Abbi

Respira. Respira... ¡Dios! Tengo que calmar mi maldito corazón. ¿Qué diablos con William? Por un minuto pensé que todo iba a estar bien, la manera en que corrió a mi encuentro rompiendo las reglas protocolarias fue tan romántico. Nunca pensé que fuera parte de la obra que estábamos montando para el mundo.

Nunca iba a ser suficiente para él, jamás sería lo que él quería.

Lo seguía a él en todas las redes sociales, veía sus fotografías en Instagram y en Facebook, agradecía a los cielos que fueran muy de vez en cuando que ponían cosas juntos. Lo conocía, pero no a la perfección y prefería que fuera así. También agradecí que su cuenta fuera cerrada para no ver nada de ella.

Quería creer que las acusaciones contra Lui eran celos, pero las palabras que sonaban en mi cabeza eran las que me repetían que ellos jamás escogerían a alguien como yo. Cerré los ojos escuchando las pisadas que se acercaban a mí. Estaba en la puerta con vista al jardín de la mansión. La fuente antigua decoraba el jardín, las gotas chocando contra la poza de agua era relajante y por unos instantes más deseaba seguir escuchando eso.

—Abbi —escuché la voz de William—. Abbi, para. Déjame explicarte. No escuchaste bien, no me refería a que no le gustes por ti, es por su actitud. ¡Mierda, Abigail! ¿Vas a parar?

Me quedé estática. ¿Había maldecido en voz alta? Eso casi no pasaba, no frente a su prometida, o frente a las chicas. Sabía que los chicos soltaban tacos a cada rato, pero jamás frente a las chicas. Negué con la cabeza recordando a mis compañeros de los Estados Unidos. Ellos sí que soltaban unas palabras dignas de sentir lástima, unas que romperían con todo lo que conocía.

Recuerdo que al principio era demasiado raro. Lugo me acostumbré tanto que mamá y papá debían llamarme la atención en cada momento. Me di

media vuelta para ver a William con la respiración agitada.

—Lo siento, no quería decir esa palabra. Es solo que... Abbi, me pones nervioso, ¿está bien? Sé del trato que hicimos, pero, aun así, quiero cuidar tu reputación. ¿Acaso es malo eso?

Me quedé viéndolo de arriba abajo. No quería que pensara que esto era por hacerme una mala reputación o dañar a nuestra futura familia. Esto lo hacía por él, porque me prestara atención. Lo único que había conseguido era sentirme fea y no deseable. ¿Cómo creía él que no podía gustarle a alguien? Negando con la cabeza, me di media vuelta para alejarme de él. No quería verlo ni en pintura.

—¿Algún problema? —la voz de Lui me llegó como campanas. Gracias al cielo, siguió con su promesa. Al menos eso esperaba.

—Lui, déjala. Ella y yo tenemos que hablar. Es mi prometida y...

—Sí, es tu prometida, pero aún no van a casarse. Además, tienen un acuerdo, ¿no es así?

Vi a William abrir la boca para decir algo, en lugar de eso, simplemente cerró la boca alejándose de nosotros. Quería caerme al suelo y llorar como una niña. En realidad, no quería que William se fuera. Quería que habláramos de esto. Pero no podía, esto era una gran inmadurez de mi parte.

¿Por qué no podía ser como mi hermana? Una gran sumisa, que se hincaba ante su novio y rogaba por su amor. Al contrario de eso, yo estaba dispuesta a llevar esto a los extremos. No quería rogar por amor, quería que me amaran de verdad, por ser como era, no lo que todo mundo deseaba que fuera.

—Abbi —susurró Lui—. ¿Estás bien?

—No lo sé —respondí con toda sinceridad.

—Creo que sería bueno contenerse un poco y en la fiesta informal darle celos, pero... ahí adentro está su majestad, Isabel. No creo que le agradara mucho su forma de romper el protocolo. Aun así, fue toda una odisea verte correr y a William detrás de ti —soltó una carcajada—. ¿Sabías que lo tienes dominado? Nunca lo vi de ese modo. Es triste que él no se dé cuenta.

—Tenemos que seguir con esto —dije sin verlo a los ojos—. En las fiestas tendremos que estar juntos, pero cuando nadie vea tú y yo... —señalé de él hacia mí.

—Lo sé, además, voy a hablar con él. Le pondré leña al fuego —me tomó en sus brazos—. Todo va a salir bien.

—¿Crees que algún día te vas a comprometer? —pregunté tapándome la boca para contener la risa.

—¿Por qué la pregunta? ¿Crees que no soy apto para tener mujer? De seguro debe de ser eso —estaba bromeando. Podría verlo en su cara.

—*Nop*, no es eso. Solo creo que vas a hacer muy feliz a alguna chica, a pesar de lo que digan.

—Me gustaría pensar que algún día voy a comprometerme y tener una mujer que me quiera como tú quieres a William. Además, no está en mi naturaleza ser fiel. En la de Will sí, espero que se dé cuenta de lo increíble que eres. Un desayuno y mira cómo me tienes. ¡Loco, mujer! Me tienes loco —me tomó de la cintura y me hizo girar como un trompo. Lo abracé con fuerzas. Realmente era buen amigo, de esos que nunca pensé tener.

Regresamos a la cena, Will ya estaba en su lugar intentando quitar el problema con la reina. Estaba platicando con ella animadamente como si todo estuviera de maravilla. Su espalda estaba recta, su cabeza girada, solo un poco y escuchaba con atención a la reina haciendo contacto visual como demandaba el maldito protocolo. Realmente era un seguidor nato a las reglas de la realeza. Sus padres le habían enseñado muy bien todo esto. Mis padres lo intentaron hace años, pero cuando nos mudamos a Washington todo se tiró a la basura. La gente era tan distinta que fue muy fácil acoplarse a ellos y no a la élite.

Varias personas me vieron entrar al salón, Will fue el primero en ponerse de pie, los caballeros siempre hacían eso cuando una mujer entraba al salón. William se separó para jalarme la silla y acercármela cuando me sentara. Digno de un caballero.

¿No les digo? Perfecto, es un jodido caballero.

—¿Más tranquila? —preguntó frente a la reina. ¿Pero qué diablos le pasa?

—Sí, gracias. Señor Hamilton.

—¿Señor Hamilton? —la reina se echó a reír—. No sabía que seguían con el viejo protocolo. Es mucho decir, el joven William no tiene nada de señor. ¿No cree, señorita Sheperd?

—Absolutamente —respondí observando que tenía razón.

—Nunca en mi larga vida había visto a dos jóvenes de la élite quebrantar tantos puntos del protocolo. Impresionante. Las únicas personas que son tan insensatas para hacerlo, más frente a la reina, son aquellas en las que florece el amor. Si no podéis preguntarle a mi hermana, ella fue de esas testarudas que incluso quería que cambiáramos las leyes para que ella pudiera contraer matrimonio.

No pude evitar poner los ojos en blanco dándome cuenta de mi error. Aquí lo único que florecía era el rencor. Si seguía comportándome como una idiota, pararía aburriendo a Will. La reina me regañó por mi falta de ética al poner los ojos en blanco. Claro que era un mal hábito, más para una reina. William estuvo de acuerdo con ella como era costumbre. Esto sí que era una mierda. Me estaban regañando el día de mi compromiso. ¡Qué absurdo!

—Tengo grandes expectativas para ti, joven William, unas que ni te podrías imaginar. Tu padre, el duque Hamilton dice que prometes un futuro exitoso.

—Mi padre exagera, su majestad. Solo soy un humilde servidor de la Corona — ¡vaya! Escucharlo hablar de ese modo era todo un poema delicioso. Me encantaba verlo de ese modo. De pequeño siempre fue así, educado, diferente al resto de niños subidos. El problema radicaba en que intentaba ocultarlo. Siempre que hablaba conmigo, era a escondidas de todos. En realidad, era la única persona que me hablaba en ese entonces. Nadie más lo hacía. Quizá por eso mi corazón le pertenecía. Siempre lo había hecho. Le pertenecía completamente.

Cuando llegamos al postre, nada más faltaba por decir. Los temas con la reina estaban caducados y el primer ministro —frente a nosotros— había tomado toda su atención contándole la sesión de hace dos días. William tomó un pedazo de pastel de chocolate. Lo observé cómo se metía con toda la elegancia el tenedor a la boca. Cerró los ojos un segundo y saboreó la Nutella. Definitivamente, ese era su favorito. Sonreí recordando unos momentos atrás lo delicioso que era probarlo. Imagino qué sería saborear su boca con chocolate. Mordí mi labio concentrada en cómo masticaba, tan delicioso, tan increíble. Vi cómo William esbozaba una sonrisa dándome cuenta de que me estaba viendo.

¡Qué vergüenza!

—¿Se te antoja? —dijo sin dejar de reír.

—¿Qué? —dije intentando hacerme la tonta. Quizá si ignoro que le estaba viendo los labios, gritando mentalmente como una loca «bésame, maldita sea, bésame», todo pasaría desapercibido.

—El chocolate —levantó su tenedor con un pedazo de pastel.

—Oh, eso... Sí, bastante. Es un pastel delicioso.

—Si quieres... —metiéndose el pedazo en la boca cerró los ojos una vez más acercándose lo más que pudo. A unos milímetros de mi boca— tendrás que probarlo.

Sacó su lengua recogiendo el chocolate derretido que quedó en sus labios. Lo mordió de una manera tan sensual que estaba a punto de mandar a la mierda el protocolo. Era en extremo, demasiado sexi. Levantando una ceja, con el plan de seducirlo de regreso. Tomé un pedazo y lo introduje a mi boca realizando la misma rutina que él.

—A mí también me gustaría probarlo..., pero en todo tu cuerpo.

En algún lugar la coherencia salió disparada a Venus o a Plutón. Empecé a ahogarme con el pedazo de pastel. Cuando intenté tomar el agua para calmar la tos, William y yo pensamos lo mismo. Derramamos toda el agua encima de la mesa. De manera que la reina se puso de pie para evitar el agua, el primer ministro maldijo en voz alta. Todos nos veían con los ojos muy abiertos. Lo único que pudimos hacer —para romper aún más el protocolo— fue reír de manera exagerada. Quizá todo hubiera sido un caos, pero momentos después, la reina rio con nosotros. Definitivamente, su majestad, salvó la noche.

William

Mamá había pasado casi una hora llamando la atención de Abbi y mía. Claro, habíamos roto más de la mitad de las reglas protocolarias. Nunca había pasado algo por el estilo, en ninguna fiesta de compromiso. Después de que la reina abandonara el lugar, diciendo que era la fiesta de compromiso más *distinta* a la que había asistido, nos dio su bendición.

Oficialmente, estábamos comprometidos ante la ley real. En representación a la legalidad, le había dado como obsequio a Abbi una cadena con un corazón. La compré hace tres días, paseaba con mi madre buscando el anillo

perfecto para compromiso. Me di cuenta de que los anillos no eran los de ella, nunca la vi usar uno. Por lo que escogí la cadena *vintage* de corazón. Tres gemas adornaban su interior. Una verde, una rosa y la más grande amarilla. Abbi lo había tomado en sus manos acariciando el corazón. Le había gustado podía sentirlo. Su sonrisa era sincera y por primera vez cuando lo coloqué en su cuello, una extraña conexión se hizo presente entre nosotros.

La fiesta en el jardín con todos los alpha y deltas estaba a reventar. Nadie faltaba, todos estaban bebiendo y bailando. Cuando llegó el momento de entrar con Abbi, nos recibieron con vítores. Varios amigos se acercaron a abrazarnos y felicitarnos.

Abigail se sentía fuera del lugar, cada vez que una chica la observaba de pies a cabeza, ella apretaba mi mano, era muy insegura, podía sentirlo. La tomé con más fuerza atrayéndola a mi cuerpo, de manera que pudiera sentirse mejor. Apreté su cintura contra la mía y le di un beso en la frente. Todo iba a estar bien si pasábamos este día junto.

—Todo está bien, pequeña. Nada de qué preocuparse, estoy aquí —le susurré para que supiera que no iba a dejarla.

Abbi me regaló una sonrisa demasiado tierna, de esas por las que saldría corriendo como loco. Realmente se veía fantástica. Ashley se acercó dando brincos como loca, Connor la seguía como su perro faldero. No entendía por qué pasaban tanto tiempo juntos, Connor no la soportaba. Ashley era toda una poesía con letra delicada. Sus facciones eran finas, blanca como la nieve, pelo rubio con mechuras oscuras, ojos celestes. Tan distinta a Abbi. Ash era como su madre y Abbi como su padre.

Observé a mi prometida, con sus ojos grises bajo la capa espesa de pestañas. Cejas gruesas y cabello largo negro. Realmente parecía una versión moderna de Blancanieves, solo que menos femenina. Me encogí de hombros dispuesto a besarla. Quería sentirla.

Esta mujer me ponía bastante caliente. Todas sus curvas, su culo y tetas eran del tamaño perfecto. Imaginé que han de caber en mis manos a la perfección. Intenté quitar ese pensamiento. Realmente no podía pensar en eso, no ahora.

Dejando a su hermana de lado, la guie a una salita donde estaban nuestros amigos. Los jardines de la mansión estaban increíbles. Incluso los calentadores hacían que el ambiente fuera mucho más agradable. Nos

sentamos en los sillones de la mano, era agradable estar bien con ella. Viéndonos de este modo, creía que sí podía pasar el resto de mi vida con ella. No sabía si podría llegar a amarla, pero al menos podíamos acostumbrarnos a estar juntos.

—¿Te crecieron los pechos? —la pregunta salió sin pensar. Me quedé con las cejas levantadas listo para pedir perdón cuando Abbi se echó a reír.

—¿Se te antojan con chocolate? —preguntó entre risas. No le había ofendido, eso era muy bueno. Le regresé la sonrisa pensando en chocolate. Realmente amaba el chocolate.

—A decir verdad, sí —le tomé el labio listo para mordérselo—. Me encan...

—¿Interrumpo? —Lui se acercó sentándose junto a Abbi, la tomó en sus brazos y abrazó como si fuera su prometida. Sentí rabia. ¿Pero qué se cree?

—A decir verdad, sí. Interrumpes. ¿Te molesto si dejas de abrazar a mi prometida?

—Sí, me molesta, porque ahora tu protocolo ya no importa. Ahora puede ser mía. Toda mía.

La rabia comenzó a crecer dentro de mí. Estaba molesto, tan molesto que sentí la necesidad de pegarle a mi mejor amigo por primera vez en toda mi vida. Nunca sentí esto antes, Lui era parte de mi vida, mi hermano y ahora simplemente...

Me puse de pie, echando los hombros para atrás, listo para reaccionar de ser necesario. Lui me vio y en pocos segundos hizo exactamente lo mismo, listo para defenderla a ella y pelear conmigo. ¿En serio estamos haciendo esto?

Lo vi antes que pasara, su rostro se puso pálido y sus rodillas fallaron de forma repentina. Llevó sus manos al rostro intentando regularizar su respiración antes de soltar un grito de frustración. Ese grito que empezaba a conocer tan bien cuando le pasaba esto.

—¡Mierda! —maldije en lo alto sin importarme. Me bajé para verlo a los ojos—. ¿Estás bien? Vamos, mírame —le mostré cuatro dedos—. ¿Cuántos?

—No, Will. No molestes ahora. La cabeza me da vueltas.

—Ya sabes lo que dice el doctor. Ahora dime, ¿cuántos?

Abbi gritó igualándonos. Le importó poco su traje rojo. Estaba hincada junto a Lui preguntando qué pasaba. Los dos la ignoramos. No íbamos a

contarle de qué iba esto, o al menos eso creía. Viendo el interés que tiene Lui por ella, no me extraña que se lo cuente. Volví a enseñarle los dedos esperando respuesta.

—Siete —susurró sacudiendo la cabeza.

—Solo tengo una mano —dije frunciendo el ceño.

—Exacto —dijo recuperando el color de su cara.

Dándole unos golpecitos en la espalda me puse de pie para ayudar a Abbi y a Lui a pararse. Fue en ese momento cuando lo vi. La tomó de la barbilla dándole un profundo beso en los labios susurrándole que todo estaba bien, que solo era un mareo. Mi estómago se encogió. Realmente le gusta Abigail y yo no era nadie para quedarme a observar eso. La ayudé primero a ella, luego a él. Lo tomé del brazo y lo alejé de Abbi. Necesitaba respuestas.

—Tranquilo, solo fue un...

—Lo sé —no tenía que decirlo—. ¿Qué pasa entre tú y ella? No soy ciego Lui.

—Me gusta —dijo sintiéndose culpable—, mucho.

—Lo noto —tapé mi cara sintiéndome la mierda más grande. Normalmente, era de la clase de chico que les cedía el lugar a todos. Era amable y bondadoso. No quería compartir a Abbi, no podía. Algo en mi interior se estaba formando cuando la veía. Realmente me gustaba la chica.

No podía hacerle esto a Lui, no cuando tuvo otra recaída. Ella podía traerle felicidad. Una que difícilmente pudiera conseguir en otro lado. Me tenía que hacer a un lado. No podía continuar queriendo su cuerpo.

—Son unos meses de prueba. No puedo anularlo, pero —levanté la mano para callarlo antes de que interrumpiera—. Cuando no esté conmigo, puede estar contigo. Ella es tuya.

—¿Qué? —preguntó sorprendido, como si no se esperara eso. Claro que no lo esperaba.

—Es tuya, ya me escuchaste. No la quiero, no es Ame —mi estómago se contrajo por esa gran mentira.

Iba a dejarla libre para él. No podía hacerle esto a mi mejor amigo. Solo tendríamos que pretender en los eventos sociales para estar juntos. En los momentos libres, cedería mi lugar. No era mujer para mí, no era mi dama o

mi amor. No era mi *agapi*, era la de Lui. Fingiendo una sonrisa, me perdí en la barra.

No sé en qué momento fue, pero el alcohol se estaba volviendo un excelente desahogo. Me estaba volviendo fuerte o borracho. A este punto ya no sé ni quién soy. Me toqué el pecho sintiendo la opresión que se formaba. Realmente algo en mi interior dolía como la mierda. ¿Es acaso que Abbi siempre me gustó y no fue hasta ahora que me di cuenta? Quizá. Solo tenía que pensar en Ame, en nadie más, de ese modo, todo dolor pasaría.

Segundos

Abbi

Estaba desesperada en mi habitación. Pasaron dos días de la fiesta de compromiso, William no se había despedido siquiera de mí en la noche. Nuestra noche de compromiso y estaba borracho en la barra. Para mi suerte estaba solo. Tampoco fue a dejarme a mi casa como eran los planes, solo se quedó ahí, en la barra con la botella en la mano. Era demasiado triste verlo. Le importaba poco, ni siquiera me observó. Lui me había venido a dejar con su chofer. Algo no estaba bien con él, las manos le temblaban mucho y por ratitos se ponía nervioso, como si alguien lo vigilara. Había sido raro. Por otro lado, no lo volví a besar. No era necesario. William no nos estaba notando.

Con mi desesperación, tomé la computadora blanca. Necesitaba hablarle a Mary. Ella sabría qué hacer en esta situación desolada. Deseaba con todas mis fuerzas que viniera a Londres a visitarme. La necesitaba conmigo. Marqué su botón haciendo la llamada después de corroborar que estuviera en línea. Sonó tres veces antes de contestar.

—Dame unos segundos —susurró agitada—. No veas la pantalla.

Puse los ojos en blanco. Estaba viendo todo su culo como una escena de película pornográfica. Tenía una toalla intentando tapar su cuerpo y unas bragas pequeñas de encaje. Estaba en su habitación y no se observaba a ningún intruso para que estuviera como loca, medio desnuda.

—Me encuentras a medio vestir. Tengo una cita y no tengo ni la puta idea de qué usar —tomó tres vestidos exhibiéndolos para que ayudara—. ¿Formal, informal o medio puta? ¿Qué crees?

Me reí ante la expresión «medio puta», realmente era un vocabulario que extrañaba en este lugar. Todos eran tan recatados, menos William. Lo había escuchado maldecir un par de veces en voz alta.

—Es como pornografía barata —señalé la puerta—. Llamaré a toda la maldita élite para que venga a verte con tus braguitas de encaje rosado, ¿te parece?

—¡Vete. A. La. Mierda! Así de sencillo —sacándome la lengua. Volvió a colocar los vestidos frente a la cámara. Nos quedamos media hora discutiendo por qué no debía ponerse el de escote que marcaba sus tetas. No podía ponerse algo que provocara al pobre chico en menos de media hora. De ese modo no llegarían al restaurante.

Mary sacó un libro de la mesita y me lo mostró explicando la trama de su nueva lectura. Mi amiga no era aficionada a las novelas, ni siquiera yo lo era. Pero se lo habían dejado en su clase de Literatura. De milagro, le había gustado. Negando con la cabeza, me eché a reír. Era increíble tenerla lejos pero cerca. Extrañaba ir al cine, a los restaurantes de comida rápida, al gimnasio y a los partidos de fútbol americano.

—La cosa es que la autora escribió la novela pensando en su novio que es un idiota. Y es muy buena. Llena de suspenso.

—¿Quién la escribe? —pregunté intentando ver la portada.

—Una chica de Florida —giró el libro para leer la portada—. Emma O'Brien. No te preocupes, te lo llevo en una semana.

—¿Una semana? —pregunté poniendo atención—. ¿Qué quieres decir?

—Que llego en una semana, bebe. ¿Crees que voy a dejarte que sobrevivas a todo esto sola? Oh, no señor, menos cuando me hablas de gente de la *high class* de Londres.

—¿Vienes sola? —pregunté con una cara de felicidad. Realmente vendría, la necesitaba.

—Mauri viene, su papá nos pagó el viaje con las millas. Pero la estadia y la comida, corren por tu cuenta, señorita —pegué un grito de emoción. Realmente no estaría sola.

—No puedo creértelo —seguí dando brinquitos por toda la habitación.

—Ahora cuenta qué fue lo que pasó —apuntó la pantalla—. Y nada de omitir detalles. Quiero saber qué pasa con el guapo y el otro guapo.

Extendí una sonrisa de oreja a oreja adentrándome en la plática de la cena. Le detallé cada vez que rompimos el protocolo, la manera en que la mamá de William nos llamó la atención y de cómo la reina nos dio su bendición. Le

conté la forma tan única de Will de seducirme con pastel de chocolate y de cómo me hubiera gustado que me llevara a su habitación y me quitara la ropa embarrándome con el bote de Nutella.

—¡Te lo dije! —gritó dando de brinquitos—. Tuviste que haberte acostado con alguien al menos una vez. Él se nota que tiene una experiencia bárbara y, bueno, tú... eres una virgen que apenas está conociendo la depilación brasileña. Debiste haberte preparado para tus juegos sexuales con William. ¡Dios mío, Abigail!

—¡Cállate! —le grité tapándome la boca. No me gustaba que me vieran reír.

—Eres una virgen de mierda, Abbi.

—Solamente estoy esperando al indicado. ¿Qué tiene de malo eso?

Mi amiga soltó un soplando antes de adentrarse a explicarme que su abuelita y su tatarabuela, eran de las que esperaban al indicado. Las mujeres de hoy en día debían ser liberales, libres de jugar y dejar que las penetren las personas que ellas consideren oportunas. Sus palabras me causaban gracia. De ese modo, Mary sonaba como una mal feminista. Siguió hablando de lo anticuada que era por esperar. Realmente no tenía tiempo para que me hablara de lo que me dolería una penetración de vieja y cosas por el estilo.

Colgué el teléfono frustrando su conversación acerca de sexo prematrimonial y otras cosas perversas que tenía en mente. La volví a llamar al cabo de tres minutos. Ella seguía en braguitas y top de manga corta. Estaba con el ceño fruncido.

—Vale, ya no diré nada acerca del sexo prematrimonial. Solo tengo que aclarar una cosa muy pequeña... ¿Qué pasa si te casas y tu primera relación es la noche de tu boda y descubres que la tiene muy chiquita? Abbi, me preocupa. El sexo es de suma importancia en la vida de pareja.

—No estoy diciendo que no, solo es... Solo no he podido, no ha llegado la persona con la que quiera quitarme las bragas.

Continuando con nuestra conversación, dejamos de un lado ese tema, finalmente. Mary podía ser muy insistente cuando quería. Contándole acerca de Lui y de cómo era la élite, me emocioné como loca. Esto iba a ser tan divertido. Colgando Skype, salí corriendo a la sala de estar donde mi hermana y mi madre platicaban tranquilamente.

—¡Viene Mary de visita! —grité como loca—. Ella y Mauri.

—¿Tus amigos? —preguntó Ash—. No se quedarán aquí, ¿verdad?

—¿Por qué no? —pregunté cruzándome de brazos. Mary siempre se quedaba en casa, ¿por qué ahora no?

—Porque no es de la élite, no encajan en nuestro mundo. Rotundamente no.

¿No encajan en su mundo? Cerré los puños a los lados antes de salir corriendo. Recorrí la zona del bosque, el pequeño nacimiento de agua que teníamos en el bosquecito. Entré a la cabaña de madera que un día papá hizo que se construyera para mí. Era grande, amueblada, con una cama y un comedorcito incorporado. Se suponía era una casa de niñas, pero la adoraba incluso ahora.

Muchas veces incluso creía que era mi apartamento para alejarme. Me metí a la cabaña gritando frustrada. No iba a permitir que la élite tratara mal a cierta gente que vale muchísimo más que las chicas plásticas. Fruncí el ceño. Pero qué pesadas.

Pensé en la actitud de los demás de la élite, esperaba que no fueran como mi hermana. Realmente no podían juzgar a alguien por no ser de la alta sociedad, incluso Mary, es una gran persona y Mauri ni decir. Estaba feliz de tenerlos por aquí. Los necesitaba.

Intenté tranquilizarme en la paz de mi pequeña casita. Recordaba que de niña era mi escondite no tan escondido. Venía a llorar cada vez que me hacían sentir muy mal, cuando William me ignoraba o molestaba públicamente a pesar de que se pasaba escondido platicándome todo el receso.

Debía ignorar a mi hermana. Era una plástica elitista y no iba a permitir que le hablara así a mis amigos.

Grandes cambios

William

—Solo no puedo creerlo —dije viendo a Lui acostado en la cama.

—Tendrás que hacerlo, solamente pasó. Nos gustamos y... No sé, lo siento, hermano.

—Todo está bien, tranquilo.

No podía negar que una parte de mí se sentía intranquilo por toda esta situación. Lui estaba colgado de Abbi y yo no podía admitir que ella removía mi mundo. No podía darme cuenta de que estaba cayendo en picada al suelo, directo al infierno del deseo. Me gustaba mucho. Claro, jamás lo diría en voz alta. Mi primera noche comprometido no terminó como me hubiera gustado.

Quisiera haber llevado a Abbi a casa, dejarla en la puerta y darle un profundo beso en los labios para que supiera que éramos uno mismo, que nos pertenecíamos a pesar de estos arreglos de mierda. Al contrario de eso, paré tirado en el jardín de la mansión, completamente ebrio observando a Abbi reír junto a Lui toda la maldita noche. Me dolió como nunca antes. Pero él era mi amigo, manteníamos una amistad sincera para estar en una sociedad extraña y llena de envidias.

Lui se sentó en la cama viendo la ventana, como si le faltara la respiración. Corrí a abrirlas, dejé que el viento de julio llenara el interior. Mi amigo sonrió agradecido y yo agradecí en mi mente por tenerlo aquí.

—Me voy a rapar —anunció tocándose la cabeza. Su cabello era rubio claro, un atractivo que siempre lo había caracterizado.

—¿Quieres que lo haga contigo? —no quería cortármelo. Amaba mi cabello largo rubio, pero por apoyarlo me iría hasta el infierno.

—No, no quiero que nadie tenga mi estilo. En la élite seré único, además de guapo. Tú quédate con esa melena de tigre, me sorprende que tu madre no te la hubiera cortado para tu compromiso.

Sobé mi cabello, que estaba más largo de lo que debería. Mamá había querido cortármelo, pero me negué a hacerlo, era sexi y me gustaba de este modo. Mi imagen era mi imagen, de nadie más.

—No cambiaría mi imagen —dije dándole unos golpecitos—. ¿Entonces, vamos al salón a raparte?

—¡Maldición, sí! Por favor, ya tomé la decisión de cambiar un poco. Llévame antes de que me arrepienta.

Hice la llamada que usaría el deportivo, avisé también de que no necesitaría seguridad. Solo haríamos una visita rápida al barbero. Estirándome un poco, toqué las llaves con la torre Eiffel, la compramos en unos de los viajes a París, en el que fui con Ame. Quizá ella sí era mi destino. Antes de salir a la carretera le envié un mensaje.

Yo: *Bonjour bon ami*, te extraño eternamente mi Ames, quisiera que estuvieras aquí.

Guardé el teléfono saliendo de la mansión. No iba a admitir que mi locura por Abbi era cierta, algo en ella me complementaba de una manera que nadie lo había logrado. Quería más, indiscutiblemente, quería desnudarla y poner sobre mí, sentir su interior, su piel, sus pechos... Quería sentirla toda. Suspiré. Realmente esto se estaba volviendo complicado. No podía ser su amigo, no como a ella le hubiera gustado. ¿Cómo puedes ser amigo de alguien de la que ya te has enamorado? Definitivamente no podía y ella quería a Lui y Lui a ella. Tenía que quitarme de en medio.

Llegamos al salón de belleza, donde Lui le explicaba al barbero qué hacer con su cabeza. Yo tomé la prensa más vieja que encontré de hace dos días «Compromiso Hamilton-Sheperd», la foto de Abbi y mía en las escaleras dándole el beso que rompió la primera regla del protocolo estaba de portada. Sentí el corazón volverse una bolita de mierda. Esto no estaba bien, no podía desear algo que no podía tener. ¿Cómo hacerlo? Si Lui la deseaba como nunca deseó a nadie. Nunca se había enamorado en su vida y con la primera que lo hace es con mi prometida. No era justo, la vida no era justa. Si la vida les diera a todos por igual, yo no estaría enamorado de la misma chica que mi mejor amigo.

Pedí que me cortaran las puntas del cabello, un poco nada más. Lo volví a despeinar y vi a Lui verse en el espejo. Se pasó la mano en la cabeza y sonrió. Ese hombre era la persona más admirable y fuerte que conocía. Le levanté los

pulgares indicando que estaba increíble y salimos a tomar un café. Las calles en Piccadily eran bastante congestionadas. Sin mencionar China Town, uno de mis favoritos, era espectacular. La comida callejera, el ambiente, las prendas de imitación. Algo de ahí me hacía sentir bien. Siempre iba solo, ninguno de la élite iría a esos lugares.

—¿Café? —preguntó Lui. Asentí con la cabeza y nos encaminamos por las calles hasta el café francés donde había ido a mi primera cita con Ames. Quería mostrarle el mundo que a mí me gustaba, pero no me animé a hacerlo. Quizá si la hubiera llevado a China Town, nunca habiéramos sido novios.

La élite era muy fuerte. Criticaban todo, no aceptaban nada bajo y les importaba demasiado el estatus. Esa era una de las cosas que vi diferente en Abbi. Ella no era una «chica plástica», ella era ella, nada más. Sin pelos ni cicatrices. Ella, la que le daba luz a un mundo diferente.

Ordenamos cada quien su bebida más dos helados, uno de fresa y el otro de chocolate. Ya imaginarán de quién era quién. El cafetín era bastante acogedor, con mesitas de madera bajas y sillones de madera clara. Tenía unas ventanas que daban a la plaza principal de Piccadily y un balconcito, el cual nadie usaba. Estaba demasiado frío para hacerlo.

—¿En verdad te importa Abbi? —pregunté a Lui teniendo un poco de fe que solo fuera un amor pasajero.

—*Sip*, es diferente —tomó una cucharada de su helado de fresa.

—Lo sé —no podía siquiera verlo a los ojos. Estaba perdido en mis pensamientos.

—Tú también sientes cosas por ella, lo puedo ver Will.

Negué con la cabeza. No sentía cosas por ella. Lo sentía todo. Era algo indescifrable, algo extraño.

—Siento cosas por Ame, Lui, no por ella. Abbi es solo...

—Tu futura esposa —frunció los labios. No era solo eso. Era más, mucho más. Pero no iba a admitirlo.

—Sí. Es mi futuro, pero no mi presente.

Sonreí intentando hablarle a Lui acerca del último partido de tenis que habíamos visto. Los deportes eran un sí en nuestro itinerario diario. No es como si me diera tiempo de hacer un deporte porque las clases en las que estaba asignado pasaban de lo normal. The Royal Academy era un dolor de

cabeza. Tenía clases de Filosofía, Política, Derecho, Francés y Griego. Lui tenía las mismas clases solamente que entró a Italiano en lugar de Griego, según él decía, era una lengua más romántica. En lo personal me gustaba leer sobre mitología, sin mencionar que los padres de la filosofía eran griegos.

—¿Mark se compromete en dos meses? —Lui estaba viendo su Instagram, revisando las últimas fotografías puestas de nuestro amigo.

—Eso parece —me sentía mal cada vez que alguien se comprometía, las cosas pasaban y avanzaban y Lui permanecía igual.

—Espero el sí acepte a su *agapi* y no me venga con tus mierdas.

—¿Las mías? —le di un empujón amistoso—. Si yo soy feliz como estoy y ya sabes cómo es esto, es simplemente un acuerdo nada más.

—Cierto. Así es. ¿Crees que algún día la élite te dé la libertad de escoger a tu esposa sin que nuestros padres se tengan que meter? —Lui estaba con los brazos cruzados, tomando su café *espresso*. No sé cómo puede tomarse esa cosa tan fuerte sin sufrir un ataque cardíaco.

—Puede que sí. Imagino que será el día que cambiemos mentalidades —estaba seguro de que algún día pasaría, no estaba seguro de que pasara en esta época.

—Yo pienso que algún maldito rebelde se va a rebelar y todo quedará en el pasado. Ese día será la muerte del linaje elitista. Espero que no seas tú —afirmó mi amigo. Levanté la ceja, viendo su nuevo estilo me hacía sufrir. Al menos una parte interna mía sabía que todo estaba pasando muy rápido.

—Iré contigo a la próxima cita al doctor —quería cambiar de tema, sabía que Abbi volvería a surgir si seguíamos en esa línea y no quería hablar de ella, no ahora, no con él.

Regresé a casa a eso de las siete de la noche, justo para bañarme y bajar a cenar. La noche se hacía eterna esperando a que Abbi se acordase de su prometido o que Ames se decidiera a hablarme. Lo bueno es que tenía mis distractores, esas chicas que se pasaban escribiéndome como locas esperando un poco de atención de mi parte, esas que creían que podían conquistarme antes de casarme.

¿Lo malo?

Ninguna me interesaba, ninguna me interesó. Había besado a un par de chicas, pero no a tantas como el resto de mis amigos. A Lui ni lo menciono

en esto, él de verdad que había decidido que iba a aprovechar su tiempo y lo hizo muy bien hasta el momento, lo único que no me gustaba era que pusiera los ojos en mi futura esposa.

Mamá se sentó a la mesa excusando a papá, las sesiones con los viejos siempre eran así. Se juntaban a tomar brandi y a meditar acerca de cómo cambiar el mundo. Mi padre era buen político, apasionado y esperaba algún día ser como él.

—William —dijo mamá empezando a partir la carne que comeríamos de cena—, la otra semana tienes que ir a trabajo social, no lo olvides esta vez. Te lo suplico.

—*Nop*, ya lo apunté en mi agenda.

Paul soltó una carcajada.

—Ahora solo reza que la abra antes del día.

Entrecerré los ojos. Claro que iba a abrirla, tenía varias cosas que hacer sin mencionar mis tareas. Como diría Charles Dickens: «El hombre no sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta», y yo tenía planes de intentar cambiar muchas cosas en estos días.

Solo un beso

Abbi

Pasó una larga semana en la que tuve que fingir que mi mundo estaba bien, tenía veinte años y nada tenía sentido. Mis equivalencias de la universidad, finalmente, habían llegado por lo que mi especialidad en Filosofía sería cuestión de un año. No era tanto.

Esta semana me la pasé en trámites sacando mi licencia a pesar de que nunca iba a manejar, el chofer siempre nos llevaba a todos lados, de vez en cuando quería mi libertad por lo que no me importaba recibir las clases todas las mañanas. También tenía clases de Español, el francés lo dominaba a la perfección, pero el español comencé a aprenderlo en Washington y jamás logré terminarlo. Mauri, mi amigo americano, era mitad mexicano, fue el que me obligó a las clases de Español para empezar a saborear lo perfecto del sabor latino, al menos eso decía él.

Por las noches asistimos a muchas veladas como era costumbre, es como si no tuviéramos nada que hacer, siempre estábamos en eventos de caridad, cumpleaños de alguna persona importante, presentaciones a la sociedad para aquellas niñas de quince años. Todos los eventos solían ser aburridos, pero los fines de semana se salían normalmente de control, siempre alguien tenía fiesta nocturna en el jardín.

Según los rumores, William se la pasaba saliendo con todas las mujeres que podía. Él me habló de reputación y estaba peor que Lui. ¿Se supone que debería enojarme? No lo sé, no quería quedar como la pobre Abbi a la que su *agapi* no la tomaba en serio, o no la respetaba. Eso era común en este mundo, pero por alguna extraña razón esperaba algo distinto para mi vida.

En la primera fiesta que nos encontramos, Lui había cambiado totalmente de estilo. Se había rapado su hermoso cabello. En un principio me pareció raro, ya que no era del tipo de chica que veía atractivo en las cabezas sin pelo, pero en él resultaba agradable. También había bajado de peso o de músculo. Ha de ser por los estudios, últimamente menciona que tenía demasiado.

Me envolví en la sábana viendo la lluvia matutina caer con lentitud, Mary y Mauri estaban algo molestos por la lluvia. Llegaron ayer y la pasamos hablando toda la noche. Ash no estaba contenta de tenerlos, seguía pensando en qué diría la sociedad de ellos. Me preguntó qué será de sus amigas en Washington.

Hoy en la noche teníamos una fiesta en la casa social de los alpha, una casa donde varios estudiantes de último año vivían, era un edificio grande, moderno con un jardín espectacular en el que se daban las fiestas. Seguramente la paso mejor con ellos dos que con todo el resto de personas. No podía esperar a mostrarles a William, no los había dejado ver ni una fotografía, tampoco tenía ni una en redes. Es más, no tenía ni una foto desde que regresé.

—¿Cuándo dejará de llover? —preguntó mi amiga viendo el diluvio.

—En poco tiempo. No tarda tanto. Así es en las mañanas.

Soltó un soplando concentrándose una vez más en el exterior. Era una cosa hermosa. Me encantaba la lluvia, me gustaba ver cómo caen las gotas rebotando en el suelo, cómo salpican todo el asfalto. Sonreí al ver lo relajada que me sentía. No estaba atormentada por William, no estaba pensando en que nunca sería suficiente para él. Era solo yo. Nadie más que dominara mis pensamientos.

—¿Qué piensas hacer, cariño? —Mau estaba viéndome fijamente.

—No lo sé, no quiero darme por vencida. Él es simplemente... Ammm, diferente.

—No es diferente —dijo Mary frustrada de su poco baño de sol—, todos son iguales, solamente te trató bien una temporada. No sabes si sigue siendo el mismo tío que hace unos años. Quizá ya no es...

—Ni me lo digas —me tapé los oídos sabiendo que algo así era. Él no era la gran cosa, no había cambiado tanto, pero tampoco era el niño que una vez fue. Aquel que me hablaba cuando nadie lo hacía, que se escondía para decirme cosas lindas. Cosas que me hacían sentir especial. Recordé cómo había sido mi primer beso, no sé si podía llamar beso a ese topón de labios, pero me había encantado.

—Fue el primero y me gustaría que fuera el último. Solo digo.

Era un secreto que él y yo habíamos mantenido. Uno que nadie sabía. Mi primer beso había sido Will, cuando teníamos once años. Bueno, él tenía doce. Fue el mejor momento de mi vida. Un beso rápido, en el que nuestros labios se tocaron. En ese momento él dijo que era la primera también. ¿Habrá sido cierto?

—Es solo un beso pequeño, no tienes que asustarte —lo decía tan serio que incluso yo me lo creía—. Mamá le da de este tipo a papá todo el tiempo.

—Tengo miedo —me tapé la boca para que no se acercara tanto.

—¿Tienes miedo de mí? No seas gallina, pequeña. Déjame darte un beso. Lo he visto en todas las películas, sé cómo se hace esto.

—Deja de decirme pequeña —me crucé de brazos—. No soy ninguna pequeña.

William sonrió de manera muy amplia, una que me gustaba muchísimo. Una cara de niño que siempre conservó. Una de las razones por las que aún me gustaba. Los *baby face* eran totalmente mi gusto.

—Eres la más pequeña de la clase y del grupo. Además, me gusta verte como si necesitaras mi protección.

—No soy del grupo —dije ruborizándome debajo de la mesa donde nos escondíamos.

—De nuestro grupo sí. Tuyo y mío. Solo los dos, no necesitamos a nadie más. Somos tú y yo contra el mundo.

Como si nada me dejé guiar. Me acerqué más exponiendo mis labios a él. Tomándome de la cara apretó sus labios contra los míos. Fue unos instantes, pero bastaron para hacerme soñar para toda la vida.

Duró unos segundos la felicidad. En cuanto todos regresaron a la clase después del recreo. Le preguntaron a Will lo mismo de siempre. «¿Dónde estabas?». «Te perdiste la caída de Josh». «Ni sabes qué pasó» y él siempre respondía lo mismo.

—Estaba leyendo un libro, está muy bueno. Lo siento. Mañana será.

Frente a todos, seguía siendo la misma idiota que estaba enamorada de William y él me ignoraba. Jalándome el pelo, tirándome papeles con saliva y haciéndome sentir la peor basura del mundo. No entendía por qué tenía que ser tan lindo cuando nadie nos veía y una mierda cuando estaba con todos.

—Ahí está la bruja —gritó André, uno de los alpha junior.

—Sí, fea —lo acompañó Lui—. Vamos Will, dile algo. Hazla desear nunca haber nacido.

Lo vi pelear contra las palabras. Me miraba a mí y miraba a sus amigos. No quería que dijera nada, no cuando acababa de besarme. No cuando le entregué mi alma. Era mi amigo. No podía hacerme sentir tan mal. Suspiré esperando lo peor.

—¿Para qué tengo que decirle algo? No vale la pena, ¿o sí? Gente como ella no vale nada, son rechazadas —mis ojos se llenaron de lágrimas y recé en silencio por no llorar frente a ellos—. Nadie te va a querer nunca, Abbi. Nunca.

—Sí, exacto fea. Nunca nadie. ¿Escuchaste?

Los tres se echaron a reír al tiempo que corría a esconderme. Era demasiado tarde, habían visto mis lágrimas y cuanto más corría, más me dolía. Ellos seguían gritando cosas como «¿Vas a llorar?», «eres una llorona, Abigail». Sabía que Will no gritaba. Pero sus palabras ya habían quedado en mi alma. «Nadie te va a querer» y hasta el momento nadie lo había hecho.



El doloroso recuerdo fue interrumpido por tres golpes en la puerta de la sala, la puerta estaba abierta por lo que solo estaban llamando mi atención. Los tres nos giramos para ver a William en la entrada. Estaba vestido con su típica camisa Polo blanca, la chaqueta Ralph Lauren que tanto me gustaba y los vaqueros que se ajustaban a su cuerpo a la perfección.

—¿Interrumpo? —preguntó.

—¡William! —el dolor se intensificó a pesar de que el tiempo pasaba, me seguía doliendo muy en lo profundo de mi alma. ¿Qué simplemente no podía superarlo?—. ¿Qué haces aquí?

—¿William? ¡Jesús, Abbi! —exclamó Mau—. ¿Ese tío es tu prometido?

—Vaya, vaya..., pero si es una delicia.

Mis amigos estaban con la boca abierta viéndolo de arriba abajo. Se disculpó con mis amigos presentándose formalmente. Apretó la mano de todos saludando de manera cordial. Incluso le dio dos besos en la mejilla a Mary. Era extraño verlos juntos. Eran dos mundos en un solo lugar. Con otra leve disculpa, me pidió que fuéramos a un lugar privado. No pensé en ningún lugar más privado que la casita del árbol. Mi pequeño apartamentito dentro

del bosque del jardín. Era lindo. Incluso tenía un río artificial que papá había mandado hacer para nosotras.

—Lindo lugar —entró a la casita observando que no era una casita de árbol tradicional. Realmente era grande, incluso la pequeña nevera funcionaba. Le ofrecí algo de tomar de las escasas cosas que teníamos. Destapé un agua de naranja sirviéndola en uno de los vasos de vidrio. Me serví su mitad sentándome en la cama. Era una cama grande, de pequeña la usábamos con mi hermana. Nunca pasamos la noche ahí por miedo, pero cuando besé a William —la primera vez— sí que dormí aquí. Nadie podría escucharme llorar de ese modo.

—No dejes de pensar en ti, en mí, en todo esto —William apenas si podría verme a la cara.

—No hay nada que pensar, Will.

—Hay mucho que pensar, pequeña. Los dos sabemos que no está bien esto y no podemos seguir ignorando que las cosas están perfectas.

—Will, solo no...

—No contestes, solo quiero que lo pienses —sus ojos azules me miraban con tanta profundidad que sentí cómo se llevaba con él una parte de mi alma.

—Está bien —susurré.

—Paso por ti más tarde para ir a la fiesta, ¿está bien?

Me negué explicando que nos irían a dejar. A Will pareció sorprenderle que Mau y Mary fueran a ir. Claro que estaba sorprendido. No eran ni famosos, ni de la élite. Eran unos simples mortales. Discutimos una media hora acerca de esto y al final paré perdiendo. Will vendría por nosotros a las nueve de la noche. Suspirando se puso de pie al mismo tiempo que yo. Estaba a punto de salir por la puerta cuando me tomó de la muñeca, acercándose más a él.

Como si las palabras no existieran, nuestros cuerpos se conectaron. Lo quería y lo quería ya. Besarle hasta perder el conocimiento, hasta que mi respiración fallara. Soltando un suspiro lo vi reaccionar. Tomó mi cara en sus manos, se inclinó con decisión a mis labios y me besó. No como esos besos de once años, no como los besos que no deseabas. Me besó con pasión, lujuria, deseo.

—¿Qué estás haciendo conmigo, pequeña?

Aún con sus labios contra los míos susurré.

—No me llames pequeña —quise contener la risa al tiempo que mordía su labio inferior. Mis manos estaban sosteniendo sus brazos a mi alrededor. ¡Dios! Lo deseaba tanto. Quería quitarle la camisa, besarlo por todas partes. William se alejó para verme.

—Siempre serás mi pequeña, mía. De nadie más, ¿está claro?

Asentí con la cabeza incapaz de hablar. William me empujó con fuerza a la cama que estaba detrás de mí. Cayendo al colchón de agua, se colocó a horcajadas en mis piernas. Podía sentir su deseo, su excitación, contra mi estómago. Tomando posesión de sus labios, me perdí en el beso. Enredaba mis dedos en su cabello mientras él tocaba mi abdomen, pidiendo más, arqueé la espalda invitándolo a tomar mi cuerpo. Él lo captó, envolviéndome en él. Esto era mejor que cualquier chocolate. Su camisa fue lo primero en desaparecer. Su cuerpo totalmente marcado me recordó que William se ejercitaba. Al momento que mi blusa voló, sentí vergüenza. No era bonita para andar enseñando mi cuerpo. Es verdad que me había fajado las tripas, bajado de peso y marcado el abdomen para este día.

Tomando mis pechos en sus manos, lo sentí temblar. ¿Por qué temblaba? Es como si nunca en su vida hubiera hecho esto. Tomé su pantalón quitando el botón. Tenía curiosidad, quería verlo en toda su gloria. Sus manos apretaron las mías deteniéndome por completo.

—No estamos listos, lo siento.

—No, no lo estamos —estuve de acuerdo. En realidad, solo podía pensar en que le había dado asco o algo por el estilo. No había otra explicación porque no quisiera tomarme por completo.

—Te deseo. ¿Lo sabes verdad?

Negué con la cabeza sentándome en la cama. Los ojos me ardían por una sensación de nudo en la garganta. No creía que nadie me deseara. Era fea y nadie iba a quererme. Ese era mi destino, o el destino que él y sus amigos me habían hecho creer durante toda mi vida. Las sesiones con la psicóloga ayudaron, pero mi seguridad nunca regresó a ser la misma.

—No lo sabes —afirmó tomando mi barbilla para que lo viera. De seguro ve mis intenciones de llorar—. Siempre te quise, nunca pienses que no lo hice. Solo quería aclararlo. Ahora, Lui te necesita. Te quiere, te desea y yo estoy dispuesto a dejarte ir un tiempo, en el que él mejore. Digamos que últimamente está... inestable.

Asentí con la cabeza no sabiendo exactamente qué decir. ¿A qué diablos se refería con inestable? Sabía que estaba loco, pero no a qué extremo. En eso pensé, él estaba dispuesto a jugársela feo a su mejor amigo con tal de ayudar a una chica a la que había molestado toda su puta vida. Definitivamente estaba loco.

—Tengo ganas de... Ya sabes de...

—¿Tener sexo? —pregunté tapándome la boca para no reír a carcajadas.

—¡Qué directa! —exclamó riendo. Claro que era directa. Después de todo, había crecido cerca de Mary, y ella era una auténtica patana.

—Creo que será mejor regresar.

Quizá después de todo sí me parecía a mi hermana. Un beso de William y me volvía sumisa ante él.

Colocándome la blusa y el suéter, vi cómo Will se colocaba su camisa y chaqueta. Amarró sus zapatos, tomó mi mano y regresamos. Con un beso doble en la mejilla, desapareció en su deportivo. Aún en las nubes, regresé a donde Mau y Mary estaban. Mi querida amiga de cabello café negó con la cabeza antes de decir.

—Ese hombre es igual a tu hermana, ¿lo sabías no?

Me quedé como la piedra, en verdad eran muy parecidos. Los dos rubios, blancos, de ojos azul cielo. La boca como si la hubieran dibujado y una nariz respingada. Negué con la cabeza, me negaba a compararlos, eso sería asqueroso. Además, William era un adonis. Un dios de dioses. Regresando a la plática, dejamos de lado el parecido de Ash y Will. Les conté que él nos llevaría a la fiesta y omití decir cualquier cosa acerca de William sin camisa. No quería que los dos pararan excitados.

La casa del árbol

William

Abrí la puerta de Abbi como todo un caballero. Estaba loco por lo que casi pasa en su puta casa del árbol. Habíamos perdido el control como nunca antes. Me rocé los brazos sintiendo que estaba perdido en ella. Quería enterrarme en su interior, sentirla, darle placer, darme placer. Quería que fuera la primera. ¡Maldición! Realmente quería que fuera la primera.

¿Por qué siempre quería que fuera la primera en todo? Definitivamente tengo problemas con esta chica.

Había sido mi primer beso, aunque nadie lo supo nunca. Era un secreto de Estado entre nosotros. Uno que no tardaría en salir a la luz. Quizá algún día se lo contara a alguna de las chicas, con ellas, el chisme era obligatorio y en menos tiempo del esperado, todos sabrían que ella era la elegida desde antes que la nombraran mi *agapi*. Le tendí la mano a Abigail sintiendo cómo sus dedos me rodeaban. Era hermosa y con ese vestido corto turquesa, estaba más que linda.

Sus amigos iban pegando de gritos por toda la entrada, entusiasmados. Debía admitir que la chica —como sea que se llame— era agradable y su amigo —el gay— no era tampoco tan malo. Solo le tenía un poco de fobia. Años atrás un gay me metió mano hasta el fondo. Casi siento perder mi virginidad ante eso, fue horrible. Desde entonces prefiero guardar mi distancia.

—Esto es una pasada Abbi —gritó su amiga de excitación. En un principio pensé que no era una buena idea venir. No eran de la élite y la gente que no era de élite era de un rango inferior. Me sorprendía la manera en que Abbi los trataba como si fueran las mejores personas del mundo. Fue ahí donde me di cuenta de lo mucho que quería que vinieran con nosotros. Ella estaba feliz junto a ellos y verla feliz era mi mayor satisfacción.

—Espera a ver la fuente —dije señalando el centro del jardín rodeado por calentadores que hacían que el frío pareciera un viejo cuento.

—En América hay fuentes, chico, no necesito... ¡Guau! Olvídalo, esas mierdas no existen en América. ¿Es alcohol puro?

Observando la fuente antigua llena de un líquido amarillo. Le expliqué que era margarita. Esa fuente era especial para las bebidas. Le daba un toque diferente. Al gay le pareció más interesante la barra de comida. Esta vez sí que era una pasada. Normalmente, tenían tres mesas llenas de aperitivos. Hoy eran cuatro, con *sushi*, caviar, *escargot*, coctel de camarones, bolitas de queso, jamones... y un montón de mierdas que se me antojaron de inmediato. Realmente tenía hambre.

Abbi y Mary se fueron a traer las bebidas, no me gustó la idea de quedarme con el chico, pero no tenía mucha opción. Después de preguntar por cuarta vez su nombre decidí que era bueno entablar conversación. Agarrando otra de las bolitas de queso, le pregunté por la vida de Abbi en América.

—La chica es buena —dijo con una sonrisa en la cara—. No hablaba con nadie en un principio, solo con su hermana. Luego de un tiempo, todos la adorábamos. No era como la perra de Ash que nos veía como algo inferior, era dulce y cariñosa. Tiene corazón, uno que merece ser cuidado.

—Eso sonó como una advertencia —dije metiendo otra bolita. Estas cosas estaban deliciosas.

—Es exactamente lo que es. Ya la hicieron sufrir bastante de pequeños. A la pobre le tomó años volver a confiar que valía algo en la vida. Supongo que sabes a lo que me refiero, eras el único que hablaba con ella, ¿no es así?

Claro que era el único. Me tomó minutos asimilar su confesión. ¿Por qué los gays tenían que ser tan directos? Dándole una sonrisa asentí con la cabeza. No me sentía orgulloso de cómo la traté en un pasado, estaba seguro de que mucha de su desconfianza era por mi culpa. Siempre la hice sentir mal al verla sufrir, era un golpe en el maldito estómago.

Era un enfermo por pensar que cuanto más la hicieran sufrir, entre peor la trataran los demás, más la hacía mía. Nadie más le diría cosas lindas como yo lo hacía, nadie más la haría sentir como yo. Al menos eso especulaba.

Nunca pensé que se iría a América, lejos de mí, donde mortales la ayudarían con sus problemas. Tampoco soñé nunca en que fuera mi *agapi*, la olvidé con el paso del tiempo. Sobre todo, cuando Ame apareció en mi vida. Recordé la conversación de ayer con Ames. Lloraba en el teléfono reclamando que me extrañaba. Reclamaba que no la había ido a buscar, ni

llorado por ella. La verdad es que nunca había llorado por una mujer, no le veía el caso a hacerlo.

Soltando un suspiro viendo cómo Lui levantaba a Abbi por la cintura dándole vueltas. Mi pecho se contrajo ante el dolor de verla tan feliz con alguien más. Mordí mi labio para evitar correr a su lado y reclamarla como mía. No podía hacerle esto.

—No te gusta verla con otro, ¿verdad? —me giré para ver a Mauri hablando sin apartar la vista del *show* que montaban—. No sé por qué lo hace y no estoy de acuerdo con eso. No es como si... Bueno, no sé qué hace con él.

—La trata bien —dije sin apartar la vista.

—Y tú, ¿no piensas tratarla bien? ¡Mierda, chico! Se supone se casará contigo. ¿En qué diablos piensas?

Negué con la cabeza sabiendo que no quería que mi prometida estuviera colgada de mi mejor amigo. No podía siquiera pensarlo. El dolor era demasiado. Además, él la necesitaba y yo estaba dispuesto a darle un poco de tiempo. Lo merecía. Siempre estuvo cuando más lo necesité.

Vi cómo Abbi se acercaba con Mary y Lui. Los tres hablaban, reían como locos. Ya el maldito vacío se estaba formando en mi interior. Esto estaba volviéndose de lo peor. Vi cómo se presentaban con Lui y algo en todo no me cuadró en la cabeza. Lui les dio la mano con expresión de asco. Luego se giró a mi lado diciendo a mi oído.

—Esto no está bien, hermano, no puedo hacerlo.

—¿No puedes hacer qué? —sabía a lo que se refería. Pero quería que lo dijera en voz alta.

—No son como nosotros, son simples mortales. ¿Cómo has dejado que los traiga?

—Porque a diferencia de todos ustedes, yo los veo como mis iguales, ¿no crees que no me he dado cuenta de cómo nos miran todos?

Era verdad. Los ojos de todos los alpha y delta estaban en nosotros. Criticando a la alocada de Mary y al gay de Mauri. Yo había decidido dejar que hablaran lo que quisieran. Abbi estaba feliz y por primera vez no me importó lo que los idiotas pensarán.

—Lo siento Abbi, pero... —Lui intentaba explicarle que no quería ser criticado por sus amigos. Era un gran idiota, no podía siquiera hablar bien.

—Le da vergüenza —dije acercándome a Abbi para tomar su mano. No quería decepcionarla, solo tenía que saber la verdad.

—¿Qué, por qué? —sonaba preocupada.

—Te cagas en todo, Will. Mira, Abbi, no me molestan tus amigos, es solo que no es correcto traerlos aquí, todos van a hablar y sabes cómo es este...

—¿Me estás diciendo que no son bienvenidos?

Me quedé agradecido que Mauri y Mary estuvieran en la fuente emborrachándose, cantando y actuando de manera que no se ajustaban a la élite. Me gustó que fueran distintos, que fueran tan americanos. Imaginé cómo sería la vida al otro lado del charco. Ellos parecían más ajenos a lo que pasaba a su alrededor. Más relajados. Más... libres.

—Sí, eso es exactamente lo que te está diciendo —Blake se acercó a nosotros negando con la cabeza. Sabía lo que iba a venir y estaba dispuesto a frenar todo antes de que se desatara. Hoy no quería que fuera Lui el salvador, tampoco quería ser yo el que la cagara toda. Listo para atacar, esperé—. No son de nuestro nivel y creo que será mejor que se larguen de aquí.

—¿Qué? —Abbi parecía molesta. Giró su cabeza para buscar a Lui de soporte. Eso me dolió, él no iba a apoyarla. Le importaba demasiado lo que los demás dijeran.

—Te lo dije Abbi —Ash se acercó posando sus grandes ojos en los míos. Con un guiño de ojo se concentró en su hermana, otra vez—. Llamaré a papá para que venga por ti, no debiste traerlos. Mucho hacemos encajándote en la sociedad para que lo tires todo al bote, hermanita.

Vi el labio inferior de Abbi temblar. Era suficiente. Recordando las palabras del amigo gay, decidí que era hora de pagar todas las veces que no la defendí delante de esta gente. Soltando una carcajada la jalé de la cintura a mi lado. Es hora del *show*.

—No llames a nadie, ya me los llevo yo. Es tan gracioso que todos ustedes pasaran tiempo acostándose con mortales y ahora vengan con esto de que no están a nuestro nivel. ¿Verdad, Blake? ¿No era Carry una mortal? Recuerdo haberte visto llorar por ella. Además, Ash, no crees que deberías de tener más

respeto por tu hermana. Pensé que las habían criado del mismo modo, pero se nota que a ti te cortaron con tijeras sin filo.

—No te pases —me advirtió Connor. Su deber era defenderla como el mío era defender a Abbi. Ella era mi deber.

—Tranquilos, ya nos vamos. Y solo para el récord. Ellos tienen mejor alma que ustedes, al final del día, el puto corazón es lo que vale, no el dinero, tampoco la belleza.

Vi a Abbi sonreír de oreja a oreja y supe que había valido la pena. Quizá mañana iba a tener a mi madre llamándome la atención por este relajó. Los chismes corrían como agua de mayo. Le di un beso en la cabeza antes de pasar por sus amigos en lo que salíamos de ese lugar. No quería presionar nada. Estábamos celebrando y sus amigos obviamente querían seguir. Los llevé a un bar muy bueno, uno donde ambos chicos pudieran disfrutar.

Pedimos un par de bebidas preparadas y disfrutamos de la noche. Abbi no dejaba de cantar, bailar y gritar como loca. Por primera vez, nos vi como una pareja normal, sin una élite. Donde yo la escogía entre miles de mujeres. Bailando, gritando y festejando.

Brindamos por la vida. Estaba cayendo como nunca lo había hecho. Raro e irónico. Porque nunca pensé en amar a alguien como lo había hecho por Ameli. Quizá el amor era eso. Avanzar. Y yo, estaba avanzando. Porque no me había sentido así desde hace años. La felicidad que sentía era extraña y a pesar de que me sentía culpable por dejar mal a Lui, se lo merecía.

Los tequilas se fueron acumulando. Mis piernas estaban inestables. Abbi no estaba en mejor estado que yo. Dándole un beso en la frente la metí al automóvil. Ajustando su cinturón vi cómo sus amigos seguían cantando en la parte de atrás. Al llegar a la mansión Sheperd, los dos americanos corrieron dentro. Quizá querían darnos privacidad. Abbi estaba medio dormida para este entonces.

—¿Te quedas? —preguntó acercándose a mí.

—No creo que a la señora Sheperd le guste —dije sobando su cabello.

—Vamos, la casa del árbol es una buena opción. Di que sí, quédate conmigo.

Besando sus labios salí para abrirle la puerta. Ella tomó mi mano guiándome a través del bosque que tenían en su casa. El pequeño río artificial

me recordó lo que casi hacemos e hizo que mi vida se detuviera. Esto estaba mal. Lui la quería y yo estaba aquí, provocándola a dormir conmigo. Me detuve antes de entrar y Abbi abrió mucho los ojos como si no entendiera nada.

—No puedo hacerle esto a Lui, él te quiere y... Solo, no puedo. Lo siento.

—Olvida a Lui —su voz sonaba como si rogara por mi cariño, por mi comprensión—. Quédate, por favor. Quédate.

No podía decirle que no, no cuando sus ojos grises me veían de ese modo. Le di una sonrisa antes de entrar a la casa del árbol, la cual no tenía nada de árbol. Esta casa parecía un apartamento completo. Tenía incluso una minicocina. Caminamos a la cama matrimonial que estaba al fondo. Era de agua y deliciosa.

La respiración de Abbi se aceleró quitándose la chaqueta. Sabía qué era lo que quería y yo también lo quería, pero no así, no estando borrachos. La acosté en la cama besándola por todas partes. Era dulce en lugares que no creí que tuvieran sabor. Su aroma era tan excitante que mi erección estaba reaccionando. La quería dentro de ella, mi cuerpo la reclamaba, la necesitaba.

—Ahhh, Will —gritó lo más que pudo. La acaricié sintiendo el vestido ser un obstáculo. La senté bajando el *zipper*. La puse de pie quitándole la ropa. Solo la dejé con las pequeñas braguitas. No sabía si sería capaz de parar si se las quitaba.

Ella quitó mi chaqueta, mi camisa Polo y mis vaqueros, de modo que estábamos iguales. La temperatura en la habitación era fría como la nieve. La vi temblar un poco, antes de pensar en otra cosa, corrí a abrazarla. Acunándola en mis brazos la besé. Dejé que mi mundo se fuera a la mierda. La necesitaba a ella. A nadie más.

Abbi se tiró a la cama abriendo sus piernas para que me acomodara. Sentí vergüenza por lo que estaba a punto de sentir. Mi erección sería difícil de esconder. Estaba dura y totalmente parada. Suspiré, viendo hacia abajo. Realmente estaba apenado.

—Quiero sentirla —dijo como si leyera mis pensamientos.

—Ammm, es solo que. Bueno, me da...

No me dejó terminar. Sus manos estaban en mi espalda jalándome a su cuerpo. Juntamos piel contra piel, sintiendo sus pechos en mi tórax,

realmente era increíble. Sentirla de ese modo. No tenía ni una puta idea si esto era lo que sentían todos los hombres en el momento de tocar un cuerpo desnudo, pero la piel de Abbi era un poema.

Besando su cuello bajé hasta sus pechos. Me acomodé para tomarlos en mis manos comprobando mi teoría. Cabían perfectamente. Chupé, besé y me perdí en ellos. Era una sensación nueva y yo estaba muriendo por sentirla completa. Abigail gimió, dejando claro que lo estaba disfrutando. Estaba perdido, quería tocarla.

¡Esto está mal! Si seguía, iba a perder el control. Por primera vez en mi vida quería perder el control. No era la primera vez que una mujer me excitaba, no era la primera vez que tocaba unos pechos, pero sí la primera en la que quitaba la ropa para romper ese obstáculo.

—Tenemos que parar —dije sin entender qué diablos estaba diciendo.

—No. ¿Por qué? —preguntó sentándose de inmediato—. No pares, te lo ruego. Por favor.

¡Dios mío! Abbi sabe lo que está haciendo. ¿Cómo voy a explicarle que puede que ella no lo sea, pero yo sigo siendo virgen? Tomé su cara entre mis manos y volví a besarla. Esto era hipnótico. No podía detenerme, realmente no podía parar. Sus manos bajaron a mi parte más íntima. Le detuve las manos negando con la cabeza.

—Te deseo, pequeña, más de lo que te imaginas, pero... Bueno, amm... No quiero que sea hoy. No cuando me faltan sentidos en mi cabeza.

—Lo entiendo. Tampoco quiero que mi primera vez sea borracha.

Tomó asiento y me observó. Sus mejillas estaban sonrojadas ante la excitación. Mi pequeña era virgen. ¿Cómo no me di cuenta antes? Quería admitirle que yo también lo era, pero eso aumentaría nuestras ganas de hacerlo.

—¿Puedo quedarme? —pregunté jugando con un mechón de cabello.

—No quiero que te vayas, Will. Quiero que me abrases y te quedes toda la noche.

—¿Sin ropa? —sentí cómo la sonrisa se elevaba por mi rostro. Nunca había dormido con una mujer antes. Menos desnudos en una casita que era tan fría que requería de nuestros cuerpos para mantener el calor. Abbi solo asintió

con la cabeza—. Pequeña, eres una pervertida. Pero acepto que estoy tentado a calentarte. Ven, vamos a la cama.

Destapando las sábanas, nos metimos acomodándonos uno junto al otro. La tomé en mis brazos y la apreté contra mi pecho. Nuestras respiraciones seguían aceleradas. No iba a negarlo, hubiera preferido darme una ducha de agua fría para bajar mi erección, hubiera sido mucho más sencillo. Dejé de pensar en erecciones y en sexo, tenerla en mis brazos era mucho más importante que cualquier otra cosa. La besé en la frente sintiendo que esto era todo. Finalmente, volvía a ser feliz. Había caído y estaba enamorado.

Esto iba a ser un gran problema.

Tears

Abbi

Me levanté con una sonrisa en la cara, una difícil de quitar. Había pasado la noche abrazada de William, mi William. No podía creerlo. Al parecer las cosas estaban mejor de lo que esperaba. Quizá iba siendo tiempo de tirar el plan a la basura, no estaba funcionando de todos modos, cada vez lo sentía más mío. Estiré mi mano para buscar su cuerpo. La cama estaba vacía. Abrí los ojos de golpe para verlo sentado en una de las sillas principales poniéndose los zapatos. El sol apenas si entraba por las ventanas, como era costumbre, una suave lluvia acariciaba la casita. Fruncí el ceño. ¿A dónde iba a esta hora?

—¿Te vas? —pregunté tapando mis pechos.

—Sí, lo siento. Tengo que irme.

—No quiero que te vayas, quédate un rato más.

Estaba suplicándole que se quedara, sabía que mamá y papá no se darían cuenta de esto. Lo necesitaba. Lo quería. Me estaba ignorando, siguió con su camisa, aún pude darle un pequeño vistazo a su pectoral antes de que dejara caer su camisa. Hice un par de pucheros esperando a que realmente se quedara. Pasamos una noche de campeonato. Bebimos, bailamos, festejamos, nos besamos y... ¡Mierda! Recordé que estaba casi desnuda. Mis mejillas ardían de la pena. Esto era vergonzoso.

—¿Quieres hablar acerca de anoche? —pregunté con el fin de que se quedara unos minutos más.

—No, Abbi, realmente tengo que irme. Además, si vas a estar con Lui, tienes que dejarme tranquilo y no estar con tus juegos de seducción. No puedes jugar de ese modo con la gente. Él es mi mejor amigo y no quiero que lo lastimes, ¿está bien?

—Tú no eres un juego —dije con la voz temblorosa.

—Si yo no lo soy, lo es Lui, y eso no me gusta. Lo mejor es que te alejes de mí, Abbi. Creo que es lo mejor —se pasó ambas manos en su hermoso pelo, soltando un soplando bastante audible. Volvió a ver su celular maldiciendo en voz baja.

Las lágrimas tocaron mis ojos. No estaba jugando con Lui, esto no era acerca de Lui. Esto era sobre él. Sobre darle celos y llevarlo al fin de la locura. Una lágrima corrió por mi mejilla. ¿Qué diablos había hecho para que me hablara de ese modo? Pensé que todo estaba bien.

—¿Hice algo malo? —la voz se me estaba quebrando por completo. Mi corazón latía con fuerza y por minutos pensé que iba a sentarme a llorar. ¿Pero qué diablos?

—No todo gira alrededor tuyo, solo déjame tranquilo. Tengo mucho que pensar. No puedo pasar el resto de mi día tirado en una cama junto a alguien que no define qué quiere. Tengo que irme.

Tomando su chaqueta salió a toda prisa. ¿Pero qué había hecho? Sentí un nudo en la garganta. Eso no había estado para nada bien. Me hice una bolita en la cama y comencé a llorar. Esto me pasaba por ser tan accesible con alguien que no me quería. Ayer estaba dispuesta a darle todo mi cuerpo con tal de tener más de él. Esto fue lo que obtuve. Quedarme sola, desnuda y llorando.

Prometí que no lloraría por él, o al menos que lloraría lo menos que pudiera, pero vaya si no dolía.



Una semana sin noticias de William. Habíamos pasado estos días paseando por Londres, visitando las afueras del Reino Unido. Mary y Mauri estaban teniendo una gran semana, lamentablemente, Mauri viajaría a España por la tarde. Se suponía que Mary se iría de Londres en tres días, pero llamó a su padre y extendió su viaje a una semana. Estaba segura de que lo estaba haciendo porque no me encontraba bien. La última vez que vi y hablé con Will, me había dejado tirada en una cama, humillada. No quería pensar en ello. Estaba vacía por dentro.

Quizá se había dado cuenta de que no valía la pena. Que esta vida junto a mí no era la que siempre había deseado. Eso tenía que ser. Tampoco había tenido noticias de Lui. Intenté llamarlo toda la semana para platicar con él,

pero no, nada de nada. Quizá todos se sentían avergonzados de Mary y Mauri. No volvimos a ir a una reunión de la élite, nunca les dije a mis amigos el porqué, simplemente no fuimos. Me desconecté del mundo enfocándome en mis amigos, aquellos que no pertenecían a una élite, aquellos que no tenían sangre real, aquellos que eran y siempre serían los mejores amigos que uno podía desear.

Me senté en el jardín, tomando el sol con mis amigos, los últimos rayos que tendríamos los tres bajo el mismo cielo de Londres.

—Finalmente, sol —dijo Mary acomodándose en las salitas que sacamos al jardín.

—Deja de quejarte, viajas cada fin de semana a la playa. Te dará cáncer de piel —respondió Mau.

Mary solo lo ignoró. Pasamos los siguientes treinta minutos hablando y riendo.

—Madama —dijo el mayordomo dejando una ronda de piñas coladas vírgenes. Nada de alcohol por hoy. Creo que había sobrepasado mis límites esta semana—. El joven Montgomery solicita verla unos minutos, pide permiso para pasar.

Me le quedé observando al mayordomo. ¿Qué diablos hace Lui aquí? Dándole la orden que lo pasara adelante, me puse más nerviosa que nunca. Mau sabía lo que estaba pasando por lo que convenció a Mary de irse a empacar sus cosas. Aún le faltaban dos horas, lo hacía por mí, por mi privacidad. Encaminándome al salón social de la mansión, vi cómo Lui se ponía de pie ante mi entrada. Me paré en seco al verlo. ¿Qué diablos le había pasado?

Tenía unos círculos negros bajo los ojos, bastante marcados para ser algo normal. Había bajado más de peso y se notaba que le costaba respirar. ¿Acaso estaba enfermo? Me acerqué con la intención de besar sus dos mejillas, pero no podía. Estaba parada viéndolo de arriba abajo. Esto no estaba bien. Era como si algo o alguien hubiera chupado su alma, su esencia.

—¿Estás bien? —pregunté asustada.

—Sí, muy bien. Es solo un virus. Todo va a estar bien —respiró antes de darme una sonrisa falsa—. Lo siento tanto, Abbi.

Entrecerré los ojos. ¿Qué diablos sentía? Tener gripe no era del otro mundo, al parecer una muy fuerte lo había atacado. Pero esa no era su culpa.

—¿Por qué lamentas tener gripe? No es tu culpa.

—No lamento el virus, no seas ingenua —dijo después de que le explicara que solo era un virus—. Siento lo que pasó en la fiesta hace una semana. Tus amigos, son tus amigos. No debí juzgarlos como lo hice, como lo hicimos. Will explicó que eran personas muy agradables.

Will, el solo hecho de escucharlo mencionar su nombre abrió un agujero en mi estómago. Eso sí que dolía. ¿Por qué tuvo que reaccionar como reaccionó? Lui se veía inestable. Levanté una ceja conteniendo las palabras que quería decirle: «Te ves como la mierda, Lui». No lo dije. Se suponía que debía hablar como una dama, no como una cualquiera.

—Ah, eso. Bueno, sí fuiste muy grosero. Pero también entiendo la posición, no puedo juzgarte si así te han criado toda tu vida —estaba molesta y se notaba en mi voz.

—No hay razón para perder la humanidad solo porque creemos ser superiores a los demás, Will me lo explicó después de que recobrarla la... Ammm, bueno, después de que mejorara de la gripe —una sonrisa se extendió en sus labios—. Parece que lo estás atrapando, todo va bien Abbi. Solo no tienes que dejar que crea que te tiene asegurada.

—¿Dónde está él? Tengo casi una semana de no verlo. ¿Alguna idea?

No debería estar preguntando, lo sé. Pero algo me estaba comiendo en mi interior. Quería saber dónde estaba, necesitaba saberlo.

—Creo que regresó anoche de París —lo dijo tan casual—. Fue un viaje corto, pero muy necesario.

Mi estómago cayó al suelo derramando líquido intestinal mezclado con sangre. ¿Escuché bien? ¡París! Mierda, había ido a ver a Ameli. Qué idiota de mi parte. ¿Cómo no se me ocurrió antes? El muy idiota creía que podía usarme de ese modo, pues bueno. Hace un tiempo yo estaba dispuesta a dejar este juego. Ahora no lo estaba. Iba a continuar hasta que no pudiera más.

—Seguiremos con esto, ¿no es así?

—¿Crees que está funcionando? Creo que ya lo tienes colgando de tus manos, sería mucho más rápido si...

—No le importo, Lui, te juro que no —mi voz sonaba bastante frustrada—. Sé que no soy bonita, y sé que soy rara y rechazada por más de la mitad de la élite. Aun así, pensé que... Pensé —no podía continuar.

—No eres fea, Abbi. Quizá antes eras algo desalineada, pero ahora... Dios, mujer, eres guapa.

Le sonreí no sabiendo exactamente qué decir, ¿no era fea? Quería creerle, en verdad quería. Pero no podía. El hombre que estaba consolándome era uno de los más grandes agresores de mi infancia, incluso muchas veces tuve pesadillas nocturnas acerca de él. Le tomé la mano y empecé a platicar de cualquier cosa menos de Will. No podía seguir con esto.

—Tengo una idea —dije sonriendo—. Le debes una a Mary, debes salir de fiesta con nosotras.

Lui sonrió asintiendo con la cabeza.

—Tenemos una cita.



Cuatro días pasaron desde que Mauri se había ido. Lui hizo lo prometido y vino de fiesta con nosotras todos los días. Paseamos por las playas —a las que nunca nos metimos—, visitamos lugares turísticos y muchos bares. Teníamos mucho material para hacernos ver que estuvimos juntos. Pero en ese entonces, no importaron. Me la estaba pasando bien, dejé de pensar en el dolor que ocasionaba William y me concentré en la felicidad que me daba Lui y Mary.

Muchas veces me sentí como si estuviera estorbando. Nunca los vi juntos, pero algo estaba pasando definitivamente entre Lui y Mary. Ella era exótica, con su cabello oscuro hasta la cintura, su piel morena y sus ojos cafés. Estaba segura de que ninguna en la élite se veía como ella, era diferente y eso era lo atractivo. A él le gustaba, solo no lo admitía.

—Creo que me quedaré unos días más —dijo Mary acostándose en mi cama—. Me la estoy pasando muy bien.

—Te quieres quedar desde que Lui viene con nosotras —dije tapándome la boca para amortiguar la risa.

—Ya, qué va. Eso no es verdad —negó con la cabeza.

No iba a admitirlo, pero sabía que era verdad, le gustaba Lui. Tomando su maleta de la cama la volví a guardar, estaba segura de que no iría a ningún

lugar. Lui llamó para avisar que iríamos a una cena tranquila con los de la élite. No me pareció la idea, ya se rumoraba que las cosas con William no estaban bien, también que mi amiga «la loca americana» estaba acostándose conmigo. La élite realmente era mala, muy mala.

Tomé un baño largo, esperando a quitarme los nervios de encima. Finalmente, vería a William después de un tiempo apartados. No sabía nada de su viaje a París, tampoco hablamos después de dormir juntos. No teníamos nada. Ni una relación a la cual llamar compromiso. Suspiré viendo mi armario. Tenía que buscar algo lindo que ponerme. Quería verme bien, algo que llamara la atención de William.

—Vestido de encaje —dijo Mary con una sonrisa en el rostro. Definitivamente ese me pondría.

Tomé el vestido azul cielo de encaje, manga larga, corto a la mitad del muslo. Coloqué mis zapatos negros y accesorios en plata negra. Recogí mi cabello en una trenza enrollada, le coloqué unos ganchitos brillantes color turquesa, tomé mi bolso negro liso y estaba lista. Me observé en el espejo viendo lo bien que me veía. Me gustaba mi aspecto, se ajustaba a lo que quería, a lo que necesitaba. Mary entró a la habitación completamente transformada. Tenía puesto un vestido amarillo, le llegaba justo a la rodilla. Estaba increíble. Más formal que yo, pensé. Le di una sonrisa satisfecha. Mary puso una canción que nos hizo levantarnos de la cama y empezar a cantar como locas. Moviendo los hombros, dando vueltas y cantando la canción a gritos, vi a mi hermana parada en la puerta con los ojos en blanco.

—Ahora entiendo por qué Will te evita, hermanita.

—Vete a la mierda, Ash —dije sacando el dedo de en medio. Definitivamente ya se me estaban pegando los malos modales de Mary.

—Boca de mortal y aspecto de pobre. ¿Qué diablos llevas puesto? Deberías de ponerte uno de los vestidos que te regalé, mucho haces llevando a esta a la fiesta —señaló despectivamente a Mary. Pensé en los vestidos que me regaló mi hermana. Demasiado cortos, con escotes pronunciados, colores llamativos. Quizá los use para Halloween o carnaval.

—Cuando quiera parecer una puta barata, seguro que sí me lo pongo.

Ash frunció el ceño anunciando que Lui estaba en la primera planta con Connor, que intentáramos no avergonzarla. Mary me dio un guiño pronunciado y supe que no sería de ese modo. Nos comportaríamos como

éramos, sin aparentar falsedades. A quien le gustara la idea, pues bueno, y a quien no le gustara podía cambiarse de mesa. Estaba cansada de pretender.

Bajamos las escaleras recibiendo miradas matadoras de parte de Connor y Lui. Esperaba que me vieran más de lo que veían a Mary, pero no fue de ese modo. Lui se perdió en ella en cuanto bajó. Sonreí satisfecha, realmente parecía interesarle. Me sentí mal por estar interfiriendo, Lui tenía que pretender interés en mí cuando ni siquiera le gustaba. Contuve la respiración. ¿Qué tanto estaba dispuesta a destruir algo que podía pasar? Algo que mi amiga quería y él también. ¡Mierda! Tengo que hablar con Lui. Dando una disculpa, alejé a mi amigo del grupo que nos esperaba. Ash se quejaba de que ya íbamos tarde, pero la ignoré. Tenía que saberlo antes de adentrarnos a la fiesta. No podía arruinar esto.

—¿Te gusta Mary? —pregunté sin saludar.

—¿Perdón? —negó con la cabeza ruborizándose. Hoy tenía mejor aspecto que hace dos días, el color le regresó a la cara, eso es una buena señal. Quizá el virus estaba desapareciendo.

Levanté una ceja sabiendo que esto era todo. Él sabía a lo que me refería, no tenía que dibujárselo o pintárselo. Soltó un soplido negando con la cabeza, sonrió de oreja a oreja. Hizo lo que jamás pensé verlo hacer nunca. Admitir que le gustaba.

—Es diferente a las chicas que conocemos y eso me gusta. Además, su color de piel y su aspecto africano es toda una delicia.

No podía hacerles eso. No podía obligarlo a estar conmigo cuando le atraía alguien más.

—No voy a obligarte a demostrarle a los demás que te intereso, no es correcto. Will tendrá que quererme, en otros términos. Además, tú lo dijiste, no está funcionando.

—En eso tienes razón, no está funcionando. ¿Sabes por qué? —negué con la cabeza—. Porque Will no puede sentir celos de mí, es demasiado bueno, está dispuesto a que este contigo que pelear por ti, Abbi, yo no funciono para esto.

—Gracias, de igual manera —me encogí de hombros.

—Bueno, si me lo permites, ¿puedo seducir a tu amiga? Se ve muy buena en la cama —Lui sonrió una vez más. Soltando una carcajada murmuré.

—No tienes ni idea a lo que te estás metiendo Lui, las gringas tienen ese método de ser unas fieras.

Lui abrió mucho los ojos antes de jalarme de la mano muy entusiasta. Definitivamente, alguien más iba a estar usando la casita del árbol y esta vez, no iba a ser yo.

La gran pelea

Abbi

Llegamos a la cena. Como era de esperarse en un banquete de los consentidos de la élite, todo estaba montado de primera. La mesa no era la tradicional, rectangular con grandes arreglos de flores. Como éramos los adolescentes de la élite, colocaron mesas redondas individuales. No estaba segura de por qué dos veces al mes hacían esta porquería. Eran aburridas. Con música instrumental, comida demasiado elaborada y poco alcohol.

—¡Dios mío! —exclamó Mary—. Siento como si entráramos a la boda del príncipe William o de Harry. ¡Qué extravagante!

—¡Nah! —exclamó Lui tomándola de la cintura. Mary dio un pequeño brinco. De seguro no se lo esperaba. Tampoco yo podía creerlo. Estaba siendo abierto con ella. Demostrando su interés—. Si vieras las cenas reales, esto parecería solo una chispa de chocolate en una galleta. Esto no es nada cariño, pero pretendo llevarte a cada maldita fiesta que tengamos en los próximos días para que veas qué es extravagante.

¡Joder! ¿Acaso ese era Lui? ¿Qué le había pasado al antipático Lui? Aquel que sentía asco por los mortales. Sonreí satisfecha de saber que esto era cierto. No quería hacerme de la imagen de un Lui no agradable. Vi cómo Ash fruncía el ceño y criticaba con Connor viendo en nuestra dirección. Quizá me equivoqué. Esos dos estaban hechos el uno para el otro.

—Pensé que eras tú la que estaba con Lui —susurró Lessa a mi espalda—. Parece que te han cambiado.

—No, él y yo solo somos amigos. Nada más.

—Sabes qué estoy pensando, Abbi. Quizá tú y yo no seamos tan diferentes después de todo. Te metes con todos, ¿no es así?

Abrí la boca para reclamar su comentario, luego la cerré. ¿Con qué objeto iba a decirle algo? En cierto punto tenía razón. Dándole una sonrisa falsa me

alejé de ella. ¡Pero qué perra! Estas mujeres se lucían en todo su potencial para abrir las piernas.

—Abbi, espero no te enoje que me esté acostando con tu prometido. Es importante que lo sepas... Bueno, de igual manera, ¿no fue tu hermana la que le quitó la virginidad?

Mi corazón se cayó diez mil pies abajo. ¡¿Que mi hermana qué?! No. Imposible, no puede ser posible. No quiero ni pensarlo. No puede ser cierto. Ay, mierda, no, por favor, no. Di media vuelta para ver a mi hermana colgando del cuello de Connor.

¿Cuándo diablo se acostó con Will? La traición fue lo primero que sentí. Esa maldita traición. Mi hermana sabía que William siempre había sido mi *crush*, ella sabía lo mucho que suspiraba por él. ¿Por qué lo hizo?

¡Maldita Lessa! ¿Cómo se atrevía? Además, se estaba acostando con Will. No me extrañaba. Estaba molesta, muy molesta, ¿pero qué diablos? Han pasado casi dos semanas desde que casi lo hacemos, porque no me extraña que se fuera corriendo de la casa del árbol. De seguro tenía cita de sexo con Lessa, o mi hermana o todas las malditas perras de la élite.

Tenía que calmarme, estaba perdiendo la paciencia. «Respira, Abbi, respira», me obligué a decirme una y otra vez. El vacío en el estómago se hacía presente, tan vacío que dolía. Me puse en cuclillas, esperando a que el aire entrara en mis pulmones. ¿Por qué dolía tanto? Ya debería de haber pasado. Para este punto debería de estar acostumbrada, ¿no es así?

—Te vas a morir del frío aquí afuera, ¿no traes una chaqueta? —escuché su voz clavarse en mi cuerpo.

¡Demonio, aléjate de mí!

No le contesté. William estaba a unos pasos de mi cuerpo. Totalmente inmóvil, viéndome morir poco a poco por él y ni siquiera lo sabía. Conteniendo la respiración me puse de pie para darle una sonrisa falsa. Estaba a segundos de entrar cuando su mano tomó mi brazo. Una corriente eléctrica recorrió todo mi cuerpo. Era excitante. No, ¿pero qué estoy diciendo? No era excitante, era molesto. Muy molesto.

De verdad debía alejarme, era como satanás tentando mi cuerpo.

—Creo que te debo una... explicación. Supongo.

—¿Explicación de qué? —sentía cómo mi cuerpo estaba a segundos de estallar.

—De lo que pasó —dijo, tragando saliva. Estaba nervioso. Lo conocía lo suficiente para saberlo.

—No tienes nada que explicar, William. Solamente me dejaste en una puta cama sola, queriendo más de ti. Nada más. Estoy acostumbrada a esto, a no ser nada para nadie. No te preocupes.

Me negaba a escucharlo. Me di la vuelta soltándome de su agarre, corriendo dentro de la casa de los Millerheart. Realmente no quería escucharlo. Quizá sí quería, pero no me sentía lista. No quería estallar frente a él. De seguro paraba gritándole al mundo entero que él se acostó con mi hermana y eso no sería bueno.

William

Abbi estaba molesta, lo entendía a la perfección. La dejé desnuda en una cama, sin darle ninguna explicación. Le dije palabras fuertes que la dejaron con lágrimas en los ojos. Pero ese día había caído en la peor noticia del mundo. Le había prometido a Lui que no diría nada de su enfermedad, que lo guardaría en secreto. A causa de eso estaba seguro de que había perdido a Abbi. Mi Abbi. Entré al salón detrás de ella, no iba a hablarme, eso lo sabía muy bien.

Fruncí el ceño, viendo cómo Abbi se paraba junto a Lui y Mary con una sonrisa falsa. Lui abrazaba a Mary con tanta fuerza que pensé que le sacaría los ojos. Era extraño, muy extraño.

¿Por qué tenía a Mary así? Cerré los ojos intentando reaccionar. ¿No estaba loco por Abbi? Razón por la que me alejé todo este tiempo, para que ellos pudieran disfrutar de tiempo juntos. Blake se acercó a mí mirando a Mary de arriba abajo. Seguía sin agradaarle la idea de una mortal en la fiesta.

—Pensé que tu chica andaba con Lui —dijo frunciendo el ceño.

—Sí, bueno. Yo creía lo mismo.

—Vamos a ser sinceros, ¿está bien? —sin dejar que respondiera continuó—. Esa mujer está colgada de ti desde que tenemos doce años. ¿Por qué

diablos iba a dejarte si, finalmente, te tiene? ¿No crees que es algo ilógico, como un plan malévolo para captar tu atención? Bueno, quizá no sea eso, pero pareciera algo así. Incluso Lui actúa de forma diferente, nunca le hubiera llamado la atención Abbi, la odiaba en la escuela.

Levanté la vista para ver a mi amigo, tenía razón en cierto punto. Abbi estaba colgada de mí, lo sabía a la perfección. Una de las razones por las cuales me animaba a molestarla más de la cuenta. Sabía que siempre regresaría a mis pies. Quizá eso era antes. Ahora me pedía distancia. ¿Qué diablos quieren las mujeres? Pero ¿un plan malévolo? ¡Nah! Imposible, Lui no era de ese tipo de hombre.

—Sí, bueno, la gente cambia —dije para que él lo entendiera. Quizá yo era el que tenía que entenderlo. De seguro eso era.

Estaba tan metido en mis pensamientos como para dejarme guiar por lo que Blake tenía que decir. En serio quería escucharlo, pero mi mente estaba divagando en mundos que no pensé antes. Me senté unos minutos en la silla frente a la mesa que tenía asignada, a mi lado —como era de esperarse— estaba el nombre de Abbi. Suspiré escuchando a Blake hablar de cómo se había pasado a Lessa toda la noche. De verdad que esa mujer tenía que tener más enfermedades que virtudes. Hice una cara de asco cuando Blake dijo.

—Deberías de acceder a acostarte con ella, es muy buena —soltó una carcajada—. Si no lo haces quizá paras perdiendo tu virginidad con Abbi y bueno, se nota que no tiene nada de experiencia. Va a sangrar, será asqueroso y vas a parar odiando el sexo. Además, ¿no pasarás la vida junto a ella? Tener sexo con solo una es tan patético.

No dejaba de hablar sobre cómo sería perder mi virginidad con Abbi, no lo vi de ese modo el día que estuvimos a punto de hacerlo. Lo vi como algo puro y romántico. Hice otra mueca de asco antes de pararlo. Sinceramente no quería pensar en Abbi en estos momentos. Dolía como el infierno saber que alguien más podía hacerla feliz, quería que fuera feliz. ¿Qué diablos Lui? No podía hacerle esto, la chica ya había sufrido lo suficiente. Me puse de pie, caminé a donde estaba mi amigo besando el cuello de la mortal y le di una muy mala mirada.

—¿Qué diablos Lui? —empuñé mis manos—. Creo que accedí a darte a Abbi, en cambio, tú cuidarías de ella y la harías feliz, ¿no es así? Entonces...

—mi respiración estaba agitada y no me importó ni un poco que Mary estuviera enfrente—. ¿Qué haces con su amiga?

—¡Nah! Qué va hermano, puedes quedártela, ya acabé con ella. Creo que deberían hablar. Mereces que te explique qué fue lo que pasó entre nosotros y ella merece saber lo que realmente sientes.

—No siento nada —dije molesto.

—Sientes mucho, pero dices poco —se encogió de hombros—. Si no te importa, pretendo ir a bailar una buena balada con esta princesa, sea o no de élite, me encanta. Permiso.

Sin más que decir, se retiró de mi lado. Me quedé viendo su espalda sintiendo todo imposible. Quizá ya se había acostado con ella, esa era la costumbre de Lui, acostarse y tirarlas a la mierda. La sangre me hervía en el cuerpo. ¡Se acostó con Abbi! No puedo creerlo, se acostó y la tiró. ¿Cómo es que pude confiar en él?

Giré en todas las direcciones posibles para buscar a Abbi, finalmente, la encontré sentada en la mesa. Sola, viendo su copa de vino tinto. Me sentí mal por la mirada que tenía en sus ojos. Estaba triste. ¿Cómo no estarlo? Su ligue estaba con su mejor amiga y su prometido era una mierda que accedió a dejársela a su amigo para hacerlo feliz a él. Pero qué mierda. Me acerqué a ella a punto de estallar. Ni siquiera estaba seguro de por qué me enojaba con ella, no es como si tuviera la culpa.

—Tenemos que hablar —la vi abrir la boca, pero no dijo nada, por lo que seguí hablando—. ¡Ahora!

—No me hables en ese tono, Hamilton, soy una dama que merece respeto.

—¿Respeto? —señalé a Lui—. ¿Eso fue lo que le dijiste después de acostarte con él?

—¿Acostarme con él? —negó con la cabeza, pero estaba tan enojado que no podía pensar con claridad.

—¡Sí, maldita sea! Acostarte con él. ¿Crees que no lo sé? Conozco a mi mejor amigo, ya te usó. Ahora te deja tirada por tu mejor amiga. Dime, ¿qué amiga hace eso? Andar de zorra con el ligue de tu amiga.

—No hables de ese modo de Mary, ella sabe lo que está haciendo. Además, ¿no fue la misma historia contigo y Lui?

La vi ponerse de pie para estar a mi altura. Recuperando un poco la

conciencia me di cuenta de que varios nos estaban observando. Sí, bueno, ella tenía un punto. Lui era mi mejor amigo y se metió con mi prometida. Quizá a la próxima pensaría mejor en las estupideces que decía, no estaba de humor para tirar a mi amigo de cabeza.

—De igual modo —Abbi me observó de pies a cabeza—, no es como si vaya a acostarme contigo. Estás sobrevalorado. Incluso te... —contenía sus palabras dentro de su boca, no iba a poder contenerlas. Estaba seguro de que estallaría y quería saberlo.

—¿Fue después de lo nuestro, Abigail? Te entregaste para que te dejaran tirada —solté una carcajada—. Eres P-A-T-É-T-I-C-A.

—¡Vete a la mierda, Will! Al menos yo no me acosté con tu hermano y con la puta de la élite —¿qué tenía que ver mi hermano en todo esto?

—¿Qué? —contesté negando con la cabeza.

—¿Crees que no sé que perdiste tu virginidad con Ash? O que te acuestas con Lessa, ¿crees que no lo sé Will? Por favor. Y tienes el descaro de llamarme patética a mí.

Estaba a punto de estallar como el Vesubio. Yo no me había acostado con nadie, jamás. Sabía que, si la sacaba, no podría controlarme, no soy un niño y durante veintiún años no había hecho nada. Claro que tenía las putas hormonas aceleradas. No podía creerlo, cuando me enteré que Abbi era virgen pensé que eso era lo que estaba esperando, a que fuera ella. Ahora simplemente creo que fue un puto desperdicio. ¿Qué estaba esperando? ¿Cumplir treinta?

—No me acuesto con nadie —dije señalándola a la cara—. Así que, si crees que puedes venir a excusar tu falta moral por andar de zorra con varios de la élite, no te va a funcionar, ¿te queda claro?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se mordió el labio como la última vez que le había hablado tan pesado. La recordé en la cama, con su sonrisa dulce e inocente. No quería verla llorar. La opresión que sentía por el enojo fue sustituida con un vacío que dolía más que el enojo. Suspiré negando con la cabeza. Sus ojos grises eran toda una perdición, estaba perdido en ellos. ¿Por qué no podía simplemente decirle que no quería verla con nadie más? ¿Qué tan difícil podía ser expresar lo que sentía?

Lui le tendió la mano a Abbi, la cual la tomó sin discutir nada. Le dio una sonrisa tomando su chal de noche. Se iban a ir, no quería que se fuera. Necesitamos hablar. Esta relación iba en picada al suelo y no había modo que pudiéramos seguir con esto, menos si no podíamos pasar ni una cena juntos.

Intenté hablar, pero Lui me detuvo, diciendo que ya era suficiente. Los vi salir a los tres, pasando junto a Connor y Ashley gritando al otro lado. Claro que no solo nos afectó a ella y a mí. Les afectó a más personas nuestra pelea. No quería ni verle la cara a Lessa. Suspirando salí del salón, no era necesario quedarme después del *show* montado. Tenía que largarme y tenía que hacerlo rápido. No estaba de humor.

Un nuevo comienzo

Abbi

Me negaba a bajar, ni loca. No sé cómo mi hermana tenía que ser una bocona y contarle a mis padres todo lo sucedido. ¿Lo peor? Dijo que las cosas estaban muy mal entre William y yo. Como resultado de su bocaza tendré que soportar una charla entre familias para buscar una solución a los problemas de William y míos. Las dos familias no estaban para romper el compromiso, esta unión era muy importante para ellos.

Si Paul no fuera tres años mayor que Ash, ellos hubieran sido los dos que se comprometieran y no William y yo. Esto estaba muy mal. Más porque ahora debía hablar con mis futuros suegros y mis padres acerca de nuestro débil futuro.

Cola alta, sudadero, vaqueros ajustados, lentes de lectura. Cualquiera diría que era la persona menos indicada para ser parte de la élite, ya que todos dentro estaban impecables. Como si fuera un desayuno real.

Ajustándome mi sudadero, observé a las dos familias. Lo primero que captó mi atención fue la mirada de William, perdida en la mesa de café. Tenía un golpe en la mejilla, color morado e hinchado. Dudaba que la señora Hamilton se lo hubiera hecho. Era imposible. Quizá había caído en una pelea. Eso tenía que ser.

—Abigail —dijo el señor Hamilton poniéndose de pie. El resto de personas lo siguieron como dictaba el maldito protocolo.

—¡Dios mío, Abigail! ¿Qué es lo que te has puesto? —preguntó mi madre—. ¡Qué vergüenza!

Mi madre negaba con la cabeza exaltada, mi padre me dio una mirada graciosa que me hizo pensar que tendría su soporte si lo necesitaba. No era tan malo como aparentaba, solo le gustaba cuidar su reputación política.

—¿Qué esperabas de ella? —interrumpió mi hermana—. Es Abbi. ¡Por el amor de Dios! No esperes algo bueno cuando viene de ella.

—Creo que ya es suficiente —la voz de Will llenó todo el lugar—. A pesar de que son su familia, no tienen el derecho de hablar de ese modo de mi prometida, ¿queda claro?

Un silencio creció en la sala de estar, ¿escuché bien? William me estaba defendiendo de Ash y mi madre. ¡Vaya, eso sí era extraño! Le di una sonrisa sintiendo que mis mejillas se cambiaban a un carmesí intenso. Esto era más vergonzoso que cargar un sudadero de «Amo Londres».

La discusión acerca de cómo no lográbamos encajar con William se hizo en toda la habitación. Mi padre sugirió que repensáramos la unión. Mi madre y el padre de William estallaron con el «IMPOSIBLE», no iban a ceder que William y yo no estábamos hechos el uno para el otro. En cuanto la discusión estalló todo se tornó o blanco o negro, sin puntos medios.

Era extraño ver a dos progenitores de distintos bandos estar tan conectados. Por otro lado, mi padre y la señora Hamilton escuchaban cómo intentaban buscar una solución. Mi mirada se cruzó con la de William, me dio una sonrisa tierna, las cosas no estaban tan mal entre nosotros. Señalé su ojo preguntando sin palabras qué le había pasado. William me guiñó el ojo murmurando un «todo está bien, pequeña», me encogí de hombros distraída en sus ojos azul cielo. Eran hermosos. Él era hermoso.

No podíamos estar enojados todo el tiempo. Antes, cuando nadie sabía de nuestra amistad, no teníamos ni un problema. Nos contábamos todo, incluso teníamos una excelente relación. Una muy buena.

—Bueno, está decidido —declaró el señor Hamilton—. Abbi se irá con William.

Levanté la cabeza para ver qué diablos estaba diciendo. ¿Escuché bien? ¿Ir a dónde? Me quedé observando a mi padre suspirar antes que mamá se emocionara como loca. Ni de loca me iría a pasar el día con ellos, o al menos eso entendí. ¡Mierda! Debí poner atención cuando hablaban.

—¿Qué? —William preguntó desorientado. Al parecer no era la única distraída.

—Abigail se mudará a tu apartamento, William.

William se echó a reír escandalosamente negando con la cabeza. Su risa era tan contagiosa que me la pegó. En segundos los dos estábamos doblándonos de la risa. Sin entender bien a qué diablos se referían con ir a vivir. Yo

señalaba a William haciendo comentarios sarcásticos poco entendibles y él contrastaba de la misma manera. Lo peor es que los dos nos entendíamos a la perfección.

—Papá, no tengo apartamento. Incluso no viví en la casa de los alpha por una razón, y esa es por las distracciones que hay dentro. Es como un loco lugar para universitarios y yo estoy por salir de la universidad —señalé a Paul—. Él se fue de casa hace tres años, dos años más grande de los que yo tengo.

William se estaba justificando y podía verlo.

—No me quejo. Es decir... Vivir solo ha de ser bonito, pero —me señaló— no creo estar preparado para formar una familia tan rápido.

—Eso, William —dijo su padre viéndose todopoderoso—, lo hubieras pensado antes. No estamos diciendo que formen una familia. Eso ni loco. Aún falta terminar la universidad y todo tiene el mismo proceso y ese protocolo lo van a respetar, por algo hay reglas.

—Entonces, por qué no cumplen con ellas —dije negándome—. Vamos a trabajar en esto, pero no quiero irme de casa.

—¡Dios mío! —dijo Ash cruzándose de brazos—. Abbi va a parar embarazada antes de tiempo si hacen eso.

—Vete a la mierda, Ash —me tapé la boca dándome cuenta de mi error. No tenía que faltarle el respeto a toda la sala por las estupideces de mi hermana.

—¡Abigail Sheperd! —grito mamá—. Yo no te di la mejor educación para que vengas a hablar como cualquiera. Te di buenos valores y vienes con eso. Con esa boca que no te puedo perdonar. Qué barbaridad.

—¡Dios mío! —susurró la madre de William.

Todas estaban actuando como si hubiera anunciado que era una prostituta y que su hijo me pagaba por sexo o algo por el estilo. Puse los ojos en blanco provocando que ahora fuera papá el que llamara al orden. William estaba conteniendo la risa de toda la situación, le entrecerré los ojos, viéndolo fijamente con un «te odio» en la mirada.

—Vamos, mi pequeña vulgar, recuerda que cuando tengamos nuestro apartamento haremos concurso de quién suelta más palabras vulgares en menos tiempo.

—¡El mejor insulto gana! —grité emocionada.

Nuestros padres nos veían muy extrañados. Negando y quizá mentalmente arrepintiéndose de la unión que acababan de hacer. Tomé la mano de William, sonriendo. Quizá esto no iba a estar tan malo.

—Después dicen que las cosas no van a funcionar en ellos —papá seguía negándose a la decisión que habían tomado, pero era mi madre la de la última palabra.

—No puedo irme aún —dije pensando en Mary—. Tengo a mi amiga y no se va hasta dentro de dos días.

—¿Dónde está? No la vi llegar a casa contigo anoche —dijo mi madre con la mirada preocupada.

—Debe de seguir con Lui Montgomery, si Abbi no para con la panza de seguro su amiga sí.

—Cuida la boca, Ash —William le dio una mirada matadora—. No tengo que recordar quién empezó el rumor que tú y yo nos habíamos acostado, no tengo que decírselo a Connor y volver a desfigurar su cara, ¿o sí? Sería bueno que en lugar de estar donde no eres bienvenida a hablar, estés cuidando de su nariz rota.

—Eres un... Un...

—¡Ashley! —interrumpió mi madre, seguro sabía que mi hermana estaba a punto de soltar un par de patanadas.

—Vamos, pequeña. Trae tus cosas y las de Mary. Ya estoy cansado de este circo y quiero irme a casa —tomándome de la mano, me ayudó a salir de la habitación.

Ahora entendía un poco más del ojo morado de William. Tomaré el consejo que él le dio a mi hermana y le cuidaré el ojo morado. No es que me fascine la idea de vivir con William, menos en la casa de sus padres. Tenerlo cerca sería muy reconfortante y bastante increíble. La verdad es que me entusiasmaba la idea de verlo antes de irme a dormir y al despertar.

Guardé parte de mi ropa en una maleta bastante grande. Mis cosméticos de viaje, zapatos y accesorios. No llevaba muchas cosas, no es como si fuera a durar en esa casa. Además, no vivíamos lejos. Si mucho, eran cinco minutos en carro.

Dos horas después y muy poca plática, estábamos saliendo de casa junto a Mary y Lui que nos ayudaban con las maletas. William observaba a Lui

cómo reía, besaba y abrazaba a mi amiga. Realmente envidiaba eso. ¿Por qué no podíamos ser así de felices? Toqué mi cuello sintiendo el corazón que Will me dio el día que nos comprometimos. No me lo había quitado, tampoco pretendía hacerlo. Su lugar era cerca de mi corazón sin importar qué.

William

Me senté en la cama viendo la lámpara de araña antigua que colgaba de mi techo. Hace una hora que dejé a Abbi y a Mary en la habitación de huéspedes. No dijo mucho en el camino, en cambio, Lui no dejaba de susurrar mierdas en el oído de la americana. Diría que era algo tierno, pero la verdad, me daba asco. Era demasiada miel para venir de Lui. Me senté para tomar un poco del chocolate caliente que habíamos pedido. Estaba delicioso, dulce y espumoso. Tal y como nos gustaba.

Lui estaba sentado viendo a la ventana. Estaba lloviendo como era costumbre. Agradecía tanto no ser de esos locos que odiaba la lluvia, razón por la que no me molestaba vivir en este lugar. Julio, se supone que julio es mes de calor y no de lluvia.

—¿Entonces? —pregunté a Lui—. Dos días más para disfrutar a Mary, después, ¿regresarás con Abbi?

Necesitaba preguntarlo, no quería regresar a las discusiones y cederle el espacio a mi amigo. Suficiente había tenido peleándome con Connor por una estúpida mentira de Ash. Sin mencionar la cantidad de porquerías que dijo Lessa. Esa mujer era imposible. Me estaba arrepintiendo de mis palabras, pensé que las gemelas y Abbi eran lo peor, pero me equivocaba. Lo peor de lo peor era Lessa.

—No, para nada. Nunca tuve la oportunidad de hablarte de eso, pero... Bueno, sabemos que Abbi te pertenece desde años atrás, Will. Todos lo sabíamos, ¿crees que no los veíamos en los recesos bajo la mesa? Siempre la quisiste. ¿Por qué no simplemente lo admites y empiezas a vivir tu maldita vida?

—¿Bajo la mesa? —quizá si mentía nadie creería que era verdad—. No sé de qué hablas.

—Sí, claro. Sigue negándolo, pero soy tu maldito mejor amigo y sé perfectamente que la... —se quedó callado unos minutos. Me giré para verlo con la mano en la boca, corriendo en dirección al baño. Fui detrás de él, sabía lo que estaba pasando. ¡Mierda! No otra vez, por favor, no otra vez.

—Vamos, tranquilo, sácalo todo —dije sobando su espalda. Estaba pálido como el papel.

—¡Pero qué mierda! Pásame el papel, hermano, antes de que me manche todo.

Desenrollé un poco de papel higiénico y se lo di para que limpiara su boca. Lo observé a los ojos, los tenía llorosos. No sabía si era por la presión al vomitar, o porque odiaba estar así, sintiéndose débil. Estaba seguro de que era la segunda opción. Esto era demasiado duro. Me senté a su lado conteniendo el nudo que se formaba en mi garganta.

—Dime una cosa, Will —estaba sudando, temblando y con los ojos perdidos—. ¿Por qué le temes tanto a ser feliz? Abbi podría sorprenderte si le dieras la oportunidad. ¿Cuál es el miedo?

No dije nada. No respondí. Mi miedo era ser como mi padre, sencillo como eso. Tenía miedo de tener que casarme con alguien a quien no amaba y vivir esa vida miserable. Muchas veces me sentía como si mi complemento fuera Abbi, como si no pudiera respirar si no la tenía al lado. En otras ocasiones, sentía que mi vida dependía de Ameli. Casi nunca lo pensaba, pero cada vez que ella mandaba un mensaje mi mundo caía en picada al suelo. Esto es tan difícil explicar.

—Como quieras. No me respondas nada, solo piénsalo. Eso sí —me señaló—. Si le dices a mi madre que volví a sacar el estómago por la boca te mato. De ese modo nadie va a vivir por el otro. ¿Está claro?

—No digas cosas como esas, sabes que es un límite que no voy a permitir que rompas.

—Son las medicinas, son demasiado fuertes, pero ya pronto estaré bien. No voy a abandonarte y lo sabes Will, te va a tocar aguantarme un largo tiempo. ¿Entendiste?

¿Entenderlo? No. Jamás entendería cómo alguien tan fuerte como era Lui estaba siendo acabado por una enfermedad que no podíamos parar. Muchas veces pensaba que Lui era el que necesitaba de mí cuando en realidad yo era

él que necesitaba de él. Era mi otro hermano, la persona más apegada a mí. No podía perderlo.



Pasó una semana, una larga semana. Los siguientes dos días en los que Abbi se quedó en casa fueron raros, Lui no salía de la mansión Hamilton porque aquí es donde estaba Mary. Cada vez lo veía más entusiasmado con ella. No le duró mucho la emoción, ya que ella abandonó el país hace cuatro días. Pensé que iba a tener que consolar a Lui por su partida, pero no. Él estaba como si nada hubiera pasado.

—La disfruté lo que tuve que disfrutarla, ya se acabó, por lo que no voy a romperme la cara por esto. Sabíamos que era algo... temporal —decía Lui.

Le creía cada palabra, no podía enamorarse de la noche a la mañana de una mortal, si no lo había logrado ninguna de la élite, menos ella. Suspiré viendo la televisión. A mi lado estaba Abbi, dormida como un angelito. Se veía tierna.

Decidimos hacer un trato en estos días, pasaríamos tiempo como amigos, nada más que amigos. En los que intentaríamos formar un vínculo. Lui insistía en que estábamos conectados, yo insistía en que no era cierto. Es imposible hacer un lazo cuando lo único que se hace es pelear, es absurdo.

Toda esta semana la pasamos como dos extraños, apenas si hablábamos y cuando lo hacíamos solo discutíamos sobre el color de los muebles, la distribución en las habitaciones del apartamento, el color de las paredes y la mujer se negaba a dejarme tener un puto cuarto de juegos.

¿Qué tanto le costaba?

De ese modo no la molestaría tanto. Me la pasaría ahí metido sin que nos tuviéramos que ver, era así de sencillo. El cariño y las ganas de estar juntos eran inevitables, pero cada vez las peleas eran más fuertes. No iban a parar, nunca íbamos a ceder. Esto se estaba volviendo eterno. ¿Cómo iba a admitir que la quería? Si cada vez que intentábamos entablar una conversación alguno decía un comentario sarcástico, una broma o algún mal comentario y todo se desmoronaba.

Una mañana incluso había sugerido salir a caminar, estaba lloviendo y Abbi se negaba a tomar una sombrilla para no mojarse. Le dije que si se mojaba se podría saltar la ducha. Siguió negándose hasta que me cansé de sus quejas.

—Sí, bueno. Tampoco eres de azúcar Abbi. Levanta tu culo del sillón y ven a caminar conmigo. ¿O acaso te pesa tanto el culo que no puedes pararte del sillón?

La vi fruncir el ceño y supe que no me había captado la broma.

—Sabes qué, Will —dijo poniéndose de pie—. Quizá lo único que no quiero es caminar al lado tuyo, si quieres salir a dar una vuelta al puto jardín, pues sal a dar un paseo. Solo no me estés molestando la existencia. Y sí, mi culo es demasiado pesado para salir —se levantó caminando de regreso a su habitación. Mi instinto masculino reaccionó antes que mi parte racional. Tomándola de la cintura la levanté en mi hombro. Salí corriendo de la casa directo a la lluvia.

Las gotas de lluvia nos mojaban exageradamente. Abbi gritaba mi nombre y reía al mismo tiempo, no estaba molesta por estar bajo la lluvia, lo estaba disfrutando. Mi otra parte no racional hizo que le pegara una pequeña nalgada. Dejé mi mano más de lo necesario en la curva de su trasero, uno perfecto y redondo que quería tocar todo el tiempo. Caminé a la fuente antigua que estaba en medio del jardín. Subiéndome a la orilla respiré antes de dejarnos caer dentro espantando todos los peces naranjas que estaban dentro.

No dejábamos de reír por el arrebató, me acerqué a ella tomándole la cara completamente mojada. Me acerqué a sus labios y sin pensarlo, la besé. Por arte de magia, Abbi respondió al beso, profundizándolo, haciéndolo real. Eso fue tres días atrás, desde entonces no había vuelto a besarla y eso me estaba volviendo loco.



Abbi se removió en mi cama. Mañana sería el gran día que nos mudaríamos al apartamento. Para la maldita suerte, era en el edificio de la élite. Todas las parejas pasan por una etapa de convivencia, antes de casarse y poder tomar un grado político. Se supone que eso pasa cuando estás a punto de dar el paso mayor, no cuando estabas teniendo todos los malditos problemas de NO SOPORTAR A TU PROMETIDA. Ahora iba a tener que vivir con ella. ¡Qué pesadilla! Vivir con una mujer. ¡UNA MUJER! Esto sería largo, muy largo.

—Me voy —dijo Abbi levantándose rascándose los ojos—. Es tarde y mañana aún tengo que pasar a casa por las últimas cosas.

Se inclinó dándome un beso en los labios, uno rápido. Abbi abrió mucho los ojos dándose cuenta de lo que estaba haciendo. Claro, Abbi, eso pasa cuando estás dormida. Se pone tierna y dulce.

—Ay, mierda. Lo siento, no quería... Ammm, bueno no estaba pensando.

—¿Qué pasa, pequeña, no admites que me deseas? Vamos, no tienes que hacerte la dormida para que te bese, solo tienes que pedirlo —dije con un tono de burla en la voz. Sí, claro, estábamos a punto de caer en las bromas.

—Vete a la mierda, Will. No estoy de humor para tus cosas —se puso de pie bajándose la playera que cargaba de pijama. Un día le pondría seda. Si iba a tener que dormir con ella. Al menos esperaba a que fuera más fina que una playera de algodón.

Nuestras reglas

Abbi

Me estaba muriendo del hambre. Lo peor era saber que aún faltaba una hora para que sirvieran el desayuno en la mansión Hamilton. ¡Maldito protocolo! De verdad que necesitaba alimentar al animal que tenía dentro del estómago antes de que saliera a gritar por todos lados. Me sostuve el vientre para amortiguar los ruidos. Mala idea haberme quedado dormida sin cenar. Si estuviera en casa, de seguro hubiera comido a la hora que quería, o bajado a ver qué había en la refrigeradora. Aquí me daba mucha pena andar por todos lados. Las cosas eran mucho más serias que en casa, más sirvientes, mucha elegancia en cada esquina. Me removí como loca en la cama desesperada por esta forma de vida. La detestaba, quería irme a casa.

Mi habitación era bonita, con una cama bastante grande y cómoda, sillones cerca de la ventana que daba a la entrada, techos altos como en toda la casa. Un baño justo enfrente con una bañera en la que podías nadar. El guardarropa era pequeño en comparación con todo lo demás, pero tampoco era necesario algo grande, las personas que dormían en esta habitación eran visitas nada más.

La puerta se abrió. Estaba esperando ver a la mucama que entraba todas las mañanas con un té y mi ropa del día. Todas las noches escogíamos mi ropa para que ellas en la mañana la tuvieran planchada y lista para el día. Eso no lo tenía en casa, de ser así jamás me hubieran dejado bajar con sudadera y vaqueros. La señora Hamilton exigía mejor ropa, incluso para el desayuno. Esta casa era mucho más estricta que la mía.

Para mi sorpresa era Will, con su pantalón de pijama y una camiseta sin mangas que marcaba sus brazos. No tenía un cuerpo de campeonato, ni era el típico chico de revista, era simplemente Will. Con su cabello rubio, sus ojos azul cielo, sus mejillas ligeramente sonrojadas y esa sonrisa que provocaba que viajara a Venus de ida y vuelta. Era un sueño, mi sueño.

—Buenos días, pequeña. ¿Cómo amaneciste hoy? —acercándose con sus pantuflas negras. Eran algo graciosas, pero no iba a comentarlo. Ya estaba acostumbrándome a la idea de verlo en su ropa de cama todas las noches, pero casi nunca lo veía recién levantado. Sonreí de oreja a oreja. Era sexi.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sentándome en la cama.

—Vine a que vieras mi cara de recién levantado, no quiero que te lleves la sorpresa de verme más sexi de lo normal —dijo con ironía. Solté una carcajada y me moví a un lado para que pudiera sentarse en la cama.

—Ni te acerques mucho que me ha de apestar la boca —dije haciendo una mueca. No había lavado mis dientes y el aroma matutino debería de ser una asquerosidad. William me explicó que para eso era esta visita, para acoplarnos a nuestra parte asquerosa. La verdad es que él no tenía nada de asqueroso en ese aspecto, me gustaba.

Tampoco me daba pena que me viera con el pelo alborotado. Eso al parecer era algo de lo que ya estaba acostumbrado. Cada noche que nos acostábamos a ver una película, me hacía un chongo alto y dejaba que la parte sexi en mí desapareciera.

—Aún no usamos el mismo baño —recalcó William—. Eso me aterra.

—Temes que tus pedos sean demasiado fuertes —le di una sonrisa.

—No, en realidad estaba pensando en los tuyos —me regresó la sonrisa y los dos reímos con tanta fuerza que en realidad me dolía el estómago.

Mi estómago rugió, William levantó una ceja interrogativa, pero no dijo nada. Estaba agradecida de que se quedara callado por primera vez en su vida.

—¿Por qué crees que peleamos tanto? —pregunté viendo la puerta del baño.

—No lo sé, Abbi. Me gustaría saberlo, todo sería más fácil si lo supiéramos.

Suspiré.

—Hace poco pensé en nuestro primer beso —admití.

—¿En serio? —Will se dio media vuelta para verme, tenía una pequeña sonrisa escondida en el rostro.

—Sí. Curioso que fueras tú al final.

William no contestó. No tenía que hacerlo cuando me observaba con esos ojos llenos de cariño. Recordé por algún estúpido bajón de recuerdos que William había estado en París recientemente. Nunca quise preguntarle, pero qué más da. Mi curiosidad no da para más.

Si había estado con Ameli me gustaría saberlo.

—¿Puedo preguntarte algo? —me apreté las manos sobre el regazo. Asintió con la cabeza y me armé de valor—. ¿Fuiste a París recientemente?

—No, no fue París. Estuvimos en Versalles con mi padre, asuntos políticos. Cree que va siendo hora de que me relacione más con el entorno. Tenemos que mejorar la relación con Francia, España, Italia y Grecia para subir económicamente. Aunque, como ya sabes, Grecia y España no son de mucha ayuda por ahora. Están quebrados.

—¿Paul fue con ustedes? —pregunté para conocer un poco más.

—¿Que nunca te enteras de nada? —William soltó una pequeña risita demasiado tierna.

—No. Al parecer nunca me entero de nada.

—Paul rechazó el título de mi padre al momento de heredar el título. Él está invirtiendo en una empresa de transportes. Paul estudió Administración, le va mejor eso. Yo soy el que mantiene el linaje Hamilton.

—El heredero —sonreí. Me gustaba muchísimo que fuera William el que heredara el título, ahora ya veo el gran interés que tenían mis padres.

—Así es. Somos linaje directo de la reina, alguien tenía que hacerlo y a mí me gusta.

—Cuéntame más —había olvidado incluso que tenía hambre. Escucharlo hablar con tanta pasión era lo mejor del mundo.

William se enfrascó en una plática política intensa. Cosas que desconocía que pasaban en el mundo. Explicó las fortalezas del país y cómo podían mejorar los índices de pobreza. Tocó temas de desnutrición en África y por alguna razón, terminó hablando de Latinoamérica y los problemas con su gente. Contaba sobre el proyecto al cual quería apoyar, uno acerca de incrementar la escolaridad en el mundo.

Sonreí escuchando cada palabra que salía de su boca. Nunca me imaginé esta parte de William, una que desconocía totalmente. Era un político nato y lo mejor, se lo disfrutaba.

—Así es como Colombia, Venezuela, Costa Rica, República Dominicana, Guatemala y México logran incrementar sus riquezas. Es sencillo cuando te lo planteas de ese modo. Cuanta más educación, más cultura, menos corrupción. Si la juventud no se involucra en el proceso electoral, no se llega a ningún lugar. El mundo, Abbi, el mundo está en las manos de gente joven. Tenemos que actuar.

Me gustaría decir que le estaba entendiendo todo lo que decía, pero la verdad es que, entre perderme en sus labios y sus ojos, era sencillo. Pudimos haber continuado hablando eternamente, teníamos tiempo de no hablar de este modo. Pero todo tenía que arruinarse por el animal que habita en mi estómago. Un ruido horrendo captó la mirada de Will que soltó una carcajada.

—¿Hambre? —preguntó cuando logró recuperar el habla.

—Lo siento, sí, bastante. No estoy muy acostumbrada al horario.

—¡Nah! Tranquila, pequeña. Desde hoy en la tarde, las reglas son nuestras.

Sonreí escuchando el «son nuestras». Claro que serían nuestras, sería nuestro lugar, nuestro y de nadie más. Me encogí de hombros cuando Will me tendió la mano para que saliéramos a la cocina. Sería el último desayuno con sus padres. No sé cómo se sentía él por este gran cambio, pero yo estaba saltando de la alegría. Nuevo comienzo, aquí vamos.

William

Abbi se estaba dando una ducha bastante larga en la bañera del cuarto principal. No le dije nada acerca de que era mi baño, ella lo sabía muy bien. Cuando discutimos acerca de las habitaciones, estaba dispuesto a dejarla estar en la principal. Fue ella la que cedió el lugar diciendo que el apartamento lo pagaban mis padres. No me quejé. La vista de esa habitación era tres veces mejor que la de los otros dos. La habitación de Abbi estaba cruzando el pasillo y la recámara de en medio era un estudio. El cual, yo quería que fuera un cuarto de juegos que nunca se concretó.

Terminé de preparar la ensalada, saqué la lasaña del horno y serví dos copas de vino tinto. La mamá de Abbi fue muy amable mandando esta lasaña, la

verdad es que eso de cocinar no se me daba muy bien, imagino que a ella tampoco. Para que su madre nos mande cosas para cenar, debe de ser por algo. Preparé la mesa de una forma bonita que saqué en Pinterest, no teníamos todo lo que ponían ahí, pero esto funcionaría. Para el tiempo en que Abigail salió con su cabello mojado y la piel arrugada como una pasa, yo ya tenía toda la cena lista, incluso conecté el iPod para que los Darling Buds sonaran de fondo. Todo estaba perfecto.

—*Bon appétit.*

—¡Vaya! —exclamó Abbi—. No me lo puedo creer. Sabía que tenías tus habilidades culinarias escondidas debajo de la idiotez. No sabía que hacías lasaña como la de mi madre.

—Sarcástica —murmuré en lo bajo, aparté la silla para que se sentara del lado de su mesa. Definitivamente, ciertas cosas del protocolo las llevábamos en la sangre. A pesar de que ya no era necesario seguir todas las reglas, Abbi se sentó del lado derecho de la cabecera.

—¿No has visto a Lui? —preguntó Abbi. No podía contarle que tenía su tratamiento esta semana, sería contra el código del amigo o una cosa por el estilo. Por lo que decidí mentir.

—Sigue agotado por el juego de Monopolio.

—Sí, claro. Imagino que Mary ha de estar igual. Esos juegos de mesa han de ser bastante cansados —los dos decíamos «el juego de Lui y Mary» para no caer en la palabra fea «sexo de una semana».

—Bueno, pequeña, será un gusto jugar contigo —le di una sonrisa bastante seductora. Sus mejillas se ruborizaron y eso me encantaba más. Sabía la reacción que tenía en ella.

Serví la comida de Abbi y la mía. Me estaba comportando demasiado caballeroso, pero viendo la sonrisa que tenía en los labios, hacía que todo esto valiera la pena. Ella valía la pena. Nos perdimos en una conversación de gustos de comida. Teníamos algo más en común, la carne. Ella amaba comer carne al igual que yo. Eso era todo un plus.

Descubrí que amaba la bebida americana Dr. Pepper, la cual no había probado. Le gustaba comer chocolates y dulces ácidos. Yo insistí en el tema del pastel de chocolate. En verdad era lo único que amaba más que la lluvia. Una imagen de Abbi con pastel de chocolate vino una vez más a mi mente.

En verdad quería untarle los pechos con Nutella. Sería increíble chupar sus pezones de ese modo.

—¿En qué piensas? —preguntó Abbi en un mal momento.

—¿Qué?

—Estás babeando todo tu labio inferior como si pensaras en algo, por eso pregunto, ¿en qué piensas?

Mis mejillas se pintaron de rojo, no iba a admitirle que estaba pensando en sexo. En ella sin blusa, con chocolate por todo su pecho. Santa mierda, esto era demasiado para mi sistema.

—En nada, nada que no pueda solucionar dentro de poco. Por cierto, necesitamos ir al supermercado, necesitamos Nutella —extendí mi sonrisa.

—¿Nutella? —preguntó muy seria.

—*Sip*, es chocolate. Se come, ¿lo sabías? —Abbi entrecerró los ojos moviendo su mano para hacerme callar. Amaba esta nueva etapa. Tenía un leve presentimiento que las cosas estarían mejor. Tenían que estarlo, al menos por ahora.

—Está muy rica la comida. Gracias —dijo Abbi colocando sus tenedores a lo largo del plato. La forma en que debían ponerse para que alguien más recogiera el plato.

—Aún no voy a recoger tu plato —advertí. A este paso me convierto en su cocinero y sirviente.

—No seas ridículo. Yo lavo los platos porque tú cocinaste.

—¿Me estás jodiendo la vida? —pregunté sorprendido. No por la lavada de platos. Simplemente estábamos teniendo una conversación civilizada y eso era más que perfecto.

—¿Qué? ¿Ahora qué hice? —preguntó Abbi un poco a la defensiva.

—Absolutamente nada. Es solo que... —sonreí— no estamos peleando. ¿Eso es bueno?

Abbi sonrió de regreso, por supuesto que le gustaba estar bien. Realmente todo estaba mucho más tranquilo y sin la presión de las demás personas. Quién sabe si después de todo ese era el problema. Desde pequeños todo lo malo que pasaba era por la influencia de alguien más, nunca por lo que sentíamos, debería de estar contento de que fuera ella y no alguien más superficial a la que no le importaba más que mi título. Abbi era más.

El único problema era que no sabía cómo aceptar eso.

Todo pinta bien

Abbi

El aroma a tocino y huevos me llegó de inmediato. Eran las ocho de la mañana, demasiado temprano para mi organismo que se levantaba a las nueve, estos días por alguna extraña razón me estaba levantando más temprano de lo normal. Quizá era por la rutina en la casa de los Hamilton, o porque me ponía nerviosa el hecho de que William estuviera tan cerca de mí. En estos nueve años que han pasado, nunca pensé estar en esta situación donde William se volvía parte de mi todo. Él sería mi rutina diaria.

Pensando en que ya no estaba en la casa de los Hamilton, salí volando de mi habitación para cocinar algo. Por lo visto, William estaba preparando su desayuno, quería decir que yo también podría, además, ya no teníamos que seguir las reglas de su madre, él lo dijo ayer. Aquí hacemos nuestras reglas. Moría por algo con grasa. La fruta con yogur en la casa de los Hamilton no había sido de mi preferencia, pero su madre creía que debía bajar de peso. Menuda mierda. Me pasé un año de mi vida marcando el abdomen para ponerme a dieta y perderlo. No, para nada. Se puede ir a comer ella su fruta, yo necesito la grasa para después ir al gimnasio y quemarla. No por algo me preparé durante todo este tiempo para regresar y que le llamara la atención.

Eso era lo bueno de este edificio, incluía gimnasio, piscina y salón social. ¿Lo malo? Todas las parejas de la élite adolescente y un par de chicos y chicas como compañeros de cuarto vivían aquí. Esos que decían querer su independencia. De esos había bastantes dentro, que eran consentidos en casa y los dejaban libres para ser más consentidos aún con carros del año y apartamentos como estos que costaban una fortuna, William era uno de ellos.

Al llegar a la cocina encontré la misma escena de ayer. La mesa estaba montada para dos personas. Plato, vaso, servilleta de tela. La comida estaba dividida en cada lugar, bien montados. Aún salía humo indicando que todo estaba recién hecho. ¡Apetito al mil! A este paso voy a subir de peso, no bajar.

William salía de la cocina con dos platos de *hot cake* que lucían increíbles. Nuestras miradas se cruzaron, una mezcla de gris y azul. La sensación de alivio se formó en mi estómago. Esto era lo que siempre había soñado. Exactamente esto, el poder estar juntos y que fuera perfecto. Por primera vez en mi vida creí que esto de verdad podía funcionar sin que fuera una ilusión de niña.

—Hola, pequeña —dijo con su increíble sonrisa—, hice el desayuno. Espero te guste.

—¿Tú? —pregunté sentándome en la mesa para ver lo grandioso que estaba todo. El aroma a café me llegó de inmediato, delicioso aroma matutino. ¿Qué mejor aroma que el del café por la mañana?

—Puedo sorprenderte cuando me lo propongo. ¿Café?

Dejé que me sirviera una taza de café recién hecho. Después de poner un poco de leche en mi taza se inclinó y me dio un largo beso en la frente, como si fuera la cosa más dulce del mundo. Con una sonrisa le agradecí por este detalle tan propio de él. En mis sueños, cuando imaginaba este momento, jamás lo imaginaba con él haciéndome desayuno, arreglando cosas para la cena. Siendo tan cariñoso y atento.

A veces me daba por pensar en la doble personalidad de William, aquella etapa horrible en la que me jalaba el cabello, me gritaba al oído, decía cosas ofensivas y me hacía sentir como que no valía nada. Por otro lado, estaba William el cariñoso, el que se escondía para ver que estuviera bien, darme cariño, pedir disculpas y convencerme que le diera un beso en los labios. Eran dos personalidades tan distintas que no sabía cuál me enseñaría y eso me asustaba. Claro que a los veintiuno no me va a estar jalando el pelo, al menos no involuntariamente. Sonreí ante la imagen pícara que se formó en mi cabeza. Este hombre me ponía demasiado.

Hablamos poco durante la comida, estaba deliciosa y él se veía igual de apetitoso. Desde los huevos —sigo hablando de la comida— hasta el tocino que aguadaba mi boca con solo con el aroma. Will era bueno cocinando y lo agradecía hasta la médula, por mi parte, no sabía ni hervir el agua. ¿Dónde diablos aprendió a cocinar?

—Estaba pensando —dijo William—. ¿Quieres pasar el día conmigo? No sé, quizá demos un paseo en las calles de Londres. De manera que podamos convivir, ¿te parece bien?

Le sonreí asintiendo con la cabeza, quería contestarle que me encantaría. Pero tenía la boca llena y no podría responderle de otra manera sin enseñarle toda la comida y ser aún más desagradable de lo que podía ser. A este paso me sacan de la élite en menos de lo que pensé.

—¡Genial! —dijo tomando un pedazo de tocino—. Lui quería pasar con Blake más tarde, a conocer el lugar. ¿No te importa?

No me importaba, me encantaba tener a Lui cerca. Era el único amigo que tenía en este lugar. No es como si pudiera decirle a Mary que viniera de visita por unas horas. Casi no había podido hablar con ella desde que abandonó Inglaterra. Debía llamarla por Skype y enseñarle todo esto, le iba a encantar.

¿Cómo diablos va a importarme? Al parecer Lui era el único amigo que tenía en esta élite tan rara en la que nací. No me llevaba bien con las chicas, tampoco invitaría a mi hermana. Esa mujer estaba más loca que el propio Jack Sparrow. Muchas veces consideraba que esa mujer había nacido con la influencia de alguna extraña alineación de planetas en la que la luna apagó la poca luz que había en el mundo. Me gustaría tener a Mary y enseñarle todo esto, o pedirle a Mauri que cuando terminara de conectar españoles viniera a verme otra semana. Me gustaría tener amigos a los que enseñarles mi nueva vida.

Levanté la vista, William me seguía viendo detenidamente. Al menos lo tenía a él.

Cuando terminamos de comer, William y yo lavamos los platos y ordenamos el desorden, él era un buen cocinero, pero era un desorden al cocinar. Cantábamos *Better Man* de los Darling Buds a todo volumen, bailábamos al tiempo que recogíamos todo y esporádicamente William se acercaba a darme un beso en los labios. ¿Qué más le puedo pedir a la vida? Este hombre se está interesando por mí de una manera que jamás pensé. Estaba muy contenta de haber dejado atrás el rollo de darle celos con Lui, tenía razón en algo. Lui no era bueno para eso, William lo quería tanto que estaba dispuesto a dejarme ir con tal de ver a su amigo feliz. Eso es muy raro porque estoy muy segura de que Lui no lo haría por William.

Hora y media después, estábamos caminando en Hyde Park. Unas horas antes fuimos a montar bicicleta por los lugares turísticos de Harry Potter. Un tema muy inglés desde que era pequeña, todos amaban a Potter y sus

historias. En lo personal, me gustaba porque a William parecía fascinarle de una manera monumental.

En algún momento, William tomó mi mano de forma muy natural. Quizá todo iba a estar bien, nada podía salir mal cuando estaba tan bien, ¿o sí? Sacudí la cabeza, no me puedo dar el lujo de pensar de ese modo. Vamos a encontrar la manera de estar juntos, de sobrepasar los obstáculos. Le di una mirada dulce mordiendo mi labio, tenía que contener la risa absurda que se formaba en mi ser.

Él me estaba observando con los ojos muy abiertos, el azul de su mirada era tan intenso que pensé estar viendo el cielo. Me encogí de hombros antes de tapar mi boca para esconder la risa. Will tomó mi mano y la apartó.

—No tapes tu boca al reír, no sabes lo condenadamente sexi que te ves cuando ríes. Es como... magia.

Mis mejillas se sonrojaron de manera muy evidente. Estaba avergonzada por la reacción de Will. Era mi complemento, era vida. Me puse de puntillas para alcanzar sus labios, nada parecía estar fuera de foco. Dándole un beso — el cual William profundizó— hizo que nos perdiéramos en medio de Hyde Park. Este era el destino. Tenía que ser William quien cambiaría mi vida.



Para la hora en que Lui y Blake llegaron al apartamento, yo estaba sumergida en *Sentimientos Encontrados*. La verdad, el libro que me regaló Mary no era para nada malo. Al contrario, había cosas que la autora describía como un sentimiento de pérdida que se volvía conocido. Definitivamente, tenía que buscar a la mujer en las redes sociales.

Blake, Lui y William se sentaron frente a la plasma en la sala principal. Las carreras de carros, la música a todo volumen, los gritos y maldiciones hicieron que los tres parecieran de menor edad de la que realmente tenían. No sabía cuál era la costumbre en ellos a la hora de beber, por lo que me dispuse a preparar boquitas para acompañar con las cervezas que estaban tomando. Nada del otro mundo, nachos con queso y frituras. Comida de mortal, diría Mary. La extrañaba bastante.

Dejé la comida sobre la mesa captando la atención de los tres. William me dio una sonrisa antes de concentrarse una vez más en la televisión. Todo

estaba saliendo bien, todo tenía que estar bien. Quizá si me lo repetía una y otra vez, llegaría a lograrlo.

Me fui a sentar a uno de los sillones, cerca de la ventana. El cielo azul pintado de naranja me indicaba que el sol estaba completamente oculto. Tomando el libro una vez más me perdí en la lectura que me recordaba lo que era tener un amor complicado. Lui se acercó tomando asiento en la silla continua. Se cruzó de brazos y me lanzó una sonrisa.

—Parece que las cosas están mejor entre ustedes, ¿no es así?

—Eso parece. No quiero cantar victoria antes de tiempo. Solo están bien, no quiere decir que estemos destinados a permanecer juntos.

—Todo a su tiempo, Abbi, no presiones nada. Deja que las cosas tomen su rumbo.

Lo observé unos minutos, se veía cansado, había recuperado el color de sus mejillas un poco, pero, aun así, la respiración era rápida y agitada. La voz carrasposa y su peso bajó en cuestión de días.

—¿Crees que algún día podemos ser felices?

—Absolutamente —contestó observando a Will metido en su plática con Blake—, te desea, te quiere. Siempre lo hizo, solo no puede admitirlo.

—¿Por qué no puede? —la ansiedad en mi voz era evidente. Estaba desesperada por respuestas.

—Porque no, no está listo —me dio un beso en la mano antes de agregar—. Pronto lo sabrás.

Sin más que decir, regresó a su lugar junto a sus amigos. Suspiré antes de regresar a mi lectura. Simplemente no podía dejarlo, había tantas cosas que quería discutir con Mary de esta historia. ¿En qué diablos estaba pensando la autora? La amaba y odiaba al mismo tiempo.

Momento incómodo

Abbi

Vivir con un hombre del cual estuviste toda tu vida enamorada no es fácil, menos cuando suplicas porque te ponga la atención necesaria. Han pasado unos días desde la mudanza. De vez en cuando nos besamos en el sofá durante horas, pero jamás nos tocamos o llegamos a más. No entiendo por qué aún no damos el paso si los dos estamos muriendo por hacerlo.

¿Pena?

¿Miedo?

No lo sé exactamente. Sé que tenemos una conexión especial, una que nos hace fuertes cuando estamos juntos. Hay tensión en cada roce de piel, en cada mirada. También estoy segura de que me desea, lo veo cada mañana cuando me paseo por la casa con el nuevo pijama que me compré. Es pequeño y muestra una parte de mi culo. Un día él comentó que le gustaba la seda en una mujer, por lo que eso hice, me compré seda.

Me senté en el sillón con un vestido corto, observando a William. Él estaba entretenido con el televisor, viendo noticias. Clásico.

—¿Algo interesante? —pregunté viendo también el televisor.

—La verdad no. Otra pelea en el senado. Nada del otro mundo —apagó las noticias dando la vuelta para verme—. ¿Qué tal tu día?

—Ya estoy oficialmente en The Royal Academy. Último año.

—Eso es bueno, podemos ir juntos.

Sonreí. Eso era exactamente lo que quería, estar más tiempo juntos.

William se humedeció los labios recorriéndome con la mirada. Me deseaba, era palpable en su mirada. Me mordí el labio de la forma más seductora que pude, o al menos creía que era seductora. Había funcionado bastante cuando quería besar a alguien en Estados Unidos. Aun así, los americanos siempre fueron presas fáciles.

—¿Intentas seducirme? —preguntó regresando su mirada a mis ojos.

—¿Funcionó?

William me tendió la mano para que me sentara a horcajadas sobre él. El vestido se subió por completo revelando mis piernas. Era un vestido flojo por lo que no había problema de movilidad.

—Bésame —susurré, acercándome a sus labios.

—Quiero hacer más que besarte en estos momentos —¡santa mierda! Creo que voy a necesitar una cubeta de agua fría si no hacemos nada. Esto es demasiado.

—Soy tuya —respondí, bajando todos mis mecanismos de defensa.

La respiración de William se aceleró, marcando un ritmo excitante. Tomando mi cuello con fuerza me acercó a sus labios, besándome apasionadamente. Su lengua exploraba toda mi boca, no de una forma grotesca, más bien sensual.

Me acomodé mejor en su regazo, moviendo un poco las caderas para motivarlo. Había visto tantas escenas como estas en televisión y leído lo suficiente para saber qué estaba haciendo pese a que la única vez que me monté con alguien así fue hace dos años en una fiesta universitaria en la que casi pierdo la virginidad.

—¡Dios! —susurró William—. Tenemos que parar.

Ni loca. No iba a parar.

Tomé sus manos llevándolas a mis pechos, dándole la bandera blanca que estaba esperando. Como si fuera un despertar de su cordura, finalmente, logré seducirlo lo suficiente para que se emocionara con ellos. Tomó la parte de arriba del vestido sacando uno de mis pechos, su respiración cada vez era más pesada y acelerada.

Levantó la mirada antes de bajar su rostro sin apartar la vista de mí y darle un pequeño chupón que sentí directo en la entrepierna. Apreté sus hombros arqueando un poco la espalda para darle más acceso. William sacó el otro pecho dándole la misma entretención que al primero. Esto se sentía de maravilla.

Necesitaba sentir su piel, por lo que quité su camisa sin ninguna delicadeza, él no se quejó lo cual fue bueno. Observé su pecho al tiempo que posaba mis labios donde está el corazón, bajando un poco hasta llegar a su pezón, no sabía si ellos sentían lo mismo o no, aun así, me enfoqué en hacer lo mismo

que él había hecho al tiempo que mis manos recorrían su espalda y abdomen. Sus manos bajaron a mis piernas sobándolas al tiempo que volvía a besarme en los labios.

—William —susurré al tiempo que sentía su mano en mi entrepierna.

—Sí quieres que pare solo tienes que decirlo.

—No quiero —susurré subiendo mi cadera para que él tuviera mejor acceso—. Quiero más.

Sus pupilas se dilataron de inmediato, cambiando el semblante de su rostro. Era una mirada que jamás me había dado antes. Como si quisiera hacer cosas inimaginables con mi cuerpo, cosas sucias y dominantes. En ese momento, o en cualquier otro, igual lo dejaría. Él era lo que quería y cuando me proponía algo, lo lograba.

Apartando mis bragas, sus dedos rozaron la delicada piel haciéndome temblar de inmediato. Mis sentidos se durmieron de inmediato sintiendo solo sus dedos sobar con delicadeza. Podía sentirlo temblar también, como si no fuera la única nerviosa. Cualquiera diría que un hombre con experiencia no se ponía nervioso, al parecer me equivoqué.

Desabrochando su pantalón con poca habilidad, sobre todo en el cinturón, saqué su erección para verla completamente dura. Solté un chillido sin poder apartar la vista de ella. No era la primera que veía una, pero sí la primera que tocaba.

Levanté la vista para verlo con los ojos cerrados, la boca semiabierta y las facciones relajadas. ¿Cómo podía estar relajado? Yo estaba muerta del miedo. Sus dedos seguían la labor de sobar mi piel. Era difícil sentir algo más que nervios de que alguien más me tocara, pero solo con ver su rostro era suficiente para que maldijera en lo bajo y dejara caer mi cabeza en su hombro.

—¿Estás bien? —preguntó parando por completo.

—Se siente tan bien —mis piernas estaban temblando, él también estaba igual. Will sonrió retomando lo que estaba haciendo.

—Tómala con fuerza —dijo llevando una mano a la mía para enseñarme cómo hacerlo—. Sigue mi ritmo.

Hice exactamente lo que pidió. Suave en un principio, acelerando con el paso del tiempo. Los dos gruñíamos de vez en cuando, nos besábamos,

maldecíamos, mencionábamos el nombre de Dios y suplicábamos por más.

—¡Mierda! —William estaba temblando, moviendo sus caderas desesperado, en un principio pensé que podía ser un calambre, pero cuando su mano abandonó lo que estaba haciendo para agarrar mi mano supe que estaba teniendo un orgasmo. Sonreí como idiota. Logré darle un orgasmo. Podía sentirlo en mi mano.

Cerramos los ojos tranquilizando nuestras respiraciones. Estaba adorando este momento, esperé tanto por él y aún no llegábamos al sexo como tal.

—Te debo un orgasmo —dijo con la respiración entrecortada.

—Ya habrá tiempo —William seguía respirando fuerte, con los ojos cerrados, nuestras manos aún en su miembro.

—Fue increíble.

¡Dios mío! Cree que soy increíble. Espero no estar soñando, no quiero estar soñando, este momento lo era todo. Estaba a segundos de decirle que él también lo era cuando la puerta principal se abrió por completo. Lui extendió los brazos como si fuera el rey gritando.

—Cariño, estoy en... —sus ojos fueron directo al sillón. Mis pechos seguían fuera, montada sobre William. ¿Lo bueno? No se veía nada de cómo estábamos por debajo. William se dio la vuelta para ver a la puerta provocando que me cayera de culo.

Lui no venía solo, Ash, Connor, Blake y Marie Anne, una buena amiga de mi hermana estaba a unos pasos de la puerta.

—Sal de aquí —gritó William a Lui. Lui cerró la puerta de un portazo y las risas estallaron en la parte de afuera.

Salí corriendo al baño con William. Los dos nos limpiábamos a toda prisa un tanto avergonzados. No había contacto visual en ninguno de los dos.

—Tengo que cambiarme de pantalón —William observaba el desastre que habíamos hecho. Solté una risita nerviosa—. De ahora en adelante le ponemos llave siempre a la puerta.

Asentí con la cabeza dos veces. Caminé a la entrada nerviosa y un poco apenada. William se estaba cambiando por lo que debía enfrentarlos sola. Abrí la puerta para ver a Lui con una mirada llena de picardía. Pasó dándome unos golpecitos en la espalda, llevaba una bandeja en la mano con algo de comida. Connor también traía una bandeja en la mano. Pasó felicitándome

antes de entrar a la cocina con Lui. Mi hermana me dio una muy mala mirada y Marie Anne ni siquiera se dignó a saludar. No sé ni por qué diablos la invitó a entrar a mi casa.

—Pero qué zorra me saliste, hermanita. ¿Perdiste tu virginidad?

—Cierra la boca, Ash —William entró saludando a todos antes de enfocarse en mí y mi hermana.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Solo le decía que hace unos días no se podían ver a la cara sin pelear, ahora resulta que enseñan cómo tienen sexo a sus invitados.

William puso los ojos en blanco antes de caminar a la cocina con los chicos. No estábamos enseñándole nada a nadie. No estábamos teniendo sexo exactamente, tampoco contábamos con que ellos entrarían sin tocar la puerta. Eso es obra y gracia de Lui. Debía recordar ponerle pasador a esa maldita puerta.

Nos sentamos en la sala en silencio todos como si fuera un funeral. Mi hermana no dejaba de darme miradas matadoras.

—Deja de verme de ese modo —le dije cruzándome de brazos.

—No puedo creértelo, Abigail.

—¿Qué pasa? ¿Envidia? Al menos yo no tengo que mentir —dije dándole una mirada a Connor—. Yo sí puedo tener sexo con él. Así de sencillo.

Connor abrió mucho los ojos viendo a William. Regresó la mirada a mi cara y exclamó con un grito de sorpresa. Por un minuto pensé que iban a tomarse a golpes otra vez, pero ya habían dejado las cosas claras y no habría más problemas con ellos, a menos que Ash ocasionara otro.

—¿Will perdió su virginidad? —¿qué? ¿Virginidad? ¿Will?

—¡Campeón! —Lui levantó las manos como si hubiera ganado una maratón.

Imposible. William Hamilton no podía ser virgen. Tiene veintiún años, por Dios. Eso no ocurre. La pavada que dice que tienes que llegar virgen al matrimonio murió años atrás, ni siquiera mis padres llegaron vírgenes al matrimonio. Entrecerré los ojos.

—¿Pueden cerrar la boca?

—Ni por una mierda —Lui me guiñó un ojo—. Quiero detalles.

—¡Suficiente! —dije poniéndome de pie—. Pueden cerrar la boca,

hablamos en serio.

Lui simuló cerrar la boca con un zíper, tirar la llave y sonreír como tonto. William ofreció algo de beber, señalando la cocina. Nuestros no invitados se pusieron de pie y se perdieron detrás de William hablando y cambiando de tema. Todos menos Lui.

—¿Estás bien? —Lui colocaba su brazo en mi hombro—. Al menos sé que no voy a sentarme en ese sillón. Todos lo están evitando si te fijas, creo que hay una mancha blanca...

—Cállate Lui —dije dándole un empujón pequeño—. Fue solo un pequeño roce, no es como si hubiéramos dado el último paso.

—Sí, lo sé. Créeme que cuando lo den, William será tuyo. Ha esperado tanto a dar ese paso que no dudo que si lo da contigo quedará perdido. Lo conozco demasiado bien.

Vi cómo Lui sonreía a William, le daba esa mirada de orgullo, llena de valentía. Conocía poco a Paul, mi cuñado, pero sabía que la mirada de Lui reflejaba hermandad. Para Lui, William era su hermano no de sangre.

Nos dispusimos a comer unas bolitas de queso frito que trajo Connor. Estaban increíbles, crujientes por fuera, suaves por dentro. Me las estaba disfrutando como nunca. Lui tomó mi mano con tanta fuerza que me vi obligada a levantar la vista. Estaba pálido, sus ojos rojos y las gotas de sudor que se formaban de la nada en su frente me pusieron alerta. Sin que nadie se diera cuenta, se levantó del sillón camino a mi cuarto y se perdió en él.

Me puse de pie disimulando. Mi hermana me dio una mirada preguntando a dónde iba. Respondí que tenía frío y quería ponerme algo más tapado. Era válido, ya que las puertas del balcón estaban abiertas y el aire había enfriado todo.

Entré a mi habitación corriendo buscando a Lui. Lo encontré en el baño, temblando, abrazado del inodoro como si fuera su próxima amante. Lo vi vomitar repetidas veces. Me acerqué a sobar su espalda para calmarlo, no podía ponerle demasiada atención. Mi estómago era muy débil y si le dedicaba mucho tiempo más compartiría área de evacuación con él. Cerré los ojos concentrándome en decirle palabras tranquilas.

Alguien me tomó de la cintura, levantándome de un solo del suelo. Me costó entender que era William. Estaba asustado. Pálido al igual que Lui.

William me puso en la puerta, corriendo al lado de Lui, acomodándolo de una manera que no se lastimara los brazos, es como si tuviera experiencia en lo que estaba haciendo. William se veía tan grande en músculo a la par de Lui. Él estaba tan delgado y un poco desgastado.

¿Qué estaba pasando con él?

—Cierra las dos malditas puertas, Abbi —ordenó. Sabía que se refería a mi habitación. Con un jalón de puerta la cerré girando la llave para evitar que alguien más entrara. Antes de preguntar si podía ayudar en algo más, Will terminó de cerrar la puerta del baño en mi cara. Me quedé esperando a que salieran, no iba a regresar con la idiota de mi hermana, su amiga y su *agapi*. No quería verlos.

Pegué el oído a la puerta para ver si todo estaba mejor. Escuché los susurros de Lui diciéndole algo a William. Si hubiera estado sentada en la cama, de seguro lo hubiera escuchado de igual manera.

—No es nada, no siento nada. ¿Qué no lo entiendes? Es solo sexo, atracción sexual, nada más.

Como golpe en el corazón. Era hora de retirarse de la jugada. Nunca sería más que una atracción sexual. Lo más callada posible, abrí la perilla cruzando el pasillo hasta el estudio. Entré buscando el sillón de respaldo alto. Me acomodé sintiendo que mi mundo estaba acabando. Me sentía vacía, destrozada. Las lágrimas silenciosas bajaron por mis mejillas. ¿Cómo pude pensar que todo estaba bien? Nada en esta puta vida estaba bien. El ser humano es capaz de soportar cierto dolor en la vida, incluso es capaz de superar muertes y rupturas monumentales. No iba a morir de amor. Pero vaya si no dolía bastante lo que estaba pasando.

Solo sexo.

Eso era lo que era.

Solo sexo.

Curioso, ya que nunca nos habíamos acostado.

Respira. Respira

William

Ayudé a Lui a limpiarse como ya era costumbre, estaba recostado en la pared del baño con el rostro pálido. Las gotas de sudor le bajaban por el cuello, con los ojos cerrados. Sin despegar los párpados levantó la mano enseñándome el dedo de en medio. Negué con la cabeza conteniendo la risa, ¿pero qué diablos con Lui? Este hombre era imposible.

—¿No te enseñaron modales en casa, Lui?

—Los mandé a la mierda en el momento en que me di cuenta de lo idiota que es mi mejor amigo. ¿Solo sexo? ¡Vamos, Will! No es sexo. Sexo serio pasarte a Lessa o a cualquier otra chica de esas que no importan, pero ¿Abbi?

—No es eso, no estábamos teniendo sexo. Ni siquiera sé si es la indicada, era solo roce.

Lui soltó una carcajada tomándose el pecho por el dolor, se frotó las muñecas antes de verme fijamente con sus ojos que poco a poco perdían el color. Lo ayudé a sentarse en la taza del inodoro. Moje una punta de la toallita de cara de Abbi y le limpié el sudor.

—Sí, claro. Me sorprende que incluso quisieras tocar a una mujer. ¿Cómo sentiste?

—Como si fuera a explotar. Todos mis sentidos se perdieron, no quería nada más que a ella, más cerca y más profunda. Tan húmeda, tan dulce. Quería llevarla al borde de la locura, escucharla gemir y saber que yo estaba provocando eso. Quería eso desesperadamente.

—Te das cuenta, ¿verdad? Eso, William, eso no es solo sexo. Sexo es querer complacerte a ti mismo sin importarte si ella está bien o no. Solo sexo no es sentir a la otra persona dulce y apetitosa. No es eso, para nada. Espero te des cuenta rápido de lo que sientes, no cuando Abbi se desespere y salga corriendo a la mierda y te quedes solo con el puto corazón roto.

Observé a Lui por unos minutos. Claro que tenía razón, Abbi era linda, atractiva y diferente, me gustaba, pero... no podía simplemente aceptarlo. Sería demasiado raro aceptar que estaba creando sentimientos fuertes para ella. No, no podía ser débil ante la élite.

En la élite era poco común que las personas estuvieran solo con una persona toda la vida, sin exagerar, las personas no se casan con la persona que pierden su virginidad. Apuesto a que ni siquiera mis padres lo hicieron.

No quise negarle a Abbi acerca de Lessa, no sin comprobar qué había pasado con Lui. Necesitaba respuestas de esa relación tan rara que habían tenido o aún tenían. Hasta el momento no sabía cómo actuar o cómo moverme respecto a ese tema.

Cuando Lui estaba mejor, salimos con el resto de las personas. Me sorprendió no ver a Abbi por ningún lado. No estaba en la cocina, ni en la sala de estar y, definitivamente, no la vi en su habitación cuando salimos del baño. Quizá salió a dar una vuelta. Cansado por todas las actividades de hoy, me dejé caer junto a Lui en el sillón donde hace menos de dos horas tenía a Abbi. ¡Carajo! No dejaba de pensar en esa hermosa sensación. Quería más.

Escuché las estupideces que Ash tenía que decir, no dejaba de hablar de su hermana y su falta de ética. Quería sacarla, no podía venir a nuestro hogar y hablar mal de ella. No era correcto. Juntando toda la maldita tensión del día me paré de golpe y señalé la puerta. Tenía límites y ella llegó a ellos.

—Connor, agradecería que te llevaras a tu mujer, estoy cansado de ella. No es bienvenida, no ahora.

Connor se puso de pie ignorando las quejas de Ash. Le dio una muy mala mirada como si le dijera cosas horribles sin hablar. Ashley se encogió de hombros como siempre siguiéndolo hasta la puerta. Esa mujer estaba desesperada por cariño. Despedí a todos los demás que no dijeron absolutamente nada al momento de irse. Lui pasó dándome un guiño de ojo antes de salir. Su maldita teoría de que amaba a Abbi iba a volverme loco.

Llamé a Abbi a su teléfono celular, revisé mi habitación con la esperanza de que estuviera ahí. No la veía por ningún lado y tampoco contestaba su teléfono. Lui me comentó antes de irse que teníamos que hablar seriamente con ella y estaba seguro de que eso debía hacerse.

Revisé cada rincón hasta que, por fin, entré al estudio encontrándola en la silla de respaldo alto. Estaba hecha una bolita. Dormía profundamente,

abrazada con sus manos, como si intentara protegerse. ¿Acaso la había lastimado alguien? Con mucho cuidado la tomé en mis brazos para llevarla dentro de su habitación. Casi no pesaba y era fácil manipularla. Sus brazos rodearon mi cuello y su cabeza se recostó en la curva de mi cuello. Me di el gusto de observarla unos minutos antes de cambiar de rumbo. Ella no pertenecía a su cama, pertenecía a la mía, ahí es donde la quería.

Colocándola encima, la tapé con el edredón. Me metí junto a ella tomándola en mis brazos para que se acomodara. Tenía miedo que despertara y me mandara a freír pescado. Algo me decía que no estaba bien. Algo no estaba como tenía que estar. Cuando sus brazos rodearon mi cuerpo me sentí en casa. Me sentí bien. Dándole un beso en la frente me dejé caer en un sueño tranquilo. Uno donde estaba feliz junto a la mujer que ahora sostenía en brazos.

Abbi

Me retorcí en la cama con desesperación. El calor que desprendía del cuerpo de Will era insoportable. Me di cuenta en la madrugada de que estaba en sus brazos. Quería pegarle, defenderme, gritar..., pero no podía o, mejor dicho, no quería. Me quedé viendo su rostro al tiempo que él abría los ojos. Quería odiarlo. En verdad quería hacerlo. Pero no, no lo hacía. Quería que me besara de nuevo, me abrazara, me tocara e hiciera cosas que jamás pensé con él.

En el momento en que Will abrió los ojos decidí que nada importaba. Quería una probada de su cuerpo, un poco más de él. Me coloqué encima de su pecho ignorando mi parte lógica que gritaba «Es solo sexo». Me apoderé de sus labios chupándolos con intensidad, sintiéndolos eternos. El sol entraba en pequeños rayos por las pesadas cortinas. William suspiró atrayéndome más a él. Colocándome encima de él me perdí en el beso, me perdí en nuestra conexión. Quería que fuera el primero. Quizá no llegaría a ser el último, pero lo quería, lo necesitaba. Bajando su pijama dejé al descubierto todo lo que era William. No me sentía incómoda o mal, ya era hora después de tantos años queriendo esto.

—¿Estás segura, pequeña? —preguntó sin dejar de sobar mi cara.

—Sí, lo quiero —me acomodé mejor dándome cuenta de que aún tenía el vestido de ayer, en ningún momento lo quité o me cambié.

—No tienes ni idea de lo grande que es este paso para mí, Abbi —suspiró—. Yo también lo quiero, lo he querido siempre contigo.

—¿Tener sexo? —pregunté sintiendo una opresión en el pecho.

Esto es solo sexo.

—No sexo, Abbi —William se rio en lo bajo—. Quizá ayer pensé que eso sería esto, solo sexo.

—¿Ya no lo crees? —pregunté.

—No, Abbi. No lo creo. Es mucho más.

William cambió el juego colocándome debajo de él. Su mirada intensa decía muchas cosas. Cosas que me hacían fantasear con momentos inolvidables, otros que me decían que estaba haciendo bien las cosas. ¿Quería hacerlo? Sí, sin duda. ¿Me iba a arrepentir? Ni idea.

Respiré dejando que William me examinara por unos segundos antes de que la vergüenza fuera más grande y me obligara a cerrar las piernas con las manos tapando todo. William volvió a reír con ternura obligándome a abrir las piernas de nuevo antes de bajar su pijama y quedar tan expuesto como yo.

Bueno, no puedo arrepentirme. Este es el momento.

Respira. Respira.

Ninguno de los dos habló. Éramos solo miradas, miradas de nervios y miedo. Necesitaba que él me guiara, a pesar de los videos o lo que Mary me había explicado, era muy inexperta en este paso. Volví a respirar.

El dolor se abrió y como si el sentimiento fuera mutuo, William hizo una mueca que mostraba un autocontrol que llegaba a ser doloroso. Gruñía y fruncía el ceño con fuerza. Agarrándome de sus brazos con fuerza esperé a que terminara de empujar. Eso iba a doler. ¿A quién engañamos con decir que no duele?

—¿Estás... bien?

—No —negué con la cabeza—. Esto duele.

—¿Quieres que pare? —la pregunta tenía un hilo de súplica diciendo que quería seguir. A pesar de que dolía, yo también lo quería, en algún momento tenía que pasar esto. William bajó hasta mi rostro para besarme, un beso que

no involucraba lengua, sino labios pasionales moviéndose al mismo tiempo que el ritmo de las caderas. El dolor fue pasando.

Las respiraciones quedaron suspendidas en el aire tras un torbellino de momentos. Mi vida pasaba frente a mí como si estuviera muriendo lentamente, momentos que solo William y yo habíamos compartido tiempo atrás.

—¡Carajo! —dijo antes de acostarse a mi lado. Retirando el condón que nunca vi ponerse, intentó regular la respiración—. Valió la pena esperar.

—Lo mismo digo, pero... —me levanté de golpe. Mary me explicó que muchas vírgenes sangran. Observando la cama, caí en la cuenta de que yo era de esas. Pero no era como pensé que sería, era solo una pequeña mancha. Muerta de la vergüenza, salí al baño para esconderme. Genial. Esto sí que no estaba en mis planes.

¡Qué vergüenza!

—¿Abbi? —William tocó la puerta—. ¿Estás bien?

No podía ni siquiera contestarle que sí, que todo estaba bajo control a excepción que perdí la virginidad y manché su cama. Antes de que pudiera reaccionar, Will abrió la puerta entrando completamente desnudo. Esto era demasiado para mí.

—Sangre —susurré señalando sus muslos.

—No me molesta un poco de sangre, no cuando me demuestra que tú eras pura como yo.

—¿Pura? ¿Como de... virgen? —pregunté estupefacta, ¿era verdad? ¿Will era virgen?

Lo vi sonreír de oreja a oreja. Realmente había pasado. Le había entregado a este hombre mi cuerpo, mi alma, mi ser. Esto era lo que siempre había soñado, lo que siempre había querido. Me puse roja cuando observé a Will delante de mí. Perfectamente marcado. Toda una locura. Si fuera más débil, quizá ya estaría tocando su cuerpo.

Will tomó mi barbilla dándome un profundo beso en los labios.

—Sí, pequeña. Esta mañana te entregué mi alma y mi cuerpo. Ahora, ¿te bañas conmigo?

Me negué. La verdad es que no quería bañarme con él. Eso sonaba mucho más íntimo que solo acostarte con él. Necesitaba un poco de espacio para

asimilar todo a pesar de que no debería de existir vergüenza entre nosotros.

—Creo que será mejor bañarme en mi propio baño —me encogí de hombros.

—Está bien —dijo sin discutir—. Pero tenemos que hacer eso en algún momento.

Tomando una toalla que estaba colgada a la par de la ducha, me envolví en ella para salir a mi habitación, aún seria y pensativa por lo que acababa de hacer. Como buena mujer que soy, necesitaba contarle a Mary y a Mauri.

El primer atardecer

Abbi

Dos semanas de lo que pasó y debo de admitir que esto es increíble. Estábamos superando la etapa de pelear todo el tiempo y estábamos en una donde todo era de color de rosas. Fuimos a fiestas de la élite como gente civilizada, no hicimos *shows* dignos de prensa y tampoco llamamos la atención más de lo debido. Los medios decían que éramos una pareja muy linda y cariñosa y a mí me encantaba que lo dijeran de ese modo.

Cuatro días atrás, William salió de viaje con su padre, me gustaba saber que el señor Hamilton lo incluía en sus viajes políticos. De ese modo, William, que tenía sueños grandes de convertirse algún día en el primer ministro se volverían una realidad.

Bajé la mirada a mi teléfono, William siempre era puntual. Teníamos una nueva costumbre, los atardeceres. Cada vez que estábamos lejos, William mandaba un atardecer para que pudiéramos disfrutar de los atardeceres juntos sin importar la distancia. El primero llegó de Italia, Roma, para ser más específica. Estaba hermoso el lugar y el atardecer se pintaba tan perfecto que parecía foto profesional. La subí a mis redes con una breve descripción y un maldito corazón supercursi.

Regresé la mirada a Lui, que contaba una historia de hace años, estábamos con varios amigos. Me dispuse a tomar la copa de vino que tenía en la mano. Estaba deliciosa. El atardecer caía de manera increíble en el edificio de la élite cerca de San Paul Church. Tomé la foto correspondiente. Pulsé enviar y mandé el mensaje de texto.

Yo: Cerca de casa contando las horas para verte. El reloj hace tic, tac. Menos de doce horas.

William: Tic, tac, tic, tac... Pequeña, te extraño.

Sonreí bajando el teléfono. Atardeceres, mensajes y mucho cariño. Esto era nuevo, era diferente. Definitivamente, era lo que tanto había querido.

Perdiéndome en la conversación de Ash y Lessa, escuché atenta a cada detalle que daban. La puerta se abrió y una emboscada de gente entró al salón, todos de la élite. Menos dos personas que no conocía. Un chico alto, delgado, con lentes grandes. El estilo que marcaba una moda sureña, o distinta. Me recordaba a los chicos *prepi* de América. Era guapo, bastante guapo. Detrás de él venía una chica delgada, casi plana, con cabello corto, negro. Sus ojos celestes eran grandes y atractivos. Cargaba puesta unas medias negras, vestido corto, unos zapatos de muerte, gabardina roja y una boina combinando su atuendo. Definitivamente, esa mujer no era de por aquí. Saludó a todos muy entusiasta, mi hermana frunció el ceño.

—¿Quién es ella? —señaló a la chica.

—¡Mierda! —dijo Lui poniéndose de pie—. Creo que deberíamos irnos. Ya es tarde.

—No es tarde —alegó mi hermana—. Apenas si comenzamos.

—Creo que será mejor irnos —Connor acompañó a Lui.

La chica localizó a Connor y a Lui de inmediato, dio un grito bastante entusiasta antes de dar saltitos hasta donde estábamos. La chica se veía superconocida. Tan conocida que la imaginé siendo una rival eterna. Quizá estaba exagerando, muchas mujeres vemos una nueva chica y creamos nuestra autodefensa de rechazo.

La chica de cabello corto saludó a Connor de una manera poco decente y a Lui con más espacio del que imaginé que haría.

—Ames, un placer —su sonrisa era contagiosa, se la devolví sin pensar.

—Abigail, el placer es mío.

—¿Dónde está Will? —por un minuto pensé que me preguntaba a mí. Estaba por responderle cuando me di cuenta de que le hablaba a Lui.

Lui le explicó que estaba ayudando a su padre en un proyecto educacional muy bueno. Que estaban intentando meter a Will en el plan gobierno y que regresaría por la mañana. Veía que la chica abría mucho los ojos como si se llenara de orgullo. Su acento me recordaba a una italiana amiga de mis padres. De seguro ha de ser una chica de intercambio, vienen mucho por estos rumbos.

Resignado, Lui tomó asiento de nuevo platicando con el chico de lentes gruesos. Joseph o Jaspee o algo por el estilo era su nombre. Ash y Connor

ignoraron a la chica de cabello negro y se concentraron en besarse. Era asqueroso. Como ver pornografía en carne viva. Negando con la cabeza me volví a Ames.

—¿Eres de la EI? —EI, tenía mucho tiempo de no escuchar ese código. Élite Inglesa. Asentí con la cabeza. La chica era intimidante.

—¿Estás de intercambio? —pregunté.

—No, qué va. Ya he terminado mi etapa de intercambio. Vengo de paseo por unas semanas. Hay un tema que quiero tratar con un antiguo chico. ¿Puedo confiarte algo? —la chica sonreía como loca. Asentí con la cabeza, emocionada por saber qué tenía que decir.

—Si todo sale bien con mi ex, pretendo revelarme contra mi padre y decirle que no quiero casarme con uno de mi grupo. Estoy enamorada de un chico distinto y es aquí donde pertenezco —tomándome el pecho, emocionada por Ames. Le aplaudí como loca. Eso era tener valor.

—Eso es lo mejor que puedes hacer. Luchar por amor. Eso es genial. ¡Felicidades!

Definitivamente, si la chica lograba estar con su amor, le pondría un pedestal. Ella estaba teniendo el valor que no muchos tenían, aceptar a un mortal como parte de su vida. Feliz por ella, la escuché contar cómo tomó la decisión de venir. Su mejor amigo, Jane-Michel, la había acompañado.

—El amor es absurdo, ¿no crees? —tomando un trago de su vaso recién servido.

—Yo creía que era absurdo —respondí sonriendo—. Ahora creo que es fantástico.

—Espero que mi chico me corresponda como entiendo a ti te corresponden.

—Me acabo de comprometer, cosas de la élite. Ya sabrás tú. Pero él siempre fue el amor de mi vida y sí, me está correspondiendo. Es un divino.

Encogiéndome de hombros cambié de tema. Lui me observaba con los ojos entrecerrados como si no pudiera creer lo que veía. Después de quince minutos y tres copas de vino más, mi cabeza estaba pesada. Quería dormir bien para cuando viniera William. No podía esperar a que apareciera en casa. Lo extrañaba.

Yo: Dos horas menos.

William: Alista la cama, bebe. Supongo que no saldremos de ahí en tres días.

Yo: Pervertido.

William: No pequeña, no perverso. Solo quiero que recuperemos el tiempo perdido. Besos, hermosa.

William: ¿Dónde estás?

Yo: Salón social. Reunión de élite. Sola, sin ti.

William: Hora de ir a casa, ¿no crees? Es tarde y no estoy ahí. Manda un mensaje al llegar, ya sé que solo son tres pisos abajo. Aun así, a casa.

William: Ahora.

Sonreí ante este último. No lo admitía, pero eran unos celos. Guardando el teléfono y obedeciendo órdenes. Me despedí de todos en la salita. Me detuve más de lo necesario con Lui, explicando lo que Will decía. Se veía preocupado, como si algo muy malo estaba por pasar.

Quizá algo estaba a punto de pasar. No podía ser que todo fuera tan perfecto. La vida no es perfecta. Suspirando antes de besar las dos mejillas de Lui supe que era eso. Algo estaba a segundos de salirse de control.

William

Me bajé del automóvil despidiéndome de mi padre, fue un viaje bastante cansado y solo quería llegar a mi nuevo apartamento, ver a Abbi y abrazarla por horas. Nunca pensé que uno podía volverse tan pendejo a la hora de enamorarse.

A pesar de que mi corazón estaba en Londres, mi mente estaba en cada reunión que manejamos con mi padre. La educación era un pilar muy importante en la cultura humana y, África, como una de nuestras conquistas hermanas, estábamos en la obligación de ayudarla en este campo sin mencionar que en algún momento quería que todo el mundo tuviera mejor educación.

Abrí la puerta emocionado. La verdad es que estaba muerto de deseo por ver a Abbi. Me encantaba el sabor de sus besos, de su cuerpo, su aroma, la manera en que habla exagerando los movimientos de manos, su sonrisa, su

forma de dormir recostada en mi pecho con su respiración fuerte. Era mía y quería que siempre lo fuera.

—¿Abbi? —grité. Tenía que buscarla. Mi chica llegó corriendo desde la habitación abalanzándose a mis brazos. La apreté contra mi pecho sintiendo todo su cuerpo. Inhalé el aroma de su cabello, algodón de azúcar. Me encantaba ese perfume. Tan dulce como ella.

—Me alegro de que no me extrañaras —dije con sarcasmo.

—No, para nada. Eso de extrañarte no es lo mío.

Dejando caer la maleta al piso cerré la puerta de un golpe. Tomé a Abbi por la cintura subiéndola para que ella rodeara mis caderas con sus piernas. Esto era lo que tanto me gustaba. Esta era la mejor posición. No tengo ni idea si el sexo se vuelve adictivo después de hacerlo una vez, pero no pensaba en nada más que llevarla a la cama, o tenerla en mis brazos disfrutando del placer de estar con ella. Así de marica me siento. Llevándola a la cama decidí preguntar por su vida. Hablamos todo el viaje por WhatsApp, Abbi me llenaba de fotos y yo hacía lo mismo, las mejores eran los atardeceres, absurda idea que se me ocurrió viendo un atardecer en Roma. El sol caía de manera tan limpia, llenando el ambiente de un naranja perfecto. Ese fue el momento en que me di cuenta de que me gustaría que ella estuviera junto a mí. Acompañándome en estos viajes tan extraños. Capturé la imagen en mi celular y se la mandé. No pensé lo bien que se sentiría compartir algo desde la lejanía. Y entre nosotros compartíamos el atardecer.

—¿Cómo te fue ayer?

—Bien. Te extrañé ayer, vinieron unos chicos de intercambio, franceses o italianos, la verdad es que no sé de dónde son.

Mi pequeña vivía en la luna, algo escuché de unos chicos de intercambio, pero eran alemanes, no italianos.

—¿Están para ponerme celoso?

Abbi se tapó su boca como siempre que reía. Era tan tierna cuando se lo proponía. ¿Cómo dejé que estuviera tan lejos de mí todo este tiempo?

—El chico es atractivo, pero ella —negó con la cabeza—. Si se te acerca mucho yo seré la celosa. ¡Es una modelo, Will! Muy atractiva con sus ojos celestes y cabello corto. Es muy hermosa.

Sonreí dándole un beso en la frente, nadie, ni nada iba a apartarme de su lado. Lui lo había dicho: «Entrégale tu cuerpo y estoy seguro de que le entregas tu alma. Siempre la quisiste, solo no lo admites». Así era, siempre la quise, pero... ¿cómo iba a admitirlo? Solo no me salían las palabras de la boca por más que me hubiera gustado. Tenía miedo de caer lejos, lejos de mi vida. Suspiré pasando mis manos por todo su cuerpo.

—No, pequeña, nadie en esta vida es como tú.

—¿Lo prometes? —la sonrisa de su cara se ensanchó enseñando los dientes. Le devolví la sonrisa. ¿Cómo podía decirle que no cuando me sonreía de ese modo? Era mi perdición.

—Sí, pequeña, siempre.



Esta mañana invité a Abbi a desayunar a un restaurante cerca del London Eye. Le enseñé la pulsera que le traje de Alemania. Ella la lucía como lo imaginé al momento de verla en la vitrina. Era bonita, de plata sencilla. Ella seguía insistiendo en que el collar era su cosa preferida en el mundo. Que no se lo quitaría nunca, en efecto, así había sido. Desde el momento que se lo puse en el cuello, Abbi no lo retiró ni para bañarse.

Después de pasar hora y media metidos en el gimnasio, corriendo y levantando pesas. Nos dimos un baño bastante romántico. Estar junto a ella se estaba volviendo sencillo de manejar. Como si fuéramos una persona. Quería consentirla, cuidarla y mimarla todo el tiempo. Nada podía salir mal cuando estabas tan loco por alguien.

Lui se burló como tres horas cuando le escribí que había caído en cuerpo y alma. Ella me tenía y Lui se ironizaba en todo su esplendor. Incluso Blake parecía estar satisfecho con mi *agapi*. Pero ya nada importaba, ni lo que todo el mundo pensara. Era mi felicidad la que estaba en juego.

Hoy en la noche sería la fiesta de fin de vacaciones. Ya pronto empezaríamos otra vez la Universidad. Para mi excelente suerte, Abbi estaría en el mismo campus. Solo la pasaba por un par de clases. Se quejó como toda una dama de la idea de estudiar Economía. No le gustaba esa rama, pero la política sí era lo suyo —siempre quise estudiar Comunicación o una cosa así, nunca Economía. Soy mala para los números.

—La economía es mucho más que números, Abbi, son comportamientos sociales, es el estudio de todo lo estable. Pero estaré a tu lado para ayudarte a estudiar si quieres.

Terminé de ponerme la camisa de botones negra, coloqué unos vaqueros pegados, arreglé mi cabello que —como siempre— estaba desordenado. De reojo vi a Abbi colocarse una falda corta con una blusa de encaje. Se veía adorable. Desde la primera noche que pasamos juntos, ni ella ni yo quisimos separarnos. Dormíamos juntos, como una pareja normal. Sus cosas seguían estando en su habitación, pero seguramente pronto cambiaría eso. Abbi me vio en el reflejo del espejo, sus mejillas se transformaron en dos manchas rojas. Una sonrisa apareció en sus labios antes de agregar.

—Si me vez de esa manera, Hamilton, jamás llegaremos a la reunión. Así que compórtate.

No estaba de humor para comportarme. Estaba loco por ella. Así de simple.

En el momento en que llegamos a la casa de Blake, la música estaba a reventar. Tomando a Abbi por la mano, entramos al jardín. Nunca pensé que Blake hubiera conseguido a los Darling Buds para esta noche. Sería una sorpresa para Abbi, sabía lo mucho que le gustaba y bueno, a mí también, ese grupo era increíble. De lo mejor en el Reino Unido. Quería cantarle a todo pulmón *Better Man* porque eso es lo que quería ser para ella. Quería ser el mejor.

Saludando a Paul, me senté junto a él. Connor y Ash aún no aparecían por ningún lugar. Tamara, Janine y otras tres chicas de mayor edad se sentaban en la misma salita. Fuimos por unos cocteles con Abbi, Lui estaba cerca. Su cara reflejaba miedo, o preocupación. Quizá se sentía mal. Estaba a unos pasos de preguntar cuál era el problema cuando la vi... Ameli.

Conteniendo la respiración, la observé. Tenía el cabello corto, algo totalmente nuevo en ella. El vestido que tenía puesto era extremadamente sexi. Mis manos comenzaron a temblar. Dejé caer el vaso al suelo. Haciéndose añicos y mojando los pies de Abbi. Ella gritó, pero no se dio cuenta de lo que estaba viendo o por qué solté de esa manera el cristal. ¡Santa mierda! ¿Pero qué está haciendo aquí?

Mi respiración se empezó a acelerar y perdí el control. Observé unos segundos a Abbi, sonriéndole a Ameli, como si fueran viejas amigas. Antes le regresó la sonrisa, algo estaba pasando entre ellas que no entendía.

—Ella es la chica de la que te hablé —Abbi intentó tomarme la mano, pero no pude agarrarla. Quitando su agarre de manera agresiva. Ame llegó frente a nosotros y sentí cómo toda la cordura desaparecía.

—Am... Ames —dije con la voz entrecortada—. ¿Qué haces aquí?

—Vine por ti, tontito. Eres lo mejor que me pasó en la vida, bebe. Te necesito.

Sus palabras me penetraron de tal manera que perdí más la mente. Ella me quería. ¡Vino por mí! Que me lleven las putas si la dejaba irse de mi lado. La tomé de la mano para acercarla a mi cuerpo. La abracé como nunca lo había hecho. Sentí su aroma, vainilla. Esperé tanto para estar en sus brazos otra vez. Tanto tiempo pasó sin que la sintiera junto a mí. Perdido en ella escuché a alguien decir.

—¿Estás bien? —era Lui, ¿pero cómo no iba a estarlo? Finalmente, la tenía para mí.

—¿Ames es Ameli? —la voz entrecortada de Abbi me trajo al mundo. ¡Mierda, Abbi!

—Debí decírtelo, Abbi.

Solté a Ames para ver a Abbi con los ojos llorosos. Se estaba conteniendo de una manera que jamás pensé que lo haría. Me sentía mal por haber reaccionado de esa manera frente a ella. No se lo merecía. Quería consolarla, pero... no podía soltar a Ames, no ahora. Negué con la cabeza sintiendo que mi mundo se iba a la mierda. ¿Qué diablos estoy haciendo?

—Abigail, lo siento... —dije sin saber qué más decir. Ella me dio una sonrisa que no sentía antes de agregar.

—Ningún problema. Lo entiendo. Ames es hermosa. Te lo dije hoy en la mañana —su mirada cambió de dirección a Ames—. ¿Cómo te fue en la embajada?

—Excelente. Abbi, lo siento, no tenía idea de que compartíamos a William.

—No, tranquila. Nunca compartimos nada. No se puede compartir algo que jamás te perteneció y William jamás fue mío. Ahora lo sé. Me disculpan, tengo que ir al baño. Ahora regreso.

La vi alejarse por el bulto de gente. Iba secándose las mejillas. Estaba llorando, pero como soy tan idiota, seguía sin reaccionar. Abbi me necesitaba

y yo solo no podía. No podía obligarme a ir tras ella. Estaba muerto al lado de Ameli. Esto no podía estar peor.

Problème

Abbi

Secando las lágrimas de mis ojos, decidí que era tiempo de avanzar. Sabía que si ella regresaba todo se habría acabado. Vi muchos de los mensajes que ella le mandaba, pero poco a poco, él dejó de contestar. Quizá por eso estaba aquí. Ella quería luchar, me lo dijo ayer, pero... ¿acaso ella sabía quién era yo? Esperaba que no lo supiera. No quería sentirme como una estúpida frente a ella. No tengo ni idea de cómo no la reconocí, en las fotos de William se veía tan distinta. Con su cabello largo hasta la cintura.

Compuse mi maquillaje cuando una chica entró al baño de ramplón. Me observó unos minutos y supe que estaba borracha. Soltó un bufido antes de meterse al baño tambaleándose. Recordaba haberla visto antes en las fiestas, pero nunca hablado con ella. La observé al salir después de echar agua. Finalmente, preguntó.

—¿Tú eres la prometida de Will-Idiota-Hamilton?

Asentí con la cabeza. No tenía ni idea de cómo reaccionar. La chica se lavó las manos salpicando todo el mueble y el espejo. Su cabello rubio cenizo me recordaba a la muñeca Barbie. Pero sus curvas eran demasiado marcadas para parecer una. Sin mencionar los mechones azules en su cabello.

—Siento lástima por ti, cariño. No malinterpretes, pero no soy de las que levantan carteles para tener la atención de William. No podría, a pesar de que mi maldito *agapi* es su mejor amigo.

¿Lui? Lui no tenía prometida. No aún, sus padres le estaban dando un rango más alto de edad por alguna razón. Negué con la cabeza sintiéndome muy confundida. Quizá solamente no lo sabía. Ni me di por enterada.

—No Lui —dijo cargada de risa—. El idiota de Blake. Tenemos una relación bastante... especial. Yo no lo molesto y él tampoco lo hace. Mutuo acuerdo.

—Sí, bueno. Al parecer ese es mi destino también —dije soltando un suspiro. Mi vida estaba a punto de irse a la mierda. Podía sentirlo.

—Lo entiendo, vi a Ameli. Esa perra es de lo peor. Nunca entendimos muchas qué hace Will con ella. Si no ha besado a toda la élite inglesa es un milagro. ¿Vienes? No voy a dejarte sola. Tú necesitas un trago y yo tengo ganas de dártelo. Ven, vamos.

Salimos del baño caminando en dirección a su sala. No quería verlo, pero se cruzó en mi camino. Ameli hablaba muy entusiasmada y William la veía de la manera que siempre quise que me viera. Con ojos de amor. Mierda, en verdad la amaba o al menos eso aparentaba, algo que no pasaba conmigo.

Nos sentamos en la salita, Coralia me presentó a su hermano y a su primo menor. Dos chicos muy apuestos. Parecidos a ella con excepción del cabello, ninguno lo tenía teñido como ella claro está.

—¿Quién es ella? —preguntó alguien a mi espalda. Me sentí amenazada por un minuto como si la persona que estaba detrás de nosotros no se sintiera cómodo teniéndome en su mesa. Me di la vuelta para ver a un chico de cabello rubio y ojos de muerte. Una mezcla de gris con azul. Su camisa resaltaba por los músculos y mi respiración quedo tan parada que pensé que me daría un ataque.

—¡Harry! —gritó la chica—. Conoce a Abbi. Ella es...

—Sé quién es. Él idiota de su prometido no es mi favorito en la puta élite —me tendió una mano—. Harry Woodgate.

Le tendí la mano sintiendo una oleada de calor, sensación bastante hipnótica. Deliciosamente increíble. Tomando asiento junto a mí, dejé que Coralia me sirviera una ronda de solo Dios sabe qué. Era fuerte y el sabor a alcohol se sentía en todo su esplendor. En cualquier otro momento lo hubiera escupido y pedido un Martini o alguna bebida más suave, pero en este caso estaba más que segura de que necesitaba este trago. Tomé mi celular tomándole una foto para hacer un poco de *show* en redes sociales, nunca fui de esas que tenían que demostrar que se la pasaban bien en redes, pero en este caso era de ese modo.

Una hora después, no dejaba de gritar. Los Darling Buds estaban por comenzar. Nunca pensé que pudiera estar tan emocionada por algo cuando tenía el corazón roto. Tomé el tequila que Harry me estaba dando. Había dejado de pensar en William. Efecto del alcohol o no, me sentía libre y feliz.

Por primera vez desde que estoy de vuelta en Londres, dejé de fingir que me importaba todo y me dediqué a disfrutar mi vida dejando de encajar en una élite.

Coralia era distinta a las demás chicas, era como Mary y eso me gustaba. Harry no era el típico chico plástico como William. Lancelot y Volt eran exactos a sus primos. Nunca conocí a los Woodgate, solo sabía que eran los rebeldes. Harry Woodgate declaró a sus padres que no se casaría con nadie de la élite, claro que sus padres lo mandaron al diablo diciendo que era su deber como heredero del nombre real. Ellos eran lores muy importantes, no podían simplemente lavarse las manos y romper el linaje, eso hasta yo lo comprendía.

—Ven, te presento a mis amigos —dijo señalando al grupo—. Son idiotas, pero buenos chicos.

Harry me tomó de la mano llevándome hasta el frente donde estaba Roland afinando su instrumento. Al verlo no pude evitarlo. Pegué de gritos como loca aclamando su atención. El chico giró su cara para ver quién armaba tanto bullicio. Con una mano tomé el hombro de Harry indicándole que ahí parado estaba Roland. No es como si no lo supiera, pero yo estaba famélica delante de ellos.

—¿Una fan dentro de la élite? —no me lo preguntaba a mí, pero sí a Harry. Él solo se encogió de hombros.

—Es de mi equipo —sonrió—. Abbi, este es Roland, aunque ya captamos que lo conoces. Y Roland, esta es Abigail... Ammm, lo siento, cariño, olvidé tu apellido.

—Déjalo con Abbi, está bien. Dios, puedes cambiarme el nombre, apellido y linaje real si el tipo baja a saludarme —volví a gritar como loca. Iba a parar asustando a todos, tenía que calmarme.

—Más tarde, ellos se quedan a la fiesta conmigo. Como te digo, son amigos. El idiota de Blake me pidió que les hablara para esta noche.

Le di una sonrisa tierna. Este chico que parecía ser muy malo tenía un corazón debajo de toda la planta de chico malo o al menos eso parecía. Coralia llegó corriendo con unos vasos altos. No tenía ni idea de qué era, pero el sabor era fantástico. Tomé un trago dejando que Harry me tomara por la cintura. Estaba segura de que intentaba seducirme. Por momentos tocaba puntos de mi cuerpo que mandaban señales de advertencia. En el momento en

que Jamie apareció en el escenario yo estaba en la perdición. Gritando de emoción, perdida en la música. Canté canción tras canción. Desde *Where did all my Friends go* hasta *Waiting*.

Bailé como una maniaca acompañada de Harry que seguía con sus intentos de seducción más fuertes que antes. Esta vez lo dejé que besara mi cuello. El chico sabía lo que estaba haciendo y eso era excitante. Una de mis canciones favoritas empezó a sonar, levantando las manos para cantarla al mismo tiempo que Jamie sacaba los acordes afinados de su voz, alguien me tomó del brazo regresándome a la realidad. William estaba parado frente a mí, con los ojos concentrados en mis caderas, donde las manos de Harry reposaban con toda tranquilidad. Ignorándolo me giré una vez más a la música.

—¿Pero qué diablos Abigail?!

—Vete con Ameli, sinceramente ahora no puedo verte.

—¿Algún problema? —Harry interrumpió jalándome más a su lado.

—Este idiota me está arruinando una buena canción —dije concentrando mi atención en la banda.

—Ya la escuchaste, déjala tranquila.

—Abbi, esa es nuestra canción —dijo desesperado. Me encogí de hombros. Era la favorita de los dos, pero, aun así, no quería decir que fuera nuestra.

—Tú y yo no tenemos nada, ni canción, ni relación. Aquí no hay nada, William, vete. Por favor.

Negando con la cabeza vi cómo Ameli se acercaba a él. Al momento de tomar su mano, William suavizó sus expresiones volteando a ver a esa chica que me quitaba mis sueños. Su vista cambió completamente regresándolo al mundo real. Sin más que decir, William se alejó de mí, como si nunca hubiera venido a reclamarme nada.

¿Qué diablos había sido eso?

Harry me apretó la cintura con más fuerza enviándome olas de calor por todos lados, besó mi mejilla y se alejó por la parte trasera del escenario. Minutos más tarde reapareció en el escenario con una guitarra blanca. Cora gritó como loca, animando a su hermano. Yo no me quedé atrás gritando como toda una buena fan de cinco minutos.

Parecía esas idiotas que en menos de cinco minutos eran fanes de toda la vida.

Jamie comenzó a cantar siendo acompañado por Harry que ayudaba en los coros. Las dos voces sonaban melodiosas. Cantando *Stay with me*, bailando y gritándole a Harry, sentí que todo mi mundo era una canción. El vacío se formó antes de que me diera cuenta. Quería dedicarle esa canción a William, quería gritarle que se quedara conmigo, que no se apartara. Quería gritarle que lo amaba. Que siempre había sido él. Pero era imposible. Ameli iba primero. Siempre fue ella. Le quité la botella de la mano a Coralia dándole un trago interminable. La náusea se hizo presente de manera inminente. Antes de intentar salir corriendo al baño, Harry bajó de un salto del escenario. Vi cómo le daba una mala mirada a alguien, tomando mi cara en sus manos, sin previo aviso me besó. No pude reaccionar de lo que estaba pasando. Los vítores, gemidos celosos y varios «uuuu» y «aaaa» se corrieron en el lugar.

Quizá a Will no le importara lo que estaba pasando. Pero Harry me hizo sentir como si valiera algo. Como si aún fuera alguien. Todo lo mal que pude haber sentido desapareció con un simple gesto. Ya nada importaba. Estaba borracha, lastimada y ardiendo por otro hombre.

William

Ameli intentó tomar mi mano otra vez, la había dejado porque esa era mi costumbre. Siempre la dejaba manipularme. Observé cómo Harry brincaba del escenario. ¡Maldito engreído! Siempre hizo de las suyas en la Academia. No nos llevábamos bien, al menos ahora. Se acercó a Abbi dándole un largo beso en los labios. Perdí mi cordura en ese preciso momento. Tomándome el pecho sentí cómo todo se iba a la mierda. Ames la observó gritando un «Eso es Abbi». Quería matar a Ames por decir ese nivel de estupidez. ¿Vamos Abbi? Pero qué diablos.

Desviando la mirada me encontré con Lui, me observaba de brazos cruzados. Estaba seguro de que se preguntaba qué diablos hacía parado mientras ese imbécil me quitaba a mi chica, también estoy seguro de que se preguntó qué hago de la mano de Ames.

—Buen trabajo, campeón, lograste que el rompecorazones te robe a tu chica. Te iba a decir que teníamos que cuidar a Abbi de ese imbécil, pero... Bueno, tú ya rompiste su corazón, ¿qué más da?

—No le rompí... ¡Mierda! Tienes que traerla. No voy a dejarla con... — moví la mano en dirección al espectáculo de besos. ¿Por qué carajos no la suelta?— él. No la quiero cerca de él.

—No la quieres cerca de nadie más, pero aquí estás junto a... ella —señaló a Ames.

—Ames es mi debilidad —dije sintiendo cómo mi mundo se contraía. En cierto punto era verdad. Ames era la debilidad más grande que tenía. Todo mi mundo giraba alrededor de ella. En cierto punto, eso era lo único que conocía. No estaba acostumbrado a nada más. Ella era la única relación que había tenido.

—No —negó con la cabeza—. Tú has visto a Ames besar a media élite. La has encontrado teniendo sexo con Jordan. Siempre la perdonas, no porque sea tu debilidad. Es por miedo, William, y creo que es hora de que dejes de tener miedo y enfrentes tu realidad. Abbi es tu realidad, no ella.

Sí, había visto a Ameli pasarse por todas las personas. Recuerdo que intenté que me doliera esa reacción de mi chica. Pero la verdad es que no dolía. Tampoco me sorprendía que ella estuviera con otros. Aun así, me aterraba perderla. Tenía miedo de perder lo único en esta vida que me había amado. Creí que era de esos chicos destinado a la soledad eterna. Sinceramente, qué autoestima más baja.

—Lamento mucho que regresara —dijo viendo en dirección a Abbi y Harry. Nunca pensé que tendría que volver a verlo, menos que se vengara de mí de esa manera—. Pensé que lo había superado, pero... Bueno, la gente cambia.

—Déjalo estar, no quiero saber nada de él.

Estaba enojado por toda esta situación. Abbi se estaba tambaleando, borracha y era bastante obvio. Se sostenía de Harry mientras él le daba otra ronda *shots* que ella se empinaba sin preguntar qué era. Esto no iba a parar en nada bueno. La mirada de Harry se cruzó con la mía. Dándole un beso en los labios a Abbi, regresó su atención a mí. Lo estaba haciendo a propósito. De todas las personas en la élite, él era el único que sabía qué significaba Abbi para mí.

—Lui. ¿Te recuerdas cuando cometí el error con Harry? —pregunté.

—A todo loco le llega su día. ¿Se está vengando?

—Y lo está haciendo de maravilla.

—Sabes que Harry va a luchar para verte caer de rodillas y no dudo que lo va a lograr. Así como tú lo dejaste a él. Es karma, hermano.

Negué con la cabeza. No era ningún karma, era venganza pura. Se iba a vengar y yo tenía que aceptarlo. Lo único que no podía aceptar era lo que Abbi iba a tener que pasar por mi culpa. Una culpa que cargaba de tiempo atrás. Algo que me había hecho cambiar quien realmente era.

—¿Me llevas a tu casa? —preguntó Ameli con los ojos radiantes, como si suplicara mi atención. Había tenido un momento de debilidad con ella, uno que me costó mi relación con Abbi. No es que no quisiera a Ame, la quería. Pero algo en mi interior me gritaba que esto no era correcto, ella no era correcta.

—No, Ames, no lo creo —solté su mano alejándola de mi lado. No había venido conmigo, por lo que no debía regresarla a su casa. Tampoco quería estar con ella. Abbi me necesitaba—. Mi *agapi* me necesita, está muy borracha y... Bueno, siento que es mi responsabilidad cuidar de ella. Te hablo mañana, quizá, ¿un café?

—Pues ella parece estar muy bien con Harry, no te necesita.

—¿Dejar que se aproveche de ella? ¿Estás loca? Ames, voy a casarme con esa mujer. Tengo que cuidar su reputación.

—No quieres que alguien más le rompa el corazón, pero tú, William —dijo con su acento francés—, ya lo has hecho. Toma eso, querido, te veo mañana. Pasa por mí a las tres de la tarde.

Dándome un beso en los labios —que no se sintió correcto— salió de mi vista camino a la salida. Suspiré acercándome a Harry y a Coralia. Abbi aún cantaba las canciones de los Darling Buds y los chicos del grupo la acompañaban. Su sueño de conocerlos se hacía realidad y ella no recordaría nada.

¡Vaya sorpresa!

Harry nunca venía a estas cosas, era obvio que su Cora lo había persuadido a venir. Sin mencionar que era amigo de los chicos del grupo. Le di una mirada a Lui, estaba ocupado con una chica. Sonreí por verlo otra vez tan estable. Estaba mejorando y eso me gustaba. Blake me lanzó una mala mirada

al momento de captar a donde me dirigía, las cosas no podían salir bien en una plática con Harry. Pero no iba a hablar, solo me llevaría a Abbi a casa.

Acercándome vi cómo Cora me veía con los ojos muy abiertos. Nunca le agradé a ella, a ninguno de los Woodgate, a decir verdad, excepto a Harry en la época victoriana años atrás cuando aceptábamos que éramos compatibles. Tomé a Abbi de la mano jalándola a mi lado, viendo cómo perdía el equilibrio.

Esto no iba a ser sencillo. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, la tomé como costal en el hombro y la empecé a sacar. Abbi gritaba como loca, pegando patadas.

—¡Bájame, Hamilton! Harry —su voz no era nada coordinada—, dile que... Dile que me dé un trago o más alcohol. Bájame, idiota, puedo caminar.

—¿Acabas de llamarme idiota, Abigail?

—Sí, te llamé idiota, ahora bájame que voy a vomitar. Me estoy mareando.

—Creo que te dijo que la bajes, William.

La voz de Harry me dejó completamente estático. No podía manejar esto, no iba a poder verlo a la cara y no recordar lo sucedido. Bajé a Abbi que se tambaleó unos minutos antes de tomarse el estómago como si realmente fuera a vomitar.

—Déjala, yo la llevo a casa. Mañana quizá, cuando pueda decirme dónde vive —sonrió—. ¿No deberías de estar con Ames? Vino desde París solo por ti. ¿No es así?

—Me importa una mierda, Abbi se va a casa conmigo.

—Los dos sabemos que Abbi sí te importa, siempre fue de ese modo. Aun así, Hamilton, dejaste que la gente la tratara mal y se burlara de ella, tal y como pasó conmigo, ¿no es así?

Recordar las cosas del pasado no me hacían sentir orgulloso, siempre fue mi maldito arrepentimiento. Abbi y Harry, dos personas que no acepté en un pasado por el qué dirán. Negué con la cabeza viendo a Harry a los ojos.

—Harry, yo...

De pronto el sonido de vómito a unos pasos de mí. Volteé a ver a Abbi completamente descompuesta, mis zapatos manchados y todo su vestido si vale la pena decirlo. Era un asco total, pero estaba tan acostumbrado al

vómito para este momento que no sentí absolutamente nada más que la necesidad de limpiarla y decirle que todo iba a estar bien.

—Tú la moviste de más, William, es tu responsabilidad. Dile que la llamo mañana.

Dando media vuelta, Harry regresó con sus amigos. Tomé a Abbi para sostenerle el cabello para que sacara lo que tenía en el estómago. La subí a mi hombro una vez más sin importarme qué tan manchada estaba y la llevé a casa. Necesitaba limpiarla.

Un nouveau Changement

Abbi

Es ese momento en el que no quieres abrir los ojos. Los sientes tan pesados que sabes que seguramente al abrirlos te vas a sentir mal... Muy, muy mal. No solo es la goma moral que tendré en breve, porque sé que tendré una enorme, es también la goma física que es inevitable.

Abrí un ojo primero captando la cortina de la bañera, luego el azulejo blanco del baño. ¿Qué diablos hago en el baño? Intenté dar una revisada más a lo poco que podía ver antes de intentar sentarme de un solo. No pude.

Me tomé con fuerza la cabeza como si eso fuera a evitar marearme. Necesitaba aire y agua desesperadamente. Respiré suavemente antes de ponerme a observar todo a mi alrededor una vez más atando cabos de qué pasó ayer. Las piernas desnudas fueron lo primero que captó mi atención, la camisa de William era lo único que tapaba mi cuerpo. Contuve la respiración. William estaba sin camisa y temí lo peor. ¿Me acosté con William estando enojada? ¡Carajo! Se suponía que lo haría sufrir, no que iba a acostarme con él. Maldije en lo bajo captando la mirada de sorpresa de mi Will.

—No es lo que crees, Abbi, no pasó nada. Solo estabas... mal —dijo ayudándome a pararme.

—¿Qué pasó aquí? —es aquí donde empiezas a hacer preguntas estúpidas para justificar lo que hiciste, muy internamente sabemos que vomité como loca y me puse mal por tanto alcohol.

—Te sentías un poco mal, quizá algo que comiste. No lo sé.

Su mirada era triste y sabía que mentía. No era algo que comí, era todo el alcohol que tomé. Incluso el aroma que salía de mi cuerpo era espeluznante. William estaba cubriéndome para no hacerme quedar mal, no tenía por qué hacerlo, estaba dispuesta a cargar con la responsabilidad de mis acciones. ¡Qué vergüenza! Había vomitado todo. Tapándome la cara le pedí a William que saliera de su baño. ¿No pudo llevarme al mío?

—Déjalo, llamé a alguien para que...

—Puedo limpiar mi propio relajo, William.

Su cara estaba pálida, como si algo le preocupara. Tomé fragmentos de la noche anterior. Ameli regresó de París y él la había elegido a ella. Yo iba en segundo, o en tercero. Ya no sé si voy en algún lugar. Tomándome el pecho sentí el vacío que tanto temía.

—Está bien, Abbi, de verdad llamé a alguien para que viniera a limpiar.

—¡William! —grité sintiendo las lágrimas acumularse—. No quiero nada de ti. ¿Qué no entiendes?

—Sí, lo entiendo y lo lamento.

—No lamentes nada, solo vete. Déjame sola.

Era la vergüenza de no recordar qué hice ayer, o al menos recordar fragmentos disparatados de las cosas que hice. Respiré sabiendo que William mostraba cierto afecto hacia mí, pero, ¡Dios! Quería que me dijera que solo estaba yo en el mundo y no Ameli.

Eso no iba a pasar.

Limpiar el baño cuando tenías aún efectos horribles en tu cuerpo era una lata. Por suerte, William le pidió a la señora Jonifer que viniera a limpiar y de una vez me dejó hecha sopa. Ella creía que estaba enferma y yo no era quién para discutir lo contrario por lo que me pasé toda la mañana y medio día en cama.

Reviví a eso de las cinco, conecté mi teléfono al cargador y los mensajes comenzaron a entrar.

Cora: ¿Llegaste bien? Comunícate conmigo.

Cora: Harry casi le arranca la cabeza a William, fue muy gracioso.

Sexi: La cita es a las siete, paso por ti.

¿Quién era sexi? Sabía quién era Cora, pero ni una idea de quién era el otro. Pensé en Harry, pero no recuerdo haberle pedido el número o dado el mío. Observando el mensaje, decidí contestar.

Yo: ¿Quién es?

Sexi: ¿Cómo que quién soy? Eso dolió, cariño. Dejamos cosas pendientes anoche. ¿Paso por ti?

¡Harry! ¡Era Harry!

Mi corazón iba a mil en palpitación. Más de lo que me gustaría que palpitara en estos momentos porque iba a volver a marearme.

Yo: Apartamentos St. Paul Royal. Te espero.

Corrí a mi habitación para cambiarme. Unos vaqueros pegados de cintura baja. Busqué una blusa ajustada con mucho escote. Coloqué un sujetador levanta bubis. Intenté hacer milagros con mi cabello, era un desastre como de costumbre. Decidí hacerme una trenza, peinando el fleco de manera que caía en mi cara. Coloqué la chaqueta de cuero y esperé a que llegara por mí.

¿Emoción? Sí, definitivamente estaba emocionada.

Los días pasaron y esto se convirtió en un reto personal. William no iba a admitirlo nunca, pero sabía que le enojaba que estuviera con Harry, ni idea de qué había pasado, pero amaba saber que William se ponía como gato encerrado cada vez que me veía hablando con él.

Mis padres y los padres de William están mucho más tranquilos creyendo que nuestra relación va viento en popa, así que todos los medios y los adultos creen que nuestro acuerdo matrimonial fue todo un éxito político. ¿Qué patético es eso? Creer que nosotros somos compatibles. Por favor, hasta los perros y gatos se llevan mejor que nosotros.

Ameli seguía en el Reino Unido pasándose a mi novio, *agapi* o futura expareja, sea lo que sea William en mi vida y en mi futuro. Cerré los ojos unos minutos para poder respirar con libertad. Esto iba a ser un tormento monumental, el saber qué iba a pasar en un futuro porque feliz no estaba por toda esta situación a pesar de que Harry era un bombón de fresa con crema. ¿Lo bueno? Nunca lo vi besar a Ames frente a mí y yo intenté mantenerme alejada de los labios de Harry, no quería ir de besucona, solo quería darle celos a Will. Harry es el chico del cual te enamoras, dejas que rompa tu corazón y luego avanzas a pasos de gigante, aun así, eso no pasaría, pues no estaba enamorada ni en proceso de estarlo.

Tiré toda la ropa de William y mía al suelo, dividiéndola en color blanco, negra y color. La señora de la limpieza se enfermó desde hace una semana y me tiene como loca el no tener la ropa limpia. Ayer limpié la casa, la cocina y los cuartos. Hoy tocaba la ropa y William sacaría la basura. Decidimos ser un poco normales y dividirnos las tareas de la casa por una semana en lo que Keyla se recuperaba.

Escuché la risa de Ameli viniendo de la sala. La sangre hirvió en mis venas.

Esto no era lo que necesitaba, ver la cara de esa mona de la selva. Siguiendo con mi trabajo de ama de casa, me tiré al suelo a dividir todo, tomando mi teléfono para poner música y alejarme de toda la risa que venía de afuera. De pronto la puerta se abre revelando a una Ameli muy sonriente, que me parta un puto rayo.

—Ups, lo lamento —dijo Ames—. Solo venía a buscar un trapo. Derramé el café en la sala de William. ¿Me lo pasas? —señaló los utensilios de limpieza—. O quizá quieres venirlo a limpiar tú. Mis manos se secan con el líquido, igual, ¿para eso estás aquí? ¿Verdad?

Maldita perra, se estaba buscando que la arrastrara por todo el apartamento llevándomela a las afueras de St. Paul Royal. Quería arrancarle mechón tras mechón hasta dejarla rogando por mi perdón. No lo hice. Por mi lado, no era una violenta nata. Prefería las peleas verbales.

—Sí, a esto me dedico —dije señalando el trapo—. Pero si lo quieres, tómalo por tu cuenta. No estoy de humor para uñas rotas o piel seca. Me vale una mierda lo que le pasen a tus manos.

—¿Lavas la ropa? —soltó una carcajada viendo la pila de ropa sucia—. No me sorprende que puedas hacerlo, de élite no tienes nada. Al menos William se podrá ahorrar a la señora de la limpieza.

—Así es, Ames, al menos no soy una niña mimada que tiene todo a sus pies —sonreí de una manera dulce—. Al menos sirvo para algo.

La que sentía lástima por ella era yo, todo este tiempo intentando insultarme solo porque podía hacer algo que ella no, eso solo demostraba mi capacidad de ser mejor que ella y en este momento había aumentado mi autoestima un 50 %. Capacidad intelectual de Abbi, más uno. Capacidad intelectual de Ameli, menos uno.

William apareció atrás de Ames, quedándose petrificado cuando me vio parada frente a ellos con toda la ropa tirada alrededor. Me observó con esos ojos cielo que tanto me gustaban. Vamos, Abigail, tranquiliza ese corazón que parece conejo drogado en época de calor intenso. Subí la mirada desafiante porque era lo único que quedaba, no demostrar debilidad ante nada ni nadie, menos ante esta perra.

Ames le informó a William de la mancha de café antes de desaparecer otra vez por la puerta. Agradecí mentalmente a los dioses por sacarla de mi vista.

De seguro paro en el infierno por los pensamientos tan impropios que tengo de ella.

—¿Lavas la ropa? Me alegra saber que estás cumpliendo con tu parte del trato —dijo con una sonrisa—. Me sorprende que sepas lavar la ropa.

—Sí. ¿Algún problema? Sé lavar la maldita ropa. No es algo complicado. Ahora, vete a limpiar la puta mancha que hizo tu chica antes de que de verdad quede manchada la madera —le tiré el trapo en la cara. William lo atrapó con una mano. Me dio una sonrisa divertida.

—Te ves sexi cuando te enojas, Abbi. No estaba discutiendo tus habilidades de limpieza, solo iba a decir gracias. Veo que tienes mi ropa ahí —señaló el bulto—. Así que... Gracias.

Claro, Hamilton —dije mentalmente—. Lavaré tu ropa y la dejaré perfecta.

Tomé la ropa blanca exclusivamente suya, le metí una playera naranja que tenía en las de color y la puse a trabajar. No era ninguna ciencia, pero sabía que eso no se podía hacer. Lo mejor del caso, me lo estaba disfrutando.

Planché y doblé la ropa, viendo cómo el color blanco había sido remplazado por un naranja suave. El naranja no era precisamente el color de William, pero ese no era mi problema. Dando saltitos llegué de regreso a la sala, viendo a Will acostado en el sillón con cara de cansado o desesperado, quién sabe y quiero que no me importe, pero en realidad quiero preguntar qué diablos tiene.

—¿Terminaste la ropa? ¿Necesitas ayuda? —William me observaba desde el sillón, ese sillón que muchas veces nos vio en momentos románticos. Sonreí con tristeza.

—Todo bajo control —sonreí viendo un rayo de esperanza en esta plática.

—Bien —William se acomodó de nuevo ignorándome por completo una vez más.

Su cabello era un desastre —como de costumbre—, le caía de manera muy sexi. Observé el atardecer viendo cómo la vida pasaba delante de mí. Cómo las cosas pueden cambiar en tan poco tiempo, más cuando pierdes el amor y la esperanza que tienes por dentro. Cada día, en cada atardecer, veía mi mundo irse poco a poco.

Quizá eran las hormonas de mi periodo, que por cierto estaban en su máximo esplendor, o el dolor que sentía por dentro era por la pérdida del

hombre de mi vida. De mi boca salió un maldito suspiro que captó la atención de William. Él giró para verme con preocupación, a la mierda con esto.

Caminé de regreso a mi habitación cerrando con llave. Unos golpes en la puerta me llamaron la atención, sabía que era William, pero no podía enfrentarlo. No ahora.

—Abbi. ¿Qué pasa? —dijo William al otro lado, sonando preocupado—. Vamos, peque, abre la puerta. No me hagas tirarla a la mierda.

—Ahora no, Will —mi voz temblaba como nunca antes—. Solo vete, por favor.

—No voy a irme a ningún lado. Tú y yo tenemos que hablar.

—No hoy, por favor.

Después de soltar un «está bien» se alejó de mi puerta. No podía hablarle. ¿Qué iba a decirle? No era como si le pudiera explicar que esto de no hablarnos y no tener ningún tipo de relación me estaba matando. Ya no fingíamos incluso ser amigos. Ninguno intentaba llegar a más y, definitivamente, ninguno creaba ilusiones acerca del otro. Esto se había acabado.

William

Hay cosas que no entiendo en la vida, una de ellas es la capacidad del hombre de meter la pata en cada momento de la vida. En estos momentos estaba sorprendido de mi capacidad de idiotez. Vi a Ames hablar como loca en el asiento del copiloto quejándose de la vida y de las circunstancias. ¡Qué persona más negativa! ¿Qué acaso no podía simplemente callarse?

Antes, Ames era lo mejor de mi vida, la quería y la soportaba sin importar qué. Ahora solo quiero sacar un tapabocas, ponérselo y mandarla de regreso a su país.

Llegamos al Little Coffee Shop, café exclusivo para las personas de la élite. Era *high class*. Una de esas cafeterías en las que te encontrabas a toda persona famosa. Era pequeño, acogedor. De pisos de madera pulidos a la perfección, sillas estilo *vintage* y mesitas pequeñas redondas que adornaban

el lugar. La decoración multicolor de puertas de madera le daban un estilo bastante bonito, me gustaba este lugar.

Pedí dos *lattes* tal y como a ella le gustaban. Ni siquiera era mi gusto en café, además, prefería chocolate, siempre preferí el chocolate caliente por su sabor. Vi a Ames seguir hablando de trivialidades ajenas a mi sistema, ni siquiera estaba poniéndole atención a lo que decía.

Mandaría a volar a Ames hoy y me quedaría con Abbi, no soportaba escucharla hablar mal de ella, insultarla o denigrar por cómo era. Abbi era dulce y como mi futura esposa debía trabajar para hacerla sentir mejor. Las cosas cambian de manera tan rápida que no nos damos cuenta cuando pasa, en mi caso mi vida estaba patas arriba.

—Ames, ¿sabes que te tengo cariño? —sí, esto no iba a ser fácil.

—Nosotros nos amamos desesperadamente, no nos tenemos cariño, William.

¿Amor? Sí, claro que era amor puro como el amor que se mira en los libros. Sí, claro. Esto no era más que un engaño que creamos nosotros años atrás. Recordé la época en la que me empezó a gustar, con su cabello largo y definido, sus grandes ojos, sus botas y chaqueta larga. Ella se volvió mi obsesión visual, a pesar de que no sentía nada por ella.

—Ames, no puedo seguir con eso. Tengo que continuar con mi vida y Abbi... Voy a casarme con ella, quiero valorarla, cuidarla y...

—Entiendo perfectamente. Entonces supongo que esto se acabó.

—¿Lo entiendes? —la veía con los ojos muy abiertos. Eso había sido demasiado fácil.

—Sí, todo bien. ¿Esa no es Abbi? —señaló a la entrada del café. ¡Maldita sarcástica!

Y no mentía. Esa era Abbi con Harry. Tenían una semana de no salir juntos por lo que pensé que las cosas habían valido madres, pero me están demostrando lo contrario. Le di una mala mirada a Ames antes de regresar mi atención al puto *latte* que detestaba, estaba ardiendo de celos y no era ningún secreto. En todo el puto mundo. ¡¿Por qué con él?! De todo, ¿por qué él?

—Sí, bueno. ¿Quieres un pedazo de pastel de chocolate? —tenía que cambiar el tema o desviarlo. Cualquiera de las dos funcionaría a la perfección.

—¡Asqueroso! No, esa cosa engorda. No querrás tener una mujer gorda — me quedé viendo su reacción. Definitivamente, esto no era lo que quería. Quería pedir un pedazo de pastel de chocolate y disfrutarlo con alguien que no le importara las calorías. Puse los ojos en blanco antes de girar para ver a Abbi.

Harry le sirvió una taza de algo caliente y para mi sorpresa, pastel de chocolate. Esto tiene que ser una broma. Tomó un pedazo con su tenedor clavando su mirada en la mía, le dio un bocado bastante provocador antes de darme un guiño de ojo. Recuperarla me iba a costar todo el maldito pastel de chocolate del mundo. Eso era seguro.



En casa me dediqué a arreglar las cosas, si quería recuperarla no sería con Ames cerca. Ella seguía viniendo a casa sin invitación, había sido clara con ella y la había sacado o cerrado la puerta un par de veces. Necesitaba tenerla lejos para que Abbi entendiera que ella era la única mujer en mi vida.

¿Lo malo? No existía comunicación entre nosotros. Bien dicen que la base de una relación es comunicación y yo no tenía nada de eso con Abbi, al contrario, era un desastre puro en el que yo atacaba y Abbi atacaba de regreso.

Ni hablemos de la tensión sexual que se siente en la casa, Abbi intentaba lucir más sensual solo para estar en casa usando *shorts* pequeños y blusas de tirantes. Yo por el contrario me paseaba en la casa sin camisa apretándole más al gimnasio para marcar más los músculos. El gimnasio es lo que más disfruto en estos momentos, Lui va cuando se siente bien, lo cual no es todo el tiempo, aun así, intentaba aprovechar mi tiempo con él ahora que había decidido no jugar el mismo juego que Abbi estaba jugando.

Vi cómo el atardecer caía de forma limpia y perfecta. Tomé una fotografía enviándosela después de dos semanas de no enviarle nada. Con esto le daría la pauta para hacer las paces. Ordené comida al restaurante de abajo. Comida china, ya que era de nuestras favoritas. Pedí pollo a la naranja, sabía que era lo que siempre pedía. Coloqué el plato de Abbi junto al mío. Fui a su habitación y toqué. No era mi costumbre hacer esto para ninguna mujer, pero Abbi parecía el tipo de chica que lo merecía. Quería que habláramos, cenáramos. Teníamos que arreglar toda esta porquería.

—Abbi —dije después de tocar su puerta.

—Sí, ahora voy —gritó de regreso. Eso había sido fácil. Sonreí ante la idea de que, finalmente, hablaríamos. Realmente lo necesitábamos. Corrí de vuelta al comedor para prender las velas. Observé la mesa y sonreí satisfecho. Sí, esto arreglaría todo.

La puerta sonó y fruncí el ceño. ¿Quién diablos viene a interrumpir mi cena? Abrí la puerta dispuesto a mandar a la mierda a cualquiera, este era mi momento con Abbi. Cabello rubio de 1.80 de alto. Esto tiene que ser una broma.

—¿Qué quieres? —le pregunté a Harry.

—De ti, nada. Vengo por Abbi, saldremos a cenar. ¿Esperas a alguien? —señaló mi mesa montada.

—Sí, espero a alguien —pero qué mentira. No iba a admitirle a este idiota que esto era para Abbi. Me sentí traicionado, con un vacío pavoroso en el estómago. Me obligué a sonreír, no quedaba nada más que hacer.

Abbi salió de la habitación con un vestido corto, medias negras y ese espectacular saco largo que usaba. Contuve la respiración. Se veía hermosa. Me gustaría decir que se arregló para mí, pero la verdad era que no. No lo hizo para mí. Abigail observó la mesa frunciendo el ceño. De seguro está pensando en que tengo alguna invitada al igual que este cabrón.

—Bueno saber que no voy a estar para interrumpir tu cena. ¡Que la disfrutes! —dijo agitando su mano antes de cerrar la puerta. Me quedé unos minutos observando la puerta. Esto había dolido. Rechazado por mi *agapi*. Solté un soplido exagerado. Pero qué mierda.

Abrí el refrigerador tomando los macarrones con queso y una cerveza. Ya no tenía ganas de la comida china. No tenía ganas de nada. Soplé las velas, me senté en el sillón, puse música a todo volumen y me perdí en la oscuridad del apartamento. Quizá una cerveza no iba a ser suficiente, quería olvidar todo esto.

El chico malo

Abbi

Eran las tres de la madrugada y tengo que admitir que cuando Harry dice salir a cenar, nunca es realmente salir a cenar. Siempre está con sus amigos, tomando en algún bar donde toquen rock. No me quejo de que él y yo nunca estemos solos, al contrario, me da igual que sea de ese modo. Lo preocupante de todo es que por intentar encajar con ellos tomo igual que ellos y siempre paro más borracha de lo que quiero.

Entré a casa rogándole a todos los santos que William no estuviera con Ames aún despiertos, hablando o besándose en el sillón. Al entrar encontré todo apagado y eso me hizo sentir mejor. Al prender las luces me sorprendió ver todo como lo dejé cuando me fui. La comida seguía sin tocar. Pollo a la naranja, fideos de arroz, y arroz chino. Se me hizo agua la boca porque era todo lo que me gustaba. Qué gran desperdicio de comida.

Caminé a la cocina con los platos de comida. ¿Qué más da? Si ellos no se lo comen me lo como yo, no hay que desperdiciar, además, estoy con mucha hambre. Preparé un plato de comida y lo puse a calentar, caminé a la sala para prender la televisión y poner la serie estadounidense más famosa, *Friends*. Era de mis favoritas para ver en la noche antes de dormir.

Al llegar encontré a Will dormido en una muy mala posición. Dejé el plato ayudándolo a levantarse de ahí, no podía simplemente quedarse ahí. Lo moví un par de veces logrando que se despertara. Me fijé en las cervezas y la botella de vino. ¿Lo dejó plantado Ames? Pero qué perra. ¿Cuál es su problema?

Sentí un nudo en el estómago por esta imagen, se veía desgastado y apestaba a cerveza. Intenté levantarlo del sillón para llevarlo a la cama, pero era peso muerto. No podía siquiera moverlo.

—¡Vamos, William! —dije poniendo mis fuerzas—. Arriba.

Estaba a segundos de lograr levantarlo cuando William despertó de golpe. Toda la fuerza que estaba poniendo en su cuerpo me mandó directo a la mierda. Quizá, si no hubiera estado borracha me hubiese quedado parada. Pero como no estaba bien, caí de bruces al suelo.

—¿Qué te pasa? —me gritó William.

—Solo quiero llevarte a tu habitación.

—¿Para qué? No viene tu noviecito ese —las palabras sonaban cargadas y llenas de furia.

—No, pero mi prometido está borracho y tengo que...

—¿Tienes que? —soltó una carcajada—. No tienes que hacer nada, Abigaiiiiil. Créeme, ya has hecho suficiente. Estoy... quebrado.

Se llevó las manos al pecho con una mueca de dolor. Esta escena era demasiado para mi corazón, me senté a su lado.

—¿Quieres comida china? Espero que no te moleste, agarré un poco.

—¿Me sirves un plato? —se sentó a mi lado dándome una sonrisa un poco inestable. No hay nada que comida a las tres de la mañana no solucione.

—Claro —me dirigí a la cocina viendo cómo William me observaba desde donde estaba.

Preparé el plato de comida y regresé sentándome en nuestro sillón habitual, puse la televisión buscando en Netflix *Friends* para sentarme y verla junto a William. Este asintió con la cabeza antes de mencionar que era una de las mejores series del mundo mundial.

La comida estaba deliciosa a pesar de ser recalentada. No hablamos durante un buen tiempo, veíamos la serie tomando Coca-Cola los dos como si fuera una cena a las ocho de la noche y no a las tres de la madrugada.

—Lamento que te dejara plantado. Se ve que es una perra —dije intentando captar su atención y desviar el tema.

—Sí, la vida es una perra.

—Qué te diré, William Hamilton, así es la vida.

—Dime una cosa, ¿qué quieren las mujeres? ¿Chicos malos con motocicletas, barba y que las traten mal? No las entiendo.

—Nosotras tampoco entendemos a los hombres. ¿Dime tú qué quieren ustedes?

—Nosotros somos sencillos y no complicamos la vida, Abbi. Aprende eso, ningún hombre es complicado, son las mujeres las que todo lo complican. Si nosotros decimos negro, esa mierda es negro. Punto.

Solté una carcajada viendo a William pelear por lo que siempre todo mundo pelea cuando está enojado. En su momento yo lo hice, Mary siempre lo hacía... Todos alguna vez en la vida peleábamos por algo.

Tomé un pedazo de pollo metiéndomelo a la boca viendo una escena de Joe hablando francés. Sonreí porque era una de mis favoritas. Di media vuelta viendo a William reír a carcajadas.

—Es una de mis partes favoritas sin mencionar que Joe es mi favorito de toda la serie —aclaró William. Sí, así es, muchas veces pensábamos igual.

—No lo sé, Will. Creo que estamos diseñados para no entender todo acerca de la razón humana. Por cierto —dije sabiendo que tenía su atención—. No pensé que Ames comiera este tipo de comida, se ve de las que comen lechuga y tomate todo el día.

William soltó una carcajada.

—Ella es de las que comen aire y cagan rosas según su mentalidad. Está loca para ser sincero.

—¿Entonces qué te gusta de ella? —pregunté con la esperanza de que contestara que no le gustaba nada.

—No quiero hablar de ella —dijo con una sonrisa—, prefiero hablar de nosotros.

—Aún existe un nosotros —dije sonriendo por la sola palabra de nosotros.

William se acercó asintiendo con la cabeza antes de tomarla en sus manos y darme un beso profundo. Mis esperanzas se fueron al cielo agradeciendo el tiempo juntos. Mi corazón latía a mil y en cuestión de segundos estaba besándolo de regreso. Éramos una mezcla divina de besos y abrazos.

La pasión que sentíamos regresaba a mi mente como un *boomerang* que no paraba de dar vueltas. Estaba demasiado extasiada y quizá era el alcohol aún en mi sistema, pero estaba pidiendo que me desnudara y me llevara a su habitación.

Will se levantó como si me leyera la mente, nos levantamos y caminamos hasta dicho lugar. Decidí jugarme a la fuerte y hacer pensar a William que ya

no haríamos nada, solo para ver su reacción. Sentí sus manos a mi alrededor, llenas de pasión y lujuria... Mucha lujuria.

—Eso es, pequeña, dame lo que necesito —dijo subiendo y bajando las manos por mis caderas.

—Tranquilo, vaquero. Baja las manos, campeón, no vamos a...

—¡¿NO?! Cómo que NO, esa palabra es horrible, Abbi —puso su dedo en mis labios para callarme—. Shh, shh. No hables si vas a decir cosas como esas.

—Estás loco, Will.

—Sí, muy loco. Loco de amor, por ti, Abbi.

Le di una sonrisa tierna. William no tenía idea de las cosas que decía, estaba borracho y perdido. Acercándome desabrochando su pantalón. Quizá si lo dejaba en bóxer sería igual que el pantalón de dormir que usaba.

—Oh, sí, bebe. Vamos a hacerlo. Lo necesitamos —William parecía extasiado y mi sistema no ayudaba en nada. No dejaba de reír. Intenté tapar mi boca para contener la risa. Realmente era gracioso.

—Tranquilo, campeón, no vamos a...

No pude terminar de hablar. Su boca estaba sobre la mía. Apoderándose de mi cordura. Sus dientes aprisionaron mis labios jalándolos con fuerza. Estaba perdiendo el balance. Caí encima de su cuerpo dejándome guiar por sus insistentes besos. Ya, qué más da. Igual estoy perdida en el quinto cielo de William Hamilton. No estoy siendo racional ni consciente. Al diablo con esto. Lo necesitaba.

Me aproveché de la situación en la que estaba William rogándole a los dioses que nos dieran una oportunidad más. Siempre una oportunidad para lo que sentimos. Esa noche dormimos como todas las noches que dormíamos juntos. Abrazados y lo más cerca que podíamos.



Los rayos de sol me despertaron esa mañana. El calor corporal de William se expandía por toda la cama. Mi intención era salir corriendo lo antes posible de ese lugar. No podía verme. ¿Cómo le explicaría esto? ¿Se recordaría incluso de lo que hicimos? Quizá no se diera cuenta. Me levanté dispuesta a buscar mi ropa. Estaba desnuda y expuesta. Colocando mis braguitas escuché la voz que me hizo dar un salto acelerando mi corazón.

—Podría levantarme con esa vista todas las mañanas —frunció el ceño—. Aunque no entienda por qué diablos estás aquí, desnuda.

Espero que esté bromeando. ¿Cómo no se va a acordar de las cosas que hicimos ayer en la noche? Esto es indignante y quiero ahorcarlo con las dos manos. Ayer pensé que no estaba tan bolo, ahora tengo mis dudas si en verdad me aproveché de él.

—Sí, bueno, pues no la disfrutes mucho, ya me voy —dije tomando mi ropa con prisa. No dije nada y salí a toda prisa de ahí. Necesitaba mi espacio. Necesitaba alejarme.

—Espera. Pequeña —me llamó con su melodiosa voz. Seguía como Dios lo trajo al mundo.

—No hay nada que...

—Quizá tu no quieras decir nada, Abbi, pero yo tengo mucho que decirte.

—Déjalo ser, estabas borracho y solo...

—Oh, oh. Ya entiendo. No puedo creerlo. ¡Abbi! —dijo abriendo los ojos como platos—. ¡Te aprovechaste de mi borrachera! No te lo creo.

—No es cierto —dije negando con la cabeza—. Iré a bañarme, prometí ir a desayunar a casa.

—Abbi, no puedes alejarte todo el tiempo. Ayer me dejaste por Harry. Todo era por ti, la cena, las velas, el vino... Todo. No sé qué pasó, ni tengo idea de cómo llegaste a estar dentro de mi piel, pero te juro por mi vida, pequeña, que voy a hacer lo imposible por tener tu atención. Por tener tu cariño. Siempre fuiste tú, Abbi, siempre tú.

Me quedé perpleja viéndolo alejarse. Mi corazón palpitaba y quería salir corriendo detrás de él para abrazarlo y decirle que todo iba a estar bien. Pero no lo hice, simplemente me metí a mi habitación y me olvidé de todo.

Luchando

Abbi

Hoy teníamos una fiesta de gala como era costumbre en The Royal, el baile Queen of London era un baile sencillo pero importante para la sociedad. Se celebra después de una de las sesiones en la cámara de Loes. Mamá me había mandado a hacer un vestido amarillo de encaje. Era pegado de la parte de arriba, sin espalda, sin escote, muy elegante. El vestido tenía una abertura en la pierna derecha que ayudaba a mostrar mis zapatos de doce centímetros.

Como era costumbre pasamos por el ritual habitual con mi hermana de belleza. Mascarilla, pedicura, manicura, depilación completa, exfoliación de cuerpo e hidratación con parafina. Dolorosamente perfecta. Bien dice que la belleza duele y hoy lo comprobé por décima vez en mi vida, sobre todo la depilación de piernas y de ahí abajo.

Mi cabello estaba suelto en ondas perfectas, me encantaba cómo me dejaron el cabello con los pequeños pines que brillaban de manera increíble, como si fueran pequeños destellos en mi cabello negro. Salí de mi habitación sabiendo que Will esperaba por mí, hace diez minutos que debía estar lista.

Nuestras miradas se cruzaron. Se veía increíble con el esmoquin negro y la pajarita combinada. Nunca lo vi tan elegante, solo la noche que nos comprometimos. Ese día estaba tan nerviosa que no presté atención a casi nada. Le tomé la mano para que me guiara fuera del apartamento. Antes de salir, me tomó el collar acomodándolo en mi cuello. Me dio un beso en la mejilla y sonrió.

—Pequeña, las promesas que te dije están llenas de deseo. Esto es lo que quiero. Te quiero a ti.

—¿Ames ya se fue de Londres? —pregunté. No había otra razón para que dijera esas palabras.

—No, pequeña. Ella aún está aquí. Pero no hay nada que me pueda separar de tu lado. Ya te lo dije, siempre fuiste tú.

Sin dejarme responder, me sacó del apartamento. Esta fiesta iba a ser demasiado interesante. Más que Harry estaba dispuesto a demostrarle a su padre que debía de estar conmigo y no con Will. Un vacío se formó en mi estómago. Esto estaba solo a punto de complicarse.

Quería dejar a Harry y demostrarle a William que solo él era para mí y nadie más. Quería demostrarle que era suya como él era mío. Así es la vida de complicada, ya que Harry estaba dispuesto a no dejarme ir. Por ahí dicen las malas lenguas que Harry quiere hacerme sufrir por un problema antiguo entre William y él, lo especial de eso es que ya lo sabía y no iba a dejarme vencer por nadie ni por nada. Pero me gustaba jugar y estaba dispuesta a jugar un poco más este juego.

Siempre fue Will, la persona que me cautivó, me cuidó y, en cierto punto, me protegió. Incluso cuando ya no podía más con mi vida por tanto acoso y maltrato, él siempre me decía que eso me haría más fuerte y al final sería yo mejor que todos ellos. Él me ayudó a salir adelante, mi vida le pertenecía en todos los aspectos. Sigo pensando que soy patética, pero qué más da.

—¿Pequeña? —dijo Will a mis espaldas—. Estás temblando. ¿Estás bien?

Solo estaba nerviosa porque Harry me había mandado un mensaje diciendo que esta noche era suya. No podía ser suya, ya que venía con William y estaría toda la élite metida en un mismo salón. En cierto punto las cosas estaban mejorando con William y no podía arruinarlas por completo. No, me negaba a hacerlo. Solo me gustaba llamar la atención de William, tampoco es que lo cambiaría por completo, eso jamás pasaría.

—Es importante que sepas que no voy a complicar tu vida. Antes de entrar, William, tienes que entender que todo lo que estoy haciendo es por ti. No mereces a alguien como yo. He visto cómo la miras, no es... igual. Yo solo soy yo y ella es ella. No puedo competir contra nadie.

—No, Abbi, es bueno saber que, finalmente, te das cuenta de lo que pasa. Jamás podrás competir contra nadie. Eres todo, métete eso en la cabeza.

Le lancé una sonrisa antes de entrar al gran salón donde todas las miradas se posaron en nosotros. Siempre atraíamos la atención de muchos, sobre todo de los jóvenes de la élite. Éramos esa historia dramática que nadie entendía. Lui estaba en mi campo de visión, frunciendo el ceño. Alguien tomó mi cintura separándome de William. Harry estaba a mi lado con una sonrisa monumental en la cara.

—Suéltala, Will. En muy pocos días ella ya no te va a pertenecer. Ella es mía.

La voz de Harry era dura. Con un hilo de desprecio. Algo estaba pasando entre ellos que no me enteraba. Di media vuelta para ver a Will. Estaba pálido, con el rostro lleno de terror, pánico. Como si hubiera visto un fantasma.

—No, Abbi, no lo hagas. No me...

—Basta, Will, los dos sabemos que no va a funcionar. Intentaré hablar con mis padres mañana. Tú mereces ser libre al igual que yo —la voz me salía tan suave que pensé me rompería a llorar en cualquier momento. Jamás hablaría con mis padres, jamás lo cambiaría, pero no podía dejar el juego hasta que él sintiera lo que yo sentí cuando me cambió por Ames.

Quizá mañana hablaría con él y arreglaríamos todo, pero por ahora no, no podía evitar amar esta reacción de niño frente a payaso que tenía William. Sonreí asintiendo antes de alejarme de William y caminar hasta la mesa donde estaba Cora, Blake y otros chicos. Lui negaba con la cabeza con desprecio. No lo culpo, estaba portándome como una odiosa perra.

—Si te pierdo, Abbi, no me queda nada. Estaré vacío. No puedes dejarme. Te necesito.

—Parece que ya lo hizo. Hamilton, será mejor que te alejes. Déjala tranquila.

Estaba a segundos de romperme a llorar cuando la voz de Will me llegó como un susurro. Pegado a mi oreja dejó salir un suspiro. Me quebré viendo cómo este puto juego que estaba creando en mi cabeza iba a acabar con nosotros.

—Pequeña, voy a luchar todo lo que sea necesario para demostrarte lo mucho que me importa estar junto a ti. Eres mi todo, Abbi. No Ames, no Lessa. Tú, siempre tú.

Dio media vuelta alejándose entre la gente. Las ganas de llorar eran más fuertes que antes. No podía creer que estaba a punto de dejarlo ir. Mi parte racional estaba a segundos de salir corriendo detrás y gritarle que lo amaba.



Mamá estaba en modo determinación de sacarme qué estaba pasando con William. Nunca lo admitió ni lo contó, pero había visto la manera en que se

veían con el señor Hamilton. Era todo un poema. Los dos sentían una atracción que no podía siquiera pensarla. Era asqueroso pensar en mamá y el señor Hamilton envueltos en una ola erótica.

La música sonaba lenta y suave. Harry no dejaba de hablar de sus fiestas y de sus borracheras. Me encantaría decir que disfrutaba cada momento con él, pero no había temas de conversación. Las pláticas siempre eran las mismas y esto se tornaba muy aburrido. Demasiado aburrido.

—¡Épico! ¿Recuerdas cuando Jona estaba tirado en el jardín sacando las tripas? Buen, pues ese día...

La conversación se alargaba de manera que no podía más. Esto se estaba volviendo demasiado tedioso. Blake estaba en nuestra mesa y su mirada se cruzaba con la mía en cada momento. Sabía que él seguía siendo de los mejores amigos de Will, eso no podía cambiar de la noche a la mañana. Lo que no cuadraba en mi mente, era la manera en que se había empezado a relacionar con Cora de la noche a la mañana. Incluso a ella le parecía extraño.

—¿Qué acaso nunca vas a dejarla en paz? —fruncí el ceño. ¿Me estaba hablando a mí?

—Contrólala, Blake. No estoy para eso. Dios sabe que no puedo si ella interrumpe de ese modo.

Cerré los ojos sintiendo cómo la voz de Will penetraba mi alma. Blake asintió con la cabeza dándole una mala mirada a Cora. Harry había ido a traer dos copas de vino. No estaba cerca por lo que supongo fue el momento perfecto de William de acercarse.

—Baila conmigo —susurró en lo bajo—. Por favor.

—No creo que sea buena idea —le respondí sin girarme a verlo. Estaba segura de que, si mis ojos se cruzaban con el azul cielo, mi mundo caería en sus pies. No podía verlo.

—Vamos, pequeña. Solo un baile, uno nada más.

No voy a verlo. Me niego rotundamente a verlo. No voy a hacerlo. Rotundamente no, no y no. Will me tomó de la barbilla girándome para hacer contacto. Él sabe mi maldita debilidad. Cerré los ojos antes de conectar nuestras miradas. Estaba perdida.

Sin pensarlo, le di la mano para que me llevara a la pista de baile. Escuché los quejidos de Cora y a Blake callándola. En mi mente no existía nadie más.

Solo nosotros. La gente desapareció de la pista o al menos eso parecía para mí. Era consciente que la canción estaba terminando para el momento que llegamos a la pista de baile. William levantó la cabeza dándole una mirada al chico que estaba colocando la música. Levantando su dedo en símbolo de «OKEY» la música empezó a sonar. Céline Dion con *Because You Love Me*.

—Solo sígueme, pequeña. Yo te voy a guiar —le sonreí. No sabía bailar como él lo estaba haciendo. Me arrastró por la pista de baile posando su mano en mi cadera. El calor me inundó en segundos pidiendo más de él.

Dejándome llevar por la canción y los movimientos suaves de William, de lado a lado. Su voz me llegó como un susurro mientras cantaba la canción. Escuchaba la determinación en cada tonada, en cada estrofa. Era como si William le pusiera un toque de su alma en cada palabra, como si realmente lo deseara. Yo lo deseaba. La letra quedaba perfecta al expresar lo que sentía por él.

La parte máxima de la canción llegó. William se agachó tomándome del trasero. Pensé que iba a caerme. Me agarré con fuerza de sus hombros entendiendo que estaba girando. Sonriendo a mi cara de sorpresa. Solté un chillido en la última vuelta. Me dejó caer al suelo solo para tomar mi mano y darme una vuelta más. Me atrapó en sus brazos y con su mano en mi cintura me bajó de espaldas. Su cara quedó a centímetros de la mía y en menos tiempo del que pensé, sus labios estaban sobre los míos. Estábamos rompiendo —una vez más— el protocolo. Los labios de Will desaparecieron antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando. Harry tomó a Will del brazo separándolo de mí. No me dio tiempo de incorporarme y caí al suelo llamando más la atención.

—¡Abbi! —la voz de Will se apagó al tiempo que Harry estrellaba su puño en la perfecta mandíbula.

Solté un grito abalanzándome a la espalda de Harry para detenerlo. Harry estaba tan fúrico que no paró a pesar de que estaba detrás de él. Uno de sus codos dio en mi estómago sacándome el aire por completo. Él seguía pegándole a William y William se defendía como podía. Lui, Blake y otros chicos se apresuraron a separarlos. Lui gritaba que me alejara, pero yo solo no podía reaccionar a esto. Mi padre fue el que llegó a sacarme de donde estaba. Gritando el nombre de William me sacaron de la fiesta. Harry intentó

decirle a mi padre que me iba con él, pero mi padre, como era de esperar, lo mandó a freír pescado.

William

Me quedé observando a mi madre. Me veía decepcionada, como si hubiera sido mi culpa que el idiota de Harry llegara a pegarme, ella era mi *agapi*, yo podía bailar con ella siempre que yo quisiera y se me diera la puta gana.

Me quedé viendo cómo el papá de Abbi se la llevaba pegando gritos y llorando. Quería correr a donde estaba y decirle que yo la cuidaría y protegería, pero las cosas no siempre son sencillas y en lugar de correr a su encuentro me quedé detrás de mi madre como si no fuera lo suficientemente grande para tomar mis decisiones. Estaba a punto de estallar cuando Harry salió gritando que iba a matarme, su padre bastante humilde trataba de calmarlo, pero no funcionaba del todo. El hombre estaba fuera de control. Puse los ojos en blanco antes de caminar al automóvil y largarme del lugar.

Mi madre seguía en una discusión eterna acerca de lo que había pasado, diciendo que Abbi y yo éramos realmente un error y que no debíamos estar juntos, que solo aumentaba las dudas de todos. Levanté la mirada señalando la dirección a mi apartamento.

—Prefiero mi apartamento, Willson, por favor.

—De ninguna manera, vamos a casa —aclaró mi madre.

—Mamá, mi hogar ahora no es en casa, es en el apartamento. Willson, llévame al apartamento.

Mamá hizo mala cara antes de comenzar una gran discusión acerca de por qué era indignante toda esta situación. No le negaba nada, pero tampoco se lo confirmaba. Sabía que Abbi y yo no éramos un error, solo estábamos jugando un juego que no terminaría nada bien.

—Al menos déjame que llame a los paramédicos para que te revisen —suplicó mi madre.

—Lui está en mi apartamento con Blake, les diré que llamen a los paramédicos —aclaré para su tranquilidad. La vi relajarse un poco antes de empezar a pelear de nuevo.

Mi madre siempre alegó que Harry y Cora eran unos «niños malcriados». La madre de los Woodgate era todo un caso perdido. Después de varios intentos, perdió la esperanza con su hijo y al tiempo, la perdió con su hija.

Llegué al apartamento bajándome del auto de mis padres sin decir nada. Mamá era una mujer tan elegante que después de esta situación se debe estar jalando el cabello de indignación. Lui se acostó a mi lado ayudándome a limpiar mi cara y quitarme la camisa. Ni idea si la sangre sale de la ropa. Pero por lo visto, esta cantidad dejó una mancha considerable de ropa inservible. Un paramédico entró a mi habitación, me revisaron la nariz para ver que no tuviera ningún hueso roto. No lo tenía. Solo el golpe que el maldito de Harry había marcado en mi cara.

Mi teléfono vibró dos veces antes de contestarle a Paul, mi hermano mayor. No tenía muchas ganas de hablarle, pero sabía que iba a estar pendiente de mí y si no le contestaba subiría un par de pisos. Amaba a mi hermano, era buena persona, en estos momentos no quería verlo ni a él ni a nadie. Solo a Blake y Lui.

Lo puse en altavoz para escucharlo mejor. Blake estaba a mi lado viéndome con los ojos entrecerrados al tiempo que mi hermano comenzaba a hablar.

—Hermano, te pasaste. Te tenías que meter con Harry. ¿No aprendiste la última vez?

—Yo no me metí con nadie, Paul —dije cansado en lugar de molesto.

—Al menos esta vez solo te deformó la cara, la última vez te mandó al hospital y pasaste con inmovilizador de hombro por tres semanas.

—Un día de estos voy a matar al maldito. ¿Qué tal la fiesta? —pregunté para desviar la plática.

—Se cagó después de su pelea —dijo en tono aburrido—. ¿Qué le hiciste ahora, Willy?

—Dime que no creen que fue culpa de Will. Esta vez sé que no fue él. Harry le está intentando quitar a Abbi —dijo Lui molesto. Ese era mi amigo. Aquel que siempre luchaba por salvarme el pellejo.

—Son las consecuencias del pasado. Un amigo no humilla a sus amigos delante de toda la élite, sabías que tarde o temprano se iba a vengar. Esta es su venganza.

—De eso pasaron años, maduramos o eso se supone que debíamos hacer —contrataqué.

En un pasado, Harry fue mi amigo, una persona difícil de entender. Yo me sabía todos sus secretos más ocultos y vergonzosos de pubertad. Un día los saqué todos al aire y grabé cómo lo molestaban todos en la clase, lo publiqué en internet y lo hice viral en los medios. Me porté como un grandísimo idiota y él jamás me perdonó por eso. ¿Quién te perdonaría por algo así?

—Golpe bajo para Woodgate. Recuerdo que ni una chica quería estar cerca de él.

—¡Basta! —dije tapándome los oídos. No podía cargar con esta culpa, menos porque sabía que Harry se volvió rebelde después de eso. Incluso se habla de que intentó suicidarse, pero esa es otra historia.

—Como sea —Paul bostezó—. Me voy a dormir, me hablas mañana o si necesitas a alguien. Quién sabe si mañana ya tienes una nueva *agapi*, una menos problemática. Buenas noches, tarados.

Lui le sacó el dedo a pesar de que no podía verlo, negó con la cabeza y se tapó la cara con una almohada. Me quedé pensando unos minutos acerca de Abbi, sí, era problemática, pero si en un mundo alterno no me obligaban a casarme con ella... quizá la elegiría otra vez, una y otra vez a ella.

Los días pasaron y como era de esperarse el compromiso fue anulado por nuestros padres sin siquiera darnos tiempo de arreglar esto. Yo estaba más enojado que nunca en mi vida. Harry logró su venganza. ¿Lo peor? Yo ayudé a que lo lograra, le puse en bandeja de plata absolutamente todo para que rompiera mi corazón.

Estaba mal y me sentía vacío, pero eso no significaba que me iba a morir o dejar de vivir. La primera noche salí con Blake y Lui a la casa de otro amigo a ver un partido de *soccer*. Era la final de la temporada y a mí me emocionaban los deportes. Ese día bebí cerveza y salí a un bar a pesar de que no sentía absolutamente nada de ganas.

Me puse en el plan rebelde, no iba a reuniones de élite, iba a mis clases, veía a Abbi de lejos y le rogaba con cada mirada que nos habláramos. Luego de tres días el enojo llegó. Yo estaba molesto por cómo reaccionó ella. No había sido mi culpa sino de ella. Ella salió con ese idiota, fue él el que me pegó, no yo. Fue ella quien nos terminó de separar.

Respiré.

Volví a respirar.

Esto no podía seguir así, debía enfocarme en lo importante, en mi trabajo como político y en ser algún día el primer ministro del Reino Unido. En eso iba a enfocarme, en prepararme y ser mejor y demostrarle a todo mundo que yo podía ser mejor que nada.

Pasé observando las motocicletas que tenía delante de mí, tenía ganas de comprarme una para tener algo en qué perder mi tiempo libre. Dicen que la velocidad limpia pensamientos impuros y yo tenía muchas ganas de montar una.

—¿Así que está en la casa de la idiota esa? —pregunté molesto.

Abbi estaba en la casa de Cora, ahí había pasado todo el fin de semana. Me enojaba la actitud tan inmadura que tomaba, como si tuviéramos quince años en lugar de veintiún años. Ya iba siendo hora que nos sentáramos a hablar y arregláramos esta mierda.

—No te pases, Will, ella es mi *agapi* y merece respeto. Además, la que corrió de ti fue Abbi. ¿No será mejor que dejes de buscarla?

—No, no voy a parar hasta que me escuche.

Tenía casi quince días esperando por Abbi, quince días buscándola. La había llamado unas quinientas veces hasta que apagó su celular. Los mensajes en WhatsApp salían leídos, pero jamás se dignó en responder uno. Abbi nunca fue una mujer fácil, siempre fue diferente y difícil. Eso era lo que me gustaba de ella. Me rasqué la cabeza viendo la gran catedral.

—Quiero esta —señalé, finalmente, una Ducati negra con plateado. No era de carrera, ni la más rápida de todas, simplemente era una buena motocicleta.

—Te irás a matar y voy a ser yo quien te verá morir, pedazo de mierda — Lui me observaba con los brazos cruzados. Lui se negaba a que me comprara la moto, pero sabía que era por miedo y no por otra cosa.

—Prometo tener cuidado —le di una sonrisa.

—Mira que con un raspón que te hagas te cuelgo de los huevos y te arrastro por todo Londres. ¿Te queda claro?

Asentí con la cabeza. Odiaba que mencionara la muerte como una vieja amiga suya, pero una muy lejana para mí, me recordaba que su reloj estaba en cuenta regresiva y esa mierda me era inaceptable.

—¿Qué tal si salimos con Lulu? —dijo Lui. Sabía que Lulu era la chica de repuesto. Salía con ella cuando necesitaba una distracción y la chica estaba dispuesta a soltar todo por un poco de mi atención. Dolía que todas estuvieran dispuestas a tanto cuando yo no podía abrirme a ellas. En ningún sentido. Además, las mujeres deberían darse a respetar, no andar de regaladas con cualquiera.

—No, mañana salgo de viaje con papá. No puedo descuidar el proyecto educativo por ella. No cuando tengo responsabilidades que cumplir.

—Supongo que está bien distraerte con algo, algo que no sea una puta motocicleta para romperte el culo. Las responsabilidades son buenas si dejas a un lado tu corazón para que se rompa y se haga mierda, ¿verdad? —Lui andaba más gruñón de lo normal. Él tenía su actitud de querer matar al mundo y estaba actuando como psicópata, pero entendía que lo hacía porque sabía que a mí me dolía.

—Nadie se muere de amor, voy a sobrevivir. Además, fue ella la que me dejó. Ella, por Harry.

Con eso, dimos por cerrada la conversación de Abbi. Cambiamos de tema platicando inmediatamente. No podía pensar en ella, no merecía estar así. Si algo me enseñó mi padre es ser fuerte ante la vida y ahora debía demostrar ser alguien que vale la pena y no estar arrastrándome por ninguna mujer.



Me senté en la gran silla de conferencias en el palacio de Roma. Papá estaba negociando unos tratados de los cuales desconocía la mitad. Él solamente quería que observara sus movimientos corporales para aprender a persuadir a la gente. Era todo un experto cuando de negociar se hablaba. Pude distinguir que cuando algo le molestaba se tocaba las mancuernas de las muñecas frunciendo los labios. Estar en Roma me acordaba la primera fotografía que le mandé a Abbi. Parecía ser una eternidad. Intenté concentrarme en mi padre, que movía sus manos de una manera exagerada para recalcar que el proyecto era enorme, que debían confiar en él. Estaba seguro de que lo lograríamos, pero mi mente seguía estando en Abbi, en Abbi y sus atardeceres eternos.

Decidimos ir a comer con mi padre a un restaurante italiano muy típico. Hablamos de política y proyectos que tenía en un futuro. Él decía que Paul no

tenía la sangre necesaria para seguir con el legado, pero que yo sí lo tenía. Esperaba en un futuro cercano, ser la mitad de fuerte y buen político que era mi padre.

Entramos al restaurante, bastante ostentoso con sillas de respaldo alto y mantelería oscura. El lugar era acogedor. Una pequeña chimenea chispeaba al fondo de la sala. Si en algo me parecía a papá era en la atracción al fuego. Hipnotizados por el calor, caminamos al fondo tomando la mesa cerca del fuego. El camarero nos tendió los menús, tomando la orden de bebidas. Después de anotar el pedido desapareció dejándonos a papá y a mí en nuestra intimidad.

—Hijo, nunca pudimos... platicar acerca de lo que te está pasando. Sé que es difícil porque te he visto cómo miras a Abbi, era del mismo modo que yo veía a... —papá se quedó pensando unos segundos antes de darme cuenta de que hablaba de su primer amor.

—¿De tu primer amor? —pregunté sabiendo la respuesta.

—No es que nunca llegara a amar a tu madre, porque es mi universo. Pero sí existió alguien más aparte de tu madre. Una chica por la que quise luchar tanto como tú quieres luchar por Abbi. El problema fue que ella no pudo enfrentarse a sus padres, al momento de comprometerse, las bodas no eran a los veinticinco como ahora, en ese entonces era a los veinte. Mantuvimos una relación a escondidas, ya que era alta traición a la Corona dejar a tu *agapi*.

No tenía ni idea de quién podía ser esa chica, o señora en este tiempo. Pero sabía cómo se sentía papá. Ha de ser horrible que te quiten al amor de tu vida, a mí me estaba pasando. Eso de los amores prohibidos era una porquería enorme. Me rasqué el cuello esperando a que papá continuara.

—De igual forma, William. El amor es una caja de chocolates, nunca sabes de qué sabor te va a tocar y si será tu gusto o no, pero cuando te toca, realmente te toca. Quiero que sepas que tienes mi apoyo en cualquier decisión. ¿La amas? Pelea. ¿Te quieres casar con ella? Conquistala, pero nunca en tu vida dejes de creer en tus ideales y pelear por ellos. ¿Entendido?

Papá se giró para que el camarero tomara nuestra orden. Había perdido el apetito, aun así, me las ingenié para pedir una pasta al *pomodoro*. De entrada, convencí a papá por el *carpaccio* extragrande. Mi apetito se volvió a abrir al segundo de ver la comida. Esto era un manjar italiano. Papá tenía razón.

Muchas veces hay luchas que no valen la pena y otras que valían la vida entera. La pregunta era, ¿vale la pena esta?

Mi teléfono vibró. Tenía un mensaje en WhatsApp. Por un minuto fantaseé con la idea que fuera Abbi, pero no era ella. Leí el mensaje de la madre de Lui y mi mundo se vino abajo. Debía volver lo antes posible a Londres. Con los ojos llenos de lágrimas le di una mirada a papá. Era hora de marcharnos.

El gran viaje

Abbi

Hace dos días que ando un poco inestable del estómago. Supongo que debe ser que estoy comiendo poco y mucha comida rápida. Es una estupidez pensar que la comida puede hacerte un daño tan grande cuando te excedes o la evitas por completo. Hace unas semanas disfrutaba comer bien, disfrutar un buen plato de comida junto a William, ahora todo me recuerda a él y el apetito desaparece monumentalmente.

Revisé mi teléfono una vez más, le escribí a William un mensaje de texto unas horas atrás. Aún no contestaba y eso me tenía tensa. Pensé que me respondería rápido. Él no había dejado de mandar los atardeceres, ni cosas lindas en las noches. Sé que fui una perra egoísta al no contestarle, pero... para ser sincera, cada mensaje no contestado era la cosa más estúpida que había hecho.

No me sorprendió saber que estaba de viaje con su padre, Joshua. Desde que estábamos juntos, le tocaba salir a ciertos viajes para ir aprendiendo del trabajo político. A cada hijo le toca su turno a partir de los dieciocho. Por costumbre real, el hermano mayor es el que asume la responsabilidad política. En este caso, Paul prefirió dedicarse a los negocios familiares y William a la política. Soñaba con ser primer ministro y sabía que tarde o temprano lo lograría.

Blake estaba cocinando alguna cosa con mucha grasa, el aroma me estaba poniendo las tripas de mala leche. Intenté tomar agua para detener las náuseas cuando no pude más. Salí corriendo al baño a sacar todo el almuerzo. Me dolía todo de tanto vomitar. Este virus me estaba afectando de una manera que nunca pensé.

Ahí va hasta el intestino —pensé mirando cómo todo se tornaba borroso.

—¡Abigail! —gritó Cora—. Esto cada vez va peor.

Me lavé la cara escuchando su misma plática que tenía desde ayer. La misma en la que repetía que debía ir a ver un doctor, hacerme exámenes y ver qué diablos había comido para que estuviera tan mal.

—Ya te dije, Cora. No es nada grave. Iré lunes o martes si sigo mal.

—¡Apenas y es viernes! —dijo alzando la voz—. Necesitamos ver qué virus tienes, mujer.

—¿Virus? —Blake negó con la cabeza—. Tus vómitos me suenan a embarazo, Abbi, ¿lo habías pensado? —Blake le daba un mordisco a su emparedado de tocino, jamón, queso derretido y carne molida. Era vomitivo sin que estuviera enferma. ¿Quién le pone tanta carne a un emparedado?

—¿Embarazo? ¿Quién...? —me quedé estática. El muy idiota estaba sugiriendo que estaba embarazada. Pero qué pendejo.

—¿Cómo vas a creer? —dijo Cora observando de un lado a otro.

—No es imposible, Abbi, sé que no eres virgen, sé que lo hiciste varias veces con Will y espero en Dios que no te estés acostando con mi cuñado porque eso sí destrozaría a William.

Negando con la cabeza aclaré que eso no era de su incumbencia. No iba a admitirle si me acostaba o no con alguien. Además, estaba la parte inteligente de mi cerebro que me recordaba que habíamos sido precavidos todo el tiempo. Todos los días excepto... Me llevé las manos a la boca para contener el grito de caer en la realidad. Todos los días menos el primero. ¡Pero qué estúpida!

Mis manos comenzaron a temblar sin control. Esto no estaba saliendo como lo planeado, ¿hijo? ¿Embarazo? No, ni de loca. No podía ser cierto. Levanté la vista para ver a Blake. No me estaba acostando con nadie, no lo había siquiera pensado y Harry no lo había intentado. Intenté recordar mi último periodo, pero estaba tan nerviosa que no recordaba la fecha exacta.

¡Carajo! ¿Por qué no soy tan organizada como toda mujer debería de ser con eso?

—Oh Dios. Tenemos que hacer un maldito examen. Cariño, ve a buscar una prueba de esas caseras.

—¡No! —grité sin darme cuenta. No iba a hacerme nada. Si orinaba en ese palo solo me confirmaría lo que no quería ni pensar. No podía, al menos no

ahora—. Blake, te lo suplico. Por favor, no le digas nada. No sabemos siquiera si es verdad, solo... Por favor.

—No le diré, Abbi, no es mi llamado. Eso depende de ti.

Blake tomó a Cora de la cintura enterrando su cara en la curva del cabello. Ella soltó un chillido e hizo que me estremeciera ante los mimos que yo nunca obtenía. Blake había cambiado mucho, pasó de ser el amigo regalado de William que tenía un extraño acuerdo con su *agapi*, ahora todo era muy diferente, tan diferente que parecían una pareja diferente a la de unos meses atrás.

—Nosotros nos vamos a proteger muy bien, cariño. No quiero besos sorpresa, no aún —dijo besándola de nuevo. Ella sonrió regresándole el beso.

El teléfono de Blake comenzó a sonar. La sonrisa en sus labios se formó de manera exagerada, dando la vuelta a su teléfono para que leyera el nombre «Will». Mi estómago se encogió y negué con la cabeza. No quería que le contara nada acerca del supuesto bebe.

—¡Aló, aló, aló! —respondió muy motivado—. ¿Qué tal Roma? Pensé que no regresabas hasta...

Su cara se volvió pálida, perdió la movilidad de su cuerpo. Escuchó atentamente al teléfono antes de que las lágrimas se formaran en sus ojos. Algo malo había pasado. Vi a Blake alejarse a la ventana y hablar durante unos minutos con Will. Lo intentaba disimular, pero veía su mano pasar una y otra vez por su cara. Estaba llorando. Le lancé una mirada a Cora por una explicación. Ella se encogió de hombros negando con la cabeza. No teníamos ni idea de lo que estaba pasando. Lo único que sabía con certeza era que estaba destrozado. No dijimos nada, no nos movimos de donde estábamos, solo esperamos. Blake colgó el teléfono. Esperábamos que él nos contara, pero lo único que hizo fue excusarse y salir del apartamento a toda prisa.

—Okey, no tengo ni una puta idea de lo que ha pasado.

—¿Crees que yo sí? —pregunté de regreso. Estábamos desconcertadas, pero momentos después cambiamos de tema. No podíamos pensar en algo tan malo para que Blake reaccionara de ese modo.

—Así que... ¿bebe Hamilton o Woodgate?

—Nunca me he acostado con tu hermano, Cora —dije sintiendo vergüenza.

—¿Ah, no? ¡Vaya! Mi hermano es un caliente de primera, es raro que casi tres semanas y no te abriera las piernas para penetrarte como le gusta.

—¡Mucha información! —grité tapando mis oídos.

—Tranquila, no sé mucho de la vida sexual de mi hermano. Solo lo encontré una vez con una rubia extranjera. Tampoco los he visto salir estos días. ¿Están juntos verdad?

Negué con la cabeza. La verdad es que tenía una semana de no saber absolutamente nada de él y prefería que mantuviera su distancia. Cuanto más lejos mejor. Este tiempo me había servido para pensar las cosas y necesito a William en mi vida, punto. Estaba deprimida y cada cosa pequeña que me recordaba a él me hacían llorar como una beba. No podía seguir de ese modo.

—No le hablo desde hace unos días. Tampoco salgo con él desde casi dos semanas.

No es que me interesara mucho la vida de Harry, de verdad que vivía en mi mundo de fantasía en el que Will venía y reclamaba mi mano. Eso jamás iba a pasar. Will era orgulloso y yo lo era aún más. Me retorcí las manos en el regazo como acostumbraba a hacer cuando estaba nerviosa.

¡Un bebe! Eso definitivamente no está en mis planes. No quiero bebe, no puede haber uno. ¿Qué dirá la élite? Mujer embarazada de alguien que ni siquiera es su *agapi*, es su *exagapi*... No, no puede ser. No iba a tener buena pinta, además, mis padres creen que sigo siendo virgen, al menos eso espero que crean. Me tomé el estómago sintiendo la liberación de las lágrimas.

Lamenté no haber tenido más cuidado, no tener a Will a mi lado para vencer esto juntos y sobre todo lamenté ser tan orgullosa para regresar a sus brazos y decirle que siempre fue él. Cora me abrazó de manera muy protectora. Se estaba volviendo buena amiga, aun así, solo pensaba en Mary. Necesitaba a mi amiga. La única que había estado para mí en momentos difíciles.

—Nena, tranquila. Todo tiene solución. Solo es algo... complicado estar embarazada de alguien que ya no es tu *agapi* y bueno... A mi hermano no le va a agradar mucho. Odia a Will.

En ese momento su hermano me venía flojo. Will iba a odiarme por haber quedado embarazada de él. A como dé lugar, tenía que hacerme la prueba para confirmar si era verdad o no lo era.

William

La vida es tan delicada, tan delicada que no sabes cuándo es que desaparecerá alguien a tu alrededor sin dejar rastro de vida. Observé detenidamente a Lui. Su piel estaba pálida y verdosa, tenía los ojos cerrados y tenía varios cables conectados a su cuerpo, más un respirador metido en sus fosas nasales.

Odiaba ver a mi amigo de este modo y el cáncer se estaba llevando a mi mejor amigo sin que pudiera detenerlo. Le diagnosticaron cáncer cuando tenía quince años, devastó a toda su familia y amigos cercanos. La familia siempre lo mantuvo en secreto para evitar el escándalo público. Después de quimioterapia durante dos años, el cáncer se detuvo. Pensamos que todo había acabado ahí y que el milagro de la medicina había funcionado, hasta ahora que el cáncer volvió a tocar la puerta tres veces más fuerte.

La habitación blanca me recordó a la época en la que pasábamos horas metidos esperando con Blake a que Lui estuviera bien. Lo esperábamos estudiando en voz alta para que él no se quedara atrás en las materias. Claro que por esta razón sus padres le pusieron un tutor y terminó sus estudios en casa.

Lui siempre me dijo que cuando estaba inconsciente podía escucharme, por eso es que jamás me movía de su lado. Si de algún modo él sabía que estaba aquí, sería bueno para ambos. Hace unas horas que estoy leyéndole en voz alta *Game of Thrones*, nuestra novela favorita.

Bajé el libro unos minutos recapitulando que quizá mi amigo estaba muriendo y eso no me gustaba en lo absoluto.

—Mira, bastardo. Sé lo mucho que te gusta que te droguen con esa mierda, pero aquí afuera, en el mundo real, te necesito. Así que espero que abras los malditos ojos. ¿Está claro? —no estaba murmurando, le estaba exigiendo con voz amplia.

Me acomodé en la silla que estaba matando mi trasero. Odiaba los hospitales, solo me traían malos recuerdos. Tener un amigo con cáncer no era fácil, tener a tu mejor amigo con cáncer era tres veces peor. No quería

perderlo, sabía que algún día llegaría ese día, pero no quería. Me negaba a dejarlo ir.

—¿Will? —mi madre estaba a mis espaldas. Le indiqué que pasara, que estaba bien.

Mi madre era una mujer elegante, con vestidos pegados, chaqueta combinada, sus tacones bajos y las perlas que nunca faltaban. Nunca entendí por qué papá tenía a otro amor, ella era todo lo que las demás de la élite adulta podían querer. Ella era todo. Quizá lo veía de ese modo porque era mi madre, pero era hermosa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jannette.

—Sí, mamá. Estamos juntos y aún lo tengo junto a mí.

—No me refiero a Lui, hijo. Sé que te estás guardando todo el asunto de Abbi, pero me preocupa. Sé que te importa, he visto la manera en que la miras, cómo se te iluminan los ojos de emoción. Es la misma mirada que tenía tu padre al ver a Karla.

—¿Karla Sheperd? —dije sorprendido. No podía ser ella, esto era tan... extraño.

—Algún día ibas a enterarte. Cuando éramos jóvenes, antes de que tu padre fuera mi *agapi*, ellos dos salían. Parecía que todo iba bien y era perfecto. Cuando anunciaron su compromiso conmigo, tu padre estaba muy molesto.

—Imposible, mamá —dije dándome la vuelta para verla—. Papá te ama.

—Aprendió a amarme. No siempre fue de ese modo.

No podía creerlo, escuchaba las palabras de mi madre y no me lo creía. Esto era mucho más complicado de lo que jamás imaginé. Cómo podía ser cierto. Mi padre con la madre de Abbi, eso no estaba bien. Era incluso asqueroso pensar en mi padre teniendo relaciones con alguien que no fuera mi madre, pensar en mi padre teniendo sexo con la que iba a ser mi suegra era peor.

—¿Puedes guardar un secreto por mí? —preguntó mamá. Asentí escuchándola—. Después del nacimiento de Joshua, Karla quedó embarazada de Ashley. Nunca lo admitieron, pero... esa chica es igual a tu padre, igual a ti. Ni Karla ni Milton tienen cabello rubio y ojos azules, ni sus antepasados.

Me quedé como la piedra. Ashley mi media hermana. Tiene que ser una broma. No quiero compartir sangre con esa mujer. Era una pesadilla que

aturdía a Abbi. Sin mencionar que era una mierda que tu cuñada sea también tu hermana. Negué con la cabeza. Era imposible.

—No te precipites. Nunca supimos si era verdad o no. Solo tu padre y Karla lo sabrán. Ahora escúchame bien, no cometas el mismo error que yo cometí, dejé que tu padre eligiera a otra durante muchos años hasta que realmente luché por su amor. Él me gustaba muchísimo y le tenía cariño, solo me faltaba enseñarle lo mucho que valía como persona.

—¿Cuándo se dio cuenta papá de eso?

—Cuando quedé embarazada de ti. Las cosas cambiaron en casa radicalmente. Tu padre me dedicaba tiempo, me daba el amor que siempre quise. Hablamos y logramos que las cosas funcionaran. Al parecer no siempre es malo que te obliguen a estar con alguien.

Suspiré en forma de risa. Al parecer Abbi estaba sufriendo de una manera estúpida por estar conmigo cuando yo estaba casi seguro de que me amaba perdidamente al igual que yo a ella. Solo éramos demasiado orgullosos para admitir las cosas.

—Amo a Abbi, mamá. Ella lo es todo. ¿Qué hago si siento que la perdí?

—Tu padre amaba a Karla, pero también pudo llegar a amarme. Eso quiere decir que no todo en esta vida está perdido a pesar de las circunstancias. Podemos buscar una buena candidata para ser tu nueva *agapi*.

Negué con la cabeza. ¿Qué piensa mi madre? ¿Que puedo simplemente escoger a otra? A papá le funcionó el amar a su *agapi*, pero yo no quería tener otra *agapi*, quería a Abbi. Fin de la historia.

—No lo entiendes, pero desde niños deseaba que algún día fuera ella mi esposa. No podía admitirlo porque ella... —no podía decirlo. Dios, no podía.

—¿Porque ella no era popular?

Levanté la cabeza. Eso era exactamente lo que estaba pensando. Escucharlo de alguien más sonaba tan mal como se hubiera escuchado de mi boca. Era una persona tan horrible, deberían colgarme de un árbol, o quitarme los dedos o masacrarme de alguna manera como en *Game of Thrones* por algún día ser como había sido.

—Pero eso ya no me importa, mamá. La quiero en mi vida para siempre.

—¿Entonces qué estás esperando? Tienes que luchar un poco más. Yo no me dediqué a criar cobardes. Yo crie luchadores que cumplen sus metas.

Ahora levanta tu maldito culo de la silla y ve a buscarla.

Mamá tenía razón. Pero no iría a ningún lugar. No mientras Lui esté en esa cama, inconsciente. Necesito saber que mi mejor amigo está sano y a salvo. Lo necesito junto a mí. Abbi tendría que esperar un poquito más.

Mamá salió de la habitación a los minutos de nuestra plática. Preguntó cómo estaba Lui, llamó a una enfermera para pedir que le explicaran el estado de Lui y luego salió a buscar a la señora Montgomery.

—¿Lo ves? —dije en dirección a Lui—. Necesito ir a buscar a Abbi para decirle que la amo, pero para eso necesito saber que estás bien.

Lui estaba comenzando a despertar de la sedación, por lo que levantó el dedo de en medio como pudo, me lo enseñó unos segundos y lo dejó caer a la cama. Sonreí al ver que seguía escuchándome estuviera en el estado que estuviera.



Estábamos sentados en la orilla de la camilla. Lui despertó hace unas horas, lo primero que hizo fue sacarnos la madre a todos. Eso nos indicó que estaba en perfecto estado. Hoy nos darían los resultados de su enfermedad. De qué progreso positivo o negativo tenía. Estaba asustado, muerto de miedo por lo que podían decirnos. Quería que fuera algo positivo como hace cinco años, pero estaba seguro de que después de esa decaída no podía venir nada bueno.

El doctor pidió un momento a solas con los Montgomery. Las noticias malas no se le dan a todo mundo. Lógico. El estómago se me encogió ante ese pensamiento. Observé a Blake, con ojos llorosos. Los dos sabíamos lo que pasaba. Tarde o temprano teníamos que afrontarnos a la realidad. Tomé a Blake de la mano dándole un apretón de ánimo. Estábamos juntos en esto.

—Necesitas hablar con ella, Will —dijo sin verme a la cara—. Abbi piensa no ser suficiente para ti. Necesitan hablar antes de que esto se cague más.

—Ella es suficiente para mí, Blake.

—Sí, lo sé. Es suficiente. Pero ella no lo sabe. No pierdes nada diciéndole lo que sientes. Ella necesita saberlo y tú necesitas sacarlo de adentro. Harry solicitó ser su *agapi* —soltó, finalmente.

Me quedé pensando unos minutos qué decir, pero no tenía cabeza para otra cosa más que Lui. Negué con la cabeza odiando con todo mi ser a Harry. Él

tenía que superar el hecho de que de jóvenes se cometieron errores que no podía cambiar de la noche a la mañana.

Algún día me disculparía por molestarlo y humillarlo ante el mundo, pero por ahora simplemente no podía pensar en él. Sabía que Abbi comprendería las cosas y entendería por qué él me odiaba, no entendía por qué Harry nunca le dijo nada, era extraño. Quería que estuviera conmigo en estos momentos difíciles en los que el mundo estaba a punto de descubrir el estado de salud de Lui, dependiendo de las palabras del doctor, los padres de Lui tomarían la decisión de avisar el estado de su hijo ante la élite o mantenerlo en secreto como hasta ahora.

Veinte minutos después, el doctor salió de la habitación. Entramos literalmente corriendo para encontrar a los Montgomery en un mar de lágrimas. No les importaba que su hijo los viera sufrir.

—Me voy a morir —anunció Lui con una gran sonrisa en el rostro—. Finalmente, descanso eterno. Esta enfermedad cansa.

Reí ante su comentario aguantando las lágrimas. Los gritos de la madre de Lui eran inconsolables y eso no me causaba una buena reacción. Aun así, fui fuerte por la familia. Me senté a su lado, Blake a unos pasos de mí con las manos temblorosas. Lui soltaba tanto sarcasmo para ocultar sus sentimientos. No iba a admitirlo, pero estaba aterrado. Nadie quiere morir, menos a una edad tan temprana.

—La semana pasada hice planes de viajar. No sabía que iba a recaer tan fuerte esta semana, pero... igual me voy a morir, así que, ¿qué más da? Mis padres no están de acuerdo, pero es mi último deseo por lo que no se van a negar. ¡Nos vamos de viaje!

—¿Nos vamos? —fruncí el ceño.

—Si me quieren acompañar, claro está. Sé que no van a decir que no, así que sí. Nos vamos. No me muero sin conocer Santorini y quiero regresar a Irlanda. ¿Recuerdas Irlanda, Will? Era tu lugar favorito.

Recordaba Irlanda y ese viaje donde fuimos con nuestros padres. Familia Montgomery y Hamilton unidos en un viaje inigualable. Fue divertido.

—¿Cuánto? —no tenía que especificarle mi pregunta, él lo sabía.

—Aproximadamente siete semanas —se encogió de hombros y escuché a su madre soltar un sollozo—. Dicen que la estadística es incierta, pero el

hecho es que me muero y todos ustedes tienen que aceptarlo. Al menos tuvieron el placer de conocer al hombre increíble que soy.

Lui sonrió enseñando los dientes y sus labios secos. Era un buen amigo, iba a extrañarlo. No pensaría en el fragmento de tiempo que nos quedaba juntos. Pensaría en lo bueno que había sido tenerlo y aprovechar el tiempo que me quedaba.

Después de planear el viaje, llamé a uno de los trabajadores de papá que hicieron las reservas de avión, hotel, traslados y cuidado de todo tipo. Blake llamó a sus padres para avisarles del plan e invitó a su *agapi* a cenar. Blake estaba cayendo en redondo. Decidí no decir nada. Quizá se asustaba y no seguía el buen camino que estaba tomando hasta ahora. Cuando todos abandonaron la habitación, me quedé a solas con Lui. Sus padres habían confirmado que cuando volviéramos del viaje avisarían a la élite de la enfermedad. Era hora de que todos lo supieran.

—Sabes que nunca quise con Abbi, ¿verdad? —asentí con la cabeza incapaz de hablar—. Ella lo planeó y yo estuve de acuerdo, sé que la amas desde hace años y odio que seas tan terco para admitirlo. Tú madre tiene razón, tienes que luchar porque ella sepa que la amas. Dime loco, pero en estado drogado te escucho. Pero mi cuerpo no va a aguantar mucho, así que...

Lui comenzó a toser sin control. Tenía una flema asquerosa trabada en la garganta sin lugar a duda, siempre pasaba eso cuando terminaba la quimioterapia.

—No voy a estar mucho tiempo junto a ti Will. Si no quieres reconocer que tu maldita vida depende de ella, ahí tú. Ella te necesita, te quiere y tú la quieres. ¿Cuándo vas a aceptar que tu vida, tu destino es ella? Levanta ese culo y ve a decirle lo que sientes. Ya me estoy cansado de esperar a que lo entiendas.

Le lancé una sonrisa. Tenía toda la boca llena de razón. Le di un beso en la frente antes de salir corriendo a mi deportivo. Tenía que ir a buscar a Abbi y me importaba un puto carajo que fuera a la casa de la cuñada de su maldito nuevo *agapi*. Llamé a Blake para que me diera indicaciones, derrapé el carro al llegar y vi cómo un maldito policía marcaba una multa. Ya, que le den. Una puta multa no va a perjudicar mi buena reputación al volante.

Al tocar la puerta fue Blake el que abrió y agradecí de manera exagerada al ver que Harry no estaba en ningún lugar. Abbi se quedaba a dormir ciertas noches con Cora, por alguna razón estaba evitando la casa de sus padres. Sonreí y al segundo dejé de hacerlo.

Escuché cómo alguien vomitaba en el baño cerca de la entrada. ¿Abbi? Ese virus estaba siendo peor de lo que me comentaron, debía chequearse lo antes posible.

—¡Lávate los putos dientes, Abbi! Te vinieron a ver.

—¿Qué diablos le pasa? —dije preocupado.

—Un virus que crece en su estómago —dijo Blake conteniendo la risa—. La grasa le afecta.

Abbi estaba enferma. Toqué la puerta con los nudillos escuchando cómo se lavaba los dientes. De seguro y piensa que soy Harry. ¡Maldita sea!

Abbi abrió la puerta. Se quedó pasmada al verme de pie frente a ella. Mi respiración era acelerada. No me di cuenta en el momento en que decidí que era con ella con quien quería desahogarme, las emociones me invadían y el saber que perdía a Lui y a Abbi era demasiado. Los ojos se me llenaron de lágrimas, negando con la cabeza.

—Tranquilo —susurró—. ¿Me prestas la habitación de visitas? —le hablaba a Cora.

—Totalmente —contestó sin pensarlo—. Ya parece más tu habitación que de visitas.

Me tomó del brazo llevándome hasta una habitación pequeña, nada de lujos de élite. Era tan ella con ese cubrecama de color negro. Las paredes estaban escasas de decoración. Los zapatos estaban tirados junto a una blusa sucia. Sonreí al ver que era tan normal como siempre lo pensé. Abbi movió su portátil de lugar. Tenía abierto Skype. Pude leer que hablaba con Mary.

Mi estómago volvió a reaccionar. Con ella Lui aprendió a no ser tan elitista, demostró que le importaba poco lo que todos dijeran. Me demostró que cuando alguien te importa más vale mandar a todos a la mierda y luchar por lo que quieres.

Abbi tenía su pelo agarrado en una coleta, los ojos llorosos y la cara pálida. ¡Maldición! Realmente estaba muy enferma.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Solo es un virus.

—¿Te has chequeado con algún médico? —no tenía buena cara. Estaba más delgada. Después de ver a Lui mal, esto era lo único que no quería para mi vida. Tenía que verla bien.

—Iré esta semana —sonrió—. ¿Cómo estás?

—He tenido mejores días. ¿Tú?

—El estómago me está jugando una mala jugada, pero estaré bien.

Negué con la cabeza no sabiendo cómo reaccionar al verla de este modo. ¿Era un virus o estaba deprimida? Conozco una depresión que te crea enfermedades raras que son psicológicas. Sea lo que sea espero se quite pronto.

—¿Ya sabes si tienes nueva... Ammm, *agapi*? —estaba desviando el tema. Podía sentirlo. Pero no tenía una nueva, solo la quería a ella. A nadie más.

No podía dejar de ver la preocupación en sus ojos y por más que quería abrirle mi corazón y resguardarla, no podía. La observé cómo se apretaba las manos como si quisiera decir algo.

—No, aún están negociando. Pero escuché que tú aceptaste estar con Harry. Felicidades.

La vi morderse el labio conteniendo las palabras que quería decir. Sus ojos se llenaron de lágrimas y asintió con la cabeza. Sabía que estar con Harry no era lo que quería, podía verlo en sus ojos. No era ni de cerca lo que ella necesitaba.

—Te necesito, Abbi. Necesito de ti en estos momentos. En poco te enteras qué pasa. No puedo decirte, pero confío en que entiendas cuando te digo que te necesito —los ojos se llenaron de lágrimas y la vi correr a mi lado para abrazarme. Me dejé caer en sus brazos llorando como nunca antes lo había hecho. Esto era demasiado—. No puedo perderlo, Abbi, tampoco puedo perderte a ti.

No me di cuenta en el momento, Abbi comenzó a llorar. Me apretó contra su cuerpo. Su corazón estaba acelerado, sus lágrimas corrían con desesperación por su rostro. Esto no estaba bien. La abracé y en segundos me recompuse. La tomé del rostro viendo esos ojos grises que tanto amaba. Sin pensarlo la besé. Sus labios estaban húmedos por las lágrimas. Llenos de ilusión y fidelidad. Esa era mi chica.

—No me dejes, pequeña, no ahora que te necesito.

Abbi se montó encima de mí, tomó mi camisa y de un tirón me la arrancó. Lo siguiente en desaparecer fue su blusa y su sujetador. Nos quedamos horas acostados, sintiendo nuestros cuerpos desnudos sin movernos. El palpitar de nuestros corazones hacían una verdadera delicia excitante. La observé de nuevo desabrochando su pantalón con delicadeza. Abbi intentó hacer lo mismo, pero como era costumbre, sus habilidades con los botones eran nulas.

La vi levantarse a cerrar la puerta con llave antes de regresar a la cama conmigo. Acostándose encima de mí, me besó como si todo quedara atrás y una vez más fuéramos nosotros y nadie más en el mundo.

Tenerla de nuevo era lo único que necesitaba en estos momentos. Los gemidos opacaron los suspiros y el sudor reemplazó las lágrimas. Una mezcla de sentimiento que no podíamos dejar de sentir, ni siquiera cuando terminamos abrazados la noche entera. Abbi no dejaba de besarme y yo de regresarle el mismo aprecio que ella me daba.

—Te quiero, pequeña. Eres todo lo que siempre quise para mi vida.

—Yo también te quiero, Will. No me sueltes. No ahora.

—Nunca Abbi. Nunca voy a soltarte. Eres mía.

—Solo tuya, Will. Siempre fue de ese modo.

Finalmente, logré dormir como esperaba a pesar de toda la situación que pasaba a mi alrededor. Se podría decir que las cartas estaban jugadas a mi favor, que nada pasaría después de ahora.

Múnich

Abbi

Me desperté con el corazón en la mano. ¿Qué diablos había pasado ayer? ¿Cómo me dejé guiar por sus sentimientos? Observé a Will, tapado por las mantas negras. Esto no estaba bien, teníamos casi tres semanas, si no es que más de no hablarnos. No podíamos simplemente venir y acostarnos. Eso no era correcto. No estaba bien. ¿Pero qué me pasa?

Ayer no le dije que no acepté a Harry como *agapi*, tampoco le dije que tenía más de una semana de no hablarle. ¿De qué serviría decirle de inmediato cuando estábamos besándonos de esa manera?

La negociación que pidieron los Woodgate sonaba tentadora, era una familia menos poderosa que los Hamilton, aun así, manejaban bastantes influencias mundiales para rechazar la oferta. Después de William, Harry era el mejor partido disponible. Will era todo lo que quería a pesar de todo el maldito drama que estábamos manejando, es como si tuviéramos diecisiete años y no veintiún en mi caso, casi veintitrés.

Will me abrazó la cintura regresándome a la cama. Sus brazos se sentían tan bien, pero mi moral me estaba dando un reclamo de campeonato.

—Pequeña, ¿te había dicho que puedo despertar cada mañana de este modo?

—Sí, cuando estábamos juntos —le recordé con una sonrisa en el rostro.

—Abbi, tenemos que hablar —dijo apretándose contra su cuerpo.

Correcto, teníamos que hablar tantas cosas que no sabía por dónde empezar. ¿Cómo le digo las cosas? Hey, William, estoy teniendo náuseas y creo que puedo estar embarazada porque no recuerdo cuando fue mi última menstruación. Estaba segura de que me vino, pero mi cabeza me estaba haciendo dudar horrores.

Me mordí los padrastrós del dedo esperando una buena forma de empezar a hablar. Dicen que la base de una relación es la comunicación y en estos

momentos debíamos comunicar todo lo que sentíamos si esta relación extraña iba a funcionar.

—Perdóname por cómo reaccioné con todo el asunto de Ames. Creí que ella importaba algo, pero a los segundos que te solté me di cuenta de que jamás quería soltarte.

Lo observé unos segundos no sabiendo qué decir. Ames había sido su mundo, su universo. Es imposible que no sea nada ahora. Me tomé las manos como era mi costumbre para ocultar el movimiento involuntario que salía de ellas. Esto no estaba bien.

—No quiero hablar de eso. ¿Puedes darme un poco de tiempo para asimilar todo? Sé que tenemos que hablar, pero... no puedo. William, me dolió horrores en el momento en que me soltaste para abrazarla. Sentí que mi mundo... —la voz se me fue por completo mientras las lágrimas se formaban detrás de mis ojos. Qué mierda de debilidad hormonal.

—Lo siento, lo siento, lo siento. Abbi te amo y quiero que entiendas que tú estás primero.

—Me gustaría decir que te creo, Will, pero... rompiste mi corazón y me hiciste creer que era menos de lo que era y eso no lo hace una persona que te ama.

William suspiró con desesperación viéndome como si suplicara internamente por algún perdón divino. Perdonar es fácil, olvidar es una cosa muy distinta. Negué con la cabeza esperando a que él dijera algo.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Tiempo? Porque si es tiempo lo que necesitas estoy dispuesto a darte lo que necesites. Puedo explicarte a detalles todo lo que está pasando en mi mente y prometo ir ganándome tu confianza poco a poco.

Tenía dos opciones. Dejarlo ir y buscar sanar las heridas lejos de William o intentar sanar las heridas a su lado. Era una decisión difícil por mil razones, pero la única razón que estaba funcionando en mi mente era la locura que me gritaba cuánto lo necesitaba.

—Es como empezar de cero —susurré—. Los dos estamos dañados por cosas que dijimos o hicimos, es cuestión de trabajo de ambas partes para lograr que esto funcione.

Lo vi sonreír unos segundos. Luego levantó su mirada, acercándose a mis labios. Lo dejé que me diera un pequeño beso, luego se alejó para verme con una sonrisa mucho más grande.

—Cómo te amo, pequeña.

—De cero, William —dije en forma de broma—. ¿Qué acaso no te das cuenta de que «te amo» es un paso inmenso?

—Eso no quita lo que siento, Abbi. Así que lo siento, pero te amo.

Nos quedamos unos minutos acostados en la cama abrazados sin decir una palabra. El silencio era nuestra forma más pura de decir lo que aún no podía ser dicho. Aún tenía en la mente a Harry, no porque sintiera algo, sino porque William no sabía que no acepté nada, por lo que él podía seguir siendo mi candidato a *agapi*.

—No acepté a Harry como mi *agapi*, nunca se negoció nada a pesar de que mi padre lo consideró un momento —aclaré sin pensar.

—¿No? —preguntó Will sorprendido. Asentí con la cabeza esperando una reacción. Al ver que me veía con desesperación, me acerqué a él.

—No puedo tomar a nadie más porque siento tanto por ti que es estúpido hacerlo. Estaba esperando algún tipo de milagro de que regresaras y te dieras cuenta de que juntos valemos algo.

—A ver, explícame algo —dijo colocándose sobre mí—. ¿No estás aquí por algún tipo de acuerdo u obligación de parte de tu padre?

Negué con la cabeza riendo ante las insistentes manos de William haciéndome cosquillas delicadas.

—Suéltame —moviéndome de un lado a otro como si fuera gusano.

—Eso jamás. Te pegaré a mi piel con cola extrafuerte para que no puedas separarte nunca.

A mediodía salimos a comer a un restaurante que queda en St. James, al sur de la ciudad de Londres. Era diferente salir de la rutina que teníamos. El restaurante no era nada elegante, más bien comida típica inglesa que despertó mi apetito. Estaba en plan no comer por miedo a que las náuseas aparecieran de nuevo, pero al momento de ver la comida todo malestar desapareció.

William me contó de su viaje con Lui y Blake, su viaje de amigos anual. Sonaba bastante entusiasmado a pesar de que algo extraño se escuchaba en su voz cuando lo contaba. Recordé a Blake llorando en la sala de Cora, pero no

me animé a preguntar qué había pasado, era solo ese presentimiento que no me dejaba avanzar.

—Yo iré de visita a Estados Unidos —iría a ver a Mary, esa decisión la tomé cuando no sabía qué hacer de mi vida y estaba confundida. Ahora debía irme para despejar mi mente y rezar al Dios americano que me venga para que pueda estar tranquila.

—¿Ah, sí? —se quedó pensativo unos minutos—. ¿Cuánto tiempo?

—Unas semanas nada más.

—¡Genial! Te extrañaré —dándome un beso en la mano continuó preguntándome detalles del viaje los cuales aún no sabía.

Me arreglé en el apartamento con Cora. Ella parecía estar bien con mi decisión de no seguir con su hermano. Tanto ella, como yo, sabíamos que no funcionaría. Un día llegamos a su apartamento, cuando entramos lo encontramos tomando a una rubia por las caderas en el sillón. Estaban desnudos y expuestos. En mi mente reí a carcajadas porque solo Dios sabe que él solo fue un juego nada más.

Me puse mi vestido largo turquesa. Peiné mi cabello con una moña a juego con el vestido. Coloqué maquillaje simple y delicado. A eso de las ocho estaba lista. El chofer de Cora llegó por nosotros y sin pensarlo me subí a la camioneta sabiendo que nada de lo que estaba haciendo era correcto. Pasamos un día espectacular, pero seríamos una vez más el tema de la velada y no quería serlo.

—¿Te noto tensa? —dijo Cora desde su asiento.

—Mal presentimiento. ¿Nunca los has tenido?

—Cariño —dijo con su habitual tono dulce—, para eso vivimos. Para complicarnos la vida con malos presentimientos.

Cora comenzó a contarme lo que estaba pasando con ella y Blake, aun cuando ellos no lo admitían del todo, el sexo los había unido de muchas maneras y esa historia me parecía como las locas películas de adolescentes en las que se enamoran de su amigo con derecho.

—¿Entonces? ¿Ya son exclusivos? —pregunté.

—No lo sé. Al menos de mi parte es exclusivo. No quiero estar con nadie más. ¿Suena estúpido?

Negué con la cabeza antes de que me abrieran la puerta para bajar. Los *flashes* llegaron de la nada, las preguntas acerca de mi separación con William y si Harry sería mi próximo *agapi* atacaron mi tranquilidad y mis nervios. Me digné solo a sonreír y no contestar absolutamente nada.

—¡William! ¿Una pregunta? —escuché a una periodista a mis espaldas.

Me di la vuelta para ver a William con su saco y pajarita, totalmente guapo como siempre. Le di una sonrisa de medio lado antes de que tomara mi mano y volteara a ver a la chica.

—Por supuesto. ¿Cuál es su pregunta? —como todo un político y un gran relacionista público.

—¿Están juntos? Se comentó acerca de su separación.

William levantó mi mano besando mis nudillos.

—Más juntos que nunca.

Dándose la vuelta, nos encaminamos al gran salón. Como era de esperarse, todos los malditos ojos cayeron sobre nosotros.

¡Hola, atención!

Últimamente la atención pública es mi mejor amiga, para ser sincera, no la mejor amiga que quiero a mi lado. Prefería guardarme en lo más bajo de la sociedad y no salir nunca, nunca, nunca.

Me regaló una sonrisa antes de sobar mi pierna y darme ciertas palabras de aliento. Ella sabía mis sentimientos por William, se los conté todo el día que encontramos a su hermano. Ella también me contó lo que sentía por Blake. Era extraño ver cómo el sexo los había unido. Poco a poco estaban cayendo en un amor profundo. ¡Suerte por ellos!

—¿Qué piensas? —preguntó Will dándome un beso en la mejilla.

—En que mi imagen ahora ha de ser de puta o fácil. ¡Dios mío! ¡Seré una Lessa! —dije viendo a todos.

William se giró para estar frente a mí. Me tomó la cara en sus manos. Dándome un beso profundo en los labios, se encogió de hombros.

—¿Alguna vez te acostaste con Lui o con Harry? —su pregunta me sorprendió, negué con la cabeza con toda sinceridad—. Lo imaginé. Lo que piensen los demás me sobra. Tú eres todo lo que necesito. Eres mía, yo soy tuyo y nadie ni nada puede decir lo contrario. Si quieren creer que eres fácil, ¡pues que se jodan! No son ellos los que van a casarse contigo. Ese voy a ser

yo, pequeña. Tampoco nos van a dar de comer, así que quédate tranquila. En este barco solo estamos tú y yo.

Como siguiera destilando miel, mi corazón no podría más. William Hamilton era tan dulce cuando se lo proponía, que sería capaz de ponerle un letrero neón que indicara que era mío. Al menos eso decía Vanne, una chica bastante agradable en The Royal Academy. Will era de los más cotizados, todas estaban atrás de él y Lui. Vanne siempre dijo que le pondría un cartel con el nombre de Lui reclamándolo suyo. Creo que robaría su idea y la usaría en mi beneficio.

Sonreí con dulzura al tomar su mano una vez más.

—Eres de lo más perfecto que existe, William Hamilton. ¿Qué voy a hacer con todas estas sensaciones?

Will me observó durante unos segundos antes de agregar.

—Sentirlas toda tu vida, cariño. Estarás liada conmigo el resto de tu vida.



Sentados en nuestra mesa. Will tomó mi mano. Mamá estaba como loca por la noticia de que volvíamos a intentarlo, el papá de Will estaba de la misma manera. Lo que más me sorprendió fue ver a Janette Hamilton, feliz que estuviera al lado de su hijo. Siempre me pareció que ella era la menos entusiasmada de esta relación. Mi hermana —como era de esperarse— me recalcó la imagen de puta que iba a dar ante la élite. Para mi suerte, no fui yo la persona que la silenció. William estaba poco tolerante con ella.

La velada transcurrió como tenía que transcurrir. Tranquila. Comimos, bebimos vino, bailamos y hablamos con todos nuestros amigos. Pensé que vería a Lui esta noche. Al parecer un mal virus lo dejó en cama. Blake no dejaba de hablar de todo lo que harían en su viaje. Estaba entusiasmada por ellos.

Harry no dejaba de ver a nuestra dirección, estaba enojado y podía verlo. En un momento, cuando William se levantó al baño, me levanté detrás de él para que pudiéramos hablar unos minutos. Tenía que explicarle que era lo mejor y que estaba enamorado del idiota al que odiaba.

—¿Así que regresaron? —dijo tomando un trago de su *whisky*.

—Sí, algo así.

—Eres una estúpida, Abbi, nunca aprendes.

—¿Aprender? Por favor, Harry, no seas tan hiriente cuando sabemos que tú y yo estábamos condenados al fracaso.

Harry soltó una carcajada. El aroma que salía de su boca era a *whisky* rancio. Hice una mueca de desagrado.

—¡William es un idiota! Te trató mal toda tu puta vida y ahí estás, rogando su atención como perro arrastrado que ama a su dueño.

¡Por un carajo! Sacándole el dedo de en medio, me di la vuelta dispuesta a marcharme por donde había venido. ¿Qué diablos estaba fingiendo? ¿Pedir perdón a un patán? Por favor, puede podrirse bajo tierra mil millones de veces.

—¡Y ahí está, señoras y señores! ¡Abigail Sheperd! La mujer que sigue esperando a que William la quiera.

—¡Cierra la boca! —ahora sí teníamos los ojos puestos en nosotros. La música incluso había dejado de sonar.

—¿Abbi? —la voz de William me llegó de repente.

Suspiré sin apartar la vista de Harry.

—Sabes, Harry, pensé que te debía algún tipo de explicación por algo que jamás tuvimos. Ahora veo por qué tu mamá se dio por vencida contigo, eres una persona muy mala.

—¿Malo yo? —Harry se rio tan fuerte que se ahogó con su propia saliva—. William Hamilton se encargó de destruir mi vida y la tuya de pequeños. Jugó con nosotros y nos humilló frente a todos y aun así, ¿yo soy el malo? Por favor.

Mi enojo creció a mil. William fue malo y bueno a la vez, pero tenía razón en una cosa, las personas solo vieron cuando él me humillaba. Mi respiración estaba fuerte y pesada, tenía ganas de gritarle y tirarle una piedra en la cabeza.

—Vete. A. La. Mierda —dije con todo el enojo que tenía guardado.

—Con gusto. Ahí te estaré esperando cuando él —señaló a William—, te mande a la mierda una vez más.

—¡Suficiente! —gritó Will tomándome del brazo.

—¿Qué pasa Willy, Billy? ¿Tienes miedo?

Will solo negó con la cabeza, jalándome del brazo como si fuera una niña mal portada. Fruncí el ceño minutos antes de sentir la debilidad tocar mis

piernas, perdiendo el balance me agarré del brazo de William. Este me observó unos segundos abrazándome fuerte para que nadie se diera cuenta. Cuando la música comenzó a sonar otra vez, con toda la discreción, Will me sacó de donde estaba.

—¿Estás bien? —me preguntó inspeccionando mi cara—. Te veo pálida.

—Estoy bien, solo necesitaba aire.

Me tomé el abdomen con dolor espantoso. ¿Qué diablos me está pasando? Me mordí el labio, si gritaba de seguro me lleva al hospital y en estos momentos es lo que estoy evitando a toda costa.

—Solo es algo que comí —mentí—. Estoy floja del estómago. Eso es todo.

¡Genial! Ahora va a creer que estoy a punto de cagarme hasta el cabello. Prefiero eso a que piense otra cosa o peor aún, que me digan que el embarazo no es tan psicológico como me gustaría pensar.

William

Estábamos a minutos de aterrizar en el aeropuerto de Múnich. Lui estaba dormido con un respirador portátil, totalmente pálido. Su madre no quería que saliéramos de viaje, quería entenderla, pero entendía más el punto de Lui. Iba a morir, no había vuelta atrás. Las cosas eran como eran. Quería disfrutar sus últimos días. Separarme de Abbi no fue fácil, pero pensar que tenía cuenta regresiva de días junto a mi mejor amigo rompía mi corazón.

Me quité los audífonos observando fotos viejas que tomé de nosotros juntos. Era lo mejor que me pasó en la vida. La quería y quería hacerla feliz. Blake se unió a observar las fotografías. Lo veía soltar risas cuando pasaba una muy romántica o una muy graciosa. Blake empezó a contar historias de Cora y él. Estaba sorprendido por la chica, nunca le pareció atractiva o la correcta, ahora era todo lo que quería. Siempre vivíamos juzgando la popularidad o el nivel de locura, incluso el físico. Nunca era lo que creíamos o nos llenaba por dentro.

—¿Es estúpido no? —observé a Blake unos segundos.

—¿Que estemos enamorados de una obligación?

—Sí, en parte.

Ellas dos habían sido obligadas y pararon siendo seres totalmente correctos en esta vida incorrecta. Me llevé la mano al cabello, desordenándolo más de lo normal.

—No es una locura, es suerte y pretendo aprovecharla al máximo —recalcó mi amigo.

Sonreí. Quería creer en la suerte, pero creía más en el destino que en la suerte.

Las ventajas de viajar con un enfermo, es que te dan prioridad en todo. Bajamos de primero, nos pasaron al chequeo antes, nada de colas tediosas. Lui no paraba de alegar por el hecho de que lo tenían en silla de ruedas. No tendría que cargarla todo el tiempo, pero para él era tortura. El oxígeno sí era permanente, algo que tampoco era de su agrado. No queríamos que fuera diferente la manera de tratarlo, por lo que seguíamos las típicas bromas y el oxígeno no era la excepción. A Blake es al que más gracia le hacía el hecho de que estuviera lleno de cables.

Llegamos a un hotel bastante simple, no tenía un *lobby* como todos los que conocía, ni techos altos, o lámparas de araña. Fruncí el ceño pensando que era una equivocación. No lo era, Lui quería viajar al estilo mochilero y no nos informó nada. Observé las maletas de todos nosotros. De mochileros no teníamos absolutamente nada.

—Qué cosa más linda —dijo Blake burlándose de Lui—. Hasta huele a humedad.

—Cállate idiota y vive la experiencia que nunca podrás vivir de otra manera, señooooor real —Lui le dio un empujón.

Nos acomodamos en la habitación de tres camas. Estábamos en el primer nivel por la altura. No estaba seguro si le afectaba en algo a Lui, pero él lo pidió de ese modo. Tomé mi celular para enviarle un mensaje a Abbi.

Yo: Pequeña, ya en el hotel... Bueno, si es que puedes llamarlo hotel. A tu amigo le dio por ser mochilero.

Abbi aún no sabía nada de Lui, pero pronto se enteraría. Estaba seguro de que lo haría.

Pequeña: Buena experiencia de vida, no te quejes. Mándame una fotografía, bebe. Te extraño.

Sonreí al ver su mensaje. Ni idea si las cosas estaban bien o no, pero el estar así en estos momentos ya era un plus. Abbi cambiaba de humor en minutos y quería aprovechar estos segundos. Le pedí a Lui que se quitara cinco segundos el respirador. Tomé el celular y disparé un par de *selfis*. Lui vio que podía respirar sin los tubitos, pero no íbamos a correr suerte. Le obligamos a ponerlo de regreso y Blake lanzó sus bromas habituales.

Decidimos salir a caminar por una pequeña plaza que teníamos frente al hotel, estaba llena de gente con rastas y músicos callejeros. Si no fuera porque Lui insistía en vivir la experiencia estaría cagado del miedo. Paramos frente a una cafetería y decidimos tomar algo. Blake y yo pedimos una cerveza. Dicen que en Alemania eso es lo que hay que tomar, según las indicaciones de la chica del hotel. Lui pidió un helado, cosa rara por el clima. Nunca se comía helado en invierno. La chica con el ceño fruncido le preguntó —en un muy mal inglés— si estaba seguro.

—Lo estoy —respondió—. Voy a morirme en poco, tráeme mi helado con extra de chocolate y galletas.

La chica parecía tenerle lástima. Estábamos cansados de escuchar a Lui decir lo de su muerte como si fuera algo normal. No era algo que aceptábamos, estaba seguro de que un milagro pasaría y no perdería a mi amigo. Tenía que ser de ese modo. No sé qué haré sin él.

—Bueno, Blake. Alemania es tu turno. Vamos a dedicarnos a trabajar en todo lo malo que hay en ti —dijo Lui sacando un cuaderno—. Es como un *checklist*, a cada lugar que vayamos tú tienes que confesarnos un dato que no sepamos, algo secreto. También en cada lugar discutiremos algo malo que tengas que cambiar. ¿Entendieron?

—¿Por qué yo? ¿Por qué no Will? —dijo a la defensiva.

—Déjate de mierdas —respondió Lui. Tuve que taparme la boca para no carcajearme en su cara—. Su turno es en Grecia y el mío también.

—¿No iremos a Irlanda? —pregunté frunciendo el ceño.

—No, lo cancelé. Más días en Santorini. Dicen que es la gloria ese lugar.

Negué con la cabeza. Me senté atento a lo que Blake tenía que contarnos. En efecto, era lo que pensaba. Blake nos contaba de su primera vez con Ash. Sabía que la hermana de Abbi no le entregó su virginidad a Connor, era

obvio. No me gustaba la idea que ella era mi media hermana o por lo menos eso decía mamá. Esperaba que fuera toda una equivocación.

Blake se adentró en su historia. Nunca nos confesó antes quién había sido su primera. Lo único que sabía era que perdió todo un día encerrado con la chica misterio. Ahora no era ningún misterio. Había sido Ash.

—La chica tenía guardada como diez baterías en sus piernas. Le daba y le daba. No quería parar, fue un buen sexo para ser su primera vez. Eso sí, manchó todo y fue un asco cuando terminamos.

—¿Asco? —pregunté pensando en Abbi.

—Bueno, no asco, pero era sangre. No soy muy amante de la sangre.

—Yo me acostumbré después de la tercera a la que le quité la virginidad —dijo Lui con una gran sonrisa. Bastardo. Ya sabíamos que le quitó a cinco su inocencia. Sin contar a las chicas fuera de la élite.

—¿Y tú? —preguntó Blake.

—¿Asco? —negué con la cabeza—. No, fue... hermoso saber que fui el primero en su vida como ella en la mía. Ella estaba apenada, pero... Ya sabes, me gustó.

Blake arrugó su cara como si algo fuera a provocarle ganas de vomitar. Lo empujé sabiendo que estaba en su estado bromista número diez. Lo observé unos segundos antes de agregar.

—El amor hace que todo sea perfecto, por más imperfecto que sea, nada puede arruinar el momento.

Dicho esto, Lui sonrió estando de acuerdo conmigo. El amor es lo que sentimos entre tanta imperfección, es cuando estamos cegados por flores, corazones y mierdas rojas y rosadas. Este sentimiento me tenía como estúpido, pero valía la pena estar de este modo.

El gran error

Abbi

Me bajé del avión aún medio dormida. Fue un viaje largo con varias paradas no tan agradables. Me encantaba estar rondando por los aeropuertos, era como un vicio. Las tiendas, la gente jalando sus maletas. Todo era perfecto hasta cierto punto. Las despedidas, las lágrimas, las alegrías, los reencuentros. Sí, definitivamente me gustaban los aeropuertos. Esperé mi maleta con el resto de la gente normal. Cuando viajábamos con mamá y papá era totalmente distinto. Las maletas llegaban directo a casa. No había colas ni trato normal. Solo de primera.

Al momento que las puertas se abrieron, escuché un par de gritos de loca. Levanté la vista para ver a Mary dando saltos. Solté las maletas y salí a abrazarla. Joder, cómo la había extrañado. Me llevó menos de cinco segundos darme cuenta de que había subido unas cinco libras. Se encogió de hombros.

—Las galletas me tienen entretenida —me regaló su sonrisa dulce que empalagaba. Esa era mi amiga—. No esperes bajar de peso en estos días. Vas a comer, beber y disfrutar de tu amiga.

No estaba segura de lo de beber, pero sí podría comer hasta comerme todo Washington. Estaba cansada del buen trato de todo. De ser la perfecta niña que todos admiraban, me ha costado muchísimo ser parte de la élite, al menos aceptada por ellos. Nunca fui la chica linda, la agradable, la popular... Ninguna de ellas encajaba en mi posición. Yo era Abbi, la que nadie aceptaba y punto. Harry me hizo el favor de acordarme eso hace tres días.

—Quita esa cara larga Abigail —me tomó del hombro Mary—. ¿Qué quieres hacer primero?

Lo pensé, lo pensé y lo seguí pensando. Sabía exactamente lo que tenía que hacer. Metí mi maleta en su convertible rojo. Seguía igual que siempre, parecía el carro de Barbie Malibu. Observé lo mal que estaba parqueado. Negué con la cabeza pensando que había cosas en este mundo que nunca cambiaban. Su forma de manejar era una.

—Necesito que me lleves a una maldita farmacia, luego vayamos a tu casa y dependiendo qué diga esa maldita prueba, podemos hacer planes.

—¡Mierda! —gritó Mary soltando la maleta—. No me digas que también tienes retraso.

¿También? La miré fijamente una fracción de segundos y asintió con la cabeza contando que hace casi un mes que no le viene. ¡Un mes! Y yo estoy preocupada por una semana. ¡Maldición! ¿Cómo ha podido aguantar todo este tiempo? Tener un retraso de un mes no es nada normal. Me metí a una discusión eterna acerca de lo descuidada que había sido. Le pregunté acerca de métodos anticonceptivos y si sabía para qué servían.

—¡Condón! —dije elevando la voz—. ¿Sabes para qué sirve? ¡Para no tener un puto bebe!

—Contrólate, Abbi. Por lo visto tú tampoco sabías para qué sirven, señorita tengo-una-semana-de-retraso Sheperd. Además, no puedes juzgarme de ese modo. No sabes las causas del embarazo, si es que lo estoy.

Ni idea si lo estaba o no, pero en cierto punto tenía razón. Yo había sido la descuidada. Dejé que acabara en mi interior sin ninguna maldita protección. ¿Qué diablos esperaba? ¿Infertilidad?

—Ven, vamos y salgamos de esta duda —dijo aparcando frente a la farmacia.

Compramos dos pruebas, las pagamos y salimos a toda prisa. Mary sabía que si yo estaba embarazada solo podía ser de Will, pero si ella estaba embarazada, ¿quién de todos sería el papá? No quise preguntar y dejarla avergonzada por lo que me aguanté las ganas de preguntar.

Llegamos aparcando en uno de los estacionamientos cerca de los ascensores. Su casa era grande y moderna, con balcón amplio y vista preciosa. Sus padres no estaban, era obvio que nunca estaban. Su madre tenía una vida social muy activa y su padre se la pasaba en el PARLACEN todo el tiempo. Su hermanito crecía con la niñera y su hermana de diez era tan insoportable que no me tomé el tiempo de preguntar por ella.

—Bueno, aquí está la tuya —me tendió mi cajita—. Nos vemos en unos segundos.

Y como si fuera mi llamado, las ganas de ir al baño se intensificaron. A pesar del asco que sentí al meter mi mano cerca del área donde hacía pipi, me

relajé inmensamente unos segundos. Cuando regresé a la habitación coloqué mi prueba junto a la de Mary. Me acosté en la cama dejando que mi corazón empezara a saltar como conejo drogado. Esto no estaba para nada bien.

Intentaba pensar que no era gran cosa, que todo estaba en orden. He visto casos de mamás jóvenes y de parejas que lograron hacer una unión muy buena después de un embarazo no deseado. No es como si fuera a acabarse el mundo por esto.

Cerré los ojos. Qué van a decir todos. ¿Mis padres? ¡Dios, van a matarme!

Observé la prueba una y otra vez, segura de que la del lado izquierdo era la mía. Una positiva y una negativa. No podía creerlo. ¿Cómo había pasado eso? Bueno, sabía cómo pasó, sabía que abrí las piernas sin que Will se pusiera un puto condón. Lo sabía y no me importó. ¡PERO QUÉ MIERDA! ¿Cómo no me cuidé? No estaba preparada para esto, no lo estaba.

—¿Estás segura de que esa era la tuya? —preguntó Mary viendo las dos pruebas. Las lágrimas ya estaban rodeando mi cara. Asentí lentamente incapaz de hablar. Estaba embarazada.

Mary me dio una sonrisa llena de dolor, no estaba segura si sentía lástima por mí o estaba contenta de su respuesta negativa y no sabía cómo expresarlo. Ella no tenía ningún síntoma, en cambio, yo estaba al borde de la locura. El dolor abdominal cada día estaba más fuerte y seguramente algo dentro de mí iba a estallar pronto. No sabía que tener un bebe era tan doloroso desde un principio.

—Tengo que hacer una llamada. ¿Puedes esperarme? —dijo Mary sin esperar respuesta, salió de su habitación.

Me quedé perdida en mis pensamientos viendo la cama de color morado. Un bebe. Mierda, no estaba lista para eso. Tampoco podía pensar en no tener a este bebe. Si habíamos sido descuidados, ahora no quedaba más que asumir la puta responsabilidad. Me tomé el estómago llorando con más fuerza. ¿En qué diablos pensaba? Seguramente ¡NO ESTABA PENSANDO! Solo quería disfrutar. ¿Disfrutar? —un aplauso, Abigail, ahora sí que vas a disfrutar—. Pensé al tiempo que lloraba otra vez.

Una parte de mí quería llamar a Will, explicarle todo lo que sentía. Otra parte me lo impedía. Él estaba en un viaje que según dijo Lui, era importante para los tres. Si lo llamaba, arruinaría todo. Las náuseas me llegaron con fuerza, estaba a punto de vomitar cuando Mary entró en un mar de lágrimas.

Estaba segura de que ella sí quería tener un bebe. Salí al baño abriendo la tapa justo a tiempo, saqué todo lo que tenía en el estómago. Adiós desayuno de aeropuerto.

—Cariño —dijo Mary detrás de mí—, sácalo todo. Te sentirás mejor. Imagina la linda experiencia de ser mamá.

—No quiero, no estoy... lista. Por favor, Mary, no empieces.

Volví a vomitar al tiempo que mis palabras se cortaban. Definitivamente estaba fuera de control. Las lágrimas salían sin recato alguno. Estaba perdida. ¿Qué pensarían mis padres, mis amigos, la élite? ¡Mierda, la reina! Dios, me van a desheredar de la élite cuando se enteren. En más de cincuenta años, nunca había pasado esto dentro de la élite. Un embarazo no deseado. Era obligación de los padres inculcar el valor de la protección, no de la abstinencia como ya imaginan. Esto sería un desastre. Un hermoso desastre.

Di media vuelta para ver a Mary darme una toallita húmeda para que me limpiara. Había estado llorando. Lo veía en su cara. La pregunta era, ¿por qué? No quería ver a mi amiga sufrir.

—Tienes que decirle a Will, Abbi. Él merece saberlo.

—Lo sé, pero no me hago de la idea, déjame asimilar todo esto. No sé qué... hacer. No aún.

¿Qué dirá la madre de William? ¿Qué pasará al regresar? Quizá será mejor no regresar. Puedo encontrar un trabajo en algún café, como una chica mortal. Ahorrar lo suficiente para cuando sea hora de tener a la criatura todo sea más fácil. Sí, eso haré. Está más que decidido, me quedo en América. La élite puede irse mil veces al demonio. No estoy de humor para algo distinto.

—Tenemos que ir a un médico, hacer un ultrasonido y debemos ver lo de las vitaminas y si todo está en orden. Tienes que encontrar un...

—Espera un momento —levanté mis manos sin apartar la vista de mi amiga—. ¿Has estado leyendo acerca de embarazos?

—Bueno, sí, la verdad es que sí estaba pensando en que lo estaba, solo que tenía miedo de hacer la prueba. Ahora ya sé que no hay bebe en camino y ya puedo... retomar mi vida —dijo las últimas palabras como si su corazón se rompiera. ¿Acaso ella quería tener un bebe?

—Déjame que me haga un poco de la idea antes de dar el siguiente paso. Sé que le tengo que decir a Will, pero no aún, no sé qué reacción tenga, de

seguro me deja.

—No creo que te deje, Abbi. Lui dice que está loco por ti, tiene que significar algo.

Quería creer lo mismo, quería creer que significaba su vida, pero no lo sabía, no con exactitud. Sabía que algo de mí le atraía, algo de mí lo volvía loco. Podía sentirlo. Abrí los ojos cayendo en cuenta de las palabras de Mary. ¿Cómo no me di cuenta antes?

—¿Creíste estar embarazada de Lui?

Mi amiga abrió mucho los ojos, como si le hubiera sorprendido la noticia. Entrecerré los ojos esperando a que respondiera a mi pregunta, el mes pasado ella había estado en Londres. Era una posibilidad que de él fuera el supuesto bebe.

—Pasó por mi mente, ahora ya sabemos que no hay bebe en mí, sino en ti. Ahora —me señaló— tenemos que ajustar tu vida a estos cambios, Abigail. Ni se te ocurra discutir conmigo, señorita.

—Definitivamente tú debiste de ser la mamá. ¿Te das cuenta cómo me estás hablando? Eres una exagerada.

—¿Exagerada? Abbi, tienes una puta vida dentro de ti, no juegues con eso.

No pude evitar taparme la boca para reírme. Esta actitud tan nueva de Mary era toda una novedad.

—Sí, mamá. Como digas —dije entre risas.

Nos quedamos unos minutos en silencio. No quería admitirlo, Mary alias *nueva mamá enojona*, tenía razón. Mi vida estaba a punto de cambiar de una manera que nunca pensé.

—¿Podemos solo salir a caminar? —supliqué—. No quiero pensar en bebes, no ahora. Por favor.

Definitivamente no quería pensar en eso ahora, no en bebes, no en pañales, ni llantos. No quería saber absolutamente nada. Me puse el abrigo, tomé mi bolsa y salimos al convertible de Mary. Por más que me gustara decir que quería algo diferente, el *mall* era el mejor lugar para distraerme.

William

Estábamos sentados en una banca cerca de la catedral de Nuestra Señora de Múnich. Era majestuosa, con las dos torres de reloj marcando la hora, la iglesia fue construida en el siglo XII, una arquitectura tan llamativa y antigua que puede ser vista desde todas las partes de la ciudad por la falta de edificios. Las dos torres de ladrillo rojo de más de 99 metros de altura me recordaron lo minúsculo que podemos ser en el mundo y las cosas tan grandes y hermosas que podemos llegar a construir.

Las personas se aglomeraban caminando de un lado al otro. Abrigados hasta más no poder. El frío calaba mi piel, estaba acostumbrado y contento de no ver tanta lluvia como en casa. Las palomas paseaban cerca de los puestos de *pretzel* y salchichas alemanas. De vez en cuando se veía algún niño tirándoles pedazos de pan para que estas se juntaran.

Le di una mordida a mi salchicha, sintiendo la explosión de sabor en mi boca. No sabía qué estaba mejor, la salchicha o el *pretzel* de Lui. De pronto vi a una pareja pasar, eso me hizo pensar en Abbi, nunca había salido a otro lado más que a Estados Unidos e Inglaterra. Quería sacarla, llevarla a muchos países. Muchos en los que ya había estado por negocios o reuniones importantes con mi padre. Otros viajes que hice con Lui y Blake hace algunos años para ir a conocer, sin mencionar las fiestas electrónicas que tanto nos gustaban. El Tomorrowland había sido la supuesta tradición que quisimos experimentar con estos dos hombres, fuimos una vez a Bélgica para no volver a ir. Ese fue el año en que le diagnosticaron a Lui su enfermedad.

Lo observé unos segundos con el respirador en la nariz, los ojos cerrados y la sonrisa en la cara. Realmente estaba disfrutando de sus últimos momentos y eso me hizo sentir lleno, alegre por dentro. Era una estupidez cómo Lui podía estar con los ojos cerrados cuando un grupo de turistas americanas estaban enfrente.

Le di otra mordida a mi salchicha. Qué buena que estaba, de seguro me voy a comprar otra porque una no es suficiente y quizá un *pretzel* de azúcar. Levanté la mirada una vez más para ver la catedral, recordando mentalmente en regresar algún día.

Blake regresó junto a nosotros con la botella de agua que Lui pidió hace unos minutos. Venía agitado como si hubiera corrido a toda velocidad para regresar. Era tan extraño ver que Blake le hacía un favor a Lui, normalmente, lo mandaba a la mierda y, finalmente, me tocaba ir a mí.

—Pudiste caminar —dijo abriendo el agua—. No estaba muriendo de sed, solo la sentía, idiota. Tienen que calmarse, solo estoy más... débil. Ahora, cuenta tu último secreto antes de partir de regreso al hotel, para descansar antes de tomar un avión rumbo a Grecia.

Pasamos bastante tiempo escuchando los secretos no tan secretos de Blake. Visitamos varias iglesias, entre ellas la de Teatino. En ella nos contó que un día sorprendió a su hermana teniendo sexo con Teo. Un amigo mortal de Harry. Nunca dijo nada, ni siquiera a su hermana por respeto a ella. Harry esperaba a su amigo en la parte de afuera de su habitación con una sonrisa en la cara.

—Nadie en esta élite se da a respetar —le dijo Harry—. Toma nota, Blaky-Blake. Que esto es para lo que están hechas las mujeres. Son presa fácil.

Desde ese día, Blake escuchó al idiota de Harry y se dispuso a ser un jugador más. Fue por eso por lo que cuando se comprometió con su hermana, le importó poco jugar. A él no le importaba. A ella tampoco. Fue por eso por lo que hicieron el trato en un inicio. Había sido culpa de su hermano. Menuda estupidez.

Tampoco era un tema para desarrollar dentro de una iglesia, pero como a Lui y a Blake les importaba poco, me les uní. Hablar de sexo ante la imagen de varios ángeles era tentador y gracioso. Era como tentar a lo prohibido y eso era algo que nos gustaba hacer. Es como ver pornografía escondida de tus padres.

—Estoy enamorado —dijo, finalmente, Blake respondiendo la pregunta de Lui. Su último secreto. Lui sonrió de oreja a oreja satisfecho por la confesión de Blake. Esperamos bastante a escuchar esto, aun cuando ya lo sabíamos, era imposible no hacerlo.

—¿Vas a contar? Queremos historia completa.

—¡Mierda, no! Es... vergonzoso.

—Me vale madre —respondió Lui extasiado—. Cuenta.

Lo vi suspirar. Lui acomodó la entrada de los tubitos de su nariz. Con un suspiro, Blake comenzó a contar cómo lo había convencido de mezclarse con los Woodgate para sacar información de Abbi. Hasta ese momento, nada era secreto. Necesitaba que se infiltrara por mí, de esa manera podría saber lo que

Abbi hacía sin necesidad de sentirme tan acosador. Viendo cómo Lui asentía en cada parte de la historia llegamos a lo interesante.

—La primera vez que nos acostamos fue tan agresiva. Una dominante total. Me tenía a su merced, estaba perdido en ella hasta el punto de que podía bajarme de su regazo y suplicar por perdón.

—¿A ese punto? —pregunté sorprendido.

—¡Malditamente sí! Tan delicioso como suena.

Un teléfono comenzó a sonar. Busqué mi iPhone desesperado porque fuera Abbi. No era el mío. Me quedé decepcionado viendo la pantalla de mi celular sin nada en él. La extrañaba. Sabía que llegaba a América hoy, pero aún seguía sin noticias de ella. Observé a Lui sacar su teléfono, frunció el ceño y luego contestó.

—¡Guau! Cariño. ¿Estás bien? Respira un poco que no puedo escucharte bien —se tapaba un oído y luego el otro—. Hay, mierda. No me lo digas. ¿Estás segura? ¿Te hiciste la prueba? Te dije que tenías que habértela hecho hace unos días. Todo está bien, cálmate.

¿Prueba? De qué diablos estaba hablando Lui. Lo vi suspirar frustrado y alejarse de nosotros cargando el oxígeno con él. Blake y yo nos miramos unos segundos antes de hacer la observación que no teníamos ni idea de con quién hablaba. Lui tenía un par de secretos que contarnos, de eso estaba seguro.

Cuando Lui colgó el teléfono, quince minutos después. Estaba pálido con las manos temblorosas. Lo observamos esperando alguna explicación que no dio. Tomamos el autobús de regreso a la pocilga de hotel. Deseaba que Grecia fuera mejor. Dos días en Atenas y cinco en Santorini. Intentamos convencer a Lui que Santorini estaría desolado por la época en la que íbamos. Pareció no importarle. Él quería ir desesperadamente a ese lugar. No volvimos a discutir, si Lui quería ir de paseo al infierno ahí es a donde lo llevaríamos. Éramos sus malditos esclavos de vida en estos momentos.



Puse mi teléfono en modo de avión. Estábamos por despegar y ya me había dado por vencido de esperar respuesta de Abbi. No entendía qué le pasaba o por qué estaba tomando esa actitud, se supone que todo estaba bien y tranquilo. Hace un día que hablamos, quizá estaba cansada por el viaje o tenía

mucho que hablar con Mary, pero nada le costaba poner un mensaje diciendo que había llegado bien.

Lui estaba a mi lado en los asientos de primera clase, Blake estaba en los asientos de al lado junto a otro chico que desconocíamos quién era. Blake era bueno para dormir en aviones, yo no tanto, por lo que podía estar más al pendiente de Lui.

Lui tenía una revista de avión con puras estupideces en sus manos. La pasaba sin leerla o sin prestarle la más mínima atención. Tiré el teléfono a la bolsa que tenía enfrente el asiento. Lui abrió los ojos en forma de interrogación.

—¿Qué diablos? —preguntó Lui bajando la revista.

—Abbi no contesta —respondí como si de verdad eso fuera importante para él.

—¡Na! Puede que esté feliz de ver a Mary y estén hablando de nosotros, seguro eso están haciendo.

—Sí, quizá le está contando qué tipo de idiota fui hace unos meses y lo mucho que le rogué que regresara.

—Mary sabe que eres un idiota —Lui guardó la revista—, no hay necesidad de pensarlo siquiera.

Definitivamente estas eran las cosas que iba a extrañar de Lui. Él siempre estaba para mí, para decirme cómo eran las cosas y cómo debían hacerse, aunque la mitad de las veces no le ponía absolutamente nada de atención.

—Lui —me di la vuelta para verlo—. ¿Te arrepientes de algo que no hicieras en tu vida?

Lui sonrió con melancolía, definitivamente había cosas que quería hacer y no iba a poder por falta de tiempo. ¿Qué pasaría si fuera yo el que estuviera en su lugar? ¿Tener una bomba de tiempo en la espalda?

—No me arrepiento de nada, solo me quedo con las ganas de las cosas que no hice. Imagínate llevar a mi chica al altar, o quizá pedirle matrimonio. Esas cosas me vienen de vez en cuando. Tener hijos, ocupar un puesto importante en el parlaseñ o en la cámara de Lores, tener el título de papá. En fin, me quedo con ganas de muchas cosas.

Se me hizo un nudo en la garganta al pensar en eso, nunca se me pasó por la cabeza qué cosas me faltarían por hacer. Imagino que todos cuando morimos

dejamos pendiente lista de cosas que no hicimos. Es como la bendita lista de libros por leer, esa que vamos a morir sin terminar, lo mismo pasa con la vida.

—Yo creo que los alienígenas van a venir en poco a invadir el mundo y no vamos a poder hacer absolutamente nada para detenerlo —intenté desviar el tema un poco con una ocurrencia que decíamos de pequeños—. No te preocupes porque pronto nos volveremos a encontrar.

—Malditos alienígenas, nos van a destruir a todos —Lui asintió con seriedad—. Quizá sea en estos días y aún logre ver la invasión.

—Totalmente, lo más seguro es que pase.

Los dos nos quedamos callados unos minutos, quizá ambos pensando en un supuesto ataque de extraterrestres que jamás pasaría en la puta vida. Luego hablamos de trivialidades acerca de nuestras familias y hablamos de uno que otro viejo amigo contando los chismes que ya sabíamos. Incluso comparamos a Abbi con Ameli, aun cuando no había nada que comparar.

—Me alegra que estemos haciendo esto —dijo Lui acomodándose en el sillón para dormirse.

—A mí también —repetí—. ¿Con quién hablabas en la catedral?

No se lo había preguntado, pero ya iba siendo hora que soltara la sopa.

—Mary —admitió con tranquilidad.

—¿Por qué no me dijiste? —abrí los ojos bastante—. ¿Abbi está bien?

—Lo está. Es solo que... No sé, Will. Mantengo el contacto con ella. Es una gran chica, diferente a todas.

Claro que era diferente y me gustaba que Lui se diera cuenta de eso. Normalmente, nos fijábamos en que las chicas fueran de un estatus alto, con papás de dinero, papás con poder, modelos, o gente simplemente importante. Mary no era la excepción, su padre trabajaba de la mano de uno de los senadores más importantes en América. Aun así, no era élite lo que a nosotros nos parecía extraño. Lui en un pasado fue demasiado elitista y este cambio era bueno para él.

—Cada chica es distinta, solo estamos mezclados en una sociedad que juzga demasiado quién eres, entonces actúas de una manera predeterminada sin pensarlo. Es psicología pura, incluso nosotros estamos criados para actuar de una manera que para la élite es aceptada.

—¿Qué jodido es eso? —Lui aceptó la copa de mimosa que la azafata le ofrecía.

Tomé una copa para mí también viendo que Blake seguía dormido para tomar una. Me volví a acomodar en el asiento viendo que en poco despegaríamos.

—Hace poco me puse a pensar cómo sería nuestras vidas si solo fuéramos Lui y William. Sin título, sin aspiraciones políticas importantes. Solo dos jóvenes de veintiún años, viajando por el mundo, preocupados por el dinero, por chicas, por cómo vamos a pagar la renta del mes, la comida que vamos a comer... Cosas normales.

—No hay tanta diferencia, Will. Nos preocupamos por las chicas, viajamos por el mundo, nos preocupamos por pensar en qué diablos vamos a comer y a dónde ir a cenar. Somos nosotros los que podemos elegir nuestro futuro. La élite ni nadie puede hacerlo por nosotros así que... a tomar las riendas de tu puta vida, William, y deja de llorar.

Grecia

William

La llegada al hotel fue sorprendente, Lui seguía en plan mochilero y eso no ayudaba mucho que digamos. El hotel tenía una vista hermosa a la Acrópolis y a una pequeña plaza llamada Placa. El clima seguía estando frío, pero no dejaba de ser delicioso. Me gustaba este lugar para traer algún día a Abbi y mostrarle lo mismo, eso sí, en un mejor hotel.

Dejamos las cosas en la habitación y salimos a caminar al centro de la ciudad. Monsateraki estaba llena de tienditas de regalos, joyerías, camisetas con serigrafías graciosas y restaurantes callejeros. El área estaba llena de personas que pasaban riendo y hablando. Definitivamente esta era un área turística, con pocos griegos.

Pasamos varios cafés y restaurantes muy tradicionales. Lui alegó que tenía hambre, así que paramos en uno de los más famosos según leímos en *trip advisor*. Era un restaurante amplio con muchas mesas pegadas, tomamos una de las mesas que estaban afuera. La mantelería era papel *craft* con el logo del lugar, el mesero llegó colocando un plástico encima, lo cual me pareció muy raro.

El aroma a grasa y carne era increíblemente delicioso, se veían platos llenos de papas fritas y pan pita. La boca se me hizo agua de ver tanta cosa rica, no me recordaba el hambre que tenía hasta ahorita que vi la comida. Me gustaba la comida griega, habíamos ido a varios restaurantes griegos en Londres. La comida era rara, pero rica. Blake no era muy fanático de la comida condimentada, pero Lui lo había mandado a la mierda cuando propuso ir a FRIDAYS.

—Estás en Grecia, idiota, no vas a comer patatas fritas con hamburguesa.

—Serán hamburguesas griegas y papas mediterráneas. Claro que es diferente.

No era diferente, lo sabía. Negando con la cabeza, Lui pidió los menús. El griego pesado nos entregó tres menús indescifrables en rayas y líneas. Los tres fruncimos el ceño llamándolo de regreso.

—No leemos griego —dije devolviéndole los menús.

—¿No leen griego? —negó con la cabeza—. Americanos —se quejó en un muy mal inglés. Tiempo después apareció una chica de cabello negro y cejas gruesas muy guapas. Nos entregó lo menús de una manera más cordial que el anterior.

—¿Qué les puedo traer chicos? Las *souvlakia* son la especialidad, con un poco de *tzatziki* les queda de campeonato.

Lui estaba perdido en sus piernas, la mujer era guapa. Las griegas tenían una belleza muy peculiar, ojos grandes, cejas gruesas y facciones finas. Nos gustó de inmediato. Quizá Grecia no sería tan aburrida después de todo. Tenía el presentimiento que esta etapa del viaje se pondría más salvaje, algo que no pasó en Alemania.

—Sí, perfecto. También queremos de esos como tacos que tienen ahí —señaló a las personas que estaban haciendo fila para comprar unos panes que comían parados.

—Esos son pita *gyro*, muy buenos también. ¿Quieren de pollo, res, cordero o pulpo?

Blake hizo una mueca.

—¿Pulpo? ¡Dios, no! Yo quiero uno de esos de pollo y una porción de papas fritas.

—Y yo de res —dije viendo a la mesera esperar por Lui.

—Que sean dos de res y tu número de teléfono —Lui sonrió.

—Como digas, bombón, pero por ahora les traeré la comida.

La chica se fue dejándonos de regreso a los tres. Blake la observaba con hambre en los ojos, seguramente era más hambre de comida que de sexo, pero los tres quedamos impresionados con ella.

—¿Creen que se pueda tener sexo con el oxígeno? —preguntó Lui sin apartar la mirada de la griega.

—No te cortaron el pene, ¿o sí? —dijo Blake con una sonrisa en la cara. Solté una carcajada viendo a Lui sacarle el dedo de en medio. Claro, aún tenía la parte importante, pero le faltaba aire.

—No te preocupes, Lui —dije dándole pequeños golpecitos en la espalda—. Vamos a comprar un par de tanques de oxígeno, no te quedarás sin aire, al menos involuntariamente.

Con una gran sonrisa en la cara, Lui sonrió como siempre lo hacía. No soportaría mi vida sin él, pero tenerlo aquí, ahora, lleno de vida. Era especial. Más de lo que nunca imaginé.

—¿Hablaste con Abbi? —preguntó Blake tomando un trago de agua.

—Sí, me escribió hoy temprano. Está bien, pasándola bien con Mary.

—Me alegró escuchar eso —Blake quería preguntar más, pero se estaba guardando algo.

—¿Qué sabes que yo no sepa? —pregunté.

—¿Cómo diablos voy a saber algo si no le hablo a ella?

Entrecerré los ojos. Quizá no a ella, pero sí a su *agapi*, Cora. Lui somató la mesa y los dos desviamos la mirada para prestarle atención a nuestro amigo. Lui sonrió de manera exagerada.

—Me encanta saber que tengo el poder. Por cierto —Lui señaló la plaza de Monasteraki—. Hay un mimo en medio de la plaza. Quiero foto con él. ¿Quién me acompaña?

Blake se negó rotundamente a hacer el ridículo. Me puse de pie, cargué el oxígeno al tiempo que Lui caminaba junto al mimo a tomarse su fotografía. Disparamos un par de fotografías graciosas antes de que Blake apareciera para unirse a nosotros.

En ese momento todo volvió a dejar de importar. Éramos nosotros, disfrutando del momento y de las circunstancias. Reímos un buen momento antes de regresar a nuestra mesa y ver a la mesera reírse de nosotros sirviendo nuestra comida.

Busqué la mejor fotografía, le puse un buen filtro y la subí a Instagram. En la fotografía Lui no tenía el oxígeno y nos veíamos bastante bien los tres junto al mimo que estaba haciéndole una mueca a Lui. Esto era increíblemente gracioso.

Aproveché para mandarle la fotografía a la madre de Lui y escribirle un rápido mensaje para decirle que todo estaba bien. Ella respondió de inmediato agradeciendo que la mantuviera al tanto. Luego Abbi comentó Instagram con un corazón. Eso me hizo sentir mejor, saber que ella estaba aún pendiente de

mí. La amaba y los pequeños detalles seguían siendo importantes en nuestras vidas.

Intentamos subir a la Acrópolis, era un tramo bastante largo por lo que decidimos no subirla y quedarnos tomando una cerveza en la parte de abajo, cerca del hotel. La vista era buena, un lugar tranquilo y por algún milagro del universo, el clima estaba fresco.

Desde el momento que Lui dijo que todos debíamos contar algún secreto nuestro, pensé qué diablos iba a decir. Tenía uno muy importante y el hecho de que Lui y Blake no lo supieran durante muchísimo tiempo era lo que hacía más extraño contarlo. Sabía que me tocaba mi turno, lo estaba esperando.

—Y bien —dijo Lui—. Empieza a contar, gran marica, es tu turno.

Suspiré. Era hora.

—Abbi fue mi primer beso —miré al suelo unos segundos antes de levantar la mirada.

—¿Qué? —dijo Blake sorprendido—. ¿Cómo es eso posible? Ni siquiera le hablabas.

—Claro que le hablaba —Lui hizo callar a Blake—. Deja que cuente la historia completa.

Abbi siempre me gustó y eso era extraño de admitir, ya que de pequeños Abbi era un poco desalineada. Asentí con la cabeza antes de seguir la historia.

—Me escondía con ella en los pasillos de The Royal. Me gustaba pasar tiempo con ella, pero ustedes me juzgarían si me veían haciendo algún tipo de amistad con Abbi, la escondí por eso. Nunca admití lo mucho que me gustaba.

—¡Eres patético! —gritó Lui—. ¿Te das cuenta, verdad Blake? La ha amado siempre y el idiota nunca se dio cuenta, al menos no lo admitió. Es estúpido. Si tú no la hubieras escondido quizá hubieras logrado algo más bonito y menos dramático.

—No es patético. Puede que en ese entonces no tuviéramos la madurez para estar juntos, ahora tenemos un nivel mucho más alto de razonamiento, seguimos sintiendo lo que sentíamos que sentíamos debajo de las mesas estudiantiles. Eso no cambia. Es el poder de la sabiduría —dije sin ver a nadie en particular. Intentaba explicar mi falta de ética al haberla escondido.

Vaya si no era una mierda. No merecía a Abbi, no merecía su cariño por todo lo que la hice pasar de pequeña. Soy un hombre egoísta, uno que mataría a la última persona que me impida verla. Ella se había convertido en mi mundo.

Abbi

La cola para las palomitas de maíz era larga, mi antojo por ellas era mayor por lo que no me importó estar parada haciendo la cola junto a Mary esperando porque Mau comprara las entradas a su película de adultos. No quería nada de películas de amor ni romance, pero como era Mau el que elegía, nos trajo a ver una de las nuevas tendencias cinematográficas.

El cine estaba repleto de carteles anunciando una película nueva. Algo que tiene que ver con corbatas y esposas. No tenía ni idea de en qué estaban metidos los gringos, pero ha de ser otra epidemia como esa que dio por *Los Juegos del Hambre* y *Harry Potter*. Mary corrió al cartel del hombre de espaldas y pidió que le tomáramos fotos con el poste. Era ridículo. A pesar de eso no era la única tomándose la respectiva fotografía. Intentó convencerme de que me tomara una, pero me negué, en cambio, Mau sí que lo hizo. Colocó sus dos manos en el trasero del hombre y sonrió pícaramente. Como repito, ni idea de qué iba toda esta locura. Al cabo de un tiempo pregunté.

—Chica, esto no es una locura gringa. ¡Es una puta locura mundial! Además, la autora es de tu tierra —dijo Mau señalando el cartel—. La mitad gritan porque leyeron el libro que tiene mucho sexo, la otra mitad porque la película tiene mucho sexo. Así de sencillo.

Levanté una ceja conteniendo las ganas de echarme a reír. Esto sí que era otro nivel. De esos supergrandes. Nos sentamos en nuestros asientos, tomé el balde de palomitas que compré solo para mí y me concentré en la película que al final del caso, no estaba tan mala. Era un tipo de amor algo duro y diferente a lo que estábamos acostumbrados, pero al final seguía siendo una película la cual disfrutaría en otras circunstancias.

La tarde pasó sin ningún percance, tranquila como era de esperar. Salimos del cine a eso de las ocho de la noche, justo a la hora de cena, me acabé todo el balde de palomitas por lo que era lógico que no tenía hambre. Me terminé

mi botella de agua para bajar la mantequilla de mi sistema, me excedí, pero no me importó una mierda. Se me olvidaba cómo cambiaba mi manera de hablar en Estados Unidos, me convertía en un ser de poca importancia y mi vocabulario se volvía un tanto más vulgar. Debería de cuidar más eso.

Observé mi teléfono una vez más, debatiéndome qué contestarle a William. Me había escrito hace unos momentos, contándome que estaban en Atenas viendo el atardecer. Estaban en un café cerca de la Acrópolis, lugar al que no subieron por alguna extraña razón. Seguía pensando que Lui no estaba bien, en las fotografías se veía desgastado y mal. William también me había contado que estaba algo débil por el virus que le dio, casi le sacaba las cosas por cuchara, pero seguía siendo reservado.

Decidí mantener una conversación simple con él. Una que no diera indicios de mi estado de embarazo. Ya no tenía náuseas, ni me sentía mal. Solo un dolor abdominal que me estaba matando por momentos. Mary insistía en que fuéramos al doctor, que algo podía estar mal, por lo que hice una cita para la próxima semana.

—¿Por qué hasta la próxima semana? —alegó Mary.

—No tenían citas para lunes, por lo que me la dieron para el miércoles. No es como si esté muriendo del dolor, solo son pequeños dolorcitos en la parte baja del abdomen.

—Eres imposible, Abigail —Mary sonaba a la defensiva y triste. No me gustaba ver a mi amiga de ese modo.

—Hablando de eso —le di la vuelta a la foto con el mimo—. ¿Qué tiene Lui?

—Qué sé yo —dijo con la cara llena de mentira.

—Odio las mentiras y lo sabes. ¿Vas a mentirme? —le di la mirada que siempre le daba antes de enojarme.

—Abbi, él aún no quiere que se sepa, pero está enfermo, muy enfermo —me tendió el teléfono—. Pero llámalo tú y pregúntale, no quiero ser la que fue con el chisme.

Le quité el teléfono de las manos antes de marcar el número de Lui por WhatsApp, en llamada normal saldría un ojo de la cara por la larga distancia. El teléfono sonó un par de veces y al momento Lui contestó la llamada en

video. Tenía unos tubos en la nariz y ojeras en los ojos. Estaba peor de lo que estaba pensando.

—Abbi, pensé que eras Mary.

—¿Algo que contarme? —se formó algo oscuro y duro dentro de mí. ¿Por qué me mentiría si siempre fui sincera con él?

—¿Y preocuparte más? —Lui suspiró—. Tengo cáncer y voy a morirme en poco, tu novio está devastado al igual que Blake, por eso es este viaje. Yo le pedí a todos que guardaran el secreto por lo que es mi culpa que no supieras.

—Gracias —dije sin emoción.

—¿Estás enojada?

—¿Enojada? Enojada es poco para lo que siento en estos momentos —mi voz sonaba dura, más de lo que debería sonar.

—Nadie se enoja con un moribundo, Abbi —Lui sonrió como si eso fuera a calmar mi enojo.

—¿Ah, no? Y qué se supone que haga. ¿Sentir lástima por ti? —negué con la cabeza—. Lo siento Lui, pero estoy enojadísima contigo. Pudiste abrir la boca y contarme.

—Te quiero, Abbi —dijo Lui con una sonrisa que reflejaba dolor. Sosteniendo el teléfono aún comencé a llorar. No podía ser cierto. ¿Lui enfermo?

—Yo también, Lui. Yo también.

¿Nieve?

William

Los dos días en Atenas se pasaron demasiado rápido. Me gustaría decir que tuve el gusto de convivir más en este lugar, pero no, no lo tuvimos. Visitamos varios lugares, el museo central, el área de Sintagma, fuimos a varias ruinas, caminamos toda la zona de Monasteraki, incluso fuimos al único *mall* cuando visitamos el centro olímpico. Muy pocas veces había viajado en metro, mucho menos en bus. Esto definitivamente era una experiencia nueva. Claro que después de ver las largas horas que se caminaban, Lui accedió a la silla de ruedas, por más que no le gustara.

Comimos en la calle, en restaurantes demasiado elegantes, tabernas griegas y cafés. Me sorprendía saber que Blake no se quejaba más por la comida y había comenzado a disfrutar. Pasamos frente a la playa de Atenas donde nos tomamos un par de cervezas y platicamos con unas chicas que a Lui le gustaron. Blake hablaba bastante por teléfono, pero seguía comportándose a nuestro alrededor. Quizá, si Abbi estuviera más comunicativa, yo estaría de la misma manera.

Desde que se enteró de Lui, estaba más accesible y más pendiente, aun cuando seguía enojada conmigo por no decir nada.

Observé cómo el mar pasaba a nuestros pies cuando la bocina del barco inundó el puerto de Pireo. Suspiré al ver a toda la gente aglomerarse en las orillas de la popa del gran barco. Empezamos a separarnos, le mandé la fotografía del atardecer a Abbi, no tuve respuesta inmediata, pero ya me era normal que no fuera de ese modo. La extrañaba bastante. Sabía que algo estaba pasando, solo no sabía qué era eso que la molestaba tanto. Intentaba preguntarle, pero siempre evitaba las preguntas con una pregunta distinta.

Mis secretos todos incluían a Abbi y muchas veces me sentía incapaz de hablar de ella. Simplemente me estaba costando entender qué diablos pasaba y hablar de ella lo dificultaba todo. Lui tenía secretos muy pervertidos, eso hacía que sus intervenciones fueran bastante graciosas. Nos ha contado con

las casi treinta chicas con las que se ha acostado. Mis secretos incluyeron la primera vez que toqué a una chica, la primera vez que dejé que alguien me masturbara y morbosidades de esas. Pero ninguna incluía a Abbi. Sabía que ellos ya sabían todo lo que decía, incluso solo recordábamos momentos. Solo... No podía hablar de ella y ella era mi mayor secreto. La guardé en mi corazón tanto tiempo que era imposible respirar al pensarlo.

—Adiós, Atenas —dijo Blake simulando limpiar una lágrima de su rostro—. Aún no puedo creer que me hicieran venir en barco. Son casi ocho horas. ¡Es toda la maldita noche!

Estaba la opción de viajar en avión, pero incluso yo estuve de acuerdo con Lui de ir en barco. No nos fuimos en la peor zona, decidimos que por el bien de Lui alquilaríamos una recámara con dos camas. Cuando la oscuridad tapó el mar y lo único que se escuchaba era el contacto del agua con el mar, decidimos entrar. Pasamos dejando nuestras maletas al camarote y salimos a comer algo al restaurante. A pesar de que era época baja, estaba lleno de personas. Muchas jugando cartas, otros apostando y otros disfrutando de su cena. Decidimos hacer lo mismo. Sacamos un paquete de naipes y comenzamos a jugar mientras las cervezas se acumulaban poco a poco. Esto era fantástico. Reímos, gritamos y nos emocionamos. Unas chicas que iban a la isla de Naxos pararon en nuestra mesa jugando y seduciéndonos. Claro, lo primero que le dijimos con Blake fue que estábamos comprometidos y respetamos a las chicas como era debido. Lui no lo estaba, por lo que su juego de cartas se volvió juego de prendas.

A las ocho de la mañana, el ruido de los altavoces en un idioma griego indescifrable nos llamó al orden. Abrí los ojos para ver a Lui con una chica en brazos. Le importó una mierda que estuviéramos en el mismo camarote. La morena estaba bocabajo enseñando todo el trasero. ¡Qué nivel de culo! Me despabilé al tiempo que escuchaba la voz en inglés del mensaje anterior. Estábamos llegando. Me apresuré a despertar a los chicos. Nos contaron que la llegada a la isla era bastante bonita. ¡Teníamos que verla!

Me puse mi pantalón intentando ignorar a la chica con la que Lui se había quedado, era casi imposible, ya que estaba enseñando todo, tal y como la trajeron al mundo. No se había movido ni siquiera. Salimos a las bancas de la proa. Me costó acostumbrarme a la intensa luz que se reflejaba en el inmenso

mar azul. Unas montañas salían del agua en un semicírculo. Eran enormes. Lo más sorprendente era la nieve que pintaba encima de la montaña.

—¿Nieve? —dijo Lui frunciendo el ceño—. ¿Nieve en una playa? Esto es absurdo.

—No es una playa, Lui. Es una isla —aclaré viendo la nieve.

—Como sea, es nieve en medio del puto mar.

La gente a nuestro alrededor se aglomeraba y señalaba la parte alta. Era majestuosa. Me quedé observando mejor el lugar. No era nieve. Sonreí ante lo estúpidos que éramos.

—No es nieve, idiotas, son las casas. Mira ahí —dije señalando la parte en la que pasábamos—. Pon atención.

Lui y Blake soltaron una carcajada al ver con detalle la caldera, como era llamada esta enorme elevación. Vi miles de fotografías de Santorini porque Lui insistía en que era de las islas más lindas de Grecia. Por ahora no se equivocaba. Se veía hermosa. Un antiguo volcán que estalló en mil pedazos.

El viento pegaba en mi piel y no podía creer que estaba viendo una cosa tan inmensa delante de mí. Solté todo el aire que guardaba en mis pulmones. Quería que Abbi pudiera ver esto.

—No iba a pedírtelo ahora, Will. Pero ver esto me hace sentir curiosidad.

Me giré a ver a mi amigo con los ojos clavados en la caldera. Iba a tener que responder cualquier pregunta que se estuviera planteando en la cabeza. En estos momentos incluso yo hablaría sin necesidad de que me lo pidieran.

—Abbi me pidió que te hiciéramos sentir celoso. Nunca me dijiste lo que realmente sentiste. ¿Estabas molesto conmigo?

Recordé esa etapa. Lui estaba admitiendo que eso era un montaje para darme celos. Sí, los había sentido, estaba volviéndome loco con la actitud de Abbi con Lui. Una que dejé pasar solo por su enfermedad. Incluso lo creí enamorado. Había sido un idiota.

—Estaba loco de los celos. Pero no podía quitarte el privilegio de ser feliz.

—Sentías lástima por mi enfermedad, ¿no es así? —seguía sin verme a los ojos.

—No lástima, Lui. Pero tampoco iba a quitarte el rayo de luz que se veía en tus ojos cada vez que la veías.

—Sabes qué, sí quería con Abbi, ella me gustaba mucho. Es atractiva y simpática. La quería para acostarme con ella y dejarla como todas. No me importaba que fuera tu chica, la quería en mi cama —este no era mi secreto. Lui se estaba sincerando. ¡No podía creerlo!

—Lui no tienes que... —intenté hablar, pero este levantó la mano para callarme.

—Sí tengo que, Will. No puedo morirme sin decirte esta mierda. Quería acostarme con ella, hasta que vi en sus ojos lo que sentía por ti. Estaba enamorada. Lo que más me volvió loco de ella fue la manera en que te veía, jamás vi a una chica observar a alguien con tanta devoción. Tampoco nunca vi a ningún hombre ver a una chica de la manera en que tú veías a Abbi. Incluso en el centro comercial la mañana que te comprometiste. Te gustaba y lo negabas. Fue gracioso.

—¿Gracioso? —pregunté con la sonrisa en mis labios.

—Espero que no seas tan tonto para dejarlo pasar. William —Lui suspiró —, algo le está pasando a Abbi y me tiene tan desesperado que no lo sepas. Cuando puedas, habla con ella y oblígala a que hable contigo porque solo Dios sabe que no voy a aguantar más.

Me quedé en silencio unos minutos al igual que Lui y Blake. Quería acostarse con Abbi, lo sabía y eso era lo que más me dolía. Pensaba que Lui sería el primero y no yo, que él la tendría y yo la perdería. Ahora viene a decirme que todo era un montaje, uno que era lógico, pero yo no entendí en esos momentos. Me sentía como un estúpido.

Solté un suspiro viendo cómo entrábamos al puerto de Santorini. Bajamos del barco para encontrar cómo diablos subir la montaña para llegar al pueblo. Estaba altísimo. La chica morena, con la que Lui pasó la noche nos hizo señas.

Señaló un automóvil viejo que dudé subiera. Un chico de cabello castaño estaba parado esperando a la chica que nos indicaba que ellos nos llevarían. Lui estaba agradecido, ya que a pie nunca llegaríamos. Entramos con dificultad, con las maletas encima de cada uno.

—Kat. ¿Quiénes son ellos? —preguntó el chico en un perfecto inglés.

—Oh, sí. Chicos, este es mi hermano, Alexander. Alex, ellos son... —un silencio incómodo creció en el automóvil.

—William, Lui y Blake —dije quitando lo incómodo de la situación.

—Sí, ellos. Vienen de Londres. Mi hermano estudia Periodismo Deportivo en Brighton.

Eso explicaba su acento. Los chicos eran muy parecidos, sin embargo, la chica era demasiado delgada en comparación con el chico que era solo músculos. Observamos durante un largo tiempo el paisaje que se pintaba ante nosotros. Pasamos por pueblos que parecían sacados de una película. La carretera rodeaba la caldera enseñándonos las antiguas faldas del antiguo volcán que —según la leyenda— provocó la pérdida de la Atlántida.

—¿En qué hotel o parte es que se quedan? —preguntó Alexander.

—Oia —dijo Blake frunciendo el ceño—. O algo así se pronuncia.

Los dos chicos soltaron una carcajada.

—Así se escribe, se pronuncia sin la o, pero tranquilo. Vamos al mismo lugar. ¿Hotel?

—Katikies —respondí sin importarme si lo decía bien o mal.

—¡Vaya! —dijo Katerina volteando a verme—. Es uno de los mejores hoteles de la zona. Muy chic. Van a tener que invitarme a dar una vuelta en esa piscina, aunque con estos fríos lo dudo. Santorini está desolado en esta época.

Lo sabíamos muy bien. Al parecer Lui tenía un destino de venir y conocer a esta tal Katerina porque no dejaba de sonreírle desde la parte de adelante. Dejamos que Lui tomara el asiento delantero por el tanque. Observé al chico detenidamente fijándome que parecía un chico extremadamente tímido y tranquilo.

—¿Cuántos años se llevan ustedes dos? —pregunté sintiendo mucha curiosidad.

—Tres minutos —respondió Alexander sin apartar la vista del camino—. Soy menor que ella para mi maldita suerte.

—¡Hermanito! —gritó dando de aplausos.

—En tiempo, pero no en madurez —dijo su hermano dándole una mala mirada a su hermana.

La sonrisa en sus labios se elevó y supe que la amaba, se le notaba en las venas. Estos dos eran hermanos gemelos. No había conocido a otros aparte de las gemelas Aldridge. Concentrándome en la carretera una vez más, disfruté

de lo bonito que era el lugar. Realmente era todo un sueño estar en estos rumbos.

—La pasaremos increíble, chicos. En esta época aún hay poca gente en la isla y es de aprovecharlo —Katerina sonrió—. Yo seré su guía.

Cerré los ojos al pensar en verano. Con disimulo observé a Lui, tenía que ver su reacción. Parecía no afectarle, tenía la sonrisa en su cara mientras contemplaba la carretera con fascinación. Este era mi amigo. Aquel que ignoraba lo que pasaba a su alrededor, el que solo vivía lo que le quedaba de tiempo de una manera increíble. Luchaba por aprovechar cada segundo y para mí era un honor estar junto a él.

Esa noche salimos a un bar, Lui le había contado a Abbi todo acerca del cáncer de páncreas. No era una enfermedad bonita, la mayor parte de personas diagnosticadas morían a causa de la enfermedad. ¿Milagros? Pocos. ¿Lui? No parecía ser uno de ellos.

Lui hablaba con las chicas contándoles cómo nos había ido, fuimos al cráter del volcán en lancha y a dar una vuelta a la isla. Katerina nos presentó a sus amigas y juntos fuimos a esquiar en el mar. Estaba congelada el agua, aun así, parecía divertido.

—Abbi, te lo juro, era una maldita barbaridad increíble. Te hubiera encantado —Lui se quedó en silencio un minuto—. ¿Mary? ¿Está bien, Abbi?

No escuché a Mary, me puse de pie caminando a la computadora. Las chicas estaban a lo lejos. Parecía que a Abbi se la había tragado el basurero. Me puse tenso al verla. ¿Qué diablos?

—¿Qué pasa?

—Ahora no —Abbi movía la mano para que Mary quitara la cámara.

—¡Abbi! —grité al tiempo que Mary apagaba la cámara y desconectaba la llamada.

Lui se levantó sin darme explicación. Blake y Alex me observaban muy atentos, prestando atención a mis movimientos, pero yo seguía sin entender qué pasó con Abbi y ese basurero. Quizá comió algo que no le hizo nada bien.

Ese día llamé a Abbi todo el puto día y ni siquiera tuvo la decencia de contestar. Me senté en el bar, molesto por la actitud de Abbi. Tenía varios

tragos en mi sistema y me sentía un poco fuera de línea. Tomé la botella, pensando en que quizá andaba borracha y por eso estaba vomitando. Me enojó que estuviera así sin mí. Tomé un largo trago y después la arrojé al suelo para romperla.

—Menos mal tienen dinero para tirarlo a la basura —dijo Alexander limpiando un vaso antes de dármelo—. Aunque supongo no necesitas el vaso. ¿Tomas algo más?

No dejaba de ver el vaso vacío y la botella a mis pies hecha una mierda. Las chicas y mis amigos me observaban atentamente. Ahora de seguro Abbi cree que ando con alguna de ellas cuando en realidad no estoy con nadie. Blake había besado a una de las chicas. Deseaba decir que el animal de Blake había logrado avanzar a pasos de gigante en lo que sentía por Cora, pero no era de ese modo. Ya era grande decir que la quería y se estaba enamorando, otro muy grande era que le fuera fiel.

Lui se levantó unos minutos después con Katerina. Esos dos casi no salían de la habitación. La chica lo estaba haciendo feliz. Por lo menos ya sabemos que el cáncer no quita la potencia sexual. Lui estaba decidido a aprovechar al máximo.

Me acerqué a la barra donde Alex hablaba por teléfono en un perfecto griego. No entendía cómo lograba manejar los dos idiomas en una perfecta sintonía. Era impresionante. Me empiné el vaso con una mezcla rara que Blake dejó antes de ir con las chicas. Tenía licor, mucho licor.

Alex colgó regresando su atención a mí. Descubrí que él era bastante tímido, pero una vez le hablabas, todo cambiaba. Me caía bien. Quizá era porque pasaba mi tiempo con él y no con las chicas.

—¿Todo bien? —preguntó el chico de ojos miel—. Te ves como la mierda. ¿Resaca o falta de amor?

—¿Se pueden ambos?

Alex soltó una carcajada sirviéndome una limonada de la casa.

—Yo pasé por esa situación hace dos años más o menos. Sobreviví a pesar de que pensé que eso jamás pasaría.

Abrí los ojos. ¿Él? Imposible.

—Cuenta —dije bebiendo la limonada que estaba espectacular.

—Era un amor de verano, vino, nos enamoramos, pasamos un increíble comienzo y de pronto se fue dejándome con el corazón destrozado —Alex tomó un trago de *whisky* empinándose todo. Al parecer ella se fue y me dejó destrozado, aún tenía sus repercusiones.

—Veo. ¿Y le hablas? —la pregunta surgió de pronto en mi cabeza.

—Todos los malditos días de mi vida. Tomó su teléfono para darle la vuelta y enseñarme el Skype abierto en una conversación con Mia y un apellido raro.

Nos enfrascamos en una conversación mutua en la que él me contaba acerca de ella y yo le contaba mi relación con Abbi. A él le parecía fascinante cómo se manejaba la élite y cómo nos obligaban a estar con alguien. En mi caso funcionó de maravilla el estar con alguien de forma obligada, la amaba desde antes, pero gracias a esto reconocí lo que sentía. Así de complicado.

—La edad cambió, mis padres se comprometían a los quince y a los dieciocho estaban casados y teniendo hijos.

—Enfermo, pero cierto. Aquí en los pueblos se acostumbraba a casarse a los dieciséis. Juro que es enfermo, hermano.

—Debe de ser porque creían pecado el sexo antes del matrimonio y las ganas te matan.

Alex asintió con seriedad levantando el dedo índice para señalarme.

—Totalmente cierto.

Levanté mi copa para decirle salud. Chocamos los vasos y seguimos platicando hasta que de pronto me sorprendió su pregunta.

—¿Cuándo nace el bebe? —siguió preguntando—. ¿Lo planearon o fue de sorpresa?

—¿Bebe? —de qué diablos me está hablando. Abbi no estaba embarazada, definitivamente su entendimiento del inglés no era tan bueno como lo pensé. Negué con la cabeza—. ¿Qué bebe?

—Lo siento, pensé que era tu bebe. Antes de que tú hablaras con la chica de Skype, ellos comentaban acerca de un bebe y cuándo anunciar que estaba embarazada.

—No hay bebe —dije sintiendo cómo mi mundo se iba por la caldera. ¿Bebe? No, eso es imposible.

Hace unos meses que Abbi está mala del estómago, aun así, no era algo grave según decía ella. Tampoco la vi ir al doctor. Sería muy irresponsable no ir si se sentía mal. Pensé en la última escena, en la que pensé que no me quería hablar y me estaba evitando. Abbi con el basurero en la cabeza. ¿Estaba vomitando de nuevo?

—Ese momento sonó a bebe en camino y ellos lo estaban hablando. Quizá me esté equivocando, lo siento. ¿Van a comer hoy a Lotza de cena?

¿Cena? ¡Dios, no podía pensar en eso ahora! ¿Bebe? ¿Enferma? La cabeza me daba vueltas y no estaba seguro si era el alcohol o era el... El... El bebe. ¡No! Imposible, no puede ser un bebe, no estamos listos para uno de esos. No ahora.

—¿Qué hago ahora? —dije encontrándome con Alex.

—Si fuera yo, estaría empujándome la botella entera y viendo de qué manera huir de esta situación. Pero tú y yo no somos iguales. Empieza por averiguar si es cierto que tiene un bebe creciendo dentro de ella, luego ve y demuéstrole apoyo, debe de estar cagada del miedo.

—¿Dejar a Lui y a Blake? No, esa no es una opción.

—No, parece que no es una tampoco, seguramente te entienden que tienes que irte. Uno hace locuras por amor, ¿no es así?

—Sí, supongo que lo hacemos. Quizá algún día te toque a ti. Ve a buscar a Mia, dile lo que sientes, hablar todo el tiempo por Skype no es una relación.

Alex negó con la cabeza.

—Esta no es una relación. Simplemente no estoy listo para dejarla ir. Ahora, ve y me cuentas si nuestras teorías son reales o estaba completamente equivocado.

¡Un bebe! No puedo ni pensar en eso ahora. ¿Qué voy a hacer yo con un bebe? ¡Maldición! Un bebe. Necesitaba saberlo. Pasé junto a Blake que estaba hablando por teléfono con Cora, ellos no podían darme una respuesta porque alegaron no saber si estaba o no.

Entré al baño del bar del amigo de los gemelos, Lui y Katerina estaban pegados a la pared, Lui le daba con todas sus fuerzas y ella gemía en respuesta. Los dos pararon al verme en la puerta, viéndolos. No voy a mentir, se veía increíble esta escena.

—¿Me das un minuto? No he terminado con ella.

—Sí, claro, dámelo tú. ¿Abbi está... Amm, emba... Está emba? No puedo ni decirlo.

—¿Embarazada? Sí, sí está. Ahora, espérame afuera que estoy a punto de terminar.

—Pero...

—¡A la mierda, Will! Sal de aquí.

Di media vuelta dejando que mi mundo se destruyera a mis pies. Esto era demasiado para mi sistema. Corrí al baño, esta vez no fue Abbi la que vomitó, fui yo. Todo estaba por cambiar y no sabía cómo manejarlo. No podía pensar en la élite, ni en nada a mi alrededor. Solo tenía cabeza para Abbi y ese bebe que venía en camino. Estaba aterrado. No puedo negarlo, me asusta mucho esto.

ΜΥΣΤΙΚΟ

Abbi

Me quedé viendo cómo Mary se metía a la piscina junto a Mau, los dos estaban intentando distraerme. Una punzada de dolor me vino de repente justo en los ovarios. Me llevé la mano para aplastar el dolor. Esto se estaba intensificando y sabía que pronto tendría que enfrentar el hecho que tenía un bebe dentro y que debía de cuidarlo.

Cada día me sentía peor del dolor de abdomen, lo cual me provocaba náuseas. A veces creía que era algo más que el bebe, pero al mismo tiempo pensaba que podía estar pasando algo terrible dentro de mí y estaba intentando ignorarlo por cobarde.

—Tranquilo —susurré a mi estómago—. Todo va a estar bien.

Dicen que hablarle al bebe funciona para calmar lo que hay dentro. Hablarle es la comunicación entre la madre y el bebe. Solo de pensar en esa palabra me da escalofríos.

Mi teléfono comenzó a sonar en ese preciso momento, el nombre de William Hamilton se iluminó con nuestra fotografía juntos en un atardecer. Era una *selfi* tomada por él en la que me daba un beso en los labios. La foto me gustaba mucho al igual que a él, por eso la teníamos de foto de contacto.

Dejé que sonara. Sonara y sonara hasta que mi contestadora fue la que contestó por mí. Suspiré despacio. Tenía que decirle cómo estaba, qué estaba pasando con el bebe y cómo lo enfrentaríamos. Era un cambio demasiado drástico que temía hasta la médula.

¿Cómo le explico si ni siquiera yo entiendo?

Bueno, igual es una llamada de chequeo, ver cómo estoy, qué estoy haciendo. Esas cosas. Normalmente, me cuenta cómo están todos, sobre todo Lui que al parecer se la está pasando mejor de lo que creíamos.

William: CONTESTA ESA MIERDA.

William: SÉ LO DEL BEBE.

Mi corazón dejó de funcionar. ¿Cómo diablos lo sabe? Mis manos temblaban sin control, las rodillas también dejaron de responderme. Me senté en la silla de playa dejando caer el teléfono. Levanté la vista para ver a Mary antes de gritarle.

—¡Ya lo sabe!

—¿Quién? ¿Qué?

—¡William! ¡Lo del bebe! ¿Qué voy a hacer?

Mary y Mau salieron corriendo para estar junto a mí. Mary tomó su toalla secándose a toda prisa.

—Tienes que llamarlo y explicarle. No puedes simplemente ignorarlo, Abbi.

—Nena, estoy con Mary en esto —Mau me tendió el teléfono mojándome un poco—. Tienes que llamar al hombre antes que le dé un ataque al corazón.

—¡No puedo! ¿Qué diablos le voy a decir?

—La verdad —susurró Mary.

Me rasqué la cabeza antes de marcar el número. Me puse más nerviosa y sentí otra punzada superfuerte en el estómago. Esto es horrible. ¿Y si me odia por esto? Para hacer un bebe se necesitan dos partes. ¿Cierto? Él puso el esperma por lo que es su culpa.

—¿Dime si es verdad o no? —dijo intentando calmar la voz.

—Will...

—Dime, Abigail. Ahora.

—Sí —fue lo único que pude conseguir sacar de mi boca.

—¡Mierda! Esas cosas no se ocultan, no corres de los problemas. Los enfrentas. No puedo creerlo, Abbi. Esas cosas no se hacen. Tienes a mi bebe en tu estómago. ¿Cómo no pudiste decírmelo? Siempre soñé con el día que tuviéramos bebes y resulta que a pesar de que no estamos listos, decides hacerte cargo tu sola y excluirme. ¿Te das cuenta de lo jodido que es esta mierda?

—Will, yo...

—No, escúchame bien. Mi mejor amigo está muriendo, tú corres para ocultar tu embrazo en el que yo soy el padre. Al menos espero sea mío y no de Harry. No estoy de humor para...

—¡¿QUÉ?! —grité furiosa. Cómo se atreve a siquiera pensar que podría ser de Harry. Nunca me acosté con nadie más. ¿Por qué sería de otra persona? No soy ninguna puta para que él venga a decir esto—. Para aclarar, William, que tú te estés acostando con solo Dios sabe quién en Grecia, no significa que yo me entregara a otra persona. Te pertenezco, siempre fue de ese modo. Ahora puedes irte mil veces a la mierda.

—¡Esa boca! —me riñó.

—Sí, esta boca no está de humor para ti, señor Hamilton. ¡VETE A LA MIERDA! —dicho esto, estrellé mi teléfono contra el suelo. Como era de esperarse, ya que los iPhones no duran ni una caída, se rompió la pantalla en mil pedazos. Adiós, tecnología.

Esto está demasiado jodido. ¿Cómo podía siquiera pensar eso de mí? No se hace, jamás se hace eso. Mi estómago ardía y estaba segura de que no era el bebe ni otra cosa, era puro maldito enojo de William «Fucking» Hamilton. ¿Cómo puede hacerme eso? Pensar que el bebe es de otra persona. ¡Maldición!

—Acabas de destruir tu teléfono —Mau lo levantó del suelo—, y al parecer tu relación también.

—Cree que mi bebe es de Harry —dije temblando.

—¡Uy! ¿Qué diablos? —Mary negó con la cabeza—. Si lo tuviera delante de mí le parto la cabeza en mil pedazos.

—¡Exacto! —respondí viendo cómo mi mandíbula temblaba—. Qué patán.

—¿Qué les parece si vamos a comer algo rico? —Mauri creía que todo se solucionaba con comida.

—Me parece una buena idea —necesitaba algo para comer, no tenía nada en el estómago más que café.

—¡Volvió tu apetito! —Mary sonaba emocionada—. Chica, estás bajando de peso en lugar de subir de peso, eso no es nada bueno.

—Lo sé. Solo me siento débil, con mucho dolor en el abdomen. Lo siento —me sentía mal porque ella se preocupaba demasiado por mí.

—Tienes que ir al doctor.

—Ya tengo cita y vamos a ir.

—¡En tres días! Deberíamos estar ahí, ahora.

Puse los ojos en blanco para que Mauri me diera la razón, pero no lo hizo. Mis amigos estaban de acuerdo por primera vez.

—Si me vuelve a dar un dolor extremadamente duro vamos de inmediato, ¿está bien?

—Trato —respondió Mary dándome la mano.

William

—Quita la cara de quedado, Will. No es el fin del mundo. Es solo un bebe.

Podía escuchar el sarcasmo en la voz de Lui. No era gracioso, no en estos momentos. No era solo un bebe, era mi bebe. Iba a ser papá. Veintiún años es muy poco para ser papá, no estaba listo, Abbi no estaba lista. ¿Cómo diablos íbamos a lograrlo? Ni siquiera habíamos terminado la universidad. Sabía que nuestros padres nos apoyarían y sería una maldita sorpresa en la élite, pero... ¿cómo diablos lo íbamos a lograr?

Tendríamos que encontrar la manera, no teníamos opción. Íbamos a salir adelante con esto. Levanté el vaso de *whisky* llevándomelo a la boca. Delicioso maldito sabor que estaba dejando un sabor de boca delicioso. Alexander seguía a mi lado, tomando junto a mí como si algo malo estuviera pasando con él. Al parecer su chica de hace dos años aún lo tiene loco.

—Solo estoy siendo considerado contigo. Yo tomo para que tú no tomes. También lo hago por el bien de tus hijos y los míos. El alcohol acabó con mi padre, prometo que yo acabaré con el alcohol. Por el bien de los chicos que vienen detrás de nosotros —dijo Alex con una sonrisa en el rostro. Estaba siendo sarcástico y eso me gustó. Intentaba calmar mis nervios.

—Para empezar —dijo Katerina observándonos—. Papá no está muerto, no toma licor y para joderte la vida, algún día pagarás la mierda que eres con tus hijos.

—O con una chica que te rompa el corazón en pedazos —dijo Lui detrás de Katerina—. Siempre para siendo de ese modo.

—No para mí. Este bebe no se enamora. Mira lo jodido que está Will, no quiero eso para mi vida. Sin ofender —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Qué pasa con Mia? —preguntó Katerina.

—Todo en esta vida tiene una explicación —Lui asintió con la cabeza—. Estabas enamorado y te rompieron el corazón.

—Cierra la boca, Kat —Alex negó con la cabeza.

—Sí, Lui, le rompieron el corazón hace dos años y tiene miedo de volverse a enamorar. Así de sencillo.

—Eres una mierda —Alex a pesar de todo lo que estaba diciendo, la veía con ojos de cariño.

—Como sea —interrumpí—. No importa lo jodido que se está en la vida, al final de todo esto tiene que haber una solución y en un futuro, Abbi, nuestro hijo y yo estaremos juntos.

Katerina suspiró como si estuviera enamorada, Lui y Alex soltaron una carcajada y yo me sentí patético. Muy patético. Blake no aparecía aún con la chica que no recuerdo su nombre. Esos nombres griegos eran todo un dolor de cabeza. Las horas pasaron y cuanto más tiempo pasaba, más pensaba en que debía ir a buscar a Abbi. Ella me necesitaba más que nunca.

Tomé el teléfono y llamé a Mary. Ella me explicó que Abbi había estado teniendo dolores abdominales y que estaba bajando de peso en lugar de subir. Eso me preocupó bastante. ¿Por qué diablos no iba a un doctor?

—¿Y el doctor? —pregunté cuando terminó de contarme.

—Es Abbi, es terca y no me hace caso.

—¡Arrástrala, métela al auto y llévala a un puto hospital!

—No me subas el tono, Hamilton. Tú deberías venir y hacerte responsable. Es tu bebe.

Me quedé en silencio unos minutos. La americana tenía un buen punto.

—Tienes razón. Llegaré lo antes posible —dije sin más.

—¿Qué? —Mary sonaba sorprendida.

—Que alistes todo, llegaré lo antes posible.

—La cita es en tres días.

—Llegaré en dos para estar con ella en esos momentos. No va a ir sola.

Terminamos de coordinar unos asuntos de hospedaje y luego colgamos. Mi mente daba mil vueltas. Me puse de pie, caminando de un lado a otro. Era cuestión de organizarme bien y tomar los vuelos correctos para llegar.

—Iré por Abbi —anuncié, finalmente.

Ella era la indicada, ella era el maldito amor de mi vida. Si seguíamos de esta manera no llegaríamos a ningún lugar. La necesitaba a mi lado. Siempre fue ella. En The Royal, cuando el profesor daba su clase y nadie ponía atención a excepción de Abbi, la veía con su cola de caballo despeinada, sus lentes de lectura, sus ojos grises escondidos siempre, la cabeza caída. Siempre ocultándose de las burlas de todos. La amaba en ese entonces y la sigo amando ahora.

—Lui —dije señalándolo—. Tienes que aguantar hasta que regrese, hermano. Tengo que ir por ella.

—Lo ven, les dije que tarde o temprano lo aceptaría la bestia —Lui acomodó el tanque, se puso de pie y me abrazó—. Ve por ella, Will. Ya era hora. Mañana por la mañana sale el vuelo a Atenas, de ahí tú te vas a España, luego a América y nosotros directo a Londres. Todo va a salir bien.

—¿Qué? —pregunté confundido.

—Sabía que reaccionarías de un momento a otro. Solo nos adelantamos a tu mente —Blake me somató la espalda—. Ve por ella, idiota. Tu bebe y tu futura esposa te esperan.

—Apoyo lo que ellos dos dicen —Alex se encogió de hombros—. A veces es mejor luchar.

Como un idiota le mandé unos mil mensajes a Abbi. Unos que decían lo importante que era para mí, lo mucho que lamentaba ser un idiota. Tenía que ir a buscarla, tenía que ir por ella. Esta vida alejados me estaba matando. Nos necesitábamos.

Empaqué mis cosas. Di vueltas como idiota en toda la isla. Pasé por los restaurantitos que ahora estaban cerrados, entré en un café, me tomé un expreso y comí unos triangulitos de queso feta que estaban increíbles. Tenía mucho que pensar cómo iba a hacer las cosas.



Esa noche cenamos en Lotza, el restaurante de los gemelos. El restaurante era hermoso, con una vista espectacular a la caldera. Las mesas y las sillas de madera, la decoración sencilla, los detalles muy tradicionales griegos y la comida ni digamos. Todo parecía encajar en este lugar.

Observé a Alexander y a Katerina, definitivamente esta amistad marcó un punto de partida de ahora en adelante. Prometí traer a Abbi a esta isla en

verano, seguramente la traigo a este restaurante. Espero para ese entonces saber qué pasó con la chica latina de Alex.

Observé a la luna reflejarse en el mar mediterráneo. Por instantes imaginé cómo hubiera sido el volcán de Thera antes de que explotara y cambiara el curso de la vida en el mediterráneo. Bien dicen que esta es la Atlántida y que la civilización más avanzada de la historia quedó destruida a partir de ahí.

—Último secreto —dijo Lui acercándose a nosotros.

—Mío, tuyo o del idiota de Blake —dije sabiendo que él escuchaba. Me dio un empujón juguetón antes de sentarse en la orilla de la pared del balcón de la casa blanca. La luna era todo un espectáculo.

—Mío, tuyo y del idiota de Blake —respondió Lui.

—Ya basta con lo de idiota. No es como si de verdad fuera... ¿Creen que soy idiota de verdad? —los dos estallamos en risas provocando que Blake se pusiera rojo como un tomate. Nos sentamos a su lado. Ayudamos a Lui con el tanque, de manera que no molestaba a ninguno.

Lui indicó que necesitaba que Blake contara algo, algo que quisiera sacar de su pecho. Nunca pensé que mi amigo fuera a decir lo que dijo, mucho menos después de haber pasado acostándose con las chicas griegas.

—Voy a proponerle matrimonio a Cora en junio. En dos años cumplimos los veinticuatro, en un año deberíamos estar pensando en la boda y cosas por el estilo —Blake suspiró—. Creo que voy a ser feliz con ella y creo que va siendo hora de madurar. ¿No creen?

Lo felicitamos. Realmente era un gran paso. Yo también pensaba hacer algo parecido, antes de enterarme que sería papá pensaba mandar a todos a la mierda y proponerle matrimonio a Abbi, no porque la élite me obligara. Quería hacerlo porque era ella la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida.

—¿Will? —dijo Blake. Suspiré pensando bien mis palabras. Era hora de hablar de Abbi.

—No quiero ser papá aún —negué con la cabeza—. Quiero ser papá, pero no estoy listo ahora. Quiero disfrutar un poco más mi vida antes de pensar en hijos. Pero ese no es un secreto, está pintado en mi cara que no quiero el cambio que viene en mi vida, pero mi secreto es Abbi, siempre fue de ese modo. Siempre fue mi pequeño secreto. Ella es mi pequeña. Me reservé todo

este tiempo para que fuera ella la primera a la que besé, la primera con la que hice el amor, la primera y la última en mi vida.

—Profundo —dijo Lui fingiendo que la respiración le faltaba.

—Te toca, imbécil, y más vale que sea una buena —dijo Blake pasándonos una cerveza a cada uno.

—Salud, compañeros de guerra —Lui alzó su botella en nuestra dirección. Los tres le dimos un trago y pusimos atención—. Voy a extrañarlos en el infierno, de seguro ahí es a donde iré a parar, no me preocupo porque pronto me encuentro con todos ustedes ahí abajo —sonrió con sarcasmo—. No quiero que paren su vida solo porque ya no estoy, no quiero que lloren mi pérdida. Solo me estoy adelantando un paso. Uno pequeño. Desde arriba, en el cielo o abajo en el infierno, voy a cuidar a mis hermanos del alma.

Mi cordura se perdió. Mis lágrimas rodeaban mi cara y sentía que mi mundo se iba a la mierda poco a poco. No sabía imaginar mi vida de otro modo, no sabía si mi vida no funcionaría sin él. Le tomé las manos demostrando que los hombres también lloramos. Blake ya estaba en el mismo camino, íbamos a extrañar a este bastardo con todas las fuerzas.

—Cuando tengas a tu bebe, Will, dile sobre nosotros, dile de las aventuras que vivimos, dile de lo mucho que su tío Lui intentó luchar para verlo nacer. Amo a ese pequeño y aún no sé nada de él. Extraño como suena. Blake, cuida a tu chica, enamórala, hazla tuya. Demuestra que puedes tener corazón debajo de tanta mierda al igual que Will lo está haciendo. La vida es una ruleta rusa, nunca sabes cuándo es que vas a tener que jalar por última vez. Mi secreto esta noche es... ¡Mierda! Pensé que iba a ser más fácil.

Por primera vez en años, Lui lloró. Las lágrimas salían de sus ojos como cataratas. Sus manos temblaron y le era muy difícil limpiarse los mocos con esa cosa en la nariz. No iba a negarlo. Eso era un asco. Blake salió corriendo por papel para que mi amigo se limpiara las lágrimas. Cuando estaba más calmado nos sorprendió.

—Le pedí a Mary que quedara embarazada para mí.

—¿Qué?! —dijimos simultáneamente con Blake.

—Así de egoísta como suena. No quería que mi linaje muriera. No quería que el legado Montgomery se perdiera por mi estúpida enfermedad. Quería

demostrar lo superficiales que éramos. Mi hijo llevaría sangre real y sangre mortal. Sería un niño diferente, único.

—¿Mary también está embarazada? —pregunté sintiendo la preocupación.

Eso no estaba para nada bien. Lui sabía que la que sufriría las consecuencias sería Mary, tenía toda la razón, su secreto era demasiado egoísta. No sabía si enojarme con él o entenderlo. Decidí que eran las dos juntas. ¿Cómo podía hacerle eso a ella?

—La prueba salió negativa. No lo logramos y... —su voz se rompió una vez más—. Iba a pedirles que cuidaran de ella, la apoyaran en su embarazo, ahora no hay un pequeño Lui en camino, pero sí un pequeño Will y quiero que sepas cuidar a tu mujer como a mí me hubiera gustado cuidar de Mary. Verla crecer. Su panza morena, sus tetas enormes por la leche y el puto mal humor que les da. Quería vivir eso. Imaginarlo es un plus muy grande.

—Lui, no tienes por qué... —no podía siquiera hablar.

—No, Will, no tengo por qué llorar ni mendigar por lástima. Solo ese era mi secreto. Un secreto que no quería llevarme a la tumba —sacó un sobre de su mochila—. Dentro hay una carta para Mary, donde decía que yo era el padre de su hijo. Otra que le escribí a mi futuro hijo imaginario. Quizá nunca pueda dársela al mío, pero sí puedes dársela al tuyo, así mis palabras quedarán en la mente de alguien más.

Cerré los ojos. Esto era peor de lo que había imaginado. Era de lo peor. Sueños rotos, sueños a punto de empezar. Esta vida se empezaba a hacer pesada. Abrazando a Lui, los tres lloramos por la pérdida de sueños y recuerdos que perdurarán por el resto de nuestras vidas.



A la mañana siguiente, cuando Alex nos daba un aventón al aeropuerto de Santorini, volví a apreciar todo lo que me rodeaba. Pasé comprando antes de irnos un traje de recién nacido que decía «I LOVE SANTORINI», no tendría tiempo de mucho. En Washington estaría Mauri esperando por mí. Mary se encargó de hacer los arreglos de donde estaría quedándome, no era muy partícipe de estar lejos de Abbi, pero seguramente no iba a querer venir al hotel conmigo.

Cuando nos bajamos del carro. Alex me dio un llaverito pequeño con un burrito de peluche.

—Para tu pequeño —dijo dándome tres palmadas en la espalda. Seguramente nos volveríamos a encontrar. Seguramente la próxima vez que nos veamos me cuenta alguna loca historia de su vida y el amor. Quién sabe, quizá la chica regrese en algún momento y puedan cumplir esa promesa que nunca hicieron.

En Atenas todo pasó muy rápido. El vuelo de Lui y Blake salía en diez minutos y el mío en media hora. Nos apresuramos a su sala. Después de darles un fuerte abrazo a Lui y a Blake, los vi subir ese avión con destino a Londres. No quería pensar que era la última vez que vería a Lui, ese bastardo prometió mantenerse con vida hasta que regresáramos.

¿Quién diablos viaja tanto en un avión? Al menos Lui había comprado boletos primera clase, no soportaría ir sentado en la parte trasera con algún desconocido preguntándome por qué estaba tan preocupado o cosas por el estilo. En todo el viaje pensé en lo que debía decirle a Abbi, pensé en todas las cosas que necesitábamos para que esto funcionara. Escuché música, intenté comer algo, dormir y vomitar un par de veces más. Estaba nervioso. Sabía que mamá y papá apoyarían esta metida de pata, de igual manera, ellos tenían la culpa por habernos mandado a vivir juntos. Debí usar condón, ¿en qué estaba pensando? Mejor dicho. ¡¿Por qué diablos no pensé?! ¡Dios! El pene debería de tener una mente propia con sentido común, ya que la del ser humano no funciona como se debe. Definitivamente eso había pasado, pensé con la cabeza, no exactamente la que está arriba de mi cuello. Me tapé la cara con desesperación. Esto era un desastre.

Abbi seguía sin contestar el WhatsApp. Incluso no se había conectado desde que hablé con ella. Si es que se le puede llamar así a eso.

El movimiento en el Ronald Reagan era toda una odisea, saqué mi pasaporte político recibiendo la atención que debería. Gringolandia es un mundo complicado, los puestos de registro, las colas... Es demasiado para mi sistema. Odio los aeropuertos a pesar de que vivo metido en ellos cuando papá está de gira. Y no me hagan empezar con África, al menos ahí eran vuelos privados.

Como parte de la vida del político, es importante recordar las caras y nombres de las personas. Recuerdo pasar horas memorizando rostros, nombres y datos importantes. Mauri no era político, era solo el amigo de mi *agapi* por lo que no presté la atención esperada. Vi un par de fotografías de él

en el Instagram de Abbi. Alto, pelo oscuro, gay... Muy, muy gay. ¿Debía ser fácil identificarlo o no?

Giré la cabeza por todos lados dándome cuenta de que no era el único gay en el lugar. Había por lo menos unos cincuenta. Definitivamente el mundo estaba cambiando y debíamos comenzar a acostumbrarnos a esos cambios.

Puse los ojos en blanco cuando leí el mensaje que tenía Mauri en las manos: «SU MAJESTAD HAMILTON, FUTURO PAPÁ». Negué con la cabeza, esquivando un par de personas para llegar a él. Este me recibió con un abrazo algo incómodo.

—¡Vaya! —dijo Mauri con una sonrisa en la cara—. No te reconocí con esa cara. ¿Quién murió?

—Sí, bueno. Yo tampoco con esa ropa tan masculina —lo observé de pies a cabeza con esa cazadora negra y botas de motorista—. ¿No se supone eras gay?

—Amor, esta es la última moda. ¿No es una monada? Parezco famoso con esta ropa. Ven, vamos. Supongo que estás desesperado por tomar una ducha.

Quise exigirle que me llevara directo con Abbi, pero en realidad necesitaba una ducha, rasurarme la barba de un día y lavarme los dientes. Necesitaba llegar mejor de lo que estaba. Saber que estábamos en el maldito mismo continente era un hermoso alivio.

Estaba cansado de las habitaciones que Lui nos daba, la de Santorini era hermosa, pero las camas al parecer siempre eran duras. Esta habitación parecía el quinto cielo en comodidad, si lograba convencer a Abbi de venir conmigo, la quería en un lugar digno de ella.

Mauri se acomodó en uno de los sillones alardeando el lugar. Dejé que tomara lo que quisiera del minibar, de ese modo me daría la tranquilidad que necesitaba antes de enfrentarme a Abbi.

¿Qué está mal, doctor?

Abbi

Intenté prender mi celular para ver si lograba usarlo. La alarma de mensajes sonó una y otra y otra y otra vez. No podía leerlos, la pantalla era una cosa horrible, indescifrable. Decidí apagarlo una vez más. No había caso, el celular había muerto.

Tomé mi *latte* de Starbucks, extrañaba las cosas formales, aquí todo era servicio exprés. En Londres la mayoría eran cafés elegantes, con galletitas y toda la porquería. Aquí no, casi todo era para llevar. ¡Qué poco *chic*!

—Puedo rogarte que seas de mente abierta, hoy puede pasar algo que... Algo que te cambie la vida. Soy tu mejor amiga y tienes que hacerme caso en esto.

—Ya te dije que no voy a llamarlo —si lo pensaba desapasionadamente, William había dicho cosas horribles. Al menos esa era mi mentalidad hormonal que tenía.

—No te cierres, pequeña.

—No me digas pequeña —dije sintiendo la frustración.

—Las hormonas te están afectando de una manera que ni te digo. Vamos, hay alguien a quien tienes que ver —Mary se puso de pie caminando de regreso a su convertible. No entendía por qué tomaba esa actitud. Andaba de mal humor. No tenía ánimos de hacer nada o de expresar más sentimientos de los necesarios.

Llegamos a un hotel de lujo. Uno que tenía techos altos, lámparas de araña, sillones al estilo antiguo y gente poniéndose de alfombra para servirte. Esta cosa debe de ser carísima. No me extrañaba que algún amigo, hijo de político, se hospedara en este lugar. Era toda una monada.

Mary presionó el último botón, la *suite* presidencial. ¡Qué barbaridad! Esperaba a que no fuera el chico con el que salió el verano pasado. Su padre era uno de los embajadores en Francia y ella pasaba bastante tiempo

acostándose con él, siempre en hoteles supercaros, con bañeras enormes y *jacuzzis* incluidos. Si era de este modo, de seguro me tocaba esperarla durante horas para que hiciera lo que tenía que hacer y pudiéramos regresar a su casa. Podría llamar a Mauri que pasara por mí, de ese modo no me sentiría tan incómoda. Antes de que pudiera decir o preguntar algo, Mary tocó la puerta de la *suite*. Para mi enorme sorpresa no tuve que llamar, Mauri estaba en la puerta con ese su extraño estilo. Le sonreí al tiempo que nos invitaba a entrar.

—De ahora en adelante me quedo a vivir en esta habitación —declaró muy sonriente—. ¿No es una preciosidad? Me encanta. Tiene una piscina de bañera.

—¡UH! —exclamó Mary—. Tengo que verla.

—Negativo, cariño. El hombre se está bañando.

Oh, por Dios, Mauri andaba con un chico en este hotel. Espero no le estemos interrumpiendo absolutamente nada. Ahora podría estarse bañando con el chico, haciendo solo Dios sabe qué. Pensé en Will un momento, había pasado un tiempo desde que él y yo no hacíamos nada. Muchas veces me sentía excitada y ansiosa. Con ganas de él, no podía darme el gusto de pensar de ese modo, no cuando mi mundo estaba cambiando de una manera que no podía parar. Pronto tendría que aprender a estar sin él.

No podía arrastrar a Will a un mundo que él no quería, pronto tendría que enseñarle una realidad que ni él ni yo queríamos. Esto era demasiado pronto. Quizá me hubiera gustado que arregláramos las cosas, estar bien y luego —si las cosas funcionaban— casarnos, tener hijos y formar una familia real como todos esperaban que fuera. No todo al revés, bebe, arreglo, casamiento, familia y quizá una vida estable. Eso no funcionaba de ese modo.

—¿No estamos interrumpiendo tu estadía con el chico? —pregunté para quitarme de la mente a William.

—Cariño, si lograra que ese hombre fuera mío sería una delicia y ya te habría sacado del hotel. Pero él no me pertenece, jamás me perteneció. Su corazón está tomado.

—Es una lástima —dije con sinceridad. La vida era injusta.

—No lo sientas, pronto sabrás a lo que me refiero.

Una punzada más fuerte de lo normal me sacó de todo pensamiento. Esto dolía demasiado, sentía como si algo se encogiera dentro ocasionando que mis ojos se llenaran de lágrimas. Debía ir al doctor o iba a parar muriendo del dolor.

Mary salió corriendo para abrazarme. No quería decirle que era dolor y no por William, pero de seguro me lleva al doctor de emergencia, mi cita es mañana, puedo aguantar un poco más.

—No te preocupes, Abbi. Estoy aquí y no estás sola en esto. Tienes personas que están dispuestas a luchar por ti.

—No quiero que gente quiera luchar por mí, solo quiero que William luche por estar conmigo, quiero que me diga lo que siente y no suponga que lo sé. Esto es tan confuso y puede que sean las hormonas y lo que sea, pero... quiero que me abrace y me diga que todo está bien.

Otra punzada me hizo gritar del dolor. Era bueno tener un tema con el que fingir, no es como si no sintiera lo que decía, pero no estaba para llorar por eso. Mary giró su cabeza sosteniendo la respiración. Sentí sus músculos tensarse y supe que estaba viendo a Mauri o a su amigo misterioso. Apreté su brazo, luego me froté los ojos sintiendo vergüenza inmediata. ¡No quiero llorar! Mucho menos frente a desconocidos.

—Qué pena, tu amigo me va a ver como una llorona.

—Su amigo quiere abrazarte y decirte que todo está bien, su amigo solo quiere estar contigo —su voz fue lo primero que me llegó. Mary se apartó al momento que William se acercaba con su pelo rubio recién mojado. Se dejó caer junto a mí y abrió sus manos—. Ven, pequeña, estoy aquí para ti. Como tú dijiste, listo para luchar. Tú y ese bebe que llevas dentro son y serán siempre mi vida.

Sus ojos se volvieron una mezcla de deseo, ternura, compasión y lágrimas. William estaba llorando. Mary y Mauri salieron de mi vista. Antes de que preguntara algo más, escuché la puerta cerrarse a sus espaldas. William volvió a abrazarme con más fuerza, el dolor abdominal se intensificaba y seguramente me desmayaría. Me puse de pie desabrochándome el pantalón, lo apretado provocaba que doliera más. Ya tenía días de que no dolía, no sé por qué empezó otra vez.

—¡Guau! Abbi, tranquila. No tenemos que apresurarnos —¡genial! William cree que quiero sexo cuando en realidad solo quiero abrazarlo. Me llevé las

manos al abdomen. Esto duele mucho.

—Necesito usar el baño —dije aguantándome todo por dentro.

—Sí, cariño, ve.

Corrí al baño y tal y como dijo Mauri, tenía una piscina de bañera. El vapor aún rodeaba el baño, el aroma a jabón de verbena inundaba el ambiente. Ese era el aroma a William y me encantaba. Cuando logré estar más tranquila y el dolor menos marcado, salí de regreso con William. Él me esperaba sentado en el sillón, con los ojos inundados de dolor.

—¿Estás bien, Abbi? Te escuché gritar. ¿Qué está pasando?

—Estoy bien, es solo que... Es solo que...

—¿Tienes dolores otra vez?

Abrí mucho los ojos. ¿Cómo diablos sabía de mis dolores? Voy a matar a Mary. ¿Cómo se le ocurre decirle a William acerca de los dolores?

—Mañana tengo cita con el doctor —aclaré antes de que dijera algo.

—Tenemos cita. Yo voy contigo, por eso estoy aquí.

Asentí con la cabeza, no estaba sola ni jamás estaría sola en esto. Respiré hondo antes de sentarme en el sillón junto a William. Coloqué mi cabeza en su hombro y me permití sentirme tranquila. Su mano bajaba y subía en mi estómago, de una manera sobreprotectora. No podía amar más a este hombre que en estos momentos. Incluso pensaba en el futuro.

William

La sostuve en mis brazos hasta que se quedó dormida. De este modo ignorábamos todo lo que pasaba a nuestro alrededor, no había bulla más que nuestras respiraciones. Lentas y relajadas. No quería despertarla, pero estaba desesperado por saber de ella. Empecé a besar su cabeza, su cuello y todo pequeño acceso de piel que tenía. Era hermosa y yo la amaba con todo mi ser. Toqué su estómago fantaseando con un bebe creciendo dentro de ella. ¿Cómo pude decirle que si estaba segura de que era mío? Harry no la tocaría y ella no se entregaría a nadie. Me pertenecía como yo le pertenecía a ella. Abbi se removió en mis brazos soltando una risita exagerada.

—¡Basta, Will! —dijo intentando desajustar el agarre. La tomé con más fuerza presionando los lugares más sensibles de su cuerpo.

—Dame un beso y dejo de hacerlo —la amenacé deseando sus besos.

—No te los mereces, ahora ¡suéltame! —volvió a chillar—. Voy a hacerme pipi en los pantalones.

—Tus labios a cambio de tus cosquillas —dije sosteniendo sus brazos.

—Okey, pero que quede claro que te lo doy porque siento que me hago pipi —se acercó a mis labios. Quité el agarre de sus caderas tomando su cara, observé sus enormes ojos grises y la besé. Sus labios dominaban mi boca, su lengua rozaba mis labios con desesperación. Pensé que no podría querer algo tanto como este beso hasta que sus manos tomaron mis costillas y empezó a presionar.

Salté como loco intentando agarrar sus manos para evitar las cosquillas. Tampoco quería lastimarla, pero odiaba estas cosas. Intenté regresarle la pequeña bromita que me estaba montando regresándole con desesperación su tacto. Su risa llenó la habitación y me sentí completo. Quería escuchar esa risa el resto de mi vida.

—Te amo, Abbi —dije cuando ya no podíamos más. Nuestras respiraciones estaban aceleradas, incluso podía escuchar el corazón de Abbi retumbar debajo de su pecho.

La vi sonrojarse y bajar la mirada. Esta chica no tiene ni idea de las cosas que causa en mi interior. Si ella supiera que mi vida dependía de ella, quizá sería muy malo. Levanté su rostro para observarla detenidamente.

—Te amo con todo mi ser, Abigail Sheperd. Te necesito tanto como tú me necesitas.

Sentía la necesidad de decirlo todo. De gritarle a los cuatro vientos lo que sentía. Abbi tenía que ser mi esposa. No por una estúpida ley, no porque alguien lo dijera, yo la estaba eligiendo a ella.

—Pequeña, escúchame bien —tomé su rostro para que me observara detenidamente—. Desde el primer momento en que te vi supe que ibas a destruir mi mundo. Te molestaba en clase para que nadie se diera cuenta de lo perfecta que eras, te quería solo para mí. No quería ni de cerca que alguien se te acercara. Dime posesivo, pero... no podía vivir sin que fueras mía. Luego te fuiste a Washington. Te extrañé como no tienes idea. Revisaba tus

actualizaciones, fotografías, amigos nuevos. No podía ni pensar que estabas tan cerca de tener a alguien a quien amar que no fuera yo. Lo odié con todo mi corazón.

—Will, no tienes que...

—Tengo que, Abbi, necesito que entiendas lo mucho que vales —le di un rápido beso en la frente antes de continuar hablando—. Te vi en el centro comercial y solo no sabía cómo actuar. Quería gritar que habías vuelto, pero estaba bloqueado. Toda tú, un desastre como siempre. Necesitando desesperadamente que te trataran en un salón de belleza. Esa noche cuando nos comprometimos, agradecí que, finalmente, te tenía y no tenía que admitir ante el mundo que esto era lo que había esperado durante toda mi vida. Te esperaba a ti, pequeña, y por más que me costó admitirlo, ahora sé que mi vida es tuya. Siempre fuiste tú. Siempre tú.

Abbi sonrió bastante. En lugar de lágrimas veía felicidad pura. Esto era exactamente lo que quería, verla de ese modo. La observé unos largos minutos, antes de que ella se removiera entre mis brazos para acercarse.

—Bésame —susurró.

No tuvo que rogar. La besé como nunca antes, demostrándole lo mucho que valía para mí. Le quité la blusa sintiendo la necesidad de tener más de ella, pensé que vendría a encontrarla distinta, pero nada había cambiado. ¿En qué momento se empieza a notar el embarazo?

La tomé en brazos para alejarla de la sala de estar y llevarla a la habitación. Abbi no dejaba de besar mi cuello como si su vida dependiera de ello, me gustaba esa sensación. La apreté contra mi pecho sintiendo cómo me ponía duro. Dejándola en la cama, quité el botón del pantalón, sin apartar la mirada de ella, lo bajé. Lento de una manera tentadora.

—No tengo que usar condón, ¿o sí?

Abbi soltó una risita negando con la cabeza. Por supuesto que no lo necesitábamos. Lo único que podía pasar ya había pasado. Dejé que Abbi se deshiciera de mi ropa. Quería que esto fuera más romántico, pero tanto Abbi como yo, estábamos desesperados. Quería poseerla, hacerla mía.

En un momento de desesperación, la tomé de la cintura tirándola en la cama. Abrí sus piernas y con un movimiento la hice mía, toda mía como debería de ser.



Me costó una barbaridad lograr que Abbi pasara la noche en el hotel. Se negaba a hacerlo. Después de que tuviéramos una sesión de sexo de unas tres horas, Abbi se estaba quejando de mucho dolor en el abdomen. Estaba demasiado asustado por cómo se había puesto. Estaba pálida y sudando. Ella me aseguró que todo estaba bien, que pronto pasaría. Su color lo decía todo. No iba a permitir que algo le pasara a mi bebe por irresponsabilidades y miedos de Abbi.

—Deberíamos ir de una vez —le dije viéndola tirada en la cama, con las mantas hasta el cuello.

—Ya pasará —su voz sonaba temblorosa.

—¿Qué sientes?

—Cólicos muy fuertes —escondía su rostro entre la almohada—. No lo vas a entender.

—Como una mierda. ¡Claro que no lo entendía!

Me acosté a su lado, abrazándola para que todo pasara, al cabo de unos minutos la escuché respirar pesadamente. Estaba dormida y junto a ella me sumí al mismo sueño.

El cambio de horario es de las peores cosas. Estaba despierto desde hace dos horas, el sol apenas empezaba a salir por la ventana. No era que no me gustara este lugar, pero Londres era una ciudad mucho más linda que esta. Una parte de mí extrañaba la lluvia, la elegancia de la gente, los automóviles incluso. Solo tenía dos semanas fuera de casa y ya añoraba regresar.

Llamé por teléfono al servicio y ordené té. No era muy amigo del café y no estaba seguro de si sería bueno para el bebe tomar esa cosa tan amarga. Intenté distraerme con la televisión, pero todos los programas matutinos tenían algo que ver con cosas de niños. Esto sí que era tedioso.

Finalmente, mis ojos se estaban cerrando una vez más, tirado en el sillón viendo videos musicales cuando un grito me despertó por completo. En menos de lo que pensaba, estaba pegándole a la puerta del baño exigiéndole a Abbi que abriera. Escuchaba sollozos y gritos de dolor.

—Abigail Sheperd, abre la maldita puerta —grité muerto de la preocupación.

Abbi abrió con la cara pálida, llena de sudor y lágrimas. Me observó unos segundos antes de aclarar.

—Tenemos que ir ahora al hospital.

Abbi se encerró con unos pantalones negros de dormir que me pertenecían. No entendía qué estaba pasando. Me senté en la cama, totalmente preocupado cuando vi qué estaba pasando. La cama estaba manchada. Levanté la vista para ver a Abbi observarme con ojos llorosos y supe que algo estaba mal. Tomé el teléfono, llamé a Mary, le expliqué la situación. Abbi se retorció del dolor y simplemente no sabía cómo actuar.

Estaba muerto del miedo.

Quistaki Hamilton

William

Mary no dejaba de preguntar todo tipo de cosas, de cómo comenzó el dolor, qué fue lo que pasó y cosas por el estilo que no quería contestar. Negué con la cabeza sintiendo ese maldito nudo en la boca del estómago. Si no me da un ataque del corazón en cualquier momento, va a ser un gran milagro. Estaba muerto de la preocupación. Odiaba los hospitales, me traían un muy mal recuerdo. Pensaba en Lui, en su enfermedad.

Un doctor entró a la sala y sin pensarlo dos veces me puse de pie viéndolo fijamente. El señor frunció el ceño viéndome de arriba abajo.

—¿Familiar de Johana?

—¡Oh Dios! —gritó una señora detrás de mí—. Yo soy su madre.

—Señora, su hija salió bien de la operación, pronto podrá entrar a verla — antes de que se retirará dejando a la mujer abrazar a su esposo con emoción, lo tomé del brazo. Necesitaba saber de Abbi.

—Abigail Sheperd. Necesito saber qué pasa con ella. Por favor.

El doctor explicó unas mierdas de no estar al tanto del caso, pero que averiguaría dónde estaba y quién veía su caso. Estaba a segundos de gritarle cuando Mary me calmó pasándome el teléfono. Era Lui. Hablamos un momento, derramé un par de lágrimas, no de tristeza, eran de frustración de no podía tener a Abbi en mis brazos para calmarla. Las imágenes de ella gritando de dolor me regresaban a cada momento. Me sentía tan impotente.

Observé a Mary con más atención, no tenía nada que hacer. Pensaba en lo que dijo Lui, de querer un bebe con ella para conservar un linaje distinto de su sangre. Lamentaba que no hubiera salido como él quería. Su cabello estaba recogido, tenía ojeras y su ropa de dormir aún puesta. Se veía algo hinchada, como si estuviera reteniendo líquidos o algo por el estilo.

—¿Te sientes bien? —pregunté, observando que estaba inquieta.

—Solo un poco de migraña, últimamente estos dolores de cabeza se vuelven insoportables. Qué hay de ti, ¿todo bien?

—Sí, bueno... Preocupado como debe de ser. No sabía nada del embarazo de Abbi, tuvo que tratarse con más tiempo. ¿Por qué no vino con tiempo? Solo no entiendo.

—Ella estaba asustada, no lo creía posible. Le ha costado aceptar que va a ser mamá, eso es todo. Dale tiempo.

Darle tiempo era todo lo que podía. Yo tampoco sabía cómo asimilar la noticia. Tuvimos que tener más cuidado. ¿En qué estábamos pensando? No estábamos listos. Mary se tomó la cabeza con desesperación, su dolor de cabeza debe de ser intenso para tenerla de ese modo. Sin decir nada, salí de la sala de espera, caminé a la cafetería, pedí un café, pasé con una enfermera para pedirle una pastilla y regresé con ella para que pudiera tomar lo que le había llevado. Cuando entré, Mary me regaló una amplia sonrisa bastante amigable.

Estuvimos sin decir nada en lo que pareció ser una eternidad. No fue hasta que un doctor canoso y bastante viejo entró a la sala, esta vez no me puse de pie para captar la atención de todos. Esperé y recé porque fuera por Abbi.

—¿Abigail Sheperd? —preguntó el médico. En ese momento, tanto Mary como yo, saltamos de nuestros asientos para estar frente al hombre con canas —. Vamos a tener que someterla a una operación, es sencilla pero necesaria.

—Va a tener que ser más específico, doc —dije viéndolo nervioso—. ¿Qué le pasa a Abbi?

—Tiene un quiste de 5 centímetros, hay que extirpar el quiste para que se mejore. Solo necesitamos datos del seguro y la firma del encargado de ella.

—Yo me hago responsable de ella y del pago.

El doctor comenzó a comentar que era un procedimiento sencillo de dos horas, estaban preparando a Abbi para la sala de operaciones y haciéndole unos exámenes antes de ingresarla. La tenían en sala de emergencias, pero que no era algo de vida o muerte, que todo iba a estar bien.

Me quedé viendo al doctor por un largo tiempo esperando a que dijera algo del bebe. No, nada.

—¿Qué pasa con el bebe?

—¿Qué bebe? —preguntó el médico preocupado.

—Abbi está embarazada —dijo Mary por mí. Yo ya había perdido la habilidad para emitir sonido alguno. Cómo no lo sabía. La iba a meter a operación. ¡Cómo diablos no sabía del bebe!

—Esto es extraño —el doctor arrugó la frente revisando una serie de papeles en su tabla—. Ella no está embarazada, solo tiene un quiste en los ovarios.

—¿Perdió al bebe? —mi mundo se fue a la mierda tres veces más de lo que imaginaba. ¡Dios! ¡Cómo iba a decirle eso a Abbi?

—Señor Hamilton, ella nunca ha estado embarazada —repitió el doctor como si fuera lento en procesar las cosas, en estos momentos vaya si no lo era.

—Pero la prueba salió positiva y los síntomas y el... —Mary se quedó en estado de *shock*.

—Las pruebas caseras muchas veces son erróneas y crean embarazos psicológicos. Como les repito, ella no está embarazada, no estuvo embarazada y tampoco perdió a ningún bebe.

Dando una sonrisa poco agraciada, salió de la sala de espera. Qué fríos son para decir las cosas, no hay bebe. ¡Pum! Se acabó, nos vemos mañana. Pero qué pendejos, los médicos debían aprender a ser más dulces para decir las cosas o quizá era yo el que estaba más sensible de lo normal.

Dejé salir el aire pensando en el modo que iba a tener que decirle a Abbi que no estaba esperando un bebe. En cierto punto era un alivio. No estábamos preparados aún, por otro... ¡Un momento! Me di la vuelta antes de que la enfermera que le había llevado un café a una señora dentro desapareciera por la puerta.

—¿Puede averiguar para una prueba de embarazo?

—Claro —la enfermera nos dio una sonrisa—. Es en el área de laboratorios, tercer nivel.

—Gracias —susurré para la enfermera. Le tendí la mano a Mary antes de decirle—. Vamos, es hora de salir de dudas.

No sabía en qué consistían las pruebas de embarazo, pero con las palabras del doctor, no había duda que podía ser que ella estuviera embarazada. De pronto todo hizo clic. No solo en mi cabeza, en la de Mary también. La chica

palideció frente a mis ojos. Tenía que hacerse la prueba. Al parecer, aún quedaba esperanza para la familia Montgomery.

Las horas pasaron, la operación salió como lo esperado y ahora teníamos 42 horas metidos en un hospital esperando la recuperación de Abbi. La operación literalmente era sencilla, pero se veía asquerosa, la busqué en Google mientras esperaba resultados. Como era de esperarse Mary estaba en *shock* por lo del bebe. En efecto, era ella la embarazada y no Abbi. Las dos pequeñas locas cambiaron de prueba confundiendo todo.

Hace más de una hora que le quitaron el sedante a Abbi. Estaba empezando a despertar y no sabía cómo explicarle todo lo que había pasado. Hace tres horas que hablé con su madre y su padre, para mi suerte, ellos fueron accesibles mandando la carta por correo donde autorizaban que yo me hiciera cargo de su hija. En la élite funcionábamos de una manera muy distinta. Desde el momento que nos comprometíamos asumíamos ciertas responsabilidades que un mortal no podía entender.

Sus dedos apretaron mi mano, era una buena señal. Estaba desesperado porque esos ojos grises se abrieran. Me acerqué a sus labios y como si fuera cuento de hadas —de esos maricas—, abrió los ojos. Sabía que estaba a segundos de abrirlos, por eso hice lo que hice.

—Buenos días, pequeña —dije con una enorme sonrisa—. Ves cómo tu príncipe azul te despierta de este sueño tan raro que has tenido. Es una putada todo esto, pero estás vivas.

—Mmmm —se quejó—. ¿Desde cuándo los príncipes tienen boca tan corriente?

—Desde que hay princesas poco comunes como tú.

Le apreté la mano sintiendo cómo todo empezaba a encajar en su lugar. Toda presión y punto importante encajaba exactamente donde debería. Observé unos minutos a Abbi despabilarse. Se quejó del dolor de abdomen, pero eso era normal. Cuando preguntó acerca de lo que había pasado y preguntó por el bebe, supe que era hora de hablar, por más que no me gustaran las respuestas que iba a darle.

—Tenías un quiste del tamaño de la luna metido en el ovario, te lo tuvieron que sacar.

—Oh, eso. ¿El bebe está bien? —preguntó llevándose las manos al estómago de forma protectora. Mi corazón se partió en mil pedazos. Pero qué crueldad. La idea de ser mamá le estaba llegando a su cabeza y ahora que la creía, se la quitaría en estos momentos. ¡Vaya mierda!

—Bebe —dije acariciando su cara—. Lo que vas a escuchar tal vez no te guste y no te asustes antes de tiempo. No hay bebe, pequeña, nunca lo hubo. Confundieron las pruebas con Mary y bueno, ella está esperando un Minilui o una Minimary, quién sabe qué será. En fin...

—¡OH DIOS! ¡¿Mary está esperando?! —Abbi intentó sentarse de la excitación, pero cayó en redondo por el dolor.

Después de ser el malo de la película y explicarle que no podía tomar esa actitud, ya que le acaban de sacar el quiste, volvimos a la historia. Le expliqué todo lo que pasó dentro de la sala, de cómo me enteré de que no había bebe y de cómo hice que le hicieran un examen de sangre, luego un ultrasonido a Mary. Abbi estaba emocionada por Lui y ella. Sabíamos que no llegarían a ser una pareja, incluso ellos lo sabían. No quitaba la emoción de un bebe en camino.

Esa misma tarde, mientras operaban a Abbi, hablé con Mary de ir a ver a Lui antes de que fuera muy tarde. Ella se negaba a hacerlo. Tenía miedo de sentir más de lo que sentía. Los dos sabían que no era amor, solo era una petición que él le hizo y ella por tener un corazón tan grande accedió. Eso solo me enseñaba que las personas más comunes tenían corazones mucho más significativos que los de la élite.

—Will, no estoy enamorada de él. No quiero sentir más dolor del que debería a causa de Lui. Su pérdida me va a doler a pesar de todo.

—Lo sé, pero él te quiere a su modo, le importa que tú lleves a su bebe. Dale ese rayo de luz que él necesita. Lee esto —le dije dándole el sobre—. No dejes que Lui muera sin saber que iba a ser padre. Piénsalo.

Esa misma tarde, Mary compró los boletos para ir a Londres de regreso. Buscamos traslado especial para Abbi, que estaría recién operada. Logré que Blake fuera a mi apartamento, arreglara todo y, especialmente, logré que mi padre accediera a pedir la mano de Abbi. No estaba seguro acerca de la reacción de la élite. No iban a estar accediendo a nuestros berrinches juveniles. Tampoco nosotros estábamos para aguantar a la maldita élite, habíamos pasado por suficientes cosas en estos días. Debíamos empezar a

actuar como adultos, o como personas formales. Si la élite no accedía a nuestro compromiso, podían irse diez mil veces a la mierda. Abbi era todo lo que necesitaba en mi vida.

Regresé mi atención a Abbi bloqueando los pensamientos de todo lo malo que podía venir a nuestro regreso. Tampoco quería ni pensar en la reacción de la élite al enterarse del bebe que estaba a punto de venir, mitad mortal mitad sangre real. Esto sí que iba a ser toda una odisea.

—Lo siento —susurró Abbi tomándose el estómago, como si aún protegiera algo dentro, algo que hasta el momento no había existido.

—¿Qué sientes, pequeña? —pregunté. Ya sabía la respuesta, seguramente Abbi aún quería hablar. Así que la escuché.

—Por engañarte, te dije que íbamos a tener un bebe. Qué descaro de mi parte, tienes que creerme cuando te digo que...

—Amor —dije tomándole la mano—, me encanta escucharte, pero ahora no estás diciendo cosas coherentes. Yo te creo. Fue solo una confusión, nada de qué asustarse, pequeña. Yo te creo.

—Es bueno saberlo porque hablamos de una familia, de estar juntos, de luchar por este bebe que era una sorpresa y creamos sueños con él. Yo lo... Yo —sus ojos se llenaron de lágrimas— lo estaba empezando a querer y solo no creo que esto me esté pasando. ¡Soy un desastre!

La tomé en brazos al tiempo que se derrumbaba. Las lágrimas le resbalaban sin control por toda la cara. Si de algo estaba seguro, es que a Abbi le gustaba llorar. Era una persona sentimental hasta cierto punto. No intentaba ser la fuerte todo el tiempo. Solo era ella. La chica que no sabía ocultar sus sentimientos y eso me gustaba demasiado.

—Mírame, Abbi —dije levantando su barbilla para ver esos ojos grises—. ¿Quieres un bebe? Porque si eso es lo que quieres, espero a que se pase el dolor por el quiste y te hago el amor hasta que tengamos un bebe. Nos encerramos en el apartamento durante todo un maldito mes, lo cual sería increíble. Pequeña, si lo que quieres es un bebe, eso tiene solución. Te voy a dar uno. Tenemos todo para hacerlo.

No podía creer al nivel que habíamos llegado. Era capaz de darle eso que necesitaba. Sabía que, si ella me lo pedía, le haría el amor hasta conseguirlo. En estos momentos era capaz de todo por ella.

Abbi soltó una risita, la cual ocultó como siempre detrás de sus manos. Como ya era costumbre, le destapé la sonrisa. El rubor de sus mejillas fue bastante evidente cuando limpió las últimas lágrimas que habían salido. Tomé su cara besando los restos de las lágrimas, la amaba como un loco. Ella se había convertido en mi estabilidad. A pesar de que éramos todo un caso.

—Quiero un bebe —dijo, finalmente—. No ahora porque no estoy lista. Pero en algún futuro, quizá podamos pensar en tener bebes.

—Yo también quiero uno —dije regalándole una sonrisa—. Pero tampoco lo quiero ahora. Quiero disfrutarte primero. Quiero llevarte a muchos lugares que no conoces, quiero que mires cosas que jamás pensaste ver y probar algunas otras que te podrían gustar. Como tirarte de paracaídas o un viaje a Santorini o incluso podemos ir a esas fiestas electrónicas que tanto me gustan y tú detestas, solo para variar un poco.

—¿Quieres irme a meter a una fiesta electrónica? —preguntó Abbi arrugando la cara en señal de asco.

—Sí, nena, lo pretendo. Quiero que vivamos nuestra relación al máximo. Quiero casarme contigo, viajar mucho, terminar la universidad y luego, cuando seamos mayores, tener un hermoso bebe que sea igual de guapo que su papi. También quiero tener una nena, una de ojos grises como los de su mami. Estoy seguro de que esos niños se robarán una parte de mi corazón, como su mamá lo hizo desde el primer momento.

Abbi sonrió, una sonrisa de oreja a oreja. Estaba feliz y eso me hacía inmensamente feliz a mí. Jaló mi cara con fuerza hasta que sus labios estaban en los míos. Con delicadeza metí mis dedos en su cabello atrayéndola más a mí. Su lengua se apoderó de mi boca. Por un segundo olvidé dónde estábamos, olvidé los pitidos de la máquina que tenía Abbi conectada, olvidé el supuesto embarazo y la futura muerte de mi mejor amigo. Olvidé todo. Por un momento solo existíamos los dos, sumergidos en un beso lleno de deseo, de excitación, pero sobre todo amor.

—¡Ouch! —se quejó Abbi. Sí, había olvidado incluso el maldito ovario. ¡Vaya mierda!

De regreso a casa

Abbi

El vuelo fue bastante incómodo. Eso de ir acostada, con unas mierdas en la nariz, suero y una enfermera preguntando si no sentía dolor todo el rato era molesto. William y Mary estaban sentados muy cerca de mí. No quería ni preguntar en cuánto salió este pequeño vuelo privado en un avión ambulancia solo por dignidad. No quería saber cuánto tendrían que gastar mis padres en un quiste.

William me lanzó una sonrisa de medio lado antes de comprobar que todo estaba bien conmigo. Luego regresó a su lectura. Nunca lo había visto leer antes y verlo de ese modo fue demasiado sexi para ser verdad, a pesar de que era uno de esos libros de economía política. Mary, por su parte, estaba leyendo por décima vez la carta que Lui le mandó. No solo le mandó una carta agradeciendo que ofreciera su vida y viviera la vida que le había tocado vivir a él, le mandó los papeles de paternidad —como si supiera del bebe—, le mandó una herencia que tenía que reclamar tarde o temprano y le dejó la vía libre a su hijo mortal para vivir una vida increíble en Londres. Que Lui le diera todo eso, no significaba que la élite fuera a aceptar.

Ella estaba dispuesta a dejar su vida por un chico que apenas si conocía. Mary siempre soñó con hacer algo heroico en su vida, creo que se pasó un poco con su momento heroico, pero estaba feliz por ella. Solo con verle la cara llena de ilusión, el deseo que tenía de ser mamá, me hizo pensar que este era su destino. Ella aceptó a ser algo que podía soportar. Era impresionante ver el cambio que mi amiga había tenido.

Lui aún no sabía absolutamente nada del bebe. Queríamos llegar para decírselo. Al regresar de Grecia, Lui tuvo que someterse a una operación por agua en los pulmones. Veía la cara de Will, la manera en que se desesperaba por salvar a su amigo. Era cuestión de tiempo para que Lui nos abandonara, William se negaba a aceptarlo. Sabía a la perfección que esto sería una piedra bastante fuerte que superar.

Al llegar a Londres. Mis padres estaban esperándonos junto a una ambulancia. Todo este traslado no hubiera sido necesario si Lui tuviera más tiempo. Will y Mary parecían desesperados por venir, una parte de mí también lo estaba. Lui fue mi apoyo cuando más necesitaba de alguien. Saludé a mis padres con una gran sonrisa falsa. No sabía cómo iba a remediar esta situación de Will y mía, tampoco estaba segura de cómo tomarían esta travesura de irme con un quiste en el ovario.

—Abigail —dijo mi padre muy serio.

—No uses ese tono conmigo —me quejé.

—¿Qué tono?

—El que usas cuando vas a regañarme. No fue mi culpa que un quiste decidiera formarse en mi ovario.

Mi papá soltó una risa escandalosa llamando la atención de mamá y la madre de William que hablaban con una de las enfermeras. William estaba hablando con su padre de una manera muy tranquila y seria. Siempre frente a su padre adquiría esa postura tan ejecutiva.

—No es tu culpa, eso lo sé. Lo que no entiendo aún es, ¿cómo paraste una vez más con William? Pensé que habías terminado con él.

—Sí, bueno. Simplemente pensé que podía vivir sin él.

—Supongo te diste cuenta de que no era de ese modo —mi padre tenía una sonrisa en el rostro que no reconocía muy bien, estaba siendo más tierno de lo normal.

—Así es. No puedo papá, lo amo.

Decirlo en voz alta costaba tres veces más que solo pensarlo. Hablamos durante horas con William acerca de cómo lo tomaría la élite mayor. Will estaba dispuesto a mandar a todos a freír papas si no dejaban que estuviéramos juntos, de mi parte estaba dispuesta a lo mismo, la diferencia es que yo quería dialogar todo este asunto antes de tener que recurrir a la parte extrema.

—Ya era hora que lo admitieras, hija. Estaba empezando a cansarme de todo este asunto. El hijo de los Woodgate no va a dar su brazo a torcer, pero su compromiso nunca se realizó, así que... aún podemos pelear porque acepten de nuevo su compromiso con William. Espero esta vez no metan la

pata. Toma nota, no habrá otra oportunidad si lo logramos. La élite puede llegar a ser muy dura cuando se lo proponen y con ustedes su límite ya llegó.

—No, papá —dije viendo en dirección a Will—. No necesitamos más oportunidades. Ya tenemos claro lo que queremos y lo que necesitamos.

Ambos sonreímos, caminando al automóvil con mucha dificultad. William se negaba a que me fuera a casa con mis padres, mis padres alegaban que era mejor tenerme en casa. William podía ser terco cuando quería algo y después de dos minutos, íbamos camino al apartamento. Era bueno estar en casa.

Mary iba totalmente pensativa. Las cosas que le rondaban la cabeza se veían muchas. Hablamos un par de horas acerca de todo este asunto en el hospital y en el avión. Ella estaba tranquila, emocionada y aterrada al mismo tiempo. Sabía que lo lograría.

—Al menos vamos a estar juntas por el resto de la vida —Mary sonrió.

—William tiene parte de la custodia de mi bebe, así que sí, así va a ser.

Mary se acomodó en la habitación de visitas, y yo en la de William. Me gustaría quedarme en mi habitación. Como era de esperarse, William tenía la habitación lista para mis cuidados. Serían dos largas semanas de reposo.

William

Terminé de cambiarme dentro del baño antes de salir a encontrarme con Abbi sentada con el ceño fruncido. No estaba contenta con tener que quedarse a esperarnos mientras Mary y yo íbamos a visitar a Lui. No tenía opción, estaba en reposo y eso significaba quedarse en casa. Pero como es necia, quería venir a ver a Lui.

—Bebe, no te enojés. Tienes que guardar reposo —dije con el fin de calmarla.

—Cállate, William. No es justo, malditos ovarios. ¿Por qué no pueden ser normales? —sabía que estaba muy cabreada, pero tenía que aprender a seguir las reglas, aunque sea una vez en su vida.

—De ser así, tú y yo seguiríamos creyendo que estabas embarazada, Mary no supiera lo de su embarazo y Lui quizá moriría sin saber lo de su bebe. ¿Te gusta más esa situación, amor? Porque si es así...

—Sabes que no me refería a eso —dijo con un puchero demasiado tierno. Abbi era una divina cuando alegaba por cosas que no entendía.

—Te amo, pequeña —dije sin dejar de sonreír.

—Yo también te amo, pequeño —respondió en forma de burla—. Que te ame no justifica el enojo que siento por ti en estos momentos. ¡Me voy a perder toda la acción!

Abbi quería saber qué reacción iba a tener Lui cuando le contáramos de su embarazo. Una parte de mí sabía que se alegraría demasiado, es lo que siempre había querido. Otra parte de mí sabía que se sentiría culpable por dejar a Mary sola, cargando con este bebe y esta presión a su edad. Ahí entraba en juego mi propuesta, le tendría que explicar que Blake y yo nos haríamos cargo de que todo saliera como él esperaba. Darle una vida mejor a su pequeño y continuar con el legado de la familia Montgomery.

—Lo más seguro es que Lui no aguante saber que estás aquí, sin bebe y recién operada y venga él personalmente a verte. Así que no te preocupes —intenté darle ánimos.

—Dale, vete —dijo Abbi resignada—. Ya me quedo aquí, sola. Sin nadie que me acompañe en estos momentos —reprimí una carcajada por la escena teatral que estaba haciendo.

Me acerqué a ella sabiendo que necesitaba mimos. Le tomé la cara con todo el amor del mundo y la besé. Como siempre, Abbi no se resistió, me regresó el beso sin pensarlo dos veces. Esto definitivamente era amor. Íbamos a luchar en contra de todo, de eso no había duda.

—Ahora vete —dijo Abbi señalando la puerta—, Mary te está esperando.

Así era. Mary estaba en la planta baja esperándome para poder ir a ver a Lui. Con un último beso me despedí de mi pequeña. Bajé al encuentro de Mary y juntos nos dirigimos en el carro de papá a ver a Lui.

No sabía cómo reaccionar exactamente a todo esto. Mary estaba retorciéndose las manos al momento de tocar la puerta de los Montgomery. No iba a culparla, incluso yo estaba nervioso y eso que no era el que estaba embarazado. Ella era una chica fuerte. Iba a saber sobrellevar todo esto.

La señora Montgomery abrió la puerta saludándome con mucho entusiasmo. A esa mujer le caía de perlas. Me adoraba. En cierto punto sabía a la perfección que cuando Lui muriera, Blake y yo ocuparíamos un lugar

mucho más importante en la vida de esta señora. Esa era otra promesa que le hice a Lui, cuidaría de su familia sin importar qué. La pérdida de un hijo es lo peor que le puede pasar a una madre. Por eso íbamos a estar para ellos, no sería lo mismo, jamás ocuparía el lugar de Lui, pero podía rellenar ciertos vacíos que quedarían.

—Hola, linda —dijo la madre de Lui saludando a Mary. De seguro ni se entera que es una mortal—. No recuerdo conocerte de antes. ¿Quiénes son tus padres?

Puse los ojos en blanco. Le pregunta por sus padres para saber el estatus dentro de la élite de la chica. La generación de nuestros padres era mucho más metida en estatus y en cosas como esas. No entiendo por qué no simplemente se vive sin niveles. Todo sería mucho más fácil. Una vida mucho más completa. Siempre estábamos categorizando a la gente.

Muchos en la élite eran devotos a la iglesia y se supone que la iglesia dicta que todos somos iguales ante los ojos de Dios. Pero a la hora de repartir títulos, la iglesia y Dios les vale madre. El poder lo es todo.

—Ella es amiga mía, de Lui y Abbi —dije para distraerla—. ¿Cómo siguió Lui?

—Estable. Le cuesta respirar y lo tenemos con un monitor de aire permanente. Las quimioterapias ya no funcionan por lo que las suspendimos. Es cuestión... —la voz de la mujer se cortó por completo. Tapándose la cara con las manos, comenzó a llorar.

—Tranquila, Anabeth —dije sobando su espalda—. Será algo difícil, pero vamos a superar esto juntos.

Estaba a segundos de tirarme a llorar junto a esta mujer cuando el padre de Lui llegó al rescate. Abrazó a su mujer de forma tan protectora. Los dos estaban mal y era evidente. El señor Montgomery era un señor fuerte, con su barba del siglo XVIII. Verlo tan débil como ahora era de lo peor que mis ojos habían presenciado. Sin mencionar cuando Abbi estaba mal y cuando Lui empezó a recaer.

—Anden, chicos, ignoren a este par de viejos y entren con Louis —pocas veces usaban su nombre completo, escucharlo me rompía más el corazón. Iba a extrañar a ese bastardo. Había sido mi mejor amigo durante años, desde mi maldita infancia. ¿Cómo se suponía que iba a sobrellevar una vida sin él?

Tomé a una muy shockeada Mary llevándola por las escaleras a la habitación de Lui. Con todo el miedo en mis manos abrí la puerta. Ahí estaba Lui viendo una película en la televisión, la enfermera estaba revisando la máquina que estaba a su lado y él —como era costumbre— la ignoraba.

Mis ojos se encontraron con los de él. Sin color, sin vida. Le sonreí en forma de saludo con las manos metidas en los bolsillos. Lui me sonrió de vuelta, luego giró la cabeza para ver a Mary y su sonrisa se desvaneció. Se tapó la cara unos segundos antes de lograr articular.

—Mierda, Mary. Lo siento tanto —tenía los ojos llorosos. Nunca lo vi tan vulnerable como ahora—. ¡Dios, pero qué idiota! No debí, lo siento tanto.

—¿Cómo sabes por qué estoy aquí? —dijo Mary tratando de estar tranquila.

—¿Por qué otra razón estarías aquí? Tienes clases, es tu primer año y... —negó con la cabeza—. Ven aquí, cuéntame todo, cariño. ¿Me he cagado en tu vida?

—No te has cagado en nada. Yo quiero este bebe. Quiero que... —su voz se cortó y antes de entender lo que estaba pasando, Mary se abalanzó a sus brazos. Él la tomó con cariño besando su frente. Nunca me imaginé ver esto.

Era imposible pensarlo, mis ojos estaban viendo a Lui perdido en ella. Quizá era porque lleva a su bebe, pero la abrazaba con tanto cariño que jamás imaginé verlo de este modo.

Se quedaron un buen rato abrazados. En silencio. Le hice señas a la enfermera que nos dejara solos y ella tranquilamente obedeció. Por mi parte me quedé al margen, lejos de lo que estaba pasando. Finalmente, Lui recuperó el habla.

—No debí haberte pedido nunca nada de eso, nunca debí dejarte embarazada. Pensé que tenía más tiempo, pensé que todo iba a estar bien. Lo siento tanto.

—No digas eso, Lui, por favor.

—Pensé que tenía más tiempo, pensé que lo tenía. Lo siento tanto —para este punto Lui estaba llorando, Mary estaba llorando. ¡Dios! Incluso yo estaba llorando. Más tiempo. Por favor, ruego que alguien le dé más tiempo de vida.

—Lui, por favor —Mary rogaba como loca entre lágrimas.

Lui estaba perdiendo la razón, no dejaba de llorar y sobar su mano. Estábamos perdidos en este momento donde mi amigo —finalmente— se lamentaba de su maldita enfermedad. No quería morir. ¿Quién diablos quiere saber que va a morir? Nadie. ¡Vaya mierda!

—William, ven —dijo extendiendo su mano—. No la dejes, por favor, cuida de ella y de mi... ¡Mierda! Nunca pensé decirlo, pero... cuida de mi hijo o hija. No los dejes, por más que la puta élite se niegue a aceptarlos y... ¡Me llevan las putas! ¿Cómo no lo pensé antes? Si no los aceptan...

—¡Basta! —dije sentando a una Mary en muy mal estado. Esto no podía seguir así, le haría daño al bebe. ¿Qué acaso no piensan en eso?—. Yo voy a cuidar de ellos, Abbi y Blake también lo harán. Jamás estará sola, ni ella ni tu hijo. Tienes que calmarte porque no creo que sea bueno que la primera vez que tu bebe escuche a su papá esté como loco gritando. Así que... —no puedo llorar, no puedo llorar— sé fuerte y resiste un poco más.

—No voy a estar presente para el nacimiento, ni para su primer cumpleaños, ni para la primera palabra —negó con la cabeza—. No va a conocer a su papá, nunca me va a llamar papi y nunca voy a poder decirle a mi hijo lo orgulloso que estoy de él. Nunca podré ser parte de su vida. Solo no lo entiendes, Will, no lo entiendes porque tú no tienes un maldito reloj en cuenta regresiva.

Lui no dejaba de llorar y yo solo no sabía qué hacer. Decidí que esto no era bueno para Mary. La tomé del brazo sacándola de esa habitación. Caminé hasta la cocina donde encontré a la señora Montgomery en un mar de lágrimas. Berta, la cocinera, ya estaba hirviendo el agua para té. Les pedí que le dieran algo calentito a Mary. Dejándola con la futura abuela de su hijo, las dejé para que se desahogaran entre ellas. Lui me necesitaba, pero Mary no podía seguir escuchando cómo Lui se rompía en mil pedazos.

Al regresar a la habitación, encontré a Lui limpiándose la cara. Había dejado de llorar, lo cual era bueno. Me senté a su lado esperando a que él fuera el primero que hablara. No lo hizo. No inmediatamente. Cuando, finalmente, logramos articular palabra dije lo único que necesitaba saber.

—Te quiero, Lui. Eres mi mejor amigo en todo el mundo y mi vida... — ¡qué mierda! Mi voz se volvió a cortar—. Mi vida va a estar incompleta sin ti. Pero me dejas un ser, un bebe el cual voy a cuidar como si fuera mío. Lo prometo.

—Nunca lo dejes —dijo con la voz casi apagada—. Enséñale lo que es tener un buen corazón y no juzgar a nadie por ser mortal o ser de la élite. Enséñale exactamente lo que tú tienes en el corazón, no lo que yo tenía. Si quiero algo para mi hijo, es que sea como su tío Will. Que sepa amar a la gente sin ponerle una puta etiqueta.

—No somos tan diferentes Lui, tú y yo tenemos un buen corazón y voy a criar a tu hijo como si fuera mío. De eso no te preocupes.

Por un momento nadie dijo nada. Aún salían un par de lágrimas de los ojos de Lui. Intenté ser fuerte, darle ánimos, pero estaba destrozado. Le tomé la mano esperando a que reaccionara.

—No puedo creer que voy a ser papá. Dejaré mi legado en el mundo. Entonces... Abbi y tú van a tener un bebe y Mary también. ¡Esto es un caos! —dijo bastante entusiasmado.

—¡Qué va! —dije reprimiendo la risa—. Abbi ya parió un quiste del tamaño de Júpiter, le sacaron cinco centímetros de los ovarios. Por ahora solo tenemos un quiste.

—¿Quiste? —preguntó con el ceño fruncido.

—Abbi y Mary confundieron las pruebas ¡Menuda estupidez! Abbi se sentía mal porque tenía quistes en los ovarios. Ya la operaron y ahora está en el apartamento. Se estará quedando conmigo. No voy a dejar que sus padres la separen de mí.

—Así que tienes un bebe quiste. ¡Un *quistaki*! —oprimió los labios para no reírse de mí—. Y pensar que estabas tan cagado cuando te enteraste del bebe —soltó una carcajada—. Esto sí que es épico.

—Cállate, idiota —dije dándole un golpe suave en el brazo.

—¿Qué pasa con la élite?

Sabía a lo que se refería, el problema es que aún no tenía una respuesta que darle. Tenemos que solicitar un permiso para anulación de la anulación del compromiso. Necesitábamos que ellos autorizaran este matrimonio antes de dar por sentado que estábamos juntos. Yo había optado por mandar a todos por un tubo, Abbi, por su lado, quería negociar.

—No sé qué es lo que van a dictar. No sé qué decisión van a tomar. Lo único que sé es que voy a quedarme con ella.

—Ya era hora, idiota. Al parecer uno hace locuras grandes cuando está enamorado.

—No sabes qué nivel de estupideces se pueden hacer. Casi accedo a ser papá con tal de verla sonreír. La amo, Lui —dije dándole una sonrisa que él me devolvió de inmediato.

—No puedo creerlo —dijo Lui extendiendo su sonrisa. Sus ojos brillaban de emoción—. ¡Voy a ser papá!

Deseaba que esto fuera una novela, de esas que cuentan con un escritor para hacer algún tipo de medicamento milagroso y ¡PUM! De la nada, no existe cáncer y Lui vivirá eternamente. Pero para mí desgracia, esta es la vida real. No hay medicamentos milagrosos y no hay escritores que cambien el rumbo de la realidad. Estaba perdiendo a mi mejor amigo.

Una mortal

William

Lui no perdió nada de tiempo. En cuanto estuvo más tranquilo llamó a su madre para informarle que Mary estaba embarazada. Para cualquier persona normal, lo mejor hubiera sido esperar, pero como decía Lui, teníamos un reloj marcando la hora a nuestras espaldas. No teníamos tiempo. Él quería dejar todo arreglado para que tanto su hijo o hija quedaran con su apellido y Mary pudiera estar bien.

No dudaba que, en algún remoto futuro, Mary pudiera encontrar una vida. Algún hombre con quien casarse, formar una familia normal y todo lo demás. De lo que estábamos más que seguros era de que el bebe con sangre real, debería de quedarse en la élite. Ni idea a qué tipo de acuerdo llegarían con Mary de eso. Por ahora, teníamos el problema mamá-*gremlin* que arreglar.

Anabeth no se lo tomó como la octava maravilla, al contrario, estaba furiosa con él. No me preocupaba su enojo contra Lui, eso era normal, pero el enojo que sentía contra Mary era lo único que me tenía alerta.

—¿Por qué diablos no pudiste pedirle eso a una de la élite? —preguntó su madre.

—Vamos, los dos sabemos que ninguna se hubiera prestado para quedar embarazada de alguien que está a días de morir. Las chicas de la élite son una mierda, mamá. No podía simplemente pedirle a una de ellas que tuviera mi bebe. Además, elegí a Mary por muchas razones, razones que tú no entenderías, ya que eres tan clasista.

Me sentía orgulloso del discurso de Lui, era profundo y sincero. Lo más importante era que estaba poniendo a Mary delante de todo, eso valía más que nada para ella.

—Pues lo siento, jovencito, ella no puede vivir aquí. Tampoco vamos a mantener a una mortal, esto no es caridad.

—¿Caridad? En serio, mamá. ¿Caridad? ¿Quién diablos habló de caridad? La mujer tiene dinero, un estatus alto en Washington y su papá está a punto de ser congresista. Ella no vino buscando caridad, ella solo vino a darme lo que le pedí. Voy a morir y este hijo es todo lo que te va a quedar de mí, depende de ti quererlo o no.

—No me pongas en esta situación Louis, no es justo. Solo no puedo aceptarlo. Soy tu madre.

—Porque eres mi madre es que deberías de apoyarme, solo piénsalo, es lo único que te va a quedar de mí. Ese bebe tiene mi sangre, tiene mi esencia. ¡Joder! ¿Qué tan difícil puede ser?

Su madre ya estaba llorando en comparación con Lui que se mantenía entero. Eso era algo de admirar de mi mejor amigo. Cuando tomaba una decisión, se mantenía firme a esa elección. Él quería que ese bebe se quedara en el mundo y yo iba a apoyarlo. No iba a ser fácil para Mary, ni para nosotros, mucho menos para el bebe, crecer en una sociedad tan difícil como lo era la élite no sería nada fácil. Menos teniendo sangre mortal.

—No lo acepto, Louis, sabes que no puedo. Pero tampoco puedo dejar a la chica en la calle. Vamos a hacernos cargo de la situación, pero ni una palabra a la élite.

—Tarde o temprano tendrán que saberlo, mamá. Quiero que ese niño o niña tenga mi apellido. Los papeles ya los tiene ella. Los arreglé con Norbeth hace un par de semanas, cuando no era ni seguro que ella estuviera esperando.

Vi a su madre contener la respiración. No estaba contenta, pero ¡que le den! Lui tenía veinticuatro años, estaba a semanas de morir y su madre creía que el problema era lo que la élite fuera a decir por tener un bebe fuera de matrimonio. La mirada de la madre de Lui viajó de su hijo a la mía.

—Lamento mucho que el veredicto no fuera a tu favor, Will. Creo que hubieran hecho una excelente pareja con Abbi. Lástima que fuiste tan indeciso para dejarla ir.

¿Qué veredicto? No habíamos solicitado absolutamente nada aún para que dictaran un no por respuesta. Abbi estaba en mi casa y de seguro la noticia se había propagado como hormiguero, pero...

—¿De qué está hablando, señora Montgomery? —no podía quedarme con la duda.

—Su caso llegó a oídos de la clave, ustedes saben que en la élite no se juega y bueno, ustedes rompieron mucho el protocolo. No es una relación de mortales que puede romperse en cada segundo.

—Eso no resuelve mi duda. ¿Qué veredicto?

Lui tomó asiento viéndome con esos ojos grises profundos, su mirada viajó a su madre y la observó con la misma intriga que yo la observaba. Su cabello castaño oscuro le caía en rizos por la espalda y la blusa azul marino que le combinaba a la perfección con la falda de lápiz.

—La clave se negó a acceder una relación entre Abigail y tú, pensé que lo sabías. Jonathan me lo ha contado al momento que te ha visto entrar. Lo siento, cariño, no debí decir nada. Pensé que lo sabías.

La sangre se drenó de mi cara. Esto no podía estar pasando. Apenas si habíamos llegado en la mañana a Londres. ¿Cómo es posible tener un maldito veredicto de nuestra relación sin haberlo solicitado? Me sostuve el estómago sintiendo el vacío que se formaba dentro. Definitivamente estaba cayendo muy lejos en esto.

—William —me llamó Lui con su voz autoritaria—, vamos a arreglarlo. Tenemos que ir a tu apartamento y...

—Un momento ahí, jovencito. Tú te quedas en cama.

—¡Ay, por favor! Ya estoy mejor de la operación. Solo me drenaron el maldito pulmón, mamá. Hasta el momento no estoy ni mejor ni peor, es cuestión de tiempo y si sigo encerrado en esta puta habitación, voy a volverme loco y quizá me deje ir mucho más rápido. William me necesita, Mary también y seguramente Abbi —que seguramente está postrada en una cama— también me necesita. Así que discúlpame si no estoy de humor para escuchar a la mujer que...

—No se preocupe, señora Montgomery, yo me encargo de que esté bien y no haga ningún esfuerzo de más.

Tenía que interrumpir antes de que Lui y su temperamento terminaran lastimando a su madre. Sabía que ya no estaba en quimioterapia, pero las pastillas que le estaban dando alteraba su humor y lo ponían violento e insoportable. Su madre asintió con la cabeza antes de salir de la habitación sin decir nada.

Minutos después, la enfermera entró desconectando la máquina y colocando el respirador con el tanque que llevamos al viaje. Lo esperé mientras se cambiaba de ropa. No dejaba de pensar en lo rápido que había sido esto, la maldita clave se estaba negando a que estuviera con el amor de mi vida.

—Vamos por mi mujer y luego por la tuya —dijo Lui colocándose una gorra de béisbol—. Juntos vamos a descubrir qué está pasando con esta élite del demonio. De paso ordenamos comida para que los cuatro podamos tener una cita doble y... —Lui sonrió de oreja a oreja—, vas a prestarme tu habitación de invitados para que pueda «descansar» un poco.

Puse los ojos en blanco soltando una risita estúpida. Sabía a lo que se refería con descansar. Vaya, Lui. La enfermedad no le quitaba ese deseo sexual que tenía. Tomando su tanque, lo ayudé a bajar las escaleras al encuentro de Mary. Ella nos regaló una sonrisa de oreja a oreja. Sabía que era debido a Lui. Verlo parado y caminando era totalmente una imagen mucho mejor de la que vimos en la habitación.

Aún no dejaba de pensar en lo que la madre de Lui había dicho. Esperaba a que estuviera equivocada y solo fuera un muy mal chisme de élite, pero su esposo era parte del comité, también mi padre y el padre de Abbi. ¿Entonces por qué nadie dijo nada? Tenía que arreglar esto a como dé lugar.

Entrando al automóvil, nos adentramos al tráfico vespertino de Londres. Era una ciudad tranquila, hasta cierto punto. Con sus calles antiguas, los tulipanes en cada área verde cerca de los campos del St. Paul Church. Amaba esta ciudad. Un lugar con historia, con un pasado.

Observé las calles, cómo la gente caminaba con las gabardinas largas, las sombrillas, cómo esquivaban los charcos de agua y cómo todo parecía estar en orden. Todo excepto mi corazón y mi mundo. No podían separarme de Abbi, ella era todo lo que necesitaba para respirar. No podían negármela. Ella era mía, en todos los sentidos.

Abbi

Estaba desesperada. En la televisión no daban nada bueno, estaba cansada de los programas de problemas sexuales, o esos de cómo mejorar algún

problema del cuerpo, o peor aún, el mayor perdedor o una estupidez de esas. Sin mencionar los típicos programas de cocina donde todos compiten. Cambié de canal para encontrarme a las modelos del demonio, planas que me hacían sentir como un cerdo viviente. Mezclar a las modelos y la comida era el extremo, solo hambre me daban y me dolía mucho el cuerpo para levantarme a cocinar algo.

Observé mi teléfono esperando a ver algún mensaje de Will. Prometí informarme acerca de lo que estaba pasando en la casa de los Montgomery, supongo que las cosas no estarán muy bien si el hombre no se comunica aún.

Como si hubiera convocado al teléfono, empezó a sonar. No podía definir quién llamaba, ya que la pantalla estaba destrozada, de seguro era Will o mamá. Quién sabe. Tomé el teléfono con cuidado al contestar, sentía miedo que uno de los minividrios de la pantalla se metiera en mi dedo.

—¿Aló? —contesté pensando en quién iba a hablarme del otro lado.

—¡Hermanita! —la voz de Ash salió a retumbar por el auricular y me arrepentí inmediatamente de haber contestado.

—Ash —dije en forma de saludo—. ¿Qué quieres?

—¿Esa es la manera en que le hablas a tu hermanita? Debes estar extrañándome como la muerte. Iré a verte, papá dice que te sacaron un megaquiste del ovario. Yo recuerdo que una vez tuve cólicos, son la muerte.

—Claro, Ash. Un quiste es exactamente lo mismo que un cólico.

—Como sea. Connor te extraña también. ¿Está Will en casa?

No tenía ni idea de qué responderle, pero seguro no quería hablar con ella, mucho menos que viniera. Quizá si le decía que estaba sola no habría ningún problema. Ella me odiaba, solo no lo admitía.

—No, Will no está. Está en casa de Lui —dije con la esperanza de que no viniera.

—Es una lástima la situación, ya nos han informado a todos de su enfermedad. Es una lástima, muchas se lamentan que no lo tendrán en su cama. Al parecer era muy bueno, dicen que follaba como una bestia...

—¡Dioos, Ash! Mucha información. Contrólate, tienes prometido.

—Sí, lo tengo. También es una fiera en la cama cuando lo quiere ser. No es como William, que es una seda.

Me quedé pensando unos segundos en su comentario. ¡Dios! Ella no tiene ni idea de nada. ¿Qué acaso no se entera que fui la primera? Tampoco estaba para contarle de mi vida sexual. Así que decidí soltarle un comentario sarcástico.

—Totalmente una seda. ¿Quién te lo contó? ¿Lessa? O fuiste tú la que lo experimentaste de primera mano. Porque la tiene deliciosamente grande.

—¡Eres una perversa! Pero no, no lo experimenté de primera mano, solo fue un mal rumor. Lessa, en cambio, sí que se lo pasó, al menos eso dice esa zorra. Ya sabes cómo es...

—Ash —dije con la intención de terminar de una vez por todas esto—. ¿Tu llamada es por algo importante? Es que no me siento muy bien y no tengo ganas de seguir hablando. Iré a dormir si no te molesta.

—Ah, vale, no importa. Cuando llegue Will que te ayude a arreglar tus cosas. Papá llega por ti en la mañana. La élite ha negado tu relación con William por lo que tienes que regresar a casa.

Mi estómago se fue de paseo completamente. ¿Pero qué diablos estaba diciendo? Jamás solicitamos a la clave poder estar juntos, aún estábamos trabajando en cómo hacer la solicitud para anular la anulación. Me tapé la cara con una mano. No tenía sentido hablar con mi hermana al respecto, ella no sabía nada.

—Yo hablaré con Will acerca de esto.

—*Sip*, así es. Eso te pasa por inmadura, Abbi. Si no hubieras...

No tenía por qué escucharla. Colgué el teléfono sintiendo cómo todo mi mundo giraba. Esto era un desastre. Decidí que no iba a sacar conclusiones apresuradas hasta que Will, mi padre, o cualquier otra persona importante lo confirmara. Me quedé viendo la iglesia, con esa estructura tan antigua. Realmente Londres tenía historia y en este lugar se contaban millones de ellas, en su mayoría de amor.

No podía meterme en mi cabeza que la mía no fuera a hacerse realidad.

La puerta se abrió de golpe. Me giré a toda prisa esperando a que fuera Will, pero mi vista se clavó en la de Lui. Pegué un grito intentando levantarme de golpe para correr a su encuentro. El calambre estomacal fue lo primero que me detuvo.

—Nena, tranquila —dijo Mary corriendo a mi lado—. No puedes presionarte.

Detrás de ellos venía Will con unas cajas de comida, el aroma a pan con ajo me hizo agua la boca, mi estómago como si fuera su mantra comenzó a sonar y el apetito se abrió inmediatamente. William me observó unos minutos antes de regalarme una de esas sonrisas que me hacían olvidar todo. Por un momento, ya no existía nada más que él y yo. Incluso Lui y su tanque de oxígeno desaparecieron de mí...

—¡Lui! —grité dándome cuenta de lo que estaba pasando. ¿Pero qué mierdas estaba pensando? Me abalancé a sus brazos dejando que sus largos dedos aprisionaran mis manos. ¡Dios! Cómo lo había extrañado.

—Si no estuvieras babeando por este idiota te hubieras dado cuenta de que estaba intentando saludarte. Ahora sí, bésame el maldito cachete antes de que me enoje —en forma juguetona le di dos besos en cada mejilla antes de ayudarlo con el tanque cinco pasos. Will llegó quitándomelo de las manos y llevando a su amigo al sillón.

—Pasaré la noche aquí, espero no te moleste. Resulta que necesito *descansar* un poco —decía la palabra descansar como si fuera el código para algo más.

—Claro, te preparamos el cuarto de visitas. Mary puede tomar la mía, de igual manera pensaba quedarme con Will —los tres contuvieron una risa que no entendí como de costumbre.

Will se acercó plantándome un beso en la entreceja antes de susurrar «mi linda e inocente novia», Mary se levantó por dos botellas de agua. Una era para Lui, lógicamente. Cuando tendió la otra para mí supe que lo sano era para los enfermos. Desapareció otra vez para reaparecer con dos Coca-Colas.

—Eso no es justo —dije viendo a Mary abrir la suya—. Yo quiero Coca-Cola.

—Lo siento, pequeña, pero tienes una dieta que cumplir y aguas gaseosas están fuera de la lista.

—No te preocupes, Abbi, a mí me quitaron las bebidas alcohólicas y eso sí apesta —dijo Lui destapando su agua.

Me encogí de hombros sintiéndome como una niña berrinchuda. Tenía en la punta de la lengua decir lo que Ash me había dicho, pero no quería arruinar el

momento. Después de quejarme del hambre, Will fue a preparar la cena. Mary se fue detrás de él como si su meta fuera atendernos.

—Así que tuviste un *quistaki* —afirmó Lui.

—¿*Quistaki*? —pregunté al borde de la risa.

—En Grecia aprendimos que todo termina con *taki*, por lo que tu quiste tiene un nombre mediterráneo, se llama Quistaki Hamilton-Sheperd.

—Mejor solo Hamilton —sonreí. Si me llegaba a casar con William, no combinaría nuestros apellidos. Sería simplemente Hamilton.

—Mucho mejor, por cierto. ¡Voy a ser papá! —dijo con una sonrisa en el rostro.

—Sí que lo vas a ser —el nudo en la garganta al ver su cara de felicidad me llegó de repente. Ojalá pudiera conocer a su bebe.

—No puedo creer que estuvieras casi una semana pensando en que estabas embarazada —Lui no dejaba de reírse y su risa era contagiosa.

—¿Qué te puedo decir? Las náuseas de Mary me dieron a mí, eso tampoco es justo. El doctor dice que es normal que a la gente cercana le den los síntomas. Menuda casualidad que me dieran a mí.

Observé a Will hablar con Mary en lo que terminaban de servir la comida en platos. El aroma a pasta, pan con ajo y comida italiana —supongo— me llegó de repente. Tenían que apurarse antes de que parara comiéndome a Lui.

Ver a William feliz consintiendo mis gustos me hizo sentir peor. Tenía que contarle lo que Ash dijo lo antes posible. Teníamos que buscar una solución.

—Quita la mala cara, Abbi. Él ya lo sabe, pero no te lo dirá hasta mañana. Quiere pasar un día tranquilo junto a ti. Lo mejor será que le sigas la corriente y lo ignores.

—¿De qué estás hablando? —pregunté no entendiendo a Lui.

—El veredicto de la clave. Lamento que la élite sea una mierda total.

—Yo también lo lamento —le di una mirada a Lui bastante triste. Qué miserable me sentía—. Por hoy vamos a descansar los cuatro de todo esto.

—Definitivamente vamos a *descansar* —la palabra descansar seguía sonando como un código que seguía sin entender—. Tanto Will como tú necesitan una *buena descansada* —sonrió de oreja a oreja. Definitivamente era un código.

La velada había sido bastante reconfortante. Bastante buena. Sin mencionar

la comida que hizo que mi día mejorara después de la noticia de mi hermana. No había arreglado mis cosas y no las iba a arreglar. Igual, la mitad de mi guardarropa estaba de vuelta en casa. Antes de irme a Estados Unidos pasé las cosas a la mansión Sheperd.

Me recosté en el hombro de William observando a Mary y a Lui darse un par de besos apasionados. Quizá estos dos no estaban enamorados, pero estaban disfrutando lo que les quedaba de tiempo. Según contó Lui, los doctores pararon la quimioterapia y comenzaron otro tratamiento un poco más fuerte. No estaban seguros si funcionaría o no. Aun así, Lui estaba dispuesto a probarlo con tal de tener un poco más de vida. He escuchado de algunos casos milagro, en que los doctores se dan por vencidos dándole un par de días a la persona y resulta viviendo más de lo estimado. Esperaba que Lui fuera un caso milagro. Lo quería demasiado para perderlo.

Me encantaba ver la manera en que Lui se recostaba en el estómago de Mary —que aún estaba plano— y le hablaba al feto como si ya pudiera escucharlo. Era tierno y por un minuto pensé en Will y en mí. William me lanzó una sonrisa. Me sorprendió viéndolos con esa mirada cargada de celos y añoranza.

—Ya te lo he dicho, pequeña, si quieres uno, estoy más que dispuesto a dártelo. Aunque preferiría esperar, tengo planes de viajar mucho y disfrutar cada segundo de vida que tengo junto a ti.

Le sonreí ante ese comentario. Era dulce y directo al punto, mi cabeza estaba empezando a darse cuenta de que no había bebe dentro de mí, era aniquilante. Me costó demasiado caer en la cuenta de que estaba embarazada y ahora cambiar de idea era demasiado para mi sistema.

—No, amor, aún hay tiempo —mientras lo decía no lo creía.

¿Cuánto es tiempo? Para nosotros el tiempo era una manera relativa para decir las cosas, para otras personas, como Lui, tiempo era indispensablemente corto y tiempo era todo lo que todos teníamos y pocos aprovechábamos. No quería perder más tiempo lejos de él. Ya había perdido muchísimo en el paso de los años. Me encogí de hombros sintiendo cómo todo empezaba a encajar en mi mundo. Tiempo. Maldito tiempo. Me gustaría vivir en un mundo donde este factor no fuera tan indispensable.

Me quedé viendo a Lui, disfrutar del momento. Quizá eso era todo. Uno aprende a valorar el tiempo y no contarlos cuando más lo tenemos encima de

nosotros. Lui estaba tranquilo a pesar de que en cualquier momento nos podía abandonar. Mary estaba disfrutando de darle felicidad sin fijarse en lo que les quedaba. Quizá deberíamos hacer eso. Me di la vuelta tomando la cara de Will en mis manos, la intención era besarlo, pero me topé con su mandíbula. Will se la sostuvo quejándose por el impacto de mi cabeza en su boca. Ni por toda la vergüenza del mundo me inmuté.

—Lo siento, amor, solo quería darte un beso —dije sobando su cara.

—Ah, eso —bajó un poco para dejar el lugar en el que lo había lastimado—. Me has golpeado aquí —me incliné para besarlo justo ahí— y aquí —señaló en otro lado. Siguiendo la rutina le di otro beso en la otra mejilla—. Pero mis labios necesitan de mucha más dedicación. Están entumecidos y acalambrados. ¿Puedes hacer algo por ellos?

Le di una gran sonrisa. Esto era demasiado tierno. Tomando su cara, me sumergí en un beso profundo. Sus labios jugaron con el mío, dándole pequeños mordiscos. Me junté más a su cuerpo sintiendo cómo todo mi mundo se volvía una ilusión. Sus manos rozaron mi espalda mandando calambres a todo mi cuerpo. Por un momento bastante largo, dejé de pensar, dejé que la lujuria se apoderara de mí. Lo quería dentro, en lo más profundo de mi ser. Ni idea si podíamos hacer algo con la operación recién hecha. Decidí que sí podía, no me dolía tanto. Podíamos ser delicados y dejarnos llevar por el momento.

—Pequeña, contrólate, no quiero hacerte daño y si sigues besándome de ese modo, seré yo el que no pueda controlarse.

—Si lo haces despacio y suavcito no pasa nada —dije con una sonrisa en la cara.

Will negó con la cabeza sonriendo antes de tomarme del cuello y besarme una vez más. Quería esto, lo necesitaba. Me acomodé en el sillón, de manera que mi cuerpo estuviera pegado al de él sin causar ningún daño a la operación. A decir verdad, apenas si lo sentía. Estaba más metida en el beso que en otra cosa.

Su lengua se apoderó de mi boca causando cosas que dudaba sentir por alguien más. El sabor a Coca-Cola fue lo que predominó en el beso, ese sabor fresco de la mezcla de la gaseosa con hielo. ¡Increíble!

—Llévame a la cama —rogué.

—Tenemos invitados —dijo Will volteando a ver a Mary y a Lui.

Solté una carcajada al ver que Mary estaba sentada sobre el regazo de Lui, sin blusa disfrutando de los placeres que Lui les daba a sus pechos. Era excitante de ver, pero quería que Will me hiciera lo mismo, no quería solo verlo.

—Parece que ellos ya están en lo suyo —dije ahogando una risita idiota.

—Ven, dejémoslos solos.

¡Vaya si no! Incluso nosotros lo necesitábamos. ¡Dios! Lo necesitaba desesperadamente.

Con mucho cuidado, Will se levantó del sillón llevándome en brazos. Agradecí estar más delgada, me hubiera dado una pena horrible si Will no me hubiera aguantado por algún milagro. Sin dejar de besarme avanzamos a la habitación. Con cariño me colocó en la cama, levantándose para cerrar la puerta con pestillo.

Will me observó unos segundos antes, no tenía que darle tiempo para pensar, si lo hacía, definitivamente me dejaría con ganas. Me quité la blusa evitando hacer una mueca de dolor. Los puntos cerca del estómago apenas si eran visibles. Tenía tres heridas demasiado pequeñas, nada de qué preocuparse. Definitivamente la tecnología había llegado a niveles elevados. No me quedaría siquiera una cicatriz.

—Abigail, no voy a poder parar. Lo juro. Quiero tomarte desesperadamente, pero... tú estás débil y el quiste.

—¿Qué quiste? —pregunté señalando mi abdomen—. Ya me sacaron esa cosa, por lo que no causará problemas.

—Pequeña, sabes a lo que me refiero. Deja de hacerte la graciosa.

—Bueno, pero lo que quiero es... —William no me dejó terminar, se abalanzó cuidadosamente a mi boca. Mordí el labio de Will con lujuria. Quizá desesperación más que deseo. Puede que fuera la necesidad de saber que la élite quería separarnos o el hecho de que nos amábamos.

—Sé lo que quieres, pequeña, y voy a dártelo. Eres malditamente hermosa cuando me ruegas.

—Will —dije sin dejar de besarlo—, no dejes que nos separen, no podemos... No quiero. Te necesito.

Will se separó un poco para poder verme a los ojos. Nuestras respiraciones estaban aceleradas. Su cara reflejaba una duda inmensa, una que ni yo podía entender. Soltando mi rostro, Will se quitó la camisa, el pantalón, el bóxer. Su erección se dejó ver en todo su esplendor.

Mordiéndome el labio le di una mirada a Will que gritaba «La quiero dentro ya». Lo sé, algo exigente. Por alguna razón estaba como una fiera rogando de deseo. Estaba tan caliente que esperaba que fueran las hormonas de Mary aún afectando mi sistema.

—No, pequeña, nadie te va a alejar de mí —regresando su vista a mi rostro dijo quitándome el pantalón de dormir—. Nadie, bebe, nadie. Me perteneces y esos hijos de puta pueden irse tres cuabras después de la mierda, ahí quedan muy bien.

—Te faltaron las bragas —dije ignorando a la élite. Si seguíamos con esa plástica toda su gloria se bajaría.

—¿Qué? —levantó una ceja en modo interrogación.

—Te faltaron las bragas. Quítamelas, Will. Te necesito dentro.

—¡Ah, sí! —sobando mis piernas se encaminó a mis braguitas negras—. Me encanta esto, amo tu aroma, bebe. Te amo toda tú. Desde lo más profundo.

¿Lo más profundo? Joder, lo que necesitaba era a él en lo más profundo. Qué excitación. A este paso pararía tocándome yo sola. ¿A qué estaba esperando Will?

Encaminé sus manos a mi parte interna guiándolo a la zona más húmeda de mi cuerpo. No andaba de humor para jueguitos, necesitaba que me tocara. ¿Qué tan difícil podía ser? Will se apartó unos centímetros observándome con esos ojos de hambre pura. ¡Vamos, William Hamilton! ¿Qué diablos esperas?

—¿Sabes cuál es mi parte preferida de tu cuerpo?

—¿Dónde te introduces? —señalé la abertura dentro de mis piernas.

Will soltó una carcajada negando con la cabeza. ¡Dios! ¿Por qué me hace esto ahora?

—Justo aquí —colocó la mano entre mi pecho y mi cuello. Justo en el lugar donde posa mi cadena de corazón. Nunca me quitaría ese collar, incluso quería que me enterraran algún día con él.

—¿Las bubis? —pregunté con picardía.

—No, nena, no las bubis. Amo tu pecho. Cuando coloco mi mano en este lugar, siento tu corazón y sé que estás vivas. Sé que tu corazón palpita y eso, pequeña, es lo más importante para mí.

Mandé al carajo toda mi cordura. ¿Escuché bien? William Hamilton estaba siendo romántico en todos los modos posibles. Coloqué mi mano en el mismo lugar que él había colocado la suya, solo que en su pecho marcado. Su corazón se sintió segundos después en un constante bum, bum, bum. Esto era lo más importante. Estaba vivo.

—Mientras nuestros corazones sigan palpitando, tú y yo, Abbi... Vamos a estar juntos, que intenten separarnos, nuestro amor es mucho más grande que la élite inglesa. Te amo, pequeña.

—No digas cosas tan lindas, creo que ya es imposible enamorarme más de lo que ya estoy. Vas a lograr que pruebe lo contrario.

—Yo ayer pensaba que no se podía amar más de lo que te amaba, hoy comprobé que esa una gran farsa. Hoy te amo más que ayer y seguramente mañana te ame más que hoy.

¡Santa mierda! Ya pueden matarme. Pensé que los cuentos de hadas se quedaban en las historias de Disney, pero William me estaba probando lo contrario. No tenía palabras para expresar lo que sentía. Lo tomé de la cara atrayéndolo a mi cuerpo, la calidez de su piel me tenía hipnótica, perdida por un momento. De algún lugar milagroso, Will sacó un condón colocándoselo con mucha habilidad. Asintiendo con la cabeza, dejé que William me hiciera suya. Perdiéndome en sus movimientos lentos y sincronizados, hicimos el amor como nunca antes lo habíamos hecho. Esta vez no estaba lleno de lujuria, de deseo. Esta vez éramos solo los dos moviéndonos al compás de los latidos de nuestro corazón.

William

La canción electrónica sonando en mi teléfono me despertó. Aún tenía a Abbi en mis brazos, recostada en mi pecho. Maldije en mi mente en el momento en que la tuve que separar para alcanzar ese aparato que no dejaba

de sonar. Suspiré antes de tomarlo, me hubiera gustado ignorar la llamada, pero no podía.

—¿Papá? —pregunté sabiendo que era él.

—William, hijo. Sé que ayer me llamaste para ver lo de Abbi, sus padres irán por ella hoy.

Como un demonio. No quería que sus padres aparecieran, mucho menos que se la llevaran. Observé a Abbi que se empezaba a mover. Salí de la habitación para hablar con mi padre antes de que la despertara, sabía que ella lo sabía, pero no quería que se levantara con esa mala sensación tan temprano.

—Lo sé —dije realmente muerto del miedo—. Es una mierda, papá, no quiero perderla. ¿Crees que podemos hablarlo con la clave?

—Cuida esa boca, Will —me dijo mi padre como siempre que soltaba palabrotas—. Vamos a ver de arreglar esto, pero ya sabes cómo son. Cuanto más drama armen, mejor imagen le dan a la élite inglesa. Tienen que tener mucho cuidado, no me extraña que este *show* salga en todas las revistas *¡Hola!* De esta temporada.

—Me da igual lo que diga la gente. Papá, la quiero y no sé qué diablos vamos a hacer, pero que me quedo con ella me quedo con ella. No hay otra opción para mí.

No debería de haberla. La única persona ideal para mí era Abbi. No quería una nueva *agapi* o que le pusieran uno a ella. ¡Mierda! ¿Harry? No, no y no, jamás.

—Te entiendo, pero ya sabes cómo son. Creen que tienen el control de la vida de todos dentro.

—Mi vida no la tienen, no les pertenece, así de sencillo es.

—William, tienes que respirar —dijo mi padre con determinación.

Después de hablar unos minutos con mi padre, colgué el teléfono regresando a la cama con mi pequeña. Verla dormida, tan tranquila me hizo pensar en lo mucho que valía en mi vida. En lo mucho que podía perder si me la quitaban de mi lado. No tengo ni una idea de lo que es perder en la vida, siempre lo he tenido todo. Quizá, cuando perdiera a Lui sabría lo que es pérdida, pero por el momento, lo tenía todo.

Como si fuera un imán para ella. Al momento de tomarla en brazos, se dio la vuelta para que su cuerpo encajara en el mío a la perfección. Esto era lo correcto. Estar juntos. Se sentía tan bien que no quería que nada cambiara.

—¡ABIGAIL! —escuché un grito agudo. La sacudida de cama me hizo entrar en razón. Abrí los ojos para ver a Ash parada de brazos cruzados con su madre detrás. No dejé que Abbi se levantara, ya que la verían completamente desnuda. Debí cerrar la puerta.

—Oh, hermoso Dios. Quieren los dos vestirse y salir un momento. Tenemos que hablar todos y...

—¿Qué hacen ustedes dos en el cuarto de...? ¡Jesús! William —dijo mi madre entrando a la habitación. Este era todo un espectáculo. Abbi se metió entre las sábanas evidentemente roja de la cólera. Negué con la cabeza haciendo una seña a la puerta. No íbamos a salir de la cama si seguían viéndonos como la película pornográfica del siglo.

Ash fue la última en salir con evidente enojo. ¿Por qué diablos se enojaba? No era que ella y Connor nunca hicieran nada, siempre lo hacían, incluso en los baños, lo cual era asqueroso.

—Ven, pequeña, ya se fueron —dije quitando el cubrecama de la cara de Abbi.

—¿Eso fue de lo peor! Qué vergüenza. William. Te das cuenta de que mamá acaba de descubrir que su hijita ya no es virgen.

—¿Qué esperabas? —dije besando sus labios—. Estabas viviendo conmigo, no podían esperar menos de dos adolescentes con hormonas sexualmente activas, al menos usamos protección —dije señalando la mesita de noche donde reposaban los condones que habíamos usado. Esperaba que no los hubieran visto, eran como seis.

Con gesto de mala gana, Abbi se puso de pie revelando su desnudez. Era hermosa. Su cuerpo tenía curvas de más que me permitían agarrar mejor todo lo que podía. Eso me gustaba. Caminó al baño mientras yo la seguía contemplando. Ya la tenía dura una vez más, lo peor, no teníamos tiempo para un rapidito. Teníamos a nuestros padres fuera.

—¿Te duele? —pregunté pensando en la operación.

Abbi negó con la cabeza antes de encerrarse en el baño. Unos minutos después salió con mi playera y un pantalón de pijama. Me dieron muchas

ganas de regresar a la cama con ella vestida de ese modo, poner una buena película en Netflix y quedarnos todo el día viendo alguna serie.

Teniendo que enfrentar la realidad, antes de salir, tomé a Abbi en brazos susurrando que todo iba a estar bien. No podían separarnos. Si tenía que llevármela a Las Vegas para casarme con ella, lo haría. Pero también sabía que toda mujer —al menos la mayoría— soñaba con una gran boda. No quería privar a Abbi de tenerla. Imaginé cómo sería ese día. La veía con un vestido de corte princesa, con su cabello negro recogido en un peinado de esos raros altos, un velo sencillo de encaje y el anillo de diamante en su dedo. Se vería hermosa.

Toda la familia estaba sentada en la sala de estar, donde aún había sobras del día de ayer. Abbi recogió los platos, aún ruborizados por el encontrón con nuestras madres y Ash. Dejamos todo en la cocina y nos acomodamos juntos en uno de los sillones. Mi padre no dejaba de ver a Abbi, como si la analizara de alguna manera.

Sus padres preguntaron por su estado. Hablamos de cómo estaba llevando el reposo y cómo debían manejar las cosas después. Abbi estaba especialmente callada a pesar de que su cosa favorita en el mundo era hablar.

Lui seguía en la habitación con Mary, de seguro escucharon el ruido y decidieron no ser partícipes en nada de esto. En cierto punto era lo correcto, aunque me hubiera gustado algo de soporte.

—Como ya saben —empezó el señor Sheperd—. La élite es bastante estricta, por ley, Abbi aún es menor para vivir sola en un apartamento, tiene que regresar a casa. William, tú tienes que volver a solicitar la mano de Abigail, ya que su compromiso se anuló. No es garantía, ya que el chico Woodgate tiene cierto interés en quedarse con la mano de...

—Pero yo no quiero, papá —dijo Abbi interrumpiendo. El señor le frunció el ceño a su hija de mala manera. Claro, malditos valores de élite. Esto es de lo peor.

—No me interrumpas cuando estoy hablando, Abigail. Van a decir que no te crie bien. Comportate —su tono era una barbaridad, incluso yo me sentí intimidado.

—Lo siento, padre —dijo Abbi bajando la vista al piso. Sus mejillas estaban rojas y su cuerpo tenso hasta las venas. Lo odié, odié que su padre la

hiciera sentir tan humillada. Levantándome sin pensar en lo que estaba haciendo, señalé al hombre que decía haber criado a Abbi.

—Le ruego, señor Sheperd, que respete a mi novia. Le recuerdo que esta es mi casa, por ende, es la casa de Abigail. Recuerde eso la próxima vez que le levanté la voz en mi techo. ¿Entendido?

El silencio se hizo en toda la habitación. Quizá me había pasado. No necesitábamos que nuestros padres se pusieran en contra de nosotros, necesitábamos su apoyo incondicional. Regresando a mi asiento escuché a mi madre suspirar. ¡Vaya! Incluso papá se quedó callado, de seguro que me pasé. Tomando la mano de Abbi, contemplé a nuestros progenitores. Qué incómodo.

—Recuerda que es la mano de mi hija la que quieres pedir, si fuera tú, me quedaba en silencio y escucharía lo que estoy por decir —me dio una mirada prolongada antes de continuar—. Como decía, el cónsul de élite ha pedido la solicitud formal de su compromiso, por otro lado, la clave se siente algo dolida por su falta de comunicación a ellos.

—Simplemente no estábamos en el maldito Londres. Pensábamos regresar y hacer esto oficial. Sus sentimientos me valen madre —dije molesto—. No son nadie para venir a decirme con quién puedo o no estar.

—William —dijo, finalmente, mi padre—, te entiendo y entiendo tu enojo, pero... ¿puedes, por favor, cuidar esa boca? No es correcto que hables de esa manera frente a los Sheperd.

Estaba molesto y no me di cuenta de que estaba tirando más tacos de lo que acostumbro. Normalmente, esas palabras frente a la clave son pecado capital. Asentí con la cabeza dejando que mi padre continuara con su intervención.

—Señores Sheperd, nosotros estamos dispuestos a pelear por la mano de Abigail, si así lo requiere la ley. El chico Woodgate puede ser un buen componente de sangre, pero es dos niveles menores que los Hamilton. ¿Recuerdan la negociación que dio inicio hace cinco años, cuando se decidió que Abigail y William podían ser una buena alternativa en sangre? Si no lo recuerdan, se los puedo refrescar.

Sonreí ante la magnífica intervención de papá que siguió explicando algo del linaje y mierdas políticas. Incluso mencionó de mi preparación para la fundación de educación y mi posible puesto como embajador en Francia por dos años en algún futuro remoto. Paul vivía en la luna respecto a la vida

política que tenía mi padre, por eso yo era el más indicado a seguirla. Ese era el vínculo que compartía con mi padre, la razón por la que ahora me defendía a capa y espada. Una vez, hace muchísimo tiempo, él estuvo enamorado de otra mujer que no era mi madre. Nunca luchó por ella, nunca la puso delante de todo. Esta era su manera de decirle lo siento. Podía ver los ojos de la madre de Abbi al ver a mi padre, aún sentían algo, era evidente.

—¿Entonces van a hacer la solicitud? —preguntó el señor Sheperd.

—Claro que la vamos a hacer. No creo que puedas separar a mi hijo de tu hija. Se nota que es parte indispensable de su organismo, si la pierde, quizá pierda a mi hijo y no estoy dispuesto a eso. Por lo que sí, vamos a hacer la solicitud esta semana.

—¿Esta semana? Vamos ahora y la...

—Es domingo, William —dijo mi padre con una sonrisa en la cara.

—Y... ¿qué no trabajan los siete días a la semana? Porque deberían de hacerlo.

—Hoy es el almuerzo real, en los jardines de la mansión Fállete. Todos están invitados —dijo Ash muy emocionada ignorando la mirada de su madre que decía «cierra la boca»—. No pueden dejar de asistir. Es muy importante que todos estén presentes.

Claro, los eventos de la reina eran de suma importancia. ¿Lo bueno? Abbi estaba recién operada y teníamos una excusa para faltar. Sonreí con picardía. Tengo otra excusa para que se quede un día más en casa.

—Toda la razón, no pueden faltar. Lamentablemente, Abbi está en reposo y no puede asistir, yo como futuro esposo de Abbi, me quedaré a cuidarla.

—William... —mi madre comenzó a hablar.

—Madre, no hay discusión.

—Gracias, William —respondió Abbi con una sonrisa—. Mary está en casa por lo que prefiero quedarme a descansar y no asistir a ningún almuerzo. Aún me duele todo.

Estaba mintiendo, pero en estos momentos agradecía que mintiera todo lo que quisiera. Su padre asintió con la cabeza antes de ponerse de pie. Todos hicieron lo mismo sin chistar palabra. El protocolo, ante todo. Abbi se acercó a su padre con ternura antes de susurrar algo al oído.

Él suspiró antes de decirle que sí a algo.

—Mañana venimos por ti, Abbi. Sin discusión.

Todos se retiraron y una vez más, Abbi y yo, regresamos a la cama para pasar el día viendo Netflix y comiendo palomitas de maíz.

El último adiós

Abbi

Las tardes en la mansión se volvían eternas, más porque Mary estaba en la casa de los Montgomery. Lui se encargó de hacer pública su relación con Mary en redes sociales y del embarazo de la chica no de élite. Sus padres no tuvieron más opción que tenerla en casa y apoyarlos en todo momento. Poco a poco la madre de Lui iba cambiando de idea.

William venía casi todos los días por mí, pasábamos horas en la casa de Lui, platicando y jugando algún juego. Día con día veíamos cómo su luz se iba apagando sin que nosotros pudiéramos hacer nada. Will ya no volvió a tocar el tema de la solicitud de compromiso, tampoco me mencionó si estaba haciendo algo para solucionar nuestra situación. Imaginaba que estaba esperando a que las aguas se calmaran.

Había pasado una semana y media, tampoco teníamos noticias de Harry. Cora seguía siendo tan linda como siempre, atenta y una chica que demostraba su amistad en todo momento y Blake seguía demostrándole lo importante que era para él.

Entré a la oficina de mi padre. Él estaba observando unas cartas en su escritorio. Me indicó que me sentara frente a él. El puro que estaba fumando sacaba humo de recién inalado, el café recién hecho y la mezcla de los dos aromas me recordaba a mi abuelo años atrás haciendo exactamente lo mismo que mi padre.

—Abbi, cariño ¿Quieres tomar algo?

—No papá, gracias. ¿Pasa algo? —era raro que él me llamara a su oficina.

—El chico llegó hoy temprano a entregar su solicitud. No sus padres, fue él, personalmente. Tiró un discurso enorme acerca de no querer ser como todos nosotros que nos obligábamos a amar a nuestras *agapis* y no simplemente estar con la que amábamos. Demostró de todas las maneras posibles que te

ama y que, si fuera por él, te secuestraba llevándote a Las Vegas para casarse contigo. Lo cual no me gustó como ya te lo imaginas.

—William —susurré sabiendo que era él.

—Sí, estamos hablando de William como ya sabes.

—¿Cuándo dan la resolución? —pregunté sintiendo mi mundo cobrar color. Will estaba luchando. En estos momentos incluso yo me iba a Las Vegas y me casaba con él.

Mi padre me dio un pergamino bastante largo. Levanté la vista esperando una respuesta. Mi padre, con su traje azul marino sonrió ampliamente.

—Lee hasta abajo del pergamino —dijo papá señalando la hoja en mi mano.

Volví a extender el papel enrollado y comencé a leer hasta llegar a la parte que decía en letra grande «APROBADO». Levanté la vista para ver a mi padre con esos ojos de orgullo. Lo habían aprobado, no podía creerlo, podía estar con William, podíamos, finalmente, vencer a todos esos subidos y estar juntos. Me abalancé a los brazos de mi padre como nunca lo había hecho, abrazándolo y gritando de felicidad. Sin esperar nada, corrí a la entrada de la casa para buscar al chofer y pedirle que me llevara a la casa de William.

¡Solo no puedo creerlo! Finalmente, podemos estar juntos.

Antes de encontrar al chofer en la entrada, encontré un deportivo negro. No tenía ni que preguntar de quién era, lo sabía a la perfección.

—¡William! —grité al tiempo que lo veía salir de ese increíble carro con sus lentes oscuros y su chaqueta larga color negro. Su cabello largo rubio despeinado tal y como a mí me gustaba. Sonreí sin preocupación alguna al verlo. Finalmente, juntos, malditamente juntos.

—Pequeña —sin decir nada más me abrazó, respirando acelerado. Algo estaba pasando en su mente, lo sentía temblar. No sé si de felicidad o de derrota. Pero sabía que estaba feliz y al mismo tiempo destrozado.

—Lo hiciste —dije sonriendo a sus ojos llenos de lágrimas.

—Te lo dije, solo tenías que confiar en mí. Solo eso —me dio un beso en los labios, esos labios húmedos y llenos de deseo.

—Lo siento —dije observando que algo definitivamente estaba mal. Acababan de aprobar nuestro compromiso, debería de estar feliz, ¿o no?—. Algo no está bien. ¿Qué pasa?

William me abrazó con fuerza besándome con furia, como si intentara desahogar una pena que lo estaba matando por dentro. Lo tomé del cuello atrayéndolo más cerca de mis labios. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero sabía que me necesitaba tanto como yo lo necesitaba a él.

—Estamos juntos y aprobaron nuestro compromiso —dije pegada a sus labios—. ¿Qué está mal?

—Nada, pequeña, estamos juntos para la eternidad —sus manos temblaban sin control y por más que intentaba saber qué estaba pasando sabía que necesitaba solamente calmarlo y distraerlo. Me negaba a pensar que podía ser... Quizá...

—Sí, pequeño, para la eternidad —susurré sintiendo cómo William me atraía a su depresión total.

Sin decir una palabra, William se recostó en su deportivo atrayéndome a él. Volvimos a besarnos desesperadamente. Él lo necesitaba más que yo. Sintiendo algo salado en mis labios, entendí que eran lágrimas. Me aparté al tiempo que William se desplomaba en mi hombro. Lo sentí llorar al tiempo que le sobaba la espalda de arriba abajo. Tranquilizando la tensión que se formaba con más fuerza. No tenía que preguntar qué estaba pasando, ya lo sabía, mi corazón lo sabía.

Cerré los ojos sintiendo mis lágrimas acompañar las de William.

Lui.

William

Me terminé de vestir, colocándome la camisa negra de botones, el pantalón de tela y la gabardina negra larga a la mitad del muslo. Me enrollé una bufanda que había tomado de la habitación de Lui y me puse mis zapatos formales. Odiaba vestirme tan elegante y con estilo para ir a enterrar a mi mejor amigo. Limpié mis lágrimas buscando mis lentes oscuros.

Estos tres días habían pasado como un sueño, uno que quería olvidar. Observé la nieve fuera de mi ventana. Tenía las ganas de salir y caminar en Hyde Park como le había prometido a Abbi, eso no pasaría, no hoy, quizá

tampoco mañana. Recuerdos de la última plática que tuve con mi mejor amigo me llegaban en oleadas.

—¿No vas a hacer nada? —preguntaba.

—Lui, siento que te cuesta respirar, ponte el respirador. Te lo suplico —dije viendo cómo sus fuerzas se perdían.

—Tranquilo, solo termino de limpiarlos. Odio cómo mis mocos se meten en esos tubos, es antihigiénico.

Limpiando los tubitos, Lui me observó con esa gran sonrisa como si todo estuviera bien. Sabía que algo le estaba molestando y el dolor se estaba volviendo insoportable. Había ido a su casa después de dar vueltas por las afueras de Londres para calmar mi ataque de celos. Cuando su madre me informó de la recaída, me vine lo antes posible.

—No dejes que me muera sin saber que te quedaste con ella —dijo colocándose el respirador una vez más.

—Voy a quedarme con ella les guste o no a los idiotas de la élite.

—Pero para ella es difícil que no la acepten. Ha sido una chica que ha luchado mucho para que alguien en esta élite la acepte por quien es. No puedes culparla, nosotros tuvimos mucha de esa culpa.

—Lo sé —me restregué la cara con las manos. Tenía toda la razón—. ¿Qué hago?

—Llena la solicitud. Ahí está mi computadora, empieza a escribir, idiota. Las cosas no salen por obra de magia. Tienes que luchar y hacer que las cosas sucedan.

Asentí con la cabeza, tomando su computadora, escribiendo lo que yo ya sabía. Cuando terminé de hacer la solicitud con la ayuda de Lui, la imprimimos recostándonos en la cama, listos para ver una película. Blake apareció treinta minutos después, como era de esperarse, hablamos y disfrutamos del tiempo. Parecía ser el último, y así fue. A la mañana siguiente, me dirigí a la junta matutina de la clave. Los muy subidos estaban hablando de aprobar más presupuesto para infraestructura cuando lo único que necesitábamos era buena educación. Esperando mi turno, entregué la carta y rogué con mi corazón para que aprobaran mi solicitud. Nos tomó casi cuatro horas la discusión. Fue una pesadilla. Cuando, finalmente, tenía una respuesta, corrí a la casa de Lui. Lo encontré peor de lo que lo había dejado

esta mañana. Tenía los ojos cerrados y su respiración apenas si salía de su boca. No entendía cómo hace unos días había estado tan bien y de un día para otro estaba tan mal.

—Y... ¿Bien? —preguntó con la voz entrecortada. No podía respirar.

—Lo aprobaron. Puedo comprometerme con Abbi con toda libertad —no dejaba de ver sus ojos esperando a que se abrieran. No lo hicieron.

—Bien... Muy... bien.

—Tienes que resistir y reponerte. Tu bebe...

—Shhh... No lo menciones, me destroza saber que... No voy... —un silencio eterno se extendió—. ¿Lo cuidarás por mí?

—Sin duda —por alguna razón, Lui había dejado los papeles de la paternidad a su nombre bajo mi cargo. Si el niño quería salir de la ciudad, tendría que autorizarlo antes. Incluso yo manejaría el dinero que se le daba a Mary para mantener al niño. Lui no quería a sus padres involucrados y lo entendía.

—Gracias, Will —susurró—, por ser un... amigo... incondicional.

—Yo soy el hombre con más suerte Lui. Te tengo en mi vida, te tuve y te tendré siempre en el corazón.

—Sí, idiota... Siempre. Soy lo... mejor.

Limpie las lágrimas de mi rostro ante el recuerdo de mi amigo. Ayer en la tarde, después de haber ido con Abbi para que se despidiera de él, nos había abandonado. Todos estábamos reunidos en la sala de estar de la mansión Montgomery hasta que su madre entró desplomándose por completo. Corrí a su lado calmando su llanto. Finalmente, anunció que Lui se había ido.

Lo extrañaba más que nunca. No podía imaginarme mi vida sin mi amigo. Lo había tenido a mi lado toda mi vida, desde los cinco años. ¿Cómo diablos iba a seguir sin él? Sentándome en mi cama, tomé una almohada tapando mi cara para que mis gritos no se escucharan. No quería preocupar a Abbi. Mis lágrimas resbalaban sin ningún control. Odiaba este sentimiento.

La almohada no fue suficiente. Abbi entró corriendo con su pantalón negro y su chaqueta a juego lista para abrazarme. Me tomó en sus brazos acunando mi dolor. Era imposible. Me estaba rompiendo por dentro.

—No te voy a decir que te tranquilices, amor. Lloro, saca todo lo que tienes por dentro. Es lo mejor —decía al tiempo que subía y bajaba su mano en mi

espalda.

No quitaba la cara de la almohada para que Abbi no viera cómo me quebraba pedazo a pedazo. En unos momentos debía ir al cementerio a despedirme del mejor amigo que me había dado la vida.

Como si no pudiera creerme aún lo que estaba pasando, pasé todo el entierro perdido en recuerdos de Lui. Sus comentarios fuera de lugar, su manera de *descansar*, el modo en que siempre me alentaba a ser mejor persona. Todo eso aparecía en oleadas enormes. Observaba a todas las personas, llorando y dejando flores encima del agujero vacío en que Lui estaba metido, al menos su cuerpo. No iba a quitarme los lentes oscuros por nada del mundo. Había visto mi aspecto antes de salir de casa. Abbi estaba en las mismas, solo que ella era mucho más fuerte que yo. Quizá tenía que ser de ese modo. Uno de los dos tenía que mantenerse en pie para que el otro no se derrumbara. Ella evitaba que me rompiera.

—Lo siento mucho —personas se acercaban a nosotros a rendir sus condolencias. Había dejado de llorar después de que salí del apartamento, me mentalicé en no llorar. Blake no estaba entero, estaba sentado en una silla quebrado hasta los huesos. Cora lo abrazaba de manera que parecía que lo protegía.

Los padres de Lui abrazaban a cada una de las personas de la élite. El llanto, los sollozos y los gritos de dolor eran desesperantes. No quería irme, pero tampoco podía quedarme.

—Sácame de aquí, Abbi —supliqué a su oído. Ella me tomó del brazo sacándome del entoldado que pusieron para que la nieve no cayera encima de nosotros. Caminando a mi deportivo, Abbi tomó las llaves. De haber sido otra situación no la hubiera dejado, nadie manejaba mi deportivo. En estos momentos, me importaba poco. Además, confiaba en ella. Dentro del deportivo, Abbi manejó directo al apartamento. No podía hablar, ni expresar nada. Estaba en *shock*. Ya no lloraba, ya no me movía. Estaba vacío.

Mi mejor amigo había muerto y una parte de mí se había ido con él. Ahora sí sabía qué era perder.

Agapi

Abbi

Casi un mes de la muerte de Lui. Cualquiera diría que con los días el dolor disminuye. Cualquiera diría que estamos mejor. Pero cuanto más tiempo pasaba, Will estaba peor. Una semana después del entierro fue la peor. William, finalmente, comprendió que había perdido a su mejor amigo, su estado de *shock* pasó a ser una depresión intensa. No me aparté de su lado ni en los peores momentos como Cora tampoco lo hizo de Blake. Una pérdida es de lo peor que le puede pasar a uno.

Observé mi cabello, lo había arreglado para la cena de hoy. Finalmente, me había invitado a salir después de un mes como su pareja oficial. La clave anunció a las dos semanas que habían aprobado el compromiso, pero ni Will, ni yo, estábamos para celebrarlo.

Me fui a la mansión Sheperd, donde había pasado ciertas noches de este mes. Casi todo el tiempo la pasaba en el apartamento de Will, intentando que siguiera sus clases y su entrenamiento político con su padre, cosa que no pasó. Por mi parte, había empezado clases otra vez y tener que apartarme de su lado durante seis horas era toda una tortura china.

Me puse mi vestido azul de encaje, con los zapatos dorados de plataforma. Maquillé mi rostro, coloqué las perlas que mamá me regaló para mi primer compromiso con William. Acomodé mi collar en forma de corazón que nunca quitaba de mi cuello y apliqué crayón de labios color cereza. Me gustaba lo que veía, me gustaría más si pudiera enseñarle a Ash o a mamá cómo había mejorado mi imagen personal.

Desde que estoy con William puedo decir que Ashley no disfruta más de burlarse de mí. Ya no era aquella niña de playeras flojas, camisas vaqueras y zapatos Converse que no iban nada con la élite. Ahora era la chica de un futuro político, uno muy bueno, por cierto. Con vestidos formales de encaje, zapatos de tacón, las faldas de lápiz y las chaquetas formales. Incluso mi

cabello había cambiado de cola de caballo y gorros hípster al clásico secado en ondas. Realmente me gustaba. Me iba el nuevo estilo.

Al momento en que William llegó por mí, salí disparada a recibirlo con un gran abrazo de esos que dejan sin aliento. Sabía lo mucho que le gustaba sentir mi cuerpo contra el suyo y quién era yo para negárselo.

—Pequeña —susurró William contra mi cuello. Inspirando el aroma a mi perfume favorito de rosas.

—Amor, no te lo creo —dije observándolo con su traje formal. Su pajarita negra y su saco de gala. No era justo que él se viera tres veces mejor de lo que yo me veía—. Te vez sacado de la cena de gala en el Titanic.

—¿Leonardo DiCaprio? —levantó una ceja.

—¡Dios, sí! Ese traje. Te ves guapísimo.

No lo decía como un compromiso, realmente se veía muy bien en ese traje. Era nuevo o al menos en el tiempo que teníamos de estar juntos nunca había visto usar algo por el estilo. Sin mencionar, que después de un mes, finalmente, lo veía sonreír. Una sonrisa pura y sincera. ¡Dios! Cómo lo amaba.

—¿Lista? —preguntó besando mis labios.

—¡Pintura de labios! —dije limpiando su boca marcada por la mía.

Los dos reímos al tiempo que subíamos al automóvil. Era raro no verlo en su deportivo. Esta vez teníamos chofer. Fruncí el ceño al ver lo mucho que se estaba esmerando William en esta cita. No era la primera a la que salíamos, tampoco la primera comprometidos, tiempo atrás, cuando todo estaba bien, salimos un par de veces. Algo en todo esto era distinto.

—¿Y tu deportivo? —pregunté subiendo delante de él.

—De este modo, pequeña, puedo besarte todo lo que quiera sin tener que fijarme en el camino.

Tomando su mano en la comodidad de la limosina, lo besé, ignorando el color en mis labios o cómo luciera mi cabello después de perder el control dentro. Pero William no dejó que pasara a más de un beso suave y tranquilo. Sentía sus manos frías y sudorosas, definitivamente, esta cena iba con algo extra dentro.

Al llegar al lugar, lo reconocí de inmediato. El salón social de la élite. Ese lugar en el que anunciamos nuestro compromiso la primera vez. Mi estómago

se contrajo al ver todas las luces prendidas y los carros parqueados en sus lugares. Los *valet* estaban en lo suyo y los jóvenes en la entrada sonreían al tiempo que varios periodistas se aglomeraban en la puerta del carro. William tomó mi mano sacándome de todo pensamiento coherente que pude tener. Posamos para un par de fotografías, ya era por inercia, no entendía qué hacíamos aquí.

En la entrada del salón, mis manos no dejaban de temblar. Me paré en seco al entender qué estaba pasando. William iba a anunciar nuestro compromiso y ni siquiera me dijo nada. Lo observé con esa mirada de interrogación exigiendo una explicación.

—¡Sorpresa! —dijo encogiéndose de hombros evidentemente nervioso.

—¡William Hamilton! No te lo puedo creer —lo señalé—. Esto está muy jodido, ni siquiera me preparé para esto. Se supone que era una cena.

—¿Qué crees que es esto? ¿Una ida al cine con todos los de la élite? Es una cena, solo no te mencioné que habría un par de personas más.

—¡Un par de personas! William, está toda la maldita élite ahí dentro.

Su cara de felicidad fue transformada en segundos. Lo vi suspirar desviando la mirada de la mía. Si Will quería sorprenderme, pues lo había logrado. Estaba más que sorprendida. Increíblemente sorprendida.

—Podemos cancelar si es lo que quieres. Lo lamento, pensé que te gustaría...

—Déjalo —dije sintiéndome muy mal. Realmente se había esmerado—. Solo me hubiera gustado no estar tan sorprendida y prepararme mejor. Quizá un vestido menos corto, o menos escote y el cabello recogido...

—Si es por tu aspecto, Abigail, estás hermosa. Más linda imposible, así que relájate y disfruta de tu tiempo con tu prometido. ¿Qué te parece si entramos?

Asintiendo con la cabeza dándole una sonrisa tierna y llena de amor. Tomé su mano dejando que me guiara al caos. Al momento de entrar, la música instrumental de *When you believe* sonó por todos lados opacando los aplausos y vítores que se extendían de parte de la élite. El corazón me iba a mil, como una caída libre. Esto estaba pasando. Finalmente, estaba pasando. Con todo el nervio reflejado en mi cara, giré mi cabeza para ver a Will. Estaba sonriendo saludando amablemente a todos con la cabeza. Lo vi observarme de reojo. Me encogí de hombros sonriendo de regreso. No me dio tiempo de darme

cuenta de lo que estaba pasando. William me tomó de la cintura dándome vueltas como loco. Los dos girábamos y a lo lejos escuchaba las risas de las personas. Una vez más, estábamos rompiendo el protocolo.

La cena pasó sin ningún percance. Todo en la mesa estaba delicioso y por un minuto, pensé que la reina diría algún comentario acerca de la risa escandalosa que tiraba de vez en cuando. No éramos ni de cerca la pareja ideal que la élite quisiera para sus líneas de linaje. Ninguno ponía en orden al otro.

Al momento en que el protocolo dictaba la bendición de la reina, ya estaba nerviosa otra vez. Por más que hubiera vivido esto ya una vez, para mí esto era muy importante, más que la primera. En esa época, William no era tan importante como es ahora. Esta vez nos habíamos elegido. Estábamos juntos por gusto y gana. Tras una lucha de peleas y pérdidas.

William se puso de pie, llamando la atención de todos en la mesa. Una chica llegó corriendo con un micrófono en mano. Se lo tendió a William que no lo pensó ni dos veces antes de tomarlo. Dando media vuelta para quedar a la vista de todos los presentes empezó a hablar. Su voz era formal, como la de su padre al momento de hablar frente al congreso. No había duda, William llegaría lejos.

—Hace un par de años, me enamoré de una chica a la que todos molestaban, a la que nadie creía interesante. Esa que no llamaba la atención de nadie, esa era la chica de la que me enamoré. Me escondía para que nadie viera lo mucho que necesitaba de ella. En clase la veía de momentos escondida en un libro o un cómic, cosa que no haría una persona normal en esta sociedad. El tiempo pasó y quizá me atrevo a decir que intenté amar a otra mujer para olvidarme de ella. No funcionó, porque en el momento en que mi vida volvió a cruzarse en la de ella todo dejó de tener importancia. Si Lui estuviera aquí —su voz se quebró un poco, pero la recuperó inmediatamente—, diría que no admitía que mi corazón siempre le había pertenecido a ella. Así fue, nunca lo admití por pena de sentirme débil o no aceptado. Una vez que me convencí a mí mismo que nunca encontraría la felicidad fuera de los brazos de Abbi grité desesperadamente que ella era mía. Siempre lo había sido.

Para este punto mis ojos ya me habían traicionado llenándose de lágrimas que no derramaba por miedo a que el maquillaje se volviera una pasta

horrible. Extendí mi mano para tomar la de él en lo que hablaba. Necesitaba sentirlo.

—La primera vez pudo ser un matrimonio forzado para mantener un estúpido linaje que muchas veces condena a personas no compatibles a convivir y vivir una vida llena de infidelidad y tristeza. No lo digo por nadie en particular, que quede claro —el sarcasmo en su tono hizo que la dureza de su discurso se suavizara un tanto. Pero Will tenía razón. Muchos estaban condenados a una vida difícil gracias a los matrimonios forzados—. Este no es mi caso, yo elegí casarme contigo porque no logro ver una vida sin ti, Abbi. Te elegí entre todas porque eres diferente, porque desde el primer día que te hablé, supe que ibas a complicar mi maldita vida, supe desde la primera risa que quería verte sonreír por el resto de la eternidad. Solamente tenías que ser tú para enamorarme.

Mordiéndome mi labio inferior intenté no romperme como era de esperarse. Él estaba tan enamorado de mí, como yo estaba de él. Esta vida era deliciosa. Quizá los finales felices sí eran posibles.

—Abigail Ellen Sheperd —dijo con una sonrisa en la cara—. ¿Te casarías conmigo?

Mi corazón saltó de la emoción al tiempo que mis sentidos se dormían con el resto de mi cuerpo. ¡William me estaba proponiendo matrimonio como un mortal! Dios, no puedo creerlo. Esto es demasiado. Como si no fuera ya suficiente. Me puse de pie colgándome de su cuello inspirando su aroma a menta con limón. Tomó mi cara en sus manos observándome unos segundos antes de que lograra encontrar mi voz.

—Sí —dije besando sus labios.

William

Abbi jugaba con la panza de casi nueve meses de Mary. Todo iba bien, estábamos trabajando en lograr que las cosas lo estuvieran, por momentos me sentía demasiado estresado, por todo. Una relación completamente mejor de lo que tenía, el bebe de Mary, la muerte de Lui, las clases, mi preparación política y los viajes solían ser demasiado para mi sistema.

Era tedioso tener a Abbi viviendo en la casa de sus padres aun cuando pasaba más tiempo en mi casa que en la mansión. No podía esperar a casarme con ella y estar tiempo completo. Me senté mejor en la silla de playa frente a la piscina de la mansión Hamilton. Vinimos de visita a ver a mis padres, almorzamos con ellos y después vinimos a pasar unos momentos a la piscina, ya que el día estaba espectacular.

Decidimos tomar unas vacaciones con Abbi. Unas supertranquilas vacaciones. Una semana entera en Santorini, solo ella y yo. Salimos a playas, a caminar en las calles de Oia, a la playa roja y por supuesto, en las tardes que el calor era insoportable, la encerraba en la habitación y le hacía el amor hasta más no poder. El sexo cada vez era mejor. Incluso habíamos experimentado posiciones y juguetes. Quién iba a decir lo que un vibrador podía hacer con una mujer.

La muerte de Lui me llevó a una locura, una depresión de días que me llevaban al borde, pero Abbi siempre era ese rayo de luz que necesitaba. Pensar que venía un bebe con la sangre de mi mejor amigo me volvía sobreprotector con Mary también. Abbi lo entendía, pero muchas veces se molestaba de la atención prestada a su amiga. Era un problema que me costó aprender a manejar, pero todo estaba saliendo como debería y logré manejar a las dos. Seguramente cuando nazca el bebe me vuelvo papá a pesar de que realmente no era mío.

Abbi soltó un grito repentinamente. Levanté la cabeza para verla saltar de la silla tomando a Mary del brazo. La chica se tomaba el estómago con la cara retorcida. No entendí qué era lo que pasaba hasta que Abbi llamó mi atención.

—¡Llama a una ambulancia!

Recordé cuando le había pasado lo mismo a Abbi y pensé que había perdido el bebe. El miedo se apoderó de mi ser en ese preciso momento. Tomé el teléfono llamando a una ambulancia mientras corría al lado de Mary que gritaba con desesperación. Su ropa estaba mojada, de seguro se ha de haber derramado un vaso de agua cuando el dolor de estómago le llegó. La ayudé a calmarse diciendo palabras dulces como lo hacía Abbi.

Al momento de llegar al hospital. Los doctores la entraron a una salita con cortinas azules con otras mujeres gritando como locas. Esto parecía la última película del exorcista. Me hicieron salir unos momentos en lo que la

revisaban. Afuera de la habitación estaba un hombre vestido con una bata azul, guantes y un gorrito como de baño. Veía al piso, perdido como si todo su mundo se hubiera ido a la mierda.

—¿Está todo bien? —pregunté un poco más alto para aplacar los gritos de dolor de dos mujeres que sonaban como gatos en celo.

Quizá no eran muchas mujeres gritando, pero sí dos o tres. Los doctores pasaban a toda prisa junto a las enfermeras que llevaban sábanas, jeringas y cosas que me aterraban. Pensé en Lui unos segundos antes de que el hombre contestara.

—Hermano, eso es un trauma —dijo sin verme a los ojos—. No tienes idea cómo es eso. La sangre, los gritos, los doctores por todos lados, tu mujer pujando, todos esos líquidos que... —el hombre hizo una cara de asco negando con la cabeza.

Ni loco que iba a entrar a ver eso. No soy estúpido para creer que parir un hijo es algo agradable, pero el chico frente a mí está completamente aterrado. No iba a pasar por eso. Recostándome en la pared a su lado intenté oprimir los gritos que venían de una sola mujer que era sacada en camilla con su esposo sosteniendo la mano de ella mientras se retorció del dolor. Abbi salió corriendo en ese mismo momento anunciando que había roto fuente y que pronto tendría al bebe. No pude hacer nada más que sonreír.

—¿Tu chica va a tener un hijo? —preguntó el hombre, finalmente, viéndome a los ojos.

—La chica de mi mejor amigo —dije sintiendo la opresión en el pecho por el recuerdo de Lui.

—Tu amigo tiene suerte. A pesar de que es una sensación asquerosa ver todo eso, al momento de ver a tu hijo por primera vez, arrugado y morado, te enamoras inmediatamente de él. Es como estar en el cielo.

Dándole un golpe en la espalda al chico, le sonreí entendiendo poco de lo que decía. ¿Cómo puede ser algo lindo un bebe lleno de placenta, sangre y cuanta cosa sale del cuerpo de la mujer? Quizá no lo entendía. Puede que si fuera mi bebe el que estuviera saliendo del cuerpo de Abbi fuera... No, no y no. No puedo ni pensarlo. La sola imagen me causa náuseas. Ella tiene que perdonarme. Pero definitivamente no puedo ver eso.

Cuando los gritos de Mary se volvieron más agudos y desesperados. La vi en la camilla de hospital completamente cambiada con gorrita azul y bata del mismo color. Abbi estaba igual que el chico que seguía a mi lado. Con un saludo tierno Abbi salió disparada detrás de Mary. Era muy bueno saber que no tendría que pasar por eso. No tenía las fuerzas para aguantar ver a un bebe venir al mundo.

Me tomó un segundo darme cuenta de que mi vida estaba a punto de cambiar. En un principio, cuando Lui me dijo que me hiciera cargo de su bebe no lo pensé ni dos veces. Ahora que lo veo tan real... estoy asustado. Un bebe en el apartamento, uno que va a estar llorando y matando mi paz que durante seis meses formaron parte de mí. Esto iba cada vez peor. Tomando mi camino a la sala de espera, me senté en un sillón blanco junto a un vidrio que daba a una salita donde varios bebes dormían.

¿Qué diablos estoy haciendo? Sé que no tengo otra opción, esta sería mi responsabilidad de ahora en adelante. Se lo había prometido a Lui, pero... ¿en qué diablos había estado pensando él? Intenté respirar lo más profundo que pude. Estaba entrando en pánico. Ni siquiera me había detenido a pensar que el bebe se había adelantado casi tres semanas. Aún estábamos en septiembre. 18 de septiembre para ser exactos. Él no tenía que aparecer hasta el 10 de octubre aproximadamente. Mis manos temblaban y agradecí eternamente que no me pidieran entrar a la sala.

Durante casi hora y media, vi a muchas familias acercarse al vidrio, señalar a los niños, abrazarse y muchos otros lloraban de felicidad. ¿Qué no se dan cuenta de que su vida está a punto de convertirse en una mezcla de vómito, pajas sucias, juguetes, sin mencionar los pañales sucios y el llanto insoportable? Me tapé los oídos presos del pánico. No era mi bebe y aun así tenía que ser responsable por él. Abbi estaría ahí, Mary también, pero yo era la figura paterna en todo este asunto. ¿Cómo diablos tenía que comportarme para que todo encajara en su lugar?

Recordé la cara de Abbi cuando se enteró que no era ella la que tendría el bebe. En cierto punto, la decepción se apoderó de ella. Yo le había ofrecido uno sin siquiera pensarlo. Menos mal eso no le pasó en ese momento a Abigail por la cabeza. No sé qué haría con dos de esos. De seguro no dormiría bien por el resto de mi vida.

Vi a una familia acercarse al vidrio, el chico sosteniendo dos bebes atrás del vidrio era solo felicidad y lágrimas. Las personas a mi alrededor aplaudían y lo felicitaban.

—Gemelos— dijo alguien a mi espalda.

Pensé en el hecho que, si un bebe era difícil, no quiero pensar cómo debe de ser tener dos. Negué con la cabeza presa del pánico. Estaba desesperado y definitivamente asustado. No sé cuánto tiempo más pasé en este estado. Cuando Abbi se acercó con esa bata azul y el ridículo gorrito con un bulto entre las manos. No pensé en nada más. Me acerqué al vidrio colocando mi mano encima, como si pudiera tocarlos.

Abbi sonreía sin apartar la vista de sus manos. Cuando removió la manta que lo tapaba, una criaturita miniatura apareció. Arrugado y morado, tal y como el chico lo había descrito. La manta era azul y el trajecito que le quedaba grande también era azul. Levanté mi vista para ver a Abbi sonriendo, sus ojos llorosos de emoción y no pude más. Me quebré en mil pedazos y en menos de lo que sentí tenía mi cabeza pegada al vidrio sintiendo las lágrimas resbalar por mis mejillas. Ese bebe era la sangre de mi mejor amigo. No podía decir que se parecían, ese bebe estaba hinchado y medio deforme. Aun así, lo veía hermoso.

El bebe de Lui. Al parecer, después de todo no lo perdimos, nos dejó algo muy importante. Una parte de él.

Abbi se dio la vuelta para hablar con una enfermera que no tardó en salir a llamarme. Aún con las mejillas húmedas corrí al encuentro de mi prometida que cargaba a mi sobrino en manos. Abbi me tendió al bebe. Con miedo lo tomé sintiendo mis manos temblar.

—Te presento a Louis André Montgomery.

—*Junior* —dije sonriendo.

—Sí, *Junior*.

Lo abracé contra mi pecho viendo sus ojitos cerrados en un sueño profundo y supe que estaba perdido en él. Ya no pensaba en los pañales, tampoco pensaba en el llanto infinito. Solo tenía ojos para este bebe. No era mi sangre, pero vaya si no era la de Lui y eso, eso valía la puta vida entera.

Para el momento en que salí de la sala cuna. La madre de Lui ya estaba pegada a la ventana, llorando junto al señor Montgomery. Los padres de

Mary viajarían mañana para verla. Aún no aceptaban que su hija estuviera viviendo en Londres con una gran panza de adorno. Bueno, ahora la panza sería historia. El bebe ya estaba aquí. Con su arrugada piel y la necesidad de no abrir los ojos. De seguro debe de tener algo malo, por más que intenté que los abriera. El bebe, al igual que su padre, eran necios al abrirlos.

—¿Estás bien? —preguntó Blake emocionado.

—Los bebes son tan raros —dije negando con la cabeza—. Arrugados y morados. ¿Por qué crees que es?

Blake se encogió de hombros.

—Ni idea —respondió.

El rumor del nacimiento del *junior* se corrió como agua en río. Todos estaban llegando con curiosidad. El bebe no podía ser reclamado por la élite hasta que naciera y se hiciera la prueba de paternidad. Mary no se sintió mal cuando le dijeron que la necesitaban, ella estaba dispuesta a mostrarles a todos que era el bebe de Lui. Las cosas pintaban a favor del reclamo de la élite, nunca dejarían a la sangre real tirada por el mundo.

Me acerqué a la puerta para ver a varias personas querer entrar, entre gente de élite y reporteros. Solo dejé que la familia y la clave de la élite entrara. A los reporteros y a la mitad de la élite, los mandé a la mierda. Eso quería decir que Ash estaba totalmente del otro lado de la sala. Junto a los reporteros. Muy mi media hermana podía ser, pero era un grano en la nariz. Molesta hasta más no poder.

Nunca le conté a Abbi lo que mi madre me había contado de mi padre y su madre. Nunca tuve el valor de enfrentar una situación que no era segura. Nunca le pregunté a papá y quizá era lo mejor.

Cuando salimos de haber visitado a Mary, que no podía hablar por la anestesia y seguía medio dormida, llevé a Abbi a casa para que nosotros también descansáramos un poco. En muy poco tiempo nuestras vidas cambiarían. Algo en mí ya no tenía miedo, no sentía pánico. Estaba ansioso por lo que estaba por venir. Ver al bebe de Lui despertó algo que estaba dormido en mí. Algo que no entendía.

Besando a Abbi en los labios. Le susurré cuánto la amaba. Definitivamente, esto era lo que éramos y lo que siempre seríamos. Una sola persona.

Abbi

Entramos en la comodidad de casa. Por más cansada que estuviera, no podía dejar de sonreír ante la imagen de ese bebe al momento de salir. No vi la sangre, ni la cosa pastosa que se adhería al cuerpo del bebe. Veía una cosa hermosa llorando y haciendo estragos en el lugar. Mary estaba sudada y mi mano dolía como nunca antes lo había hecho. Dejé que mi mejor amiga me gritara, me pegara y me quebrara la mano con su agarre. Valió la pena cada segundo que estuvimos juntas viendo a ese bebe venir al mundo.

Nada había sido mejor que ver la cara de Will al momento de ver al bebe. Louis dormía en mis brazos y William estaba muerto en pánico. Podía verlo en sus ojos. Sabía que lo sentía. Pero todo cambió repentinamente. Los ojos se le iluminaron al ver esa cosita hermosa. Sus ojitos cerrados y la insistencia de Will de querer que los abriera para ver si lograba ver un pedazo de Lui dentro de ellos.

Me quité la blusa y el pantalón viendo cómo Will prendía la ducha. Ya no sentía vergüenza o pena al tiempo que estaba cerca de él. Era bastante cómodo estar desnuda a su alrededor. Acercándome a él, lo ayudé a quitarse la camisa, el pantalón y el bóxer negro pegadito. Realmente se veía muy bien con esos, resaltaban todo su...

—Si sigues viéndome de ese modo, no vamos a llegar dentro de la ducha, pequeña —William me veía con una gran sonrisa en la cara.

—Entonces deja de mostrar tu gran...

—¡Nena! —gritó sorprendido.

—¿Qué? Si es verdad. No es mi culpa que me la estés restregando en la cara, Will.

—Ammm, Abbi. No te estoy restregando nada en la cara —dijo acercándose de ese modo posesivo que solía tener cuando estaba determinado en algo—. Al menos no aún.

Sin previo aviso me tomó por la cintura abrazándome con fuerzas. Capturó mi labio inferior apresándolo con sus dientes. Solté un gemido desde lo más profundo de mi garganta retorciéndome de deseo en sus brazos. Acomodándome, salté a sus caderas envolviendo mis piernas. Una de sus

manos me sostenía de manera que la otra me acercaba más a él. Estábamos llenos de lujuria, por alguna razón. A pesar de que estábamos acostumbrados a estar juntos, el deseo seguía fuerte.

El agua golpeó mi espalda. Hubiera gritado de no haberla sentido deliciosa, caliente y refrescante al mismo tiempo. Las gotas comenzaron a rodear nuestros cuerpos mientras nos movíamos al ritmo de los latidos del corazón.

—William —susurré contra sus labios. Grité cuando sus movimientos se hicieron constantes.

Su mano me apretaba con fuerza, dejándome sin aliento y sin sentidos. William estaba siendo bastante duro, como si algo en él lo necesitara. Esto eran los momentos en los que olvidábamos lo que pasaba a nuestro alrededor. Era el momento en el que dejábamos de creer en lo imposible. Esto era todo para nosotros. Éramos uno solo.

William me entendía de una manera que nadie más lograba. Él sabía exactamente cómo tratarme y sabía perfectamente que no era una dama de la realeza. Solo era yo viviendo en un mundo que no elegí, uno en el que no encajaba hasta que encontré a William. Ahora esto era mi vida, mi futuro que tanto me gustaba.

Jalando mi cabello negro, William alcanzó mi cuello besándolo, chupándolo, sintiéndolo todo. Esto era todo. Mis piernas empezaron a perder el agarre que tenían a su cadera, mi mundo se estaba perdiendo en cada arremetida que daba. Estaba en el límite, perdida en los sentimientos que sentía por este hombre.

William apretó mi espalda llevando su frente a mi clavícula. Lo escuché gruñir y decir palabras indescifrables, llevándome al suelo. Me mantuve en su regazo al tiempo que él recuperaba su aliento. El agua aún golpeaba mi espalda, pero nada de eso importaba.

Después de darnos una ducha eterna jugando con la espuma, sobando y lavando nuestros cuerpos, salimos a la comodidad de nuestra sala de estar. Me había colocado un vestidito pequeño de dormir de seda rosa, Will estaba solo en pantalones de chándal negro y su sexi torso al descubierto. Preparé chocolate caliente mientras William preparaba su pan con queso especial. Tres tipos de queso diferentes puestos en dos rodajas de pan blanco calentados en un sartén con aceite de oliva. Sin más que decir. Nos

acercamos al balcón a observar el atardecer. El clima era cálido, por algún milagro el frío se conservaba oculto en algún lugar remoto del mundo.

Mary estaría con nosotros los primeros meses para ayudarla con el bebe, ella dejó muy claro que ella quería su espacio, por lo que William compró el apartamento de enfrente para cuando estuviera lista se pasara a vivir sola. No podía imaginarme mi vida de otra manera. La necesitaba cerca y ella también. De este modo sabía que todo estaba bien. William era otro votante por conservar nuestra privacidad. Le gustaba hacer el amor en cualquier parte del apartamento y con un bebe y una invitada eso era imposible.

El pan con queso era una delicia como siempre, William tenía una habilidad oculta, la cocina. La fuimos descubriendo con el paso del tiempo. La primera vez que yo le hice una torta para él, se la devoró en menos de tres minutos. No sé cómo había logrado comer tanto en tan poco tiempo, pero lo hizo y agradecí que no mencionara lo mal que estaba hecha. Sería un golpe bajo para mi autoestima.

—Este pan con queso está increíble —mencioné dándole otra mordida.

—Pienso comerme otro —señaló la cocina—. ¿Hago dos más?

Asentí sin pensarlo. Estaba demasiado bueno para rechazarlo. Caminé junto a él para servir dos vasos con agua y hielo. No tenía que preguntarle si quería, ya entendíamos a la perfección lo que necesitábamos sin necesidad de hablar.

Nos volvimos a sentar con los dos nuevos panes que William había preparado. Estábamos abrazados, platicando acerca de nada en específico. Nos estábamos riendo acerca de unos eventos recientes que habían pasado.

—Creo que tengo ganas de ir a comer postre —dije con una sonrisa en el rostro, William levantó una ceja. Al tiempo que se sentaba de mejor manera.

—¿Cómo que tienes ganas?

—No sé. Quizá de helado, o de *bubble tea*, o de pastel de tres leches, o quizá...

—Tienes ganas de comerte todo lo dulce que encuentres.

Asentí algo apenada. La verdad es que tenía muchas ganas de cosas dulces.

—Muy bien, señorita. ¿Te parece si vamos después de ver el atardecer?

—Me parece perfecto, señor Hamilton.

Acomodándome a su lado, vimos el sol caer como toda tarde juntos. La costumbre de las fotos nunca se perdió. Cuando no lo tenía cerca,

simplemente nos mandábamos la respectiva fotografía. No hablamos de tener hijos hasta dentro de unos años y seguramente nos casaríamos en tres o dos, dependiendo de la desesperación de Will. Conociéndolo llegamos a los dos.

—Nunca te has puesto a pensar cómo serían las cosas en unos años. Cuando tú y yo estemos más viejos... De unos cuarenta años. ¿Me vas a querer, aunque me vuelva un viejo panzón bigotudo?

El comentario y pregunta de Will me causó mucha risa. Me tapé la boca para evitar soltar una carcajada escandalosa. Era un ocurrente. Nunca dejaría que eso pasara, ni él ni yo. No era muy amante del bigote, a lo mucho llegaba a la barba sexi que se dejan ahora. Una barba corta y bien definida.

—Señor Hamilton, usted sabe que lo amaría con todos sus defectos, pero sé que eso no va a pasar. Vamos a hacer ejercicio para mantener la figura lo más que podamos, aunque los años pasen. Por cierto, ¿bigote? Eso sí no. Odio los bigotes, barba sí está permitido, pero de las cortas bonitas. ¿Entendido?

—No crees que sería sexi —se tomó la barbilla simulando sobarse una barba.

—No, la verdad no. Nada sexi —con una gran sonrisa en la cara.

—¿Pero la barba sí? —volvió a preguntar.

—La barba sí, pero no larga y fea.

—¿Como pelo púbico?

Hice una mueca de asco.

—Eres un desagradable. ¿Lo sabías?

William asintió con la cabeza antes de jalarme a su regazo. Nos besamos unos segundos antes de que él se levantara para dejarme sobre mis pies. Me dio una vuelta con una mano antes de tomar mi cintura con fuerza. Su boca llegó a mi oído. Su respiración se sentía deliciosa, relajante en todos los puntos posibles.

—¿Bailas conmigo? —no dejó que respondiera y corrió a la máquina esa que tenía para poner música en todo el apartamento.

El cielo aún estaba pintado de morado, naranja y un poco de amarillo. Hace no mucho que el sol se había perdido detrás de los edificios. Sin embargo, aún todo era cálido. La música de Ed Sheeran comenzó a sonar por todos lados.

Tomándome de la mano, me jaló pegándome a su pecho. Mi cuerpo reaccionó ante ese contacto tan especial que teníamos al estar de este modo. No podía evitar sentirme emocionada cuando se ponía en ese plan. William cantaba a mi oído *Thinking Out Loud*, moviéndonos por todo el balcón. Dejé que la tarde desapareciera mientras mi chico y yo bailábamos una balada lenta y luego cambiamos a música vieja de los ochentas, saltando y cantando a todo pulmón.

Moví los hombros al tiempo que él hacía lo mismo, conectándonos en un baile que empezó lento y se convirtió en una locura total. Decidimos pedir comida china, con galletas de la fortuna de chocolate. Destapamos una botella de vino tinto y disfrutamos del momento. Estábamos cansados y estresados por todo lo del bebe, pero había momentos como este que hacían la vida una aventura completa.

Quizá nunca entenderíamos por qué pasamos por muchas cosas antes de llegar a estar tan bien. Pero era el pasado y quizá vendrían muchas peleas en el futuro. La vida no era perfecta, una relación no es perfecta. ¿Si no qué sentido tenía?

De algo estaba segura, la vida es perfecta siempre y cuando uno quiera trabajar para que todo lo sea. Puedes escoger vivir o hundirte en un vaso de agua y en estos momentos estaba muy lejos de ahogarme en uno.

—Te amo, pequeño —dije viendo sus ojos color cielo.

—Yo también, pequeña —besó mis labios—. Es extraño cómo cambiaste mi mundo, le diste color.

—Pienso muy parecido —repetí recostándome una vez más en su pecho y así fue como decidí que iba a aprovechar cada momento junto a él.

Epílogo

Abbi

Dos años después...

Estiré mi vestido blanco de encaje pegado. No tenía espalda y ese era el único detalle extravagante de este diseño único que había escogido para el día de mi boda. Estar comprometida con William Hamilton había sido una gran aventura. Pasamos un tiempo inolvidable y definitivamente estábamos ansiosos de casarnos. La gente ya hablaba de tener bebés y cosas de esas, pero la verdad es que ni William, ni yo queríamos eso aún. Este tiempo juntos sirvió para poder conocernos, pelear y saber qué se sentía estar viviendo con otra persona.

William ahora trabajaba con su padre, dedicándose a lo que siempre le gustó, la política. Yo, en cambio, me dedicaba a las leyes, trabajando como abogada en trabajos particulares. La mitad de las veces ayudaba a William con sus cosas. Mi prioridad ya no era encajar en este mundo, ni en el mundo que mis padres querían para mí. Ahora yo tomaba mis decisiones y hacía las cosas que más me gustaban hacer.

Mary y yo pusimos una cafetería cerca de The Royal Academy, ahí pasaba más de la mitad del tiempo junto a mi amiga y su hijo de dos años. El pequeño Louis era un personaje, igual a su padre. Fue difícil la aceptación de la élite, pero como William predijo, jamás dejarían a uno de los nuestros fuera. Era la primera vez en diez años que un chico era mitad mortal y mitad sangre real.

El pequeño Louis jugaba con las perlas que llevaría puestas, deseaba que no fuera a romperlas, pero era casi imposible quitárselas de las manos. Me di la vuelta para ver mi peinado recogido con perlas discretas metidas dentro. Sonreí, me encantaba verme de este modo.

—¡Dios mío! —gritó Mary—. Junior, dale las perlas a tu tía Abby.

—Wabi —repitió el pequeño Louis.

—Sí, Wabi. Dale las perlas —Mary se agachó para que el pequeño soltara las perlas, las limpió con un trapito antes de dármelas.

Mary cada día era más madre y menos chica de veintitrés años. La alocada estadounidense murió junto a Lui, dando paso a una mujer que se estaba convirtiendo en la madre de un chico de élite. No tenía ni la menor idea de cómo sería todo en un futuro, pero por ahora las cosas con Louis eran complicadas, la gente aún no terminaba de aceptar que él era parte de la vida de todos.

—¿Cómo van? —preguntó Cora, con su vestido largo color dorado oscuro, el color de mis damas.

Cada una escogió un vestido adecuado a su cuerpo, lo único que yo había elegido era el color. Todo estaba combinado con dorado, blanco y rosa pálido. Era un copo de nieve, los invitados estaban llamados a vestirse de colores oscuros, de ese modo la novia podría resaltar a pesar de que toda la decoración iba a juego conmigo. Cora y Blake se casaban en un año y los cuatro hacíamos muchas cosas juntos. Íbamos a playas, a esquiar, a cruceros en las islas griegas... Muchas cosas costosas como se podrán dar cuenta, pero también íbamos al cine, a caminar por Hyde Park y a comer a lugares turísticos que eran buenísimos.

Aún recuerdo un día en el centro de Londres, William estaba jugando con la moto que compró hace unos años. Yo iba atrás con mi casco puesto, Blake nos seguía en carro preocupado porque nada nos pasara. No salíamos seguido con la motocicleta, pero era divertido de montar cuando queríamos divertirnos.

—¿Estás lista o no? —dijo Cora una vez más. Me señaló el reloj de oro que tenía en la muñeca. Asentí con la cabeza sintiendo los nervios tocar la puerta de mi corazón. Ya estaba nerviosa, en unos momentos dejaría de ser Abigail Sheperd y sería la señora Hamilton. ¡Santa mierda!

—Sí, estoy lista —dije viéndome una vez más al espejo.

—Bueno, entonces camina —Mary tomó al pequeño Louis, caminando frente a nosotros.

Mary y Cora eran mis damas, no necesitaba a nadie más como dama, ni siquiera a Ash. Decidí que cuanto más lejos la tenía, mejor. A mi madre no le

gustó la idea de excluir a Ashley, pero tampoco le di mucha opción para opinar.

—¡El ramo! —grité cayendo en la cuenta de que lo había dejado en la cama.

—Lo llevo yo —respondió Cora.

Las tres bajamos corriendo a la parte baja. William y yo nos casaríamos en la Abadía de Westmister, no solo era en honor al título de su padre, el duque de Westmister, también era el lugar tradicional para las bodas, coronaciones y entierros de monarcas importantes.

Hoy dejaba de tener pertenecer a la familia del conde de Essex y pasaba a ser del linaje del duque de Westmister. Un gran salto para cualquiera que pensara que la Corona lo era todo, para mí era el momento que empezaba una nueva aventura junto al amor de mi vida.

Hay personas que están destinadas a encontrar al amor de su vida y hay otras que están destinadas a perderlo. Yo lo encontré, lo perdí, lo recuperé y ahora pienso cuidarlo como nunca. Ese es mi propósito para este día. Iba a darle mi corazón al hombre al que amaba, aunque para ser sincera, siempre le perteneció.

—Hermosa —susurró mi padre. El velo me tapaba los hombros y la espalda, no pesaba absolutamente nada y eso lo agradecía.

—Gracias, papá —susurré.

—¿Nerviosa?

—Bastante.

—Tranquila, el nervio solo dura unos segundos. Luego se quita.

Cuando mi padre me dio la mano para caminar al altar, me tranquilicé un poco. Él iba a acompañarme, por lo que no iba a caerme o hacer el ridículo en ningún momento. No era un secreto que toda novia entraba en un estado de pánico antes de caminar al altar, de eso no hay duda.

Cuando las damas abrieron el paso y pude ver a William parado con ese traje de pingüino totalmente guapo, no hubo ni una duda de que este era mi destino, lo que quería y lo que anhelaba.

Si alguien me hubiera dicho que el niño que me dio mi primer beso bajo la mesa del instituto iba a ser el mismo que estaría parado unos años después en

el altar esperando por mí, no le hubiera creído. Mi cuento de hadas se estaba volviendo realidad. Amaba tenerlo cerca, amaba tenerlo conmigo.

—Hola, pequeña —dijo William cuando mi padre me entrego a él—, te ves hermosa.

—Lo mismo digo, Hamilton —algunas cosas jamás cambiarían, de eso no había duda.

—¿Estás lista para convertirte en la señora Hamilton, Abigail Ellen Sheperd?

—Al parecer siempre he estado lista toda mi vida, solo estaba esperando a que tú estuvieras listo, señor Hamilton.

—Gracias por tenerme paciencia entonces.

Lo vi sonreír unos segundos antes de darme un beso en la boca, rompiendo —una vez más— el protocolo. Creo que hace mucho que no respetamos ese protocolo que nos dice que nos tenemos que comportar de cierto modo.

¿Qué importa? En estos momentos muy pocas cosas me importan, si me confundo o digo algo mal, igual es mi día y pienso disfrutarlo al máximo.

Cuando los votos llegaron y William habló, yo estaba en el tercer cielo de la vida eterna. No éramos muy religiosos ni devotos, aun cuando estábamos casándonos por la iglesia las vibras de este lugar eran increíbles.

—Abbi, no tengo palabras para decirte lo mucho que significas para mí, las palabras se quedan cortas. Tenías que ser tú, siempre tú, solo tú, por siempre y para siempre. Te amo, Abbi, te amo demasiado.

Mi piel se puso chinita y no dejaba de sonreír. Estaba tan emocionada que no sabía en qué idioma hablaría cuando fuera mi turno. Me encogí de hombros, viéndome tan infantil como éramos de pequeños.

—Esto que tenemos tú y yo, William, es por siempre y para siempre.

William me abrazó con todas sus fuerzas, no teníamos que decirnos un gran discurso de horas, ya todo estaba dicho y las demás personas no tenían que saber lo que sentíamos. En poco nos iríamos de luna de miel y todo lo que teníamos planeado eran cosas extremas. Sí, definitivamente estaba lista para vivir esta nueva aventura.

25 años después...

Holly Hamilton

No soy amante de las películas de amor, ni de las canciones románticas, mucho menos de mis padres besándose como locos bailando esa vieja canción que en su época estuvo de moda. Los observé durante los tres minutos mientras mi hermano les tomaba fotografías bastante entusiasmado. No voy a mentir y decir que no soñaba con tener lo que mis padres tenían hasta este momento, hoy cumplían veinticinco años de casados, una eternidad para una pareja tan feliz como ellos. Aplaudí entusiasmada cuando terminaron de bailar.

Mi hermano, Rees, se pasó la mano en su cabello negro despeinándolo como siempre le había gustado, él tenía ese estilo de chico malo que volvía loca a las mujeres. Siempre usaba esas chaquetas de cuero, las camisas pegadas y el viejo vicio de ir al gimnasio estaba empezando a notársele en el cuerpo, aunque si algún día quería estar como Louis, debía trabajar mucho más.

Éramos una mezcla extraña entre papá y mamá. El cabello negro era herencia de los Sheperd y los ojos azules eran totalmente de los Hamilton. Papá siempre presumía que éramos lo mejor de los dos mundos. Yo decidía creerle por la manera en que las chicas de la élite caían a los pies de Rees.

Mi hermano no solo era el chico malo, también hacía *motocross* y *racing*, el factor que lo convertía mucho más apetecible para el ojo de una dama. Más para una chica de élite, todos los hombres que nos rodeaban solían ser políticos aburridos, abogados, empresarios o mantenidos en general.

—Tus padres inspiran miel, Sisi —me giré al tiempo en que Junior, el hijo del mejor amigo de mi padre, se acercaba a mí con la camisa desabotonada de los primeros botones, la corbata alrededor del cuello ya deshecha y las mangas de la chaqueta formal negra enrollada hasta el codo. Sus ojos grises y su cabello castaño claro eran muy parecidos a mi tío Lui. Nunca lo conocí, pero por las fotografías que vi de él, eran iguales.

Junior solo nos llevaba 4 años a mi hermano gemelo y a mí, éramos uña y mugre, ya que nos criamos juntos. Desde pequeños nos encargamos de hacerles la vida imposible a nuestros padres. Tía Mary vivía a la par de la casa. Lo único que nos separaba era un gran jardín, una cancha de tenis y una piscina compartida. Papá había sido el padre que Junior nunca tuvo. Todo mejoró cuando Louis entendió lo que le pasó a su padre.

Aún recuerdo lo rebelde que era. Quebrando todo lo que se le ponía enfrente, gritando y metiéndose a todo tipo de peleas. No fue hasta que Rees se quebró el brazo y yo la nariz por culpa suya que captó el mensaje. Después de ese pequeño accidente se volvió nuestro protector. Claro que odié andar con un yeso en la cara por dos meses.

—Es asqueroso —dije sin apartar la mirada de ellos.

—Creo que es romántico. Tienen esa forma de verse que inspira a que un día te pase. Espero estar tan enamorado como ellos algún día —lo dijo sin apartar la vista de ellos. Sabía lo que estaba haciendo por lo que solté una carcajada viéndolo a los ojos.

—¡Oh, por Dios! —dije pegándole en el brazo—. Eres un sarcástico señor Montgomery.

—Nena —dijo viéndome de la manera en que veía a todas las chicas antes de conectar con ellas y llevarlas a la cama. Esas cosas no funcionaban conmigo. Era casi mi hermano. ¡Dios!—, algún día toda esta maldita élite caerá a mis pies. Como dice el dicho: De tal palo tal astilla. Tengo que rendirle homenaje a mi viejo que me ve desde arriba —señaló al cielo—. Tengo que hacer que se sienta orgulloso de mí. ¿No crees?

Dándole una sonrisa profunda me encogí de brazos. Me encantaba escucharlo hablar de su padre. Hubo un tiempo en el que no se animaba a decir absolutamente nada de él, no mencionaba ni siquiera su propio apellido para no pensar en nada de eso. Hasta cierto punto, mamá explicó que sentía como si su padre lo hubiera abandonado, pero no fue de ese modo. Tío Lui no pudo aguantar la enfermedad. El cáncer era una mierda dura de aceptar.

—Estaría muy orgulloso de ti.

Nuestros ojos se conectaron por una fracción de segundos. La mezcla de azul y gris fue una cosa de la que debería de estar acostumbrada. No era la primera vez que nos veíamos de ese modo. Pero en estos momentos era todo

perfección. Sentí un par de mariposas deshacerse en mi estómago. Estaba nerviosa.

—¡Mierda! —nos giramos al tiempo en que Rees se limpiaba el saco con una mancha blanca. Mi prima pequeña, Caroline, salía corriendo del brazo de Rees con un *cupcake* en la mano, riéndose de mi hermano y su amor incondicional con los niños y su mala suerte de siempre parar sucio. Nos acercamos a ayudarlo—. ¡Bendita niña!

—Ya deberías de haber aprendido algo. ¿No crees? —preguntó Junior—. ¿No es como el décimo primo que tienen?

—Tercera —respondió Rees—. Pero son tan adorables que me cuesta captar que siempre paro con pastel en el traje.

Mi tía Ashley y mi tío Connor tuvieron una vida sexual muy activa. Iban por su tercer hijo y yo solo rezaba porque la perra no tuviera más y mil millones de veces que no fueran como ella de grandes. Leila, la mayor, ya inspiraba la pesadez de mi odiosa tía. Nunca entendí bien cuál fue el rollo de los abuelos, pero sabía de primera mano que ella era mi tía doble. Media hermana de mamá, media hermana de papá. ¿Qué tan mal de la cabeza se tiene que estar para esto?

—Solo tú soportas a esos demonios —dije quitando lo último de pastel que quedaba en su tacuche negro Armani.

—Sisi, ellos me aman y a ti te odian. No es mi culpa que seas la gemela desagradable. Ya sabes lo que dicen, no puede haber dos perfecciones juntas.

—Vete a la mierda, Rees —dije sacando mi dedo al tiempo que Junior se partía de la risa. Amaba vernos pelear.

—Lo juro. Es como si Rees se peleara con él mismo en el espejo. Solo que su reflejo tiene pelo largo y estupendo busto —hizo la mueca con las manos de pechos grandes. Rees lo empujó algo juguetón. Odiaba que sus amigos hablaran de mis pechos.

La cena pasó sin ningún percance. Mamá y papá se la pasaban saludando a toda la gente importante. Papá había sido electo asesor del primer ministro hace dos años y la gente deseaba estar cerca para que los medios los fotografieran junto a él. No era molesto, al menos para mí. Estaba acostumbrada a la atención pública y en realidad, me gustaba ser el centro de atención.

—¿Cómo está mi pequeña? —papá se acercó abrazándome por atrás. Sonreí ante su «pequeña», no sé qué tenía con esa palabra, pero todos en casa somos sus pequeños, como si él fuera alto. Rees amenazaba con quitarle la altura a papá y ya se estaba acercando. Por mi parte, mi altura era un poco mayor a la de mamá, aun así, no tanto como los hombres Hamilton.

—Papá, déjalo ya. Ya no soy tan pequeña —dije empujando su brazo de mi hombro.

—Lo sé, Hol, pero nunca dejarán de ser mis pequeños. Ni siquiera tu hermano se quita el apodo. Créemelo.

—Papá —dije viéndolo fijamente. Su cabello rubio estaba peinado de lado, su cara recién rasurada y su esmoquin estaba pegado a su cuerpo marcado. Mamá había procurado que papá estuviera en muy buena forma—. ¿Crees que Adam pueda venir a las vacaciones familiares?

Adam era el chico de The Royal Academy que me encantaba. Su cabello rubio y ojos cafés me tenían loca, rogando por su atención. Rees y Louis lo odiaban con todas sus fuerzas. Tenía un año saliendo con el chico y quizá, si las cosas salían como quería, él sería mi *agapi*.

—¿Quieres volver loco a tu hermano?

—No solo a él, a Louis también. Se lo merecen. Además, ¿Rees no está con Cameron y Junior con Julian?

—Tu hermano y Louis andan con media élite —dijo papá soltando una carcajada como si ese comentario le recordara viejos tiempos—. Claro, nena, Adam puede venir a las vacaciones.

Saltando de felicidad, enrollando mis brazos alrededor de su cuello, dejé que me envolviera en sus brazos como siempre lo había hecho. Con ese amor de padre. Mi vida era demasiado genial. Mis padres, a pesar de ser gente importante, eran bastante liberales y, según mamá, iban a dejar que me casara con quien quisiera sin ponerme uno obligatorio.

Mucho tiempo atrás, después que William Hamilton desafiara a la clave para casarse con Abigail Sheperd, muchas de las reglas del juego cambiaron. Como diría papá: «A la mierda con el linaje real».

—¿Quieres bailar, Sisi? —Louis me agarró desprevenida por la cintura atrayéndome a su cuerpo al tiempo que la música instrumental comenzaba a

sonar por todo el salón. Mamá ya estaba junto a papá bailando mientras él acomodaba el collar de corazón en su cuello.

—¿Para qué preguntas si igual vas a jalarme de ese modo? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Porque disfruto bailando contigo, Sisi. Eres esa chica a la que no tengo que impresionar, contigo puedo ser el imbécil que siempre he sido.

—Lo sé —respondí acomodando mi cabeza en su pecho. Se sentía tan normal como siempre se sentía cuando bailaba con Rees.

Escuchando la melodía que salía de las cuerdas de los violines, me perdí en la música y en el aroma a agua fresca o pino. Un aroma raro para alguien como Junior. Viendo a mamá y papá una vez más supe lo que Louis decía unas horas atrás. Algún día quería estar tan enamorada como mis padres lo estaban hoy. Después de veinticinco años, papá seguía viendo a mamá como si no hubiera nadie más en el mundo. Esa era mi aspiración algún día. Ser como ellos o al menos encontrar a alguien con el que me sintiera tan bien que todo a mi alrededor dejara de tener sentido.

—¿En qué piensas? —Louis me alejó para verme directo a los ojos. Tenía el ceño fruncido.

—Te ves guapo hoy. ¿Sabías? —no quería contarle lo que realmente estaba pensando.

—Por supuesto que me veo guapo.

—¡Qué modesto!

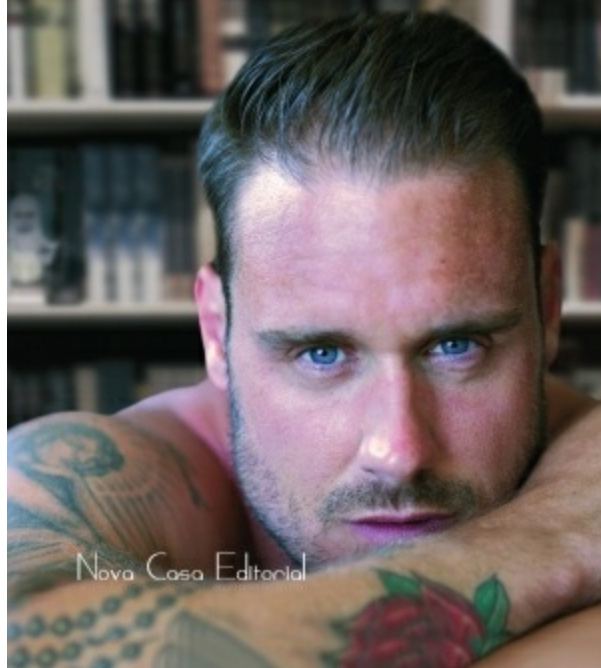
Regresé a su pecho, moviéndome al ritmo de la música. Las cosas en mi vida eran sencillas, tan sencillas que nunca imaginé cuánto se podían llegar a complicar.

To be continued...

NIKY MOLIVIATIS

PROVÓCAME

Dos almas **perfectamente** imperfectas



Nova Casa Editorial

Provócame

Moliviatis, Niky

9788417142223

592 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Emma O'Brien sólo podía pensar en el ruido de los neumáticos, la sangre en la nieve, los gritos y el temor de estar sola. Su pasado regresa como un karma persiguiéndola. Su vida tiene un nuevo comienzo cuando se muda con sus dos mejores amigas a Miami. Resguardándose dentro de los libros, creyendo que los hombres perfectos solo existen dentro de ellos, pero nunca se puede escapar del destino. Un encuentro dentro de un elevador y unos increíbles ojos azules, pueden cambiar todo. Dylan McGuire rompe su mundo, mostrándole que los hombres perfectamente imperfectos pueden llegar a existir.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



TÚ,
NADA MÁS

ANA COELLO

*No contó con que su mundo de sombras
iluminaría el suyo...*

Nova Casa Editorial

Tú, nada más

Coello, Ana

9788416942848

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Marcel; indiferencia. Anel; fragilidad. Sin saberlo, viven escondidos en sus propias sombras, en sus mundos sin luz, en la soledad. Pero, de pronto, algo cambiará y después de defender a esa chiquilla flacucha en aquel salón de la universidad, se encuentra atraído por su parsimonia, tentado por su inocencia, y es por eso que la arrastra a un juego en el que desear es la parte medular, en el que sin notarlo, todo se transformará. ¿Será sencillo continuar esa gélida realidad a pesar de que, como estrellas en la noche, iluminan su oscuridad? ¿El deseo que su sola cercanía despierta, no exigirá más? ¿La posesividad es parte de la necesidad? ¿Por qué a su lado todo parece mejorar?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

· ARACELI SAMUDIO ·

LA CHICA DE LOS
Colores



Lova Crea Editorial



La chica de los colores

Samudio, Araceli

9788416942916

346 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Celeste era una chica con una discapacidad a quien, a raíz de un accidente, le habían amputado ambas piernas a la edad de diez años. Gracias al apoyo de su familia —en especial al cariño y confianza que le brindó su abuelo—, fue capaz de superar los momentos difíciles causados por la adversidad. Encontró entonces en el arte, y específicamente en la pintura, una forma de liberar su alma, de volar a los rincones a los que físicamente no podría llegar. Así, entre cuentos infantiles y sirenas, fue capaz de crecer y convertirse en una mujer hermosa, talentosa y, sobre todo, independiente. Pero, y ¿el amor? El amor la hacía sentir vulnerable. No lo esperaba, creía que las cosas para ella serían así: una vida solitaria y llena de cuadros por pintar. Entonces apareció Bruno, un chico de una ciudad distinta, de una clase social diferente, pero con muchas ganas de llenarse de los colores de Celeste. Bruno le demostrará que el amor no entiende de diferencias ni de limitaciones, que los recuerdos que guarda el corazón son más importantes que los que guarda la mente, y que el amor existe para todos. Celeste encontrará en Bruno al chico de los cuentos que le contaba su abuelo y, de paso, descubrirá que este tiene muchas más historias que contar, además de las que ella conocía y que los secretos del pasado pueden afectarlos a ambos. Celeste y Bruno serán testigos de un amor predestinado en el tiempo, una revancha de la vida, un lienzo en blanco lleno de colores por pintar y descubrir.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Francesc Bailón Trueba

2^a
EDICIÓN

LOS INUIT

Cazadores del Gran Norte

Nova Casa Editorial

Los Inuit

Bailón, Francesc

9788416281725

460 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

'Los inuit, Cazadores del Gran Norte' es una obra que nos acerca a un pueblo que se conoce más por su nombre que por su realidad cultural. A partir de las historias locales, y en un lugar tan inhóspito y frío como es el Ártico, nos adentramos en una cultura que, en muchos aspectos, ha permanecido inalterable a lo largo de los siglos, y que ha seguido respetando su entorno natural como estrategia principal de su subsistencia. La apasionante visión que Francesc Bailón nos ofrece de este mundo, y que en palabras del propio autor «constituye uno de los últimos soplos de humanidad que le quedan a este planeta», nos debe mostrar lo que un día fuimos para entender en lo que ahora nos hemos convertido. Además, esta obra nos permitirá comprender cómo un pueblo cazador y pescador ha pasado a ser el espejo en el cual quieren reflejarse otros grupos indígenas de la Tierra. Este libro, profusamente ilustrado con magníficas imágenes, trata además de temas que nos afectan a todos y especialmente al pueblo inuit, como son el calentamiento global y la contaminación medioambiental que asolan nuestro planeta. Quizá a través de esta obra lleguemos a escuchar esas voces que proceden del Gran Norte y entendamos por fin que la supervivencia de esta cultura condiciona también la nuestra.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Karla Levy

Siete meses

Esta no es una historia de amor...
es una historia del corazón.

Nova Casa Editorial

Siete meses

Levy, Karla

9788416942824

344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez te has enamorado, de manera tal, que sientes que el aire no es suficiente para llenarte los pulmones de suspiros? ¿Así tanto, pero tanto, que parece que todo es posible? Yo también. En el Mundial de futbol del 2006, viajando por las pintorescas ciudades de Alemania, me enamoré de un francés. Con solo mirarlo a los ojos, las piernas dejaban de responderme. ¿Alguna vez te han roto el corazón en tantos pedacitos que no sabes si podrás volver a sentir? A mí también. Este es el primer libro de la serie "Meses", donde Alex nos cuenta, entre múltiples viajes por Europa, un antes y un después que voltearán su vida de cabeza. Más que una historia de amor, esto que tienes en tus manos es una historia del corazón. Una novela basada en una historia real en la que no todo es verdad, pero tampoco es mentira.

[Cómpralo y empieza a leer](#)